

INFORMATION TO USERS

This material was produced from a microfilm copy of the original document. While the most advanced technological means to photograph and reproduce this document have been used, the quality is heavily dependent upon the quality of the original submitted.

The following explanation of techniques is provided to help you understand markings or patterns which may appear on this reproduction.

1. The sign or "target" for pages apparently lacking from the document photographed is "Missing Page(s)". If it was possible to obtain the missing page(s) or section, they are spliced into the film along with adjacent pages. This may have necessitated cutting thru an image and duplicating adjacent pages to insure you complete continuity.
2. When an image on the film is obliterated with a large round black mark, it is an indication that the photographer suspected that the copy may have moved during exposure and thus cause a blurred image. You will find a good image of the page in the adjacent frame.
3. When a map, drawing or chart, etc., was part of the material being photographed the photographer followed a definite method in "sectioning" the material. It is customary to begin photoing at the upper left hand corner of a large sheet and to continue photoing from left to right in equal sections with a small overlap. If necessary, sectioning is continued again — beginning below the first row and continuing on until complete.
4. The majority of users indicate that the textual content is of greatest value, however, a somewhat higher quality reproduction could be made from "photographs" if essential to the understanding of the dissertation. Silver prints of "photographs" may be ordered at additional charge by writing the Order Department, giving the catalog number, title, author and specific pages you wish reproduced.
5. PLEASE NOTE: Some pages may have indistinct print. Filmed as received.

Xerox University Microfilms

300 North Zeeb Road
Ann Arbor, Michigan 48106

73-22,727

CAMAMIS, George, 1930-
EL TEMA DEL CAUTIVERIO EN LA NARRATIVA DEL
SIGLO XVII. [Spanish Text]

The City University of New York, Ph.D., 1973
Language and Literature, modern

University Microfilms, A XEROX Company, Ann Arbor, Michigan

EL TEMA DEL CAUTIVERIO
EN LA NARRATIVA
DEL SIGLO XVII

by

GEORGE CAMAMIS

A dissertation submitted to the Graduate
Faculty in Spanish in partial fulfillment of
the requirements for the degree of Doctor of
Philosophy, The City University of New York.

1973

This manuscript has been read and accepted for the Graduate Faculty in Spanish in satisfaction of the dissertation requirement for the degree of Doctor of Philosophy.

May 23, 1973
date

Joaquin Casalduran
Chairman of Examining Committee

May 23, 1973
date

Roseli Gonzalez
Executive Officer

Hannah E. Bergman

Ma. Salidad Carrasco

Joaquin Casalduran
Supervisory Committee

THE CITY UNIVERSITY OF NEW YORK

NOTA PRELIMINAR

En los estudios literarios del Siglo de Oro, el tema del cautiverio sugiere inmediatamente el nombre del autor del Quijote. Sin hablar del mundo de los cautivos de su teatro, Cervantes, con la novela El Capitán cautivo (inserta en el Quijote I, caps. 39-41), inicia una nueva y apasionante temática en la narrativa del siglo XVII, temática que será repetida en El amante liberal y La española inglesa, llegando hasta el Persiles. Siguiendo sus huellas, los novelistas posteriores continuarán desarrollando los temas cervantinos sobre el cautiverio hasta caer en los trillados senderos de la esterilidad, fruto del agotamiento de las situaciones del cautiverio.

Paralelo al desarrollo iniciado por Cervantes, existe otra vertiente muy entroncada con el fenómeno cervantino, la cual tiene su origen en la célebre Topographia e historia general de Argei de Fray Diego de Haedo. Esta obra, tan conocida en su vinculación con el tema de los cautivos en

Cervantes, nunca ha sido el objeto de un estudio sistemático. Los cinco tratados de este trabajo constituyen una auténtica Summa de la vida del cautiverio que abarca todos los aspectos de la existencia de los cautivos de Argel. Siendo una obra histórica y descriptiva con innumerables relatos de intachable veracidad e innegables méritos literarios, puso de moda una serie de autobiografías de clérigos y soldados cautivos de gran interés para nuestro tema.

Nuestro trabajo, pues, estudiará con preferencia la obra de Haedo y su influjo en la narrativa posterior. Como la Topographia tuvo repercusiones muy importantes en la novela del XVII, hemos incluido dos capítulos sobre estas manifestaciones del tema del cautiverio en la novelística posterior a Cervantes. Para limitarnos a los aspectos menos conocidos de nuestro tema, hemos excluido el análisis de las obras de cautivos del Héroe de Argel, si bien hay numerosas alusiones a su cautiverio en Argel y a su enorme importancia como iniciador del motivo en el teatro y en la narrativa del Siglo de Oro.¹

¹Estudiar a fondo el motivo de los cautivos en Cervantes no sólo sería un trabajo muy largo en sí mismo, sino, en su mayor parte, una repetición de los estudios de Cotarelo, Casaldueiro, Amezáa y Mayo, y Astrana Marín.

Los dos primeros capítulos de la Parte Introductoria desarrollan la historia del tema desde sus orígenes en la Antigüedad a fin de destacar las importantísimas aportaciones de Cervantes y Haedo a principios del XVII. A partir de esta base histórica, los capítulos siguientes manifestarán que estos dos autores son, en la Edad Moderna, los verdaderos precursores del tema de los cautivos no sólo en la España del Siglo de Oro, sino en toda la Europa de aquella época.

Deseo expresar mis agradecimientos a los profesores del Departamento de Español del Graduate Center de City University, y particularmente al Prof. Joaquín Casaldueiro, que me ha dado valiosos consejos durante la preparación de este trabajo. Estoy asimismo agradecido a la Prof. María S. Carrasco por haber sugerido oportunamente el tema de esta tesis y haber ayudado en la organización general del trabajo.

I N D I C E G E N E R A L

NOTA PRELIMINAR.....	pág. iii
----------------------	----------

P r i m e r a P a r t e

I n t r o d u c c i ó n

I. ANTECEDENTES EN LA LITERATURA CLASICA	
E ITALIANA.....	2
Las dos modalidades del cautiverio.....	5
<u>Las Etiópicas</u> de Heliodoro: novela de cautivos por excelencia.....	11
El cautiverio en el teatro latino.....	17
Boccaccio y los <u>novellieri</u>	20
II. EL TEMA EN ESPAÑA HASTA CERVANTES	27
Continuación de la modalidad bizantina.....	27
Argel como purgatorio en la novela de Contreras.....	34
La realidad peninsular del cautiverio.....	38
Las evasiones milagrosas de la Edad Media..	41

Romances de cautivos.....	46
Hacia la gran innovación de Cervantes.....	50
Hacia el tema en la narrativa del XVII.....	62

S e g u n d a P a r t e

E l s i g l o X V I I

III. LOS PRIMEROS DOS TRATADOS DE LA <u>TOPOGRAPHIA</u>	
<u>DE ARGEL</u>	66
Análisis del primer libro.....	69
Descripción de la ciudad y sus gentes.....	75
Las costumbres argelinas.....	80
Arca de Noé abreviada.....	90
<u>Epítome de los reyes de Argel</u>	93
Importancia de Haedo en la historia de Argel.....	100
IV. LOS DIALOGOS DE HAEDO.....	106
<u>Diálogo de la captividad</u>	110
El sentido jurídico del cautiverio.....	114
El duro cautiverio de Argel.....	121
El sentido religioso del cautiverio.....	127
<u>Diálogo de los mártires</u>	134
La primera biografía de Cervantes.....	142
V. EL PROBLEMA DE LA AUTORIA.....	147
Las contradicciones de la autoría de los Haedo.....	151

La <u>Topographia</u> sólo pudo escribirse en Argel.....	154
La hipótesis de los franceses.....	157
Turcos y renegados viejos: fuente principal del <u>Epítome</u>	165
Antonio de Sosa: autor de los <u>Diálogos</u>	169
Sosa como autor de la <u>Topographia</u> íntegra...	176
VI. INFLUJO DE HAEDO EN LA LITERATURA DEL XVII:.....	183
Lope de Vega: lector de la <u>Topographia</u>	183
Un plagio de Haedo en <u>El español Gerardo</u>	189
Algunos pasajes plagiados.....	193
El <u>Diálogo de los mártires</u> : fuente del martirio de Palomeque.....	200
La influencia cervantina.....	209
VII. EL CAUTIVERIO EN LA NOVELA DEL SIGLO XVII:.....	215
La modalidad bizantina de Antonio Eslava...	216
El curioso cautiverio de Marcos de Obregón..	221
Un cuento de cautivos narrado por el amo....	227
El sentido del cautiverio en Espinel.....	230
Ficción y realidad en las <u>Novelas a Marcia</u> <u>Leonarda</u> de Lope de Vega.....	236
El cautiverio femenino de María de Zayas....	243
Novelistas menores.....	246
VIII. EL CAUTIVERIO EN LAS OBRAS AUTOBIOGRAFICAS.....	251
El confesor de Santa Teresa en el cautiverio.....	252
Un cautiverio de diez y ocho años.....	255
Cautiverio y trabajos de un adolescente....	259
Cautivo a los catorce años.....	263

Un episodio en los confines del Sahara.....	266
A orillas del Bósforo.....	270
Amarrado al duro remo.....	278
En el templo de Palas Atenea.....	283
La vuelta a España.....	286
IX. CONCLUSION.....	294
X. BIBLIOGRAFIA.....	309
Textos estudiados.....	309
Obras y estudios citados.....	313
Otras obras y estudios consultados.....	319

P r i m e r a P a r t e

I N T R O D U C C I O N

I

ANTECEDENTES EN LA LITERATURA

CLASICA E ITALIANA

El 26 de septiembre, después de una tormenta que la apartó del resto de la flota, la galera Sol en que viajaba Cervantes, mientras costeaba la Provenza cerca de la desembocadura del Ródano, se vio sorprendida por una flotilla de cuatro galeotes de corsarios berberiscos a la vista del puertecito francés de las Tres Marías. Una de las galeras turcas capitaneada por el renegado albanés Arnaute Mamí se lanzó al abordaje de la Sol, y después de un combate de varias horas en el que murió el capitán y varios otros defensores, los españoles fueron rendidos y trasladados a las galeras corsarias. Ya era cautivo el Príncipe de los Ingenios. Amarrado con cadenas y encerrado en la bodega de la galera del renegado albanés, Cervantes bogaba hacia el puerto de Argel, "gomia y tarasca de todas las

riberas del mar Mediterráneo, puerto universal de corsarios y refugio de ladrones,"¹ destinado a las almonedas públicas y la esclavitud; esclavitud que en el Quijote, en el capítulo sobre los galeotes, le haría exclamar que le parecía "duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres."²

Pero ese día triste de su captura Cervantes pensaría en las palabras lastimosas de una tonadilla lánguida y perezosa que se cantaba en la Mancha por aquellos tiempos:

De laurel es la rama,
de verde laurel,
de laurel siempre verde
como mi querer,
la rama del laurel,
prisionerito
mi amante en Argel,
¡Jesús qué dolor!
prisionerito,
cautivo está mi amor...³

¹Persiles III, cap. X.

²Quijote I, cap. XXII.

³Francisco Navarro Ledesma, El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra (Madrid, 1960), pág. 94. Todo esto de la tonadilla, claro está, es una fantasía novelesca del autor. Navarro Ledesma no pretende presentar una biografía objetiva; su propósito parece ser más bien una recreación de la vida de Cervantes dentro de lo probable. De todos modos me parece interesante señalar la existencia en aquel siglo de este cantar de cautivos. Al final de su libro, Navarro Ledesma da la música de esta canción, pero no indica la fuente o autoridad que le hace pensar que se cantaba ya en el siglo XVI.

Durante cinco años el Héroe de Lepanto iba a conocer directamente los rigores del cautiverio, y sus recuerdos, años más tarde, darían luz a una de las obras más geniales del Siglo de Oro: la novela de El Capitán cautivo, en cuyas páginas se encuentran los detalles más autobiográficos de la producción cervantina. Con esta novela llega a su cumbre uno de los temas más antiguos y constantes de la literatura universal. Me refiero al tema literario del cautiverio cuyos albores se remontan no sólo a las primeras manifestaciones literarias de los hebreos con sus episodios del cautiverio egipciaco y babilónico, sino también a los lejanos siglos heroicos de los primeros himnos homéricos con sus aventuras que a menudo giran en torno a robos, raptos y cautiverios en un mar infestado de piratas.¹

Los críticos de la literatura, no obstante, no han dedicado muchos esfuerzos al estudio de este motivo tan interesante. Si es verdad que hay muchos trabajos sobre ciertos aspectos del cautiverio de Cervantes y de sus obras que tratan de su cautividad argelina, no hay ninguno que estudia el desarrollo del tema desde sus comienzos hasta sus grandes éxitos en el teatro y la narrativa del Siglo de Oro para destacar así la gran innovación de Cervantes en este campo.

Tal vez haya influido en esto el juicio de Menéndez y Pelayo. Parece que al autor de la Historia de las ideas estéticas en España no le entusiasmaban mucho las obras sobre la vi-

¹Henry A. Ormerod, Piracy in the Ancient World (University of Liverpool, 1924), pág. 260.

da de los cautivos. En sus reseñas de obras que tratan del tema, o hace caso omiso de él o lo menciona con términos muy escuetos. Al resumir, por ejemplo, el argumento de la Selva de aventuras de Jerónimo de Contreras, reduce todo el interesantísimo Séptimo Libro a lo siguiente: "Volviendo el héroe a España, cae en poder de unos corsarios que le llevan cautivo a Argel (lugar común de tantas novelas y comedias posteriores).¹ Para el ilustre santanderino el cautiverio es simplemente un lugar común que no merece su atención y análisis crítico. Y los críticos e historiadores que continuaron su trabajo no dieron mayor atención, por regla general, a nuestro tema.

Las dos modalidades del cautiverio literario

Al estudiar el tema de los cautivos en los diversos autores de los siglos XVI-XVII, podemos distinguir dos tipos de cautiverio muy distintos: uno basado en la realidad histórica del Siglo de Oro con sus cautiverios en el Africa del Norte y Constantinopla (Los tratos de Argel, Los baños de Argel, La

¹Marcelino Menéndez y Pelayo. Orígenes de la novela, II(Madrid, 1961), pág. 85. (Tomo XIII de la Edición nacional de sus obras completas). La primera edición de esta obra es la de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 1905-1910.

Gran Sultana etc.); y otro muy relacionado con el tema tal como aparece en la novela griega y bizantina. En algunos autores, como Lope de Rueda, Timoneda y Nufez de Reinoso, el tema pertenece enteramente al mundo de la literatura griega y latina sin ninguna referencia a los acontecimientos contemporáneos; en otros escritores, como el Padre Jerónimo Gracián, el famoso confesor de Santa Teresa, y el soldado Diego Galán, se trata sobre todo de obras autobiográficas que son fieles reflejos de la vida de su época. Cervantes, en cambio, se resiste, como en todo, a cualquier intento de encasillamiento fácil. En sus obras sobre el cautiverio, junto a la realidad dolorosa de las mazmorras de Argel, aparecen temas que tienen sus raíces en la novela bizantina. Este aspecto bivalente del tema del cautiverio no ha sido destacado hasta ahora, y sólo con un análisis breve del género griego quedarán patentes las dos vertientes de la literatura de cautivos del Siglo de Oro.

La más conocida de las novelas bizantinas es la Historia Etiópica de Heliodoro, también llamada Historia de los leales amantes Teágenes y Cariclea. Esta obra con sus numerosas ediciones ejerció un influjo enorme en el Siglo de Oro y tiene la gloria de haber inspirado el Persiles de Cervantes. Éste mismo afirma que el Persiles es un "libro que se atreve a competir con Eliodoro".¹ Sin embargo, como ha señalado Menéndez y

¹Prólogo a las Novelas ejemplares.

Pelayo, el influjo de la novela de Heliodoro es menor que el de Los amores de Leucipe y Clitofonte de Aquiles Tacio.¹ Cervantes seguramente leyó esta obra en la adaptación en español escrita por Alonso Nuñez de Reinoso con el título de Historia de los amores de Clareo y Florisea, pues hay varios elementos en Los tratos de Argel, Los baños y El amante liberal, como por ejemplo el entrecruzamiento amoroso, que parecen tener su origen en la novela de Reinoso y que serán el objeto de un análisis más detenido en el capítulo siguiente.²

Otra novela griega, menos conocida que las dos ya mencionadas, es Las Efesíacas de Jenofonte de Éfeso, también conocida por el título de Los amores de Abrocomo y Anthia.³ Lo interesante de esta obra es que presenta un tipo de cruce amoroso o entrecruzamiento de las parejas de amantes que se relaciona muy estrechamente con el mismo modo de doble intriga amorosa que vemos en Los tratos, Los baños y El amante liberal.

¹Orígenes de la novela II, págs. 73 y 79. En esta última página, el ilustre crítico escribe que "es cierto que Cervantes había leído con mucha atención el libro de los Amores de Clareo, del cual hay algunas reminiscencias en el Persiles." Véase la nota al pie de esa misma página donde el autor enumera algunas de las semejanzas y coincidencias de las dos obras. Por ejemplo: como Clareo y Florisea, los protagonistas del Persiles figen ser hermanos en cumplimiento de un voto; y "las pretensiones del príncipe Arnaldo respecto de la fingida Auristela (en el capítulo segundo del Persiles) están presentadas del mismo modo que las del corsario Menelao respecto de Leucipe en el capítulo sexto del Clareo." Cervantes también pudo leer la obra de Aquiles Tacio en la traducción italiana: Dell' amore di Leucippe et di Clitophonte, nuovamente tradotto dalla lingua greca, Venecia, 1560, 1563, 1568 y 1578.

²Menéndez y Pelayo, en la nota que acabo de citar, no alude a esta coincidencia del cruce amoroso en Reinoso y Cervantes.

³Para esta novela, hemos manejado la ed. inglesa de Moses Hadas: Three Greek Romances, New York, 1964.

En estas tres obras la intriga consiste en el amor cruzado entre una pareja de amos musulmanes, moros o turcos, y dos de sus esclavos, una pareja de cautivos cristianos. El marido moro o turco muere de amores por su esclava cristiana y la mujer igualmente arde de deseos deshonestos por su cautivo cristiano. Y para conseguir el objeto de sus deseos concupiscentes, el marido emplea al cautivo como intermediario, y su mujer se vale de su esclava para el mismo propósito. De modo que los cautivos cristianos, el galán y su amante, se ven en la difícil y asombrosa situación de ser terceros de sí mismos, es decir, el cautivo como intermediario de su propia amada, y la esclava de su propio galán. Los dos, entonces, acceden a las demandas de sus respectivos amos y se hacen fingidamente terceros para poder verse y hablarse sin sospechas de parte de sus amos.

Este recurso de la "voluntad trocada," como decía Cervantes en Los tratos,¹ no parece reflejar ninguna realidad argelina, ningún recuerdo personal de Cervantes. Es una intriga amorosa puramente artificiosa y uno de los más antiguos enredos de la literatura, pues se encuentra en varias novelas griegas e italianas. Pero donde se ve en relación muy estre-

¹Acto tercero, pág. 596 de Obras dramáticas de Cervantes de la Biblioteca de Autores Españoles. Cervantes, como creo, tuvo una predilección muy marcada hacia este tipo de intrigas, pues en el Persiles (II, cap. 11), hay una situación parecida entre cuatro pastores, uno de los cuales exclama: "De modo que nuestras cuatro voluntades están trocadas..." La misma intriga de amores cruzados se da entre Periandro y Auristela, por un lado, y Policarpo y Sinforasa, por otro (Persiles II, cap. 2, 3 y 4).

cha con el tema tal como aparece en Cervantes es en la novela de Jenofonte. Abrocomo y Anthia, los protagonistas de Las Efesíacas, son una pareja de amantes de insuperable belleza física, de intachable virtud moral, paradigmas de inmovible fidelidad conyugal y antecedentes lejanos de otras parejas parecidas que sufren idénticos enredos amorosos en Los tratos, Los baños y El amante liberal. Al emprender un viaje por mar, los dos jóvenes efesíacos caen en poder de los piratas fenicios y son llevados a un lugar cerca de Tiro. Allí el jefe de los piratas Corimbo se prende apasionadamente de Abrocomo, amor homosexual nada infrecuente en la literatura griega, y otro pirata, Euxinos, se enamora de Anthia. Y como en las obras de Cervantes, Corimbo busca a Anthia para interceder en sus amores, y Euxinos logra que Abrocomo acepte el cargo de tercero de su pasión por Anthia.¹ Ésta conserva su castidad no sólo en esta situación, sino en una serie de peripecias donde tiene que defenderse de uno tras otro amo, cada uno más apasionado del otro, y todos muriendo de deseos lascivos.

La coincidencia con las obras cervantinas, sobre todo con El amante liberal, es evidente.² Sin embargo, no es éste

¹Moses Hadas, Three Greek Romances (New York, 1953), págs. 82-83.

²En esta novela cervantina, Ricardo y Leonisa, en una situación casi idéntica, se ven forzados a desempeñar el papel de terceros, Ricardo en el amor del Cadí para Leonisa, y ésta en la pasión de Halima para Ricardo. Véase la edición de Obras completas de Cervantes de Valbuena Prat (Madrid; Aguilar, 1967), págs. 822-824.

el lugar para estudiar a fondo este aspecto interesante del cautiverio, sino demostrar que existe un ambiente griego, un mundo bizantino que se deja sentir en las obras de cautivos de Cervantes y de otros escritores antes y después del autor del Quijote. A veces, en la literatura del Siglo de Oro, este carácter bizantino del cautiverio domina toda la obra, como en La comedia llamada de los cautivos que será discutida más adelante,¹ y otras aparece sutilmente intercalado en obras que ostensiblemente están basadas, o en la realidad histórica del cautiverio argelino como Los tratos y Los baños de Argel, o en la del cautiverio levantino como El amante liberal.

Estas tres novelas griegas, La Etiópica, Los amores de Leucipe y Clitofonte y Las Efesíacas, son muy características del mundo de la narración bizantina y presentan todas las peripecias del género: raptos, separaciones de personas amadas, reconocimientos fortuitos, intervención continua de bandidos y piratas, y la presencia constante del mar que ocasiona los repetidos naufragios. Los protagonistas de estas novelas sufren un cautiverio tras otro y casi siempre son una pareja de amantes o cónyuges de incorruptible fidelidad conyugal.² Y

¹Obra anónima del XVI que fue publicada por primera vez por Antonio Paz y Meliá en la Revista de Archivos, XXI (1909), 536-554.

²Para un resumen más pormenorizado de los rasgos principales de la novela bizantina, véase Francisco López Estrada, "Suerte y olvido de la Historia Etiópica de Heliodoro," Clavileño, XIII(1952), 17-19. También Emilio Carilla, "La novela bizantina en España," Revista de Filología Española, XLIX(1966), 285-86.

nada más ilustrativo de estas parejas perfectas que los dos protagonistas de la novela de Heliodoro, Teágenes y Cariclea.

"Las Etiópicas" de Heliodoro:
novela de cautivos por excelencia

Todo lo que se puede decir de la novela bizantina está cifrado y concretado en Las Etiópicas, novela cumbre del mundo grecorromano y modelo por excelencia no sólo de los escritores del XVI y XVII, sino de los pintores también, pues consta que en la biblioteca de El Greco había un ejemplar de Heliodoro.¹

Como habíamos ya dicho, a Menéndez y Pelayo no le entusiasmaba mucho el tema de los cautivos, y lo mismo se nota en su juicio de la novela bizantina. Así que llegó a afirmar, a propósito del Persiles, que "Cervantes sacó todo el partido que podía sacarse de un género muerto".² Aunque reconoce que la novela de Heliodoro había logrado estimables admiradores y panegiristas entre los genios literarios del Siglo de Oro,

¹Luis Astrana Marín, Vida ejemplar y heroica de Cervantes, tomo VII (Madrid; Reus, 1958), pág. 418. En esta página, una de las notas reza así: "Lector de esta novela bizantina era el famoso pintor candiota Domenico Theotocópuli ("el Greco"), en cuyo inventario de bienes, hecho después de su muerte por su hijo Jorge Manuel en Toledo (año 1622), figura entre otros libros, un Eliodoro."

²Estudios de crítica literario, tomo I (Buenos Aires, 1944), pág. 337. Cervantes probablemente leyó la novela de Heliodoro en la traducción de Fernando de Mena, publicada en Alcalá de Henares por la casa de Juan Graciam, en 1587.

insiste en que el interés de las aventuras es mínimo y que casi todas pertenecen al género más inverosímil. Y si bien admite que es innegable su importancia en la historia de la novela, su trivial inverosimilitud, según él, hace que el libro sea de muy cansada lectura.¹ También Rodolfo Schevill, quien comentó el libro de Heliodoro en su relación con el Persiles, no pudo evitar la calificación de tedioso y de lectura fastidiosa.²

Más acertado, entonces, parece el juicio de Emilio Carilla, quien ha señalado que Las Etiópicas, lejos de ser un género muerto cuando Cervantes compuso el Persiles, tuvo su época más brillante y su mayor difusión a lo largo del siglo XVII, después de su éxito inicial en la segunda mitad del XVI.³ Esta afirmación sale en toda su verdad si consideramos que la novela bizantina se avenía, por su carácter, temática y estructura, más al espíritu del Barroco que al del Renacimiento. Y esto se ve con toda claridad en las muchas imitaciones de lo bizantino que salieron de las plumas de los autores del siglo XVII.

¹Orígenes de la novela, ed. cit. I, pág. 16.

²"Studies in Cervantes," Modern Philology (University of California), V(1907), pág. 6.

³Emilio Carilla, art. cit., pág. 275. Muy útil, en una discusión de la difusión de los temas bizantinos en España, es el estudio importante de Antonio Vilanova, "El peregrino andante en el Persiles de Cervantes," Bol. de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, XXXII (1949), 97-159 (sobre todo pág. 120 y sig.). También hay reflexiones interesantes sobre este tema en la Introducción al Persiles de Avalle-Arce (Clás. Castilla).

En su novela corta Las fortunas de Diana, Lope de Vega, comparando su obra con las dos novelas cumbres del género bizantino, dice que en ella "se fundan tantos accidentes, tantos amores y peligros que quisiera ser un Heliodoro para contarlos, o el celebrado autor de la Leucipe y el Clitofonte..."¹ Por otra parte, Gracián, cuya novela El Criticón es de pura inspiración heliodoriana, tampoco pudo encubrir su admiración por el gran novelista de Éfeso, elogiando en él su fecunda imaginación y su habilidad y gracia en crear enredos y desatarlos.² El gran mérito de Heliodoro es, pues, su pericia en el desarrollo del argumento que le hace al lector comerse las uñas hasta saber el desenlace de los enmarañados trabajos de Teágenes y Cariclea.

Pero quién ha destacado el auténtico valor y belleza esencial de la Historia Etiópica es López Estrada, comparándola a un magnífico trampolín que permite al lector lanzarse "a una situación espiritual en que el alma es arrastrada por esta vorágine del argumento..., pendiente de la suerte de los amantes que defienden la castidad en todos los trances de fortuna."³ Para el ilustre editor de El Abencerraje, la obra de Heliodoro

¹Obras escogidas, tomo II de la edición Aguilar (Madrid, 1961), pág. 1346.

²Albinio Martín Gabriel, "Heliodoro y la novela española (apuntes para una tesis)," Cuadernos de Literatura, VIII (1950), pág. 220.

³Op. cit., pág. 18.

"es un libro atormentado y tormentoso, en que los personajes no consiguen siquiera un respiro en sus fatigas. Suspiros, lágrimas, lloros, actitudes trágicas - centón de retazos de la tragedia y la epopeya antiguas - se suceden ininterrumpidamente."¹

El crítico entonces, pese a lo acertado de su magnífica descripción del libro, hace una afirmación desconcertante. Dice que la gran extensión de los diez libros de la novela se presenta hoy como un obstáculo inaccesible para el lector moderno y que hoy día hace falta una tensión extrema del crítico para percibir sus virtudes y significación; virtudes literarias que actualmente están cegadas para el lector sin hacer un esfuerzo por trasladarse a los siglos remotos, al Siglo de Oro por lo menos, y enjuiciar la obra desde en enfoque particular de la estética de Gracián y El Pinciano.

Francamente, y con el debido respecto a este ilustre crítico, tengo que confesar que no me fue preciso hacer tal esfuerzo por apreciar la belleza de Heliodoro. Desde la primera página del relato, el cual comienza in medias res con la magnífica escena de la playa después del robo y matanza de los piratas, lefa casi comiéndome las uñas - como los lectores del Siglo de Oro - hasta llegar al final. López Estrada se equivoca al calificar esta novela de anticuada para la sensibilidad actual. El libro de Heliodoro es una novela moderna, muy moderna; y el recurso de su asombroso comienzo es de una modernidad

¹Op. cit., pág. 18.

innegable y comparable, según Moses Hadas, a la técnica de la novela y del cine actual.¹

Por otra parte, en Heliodoro surgen problemas sociales de una actualidad palpitante: el problema de los prejuicios raciales, por ejemplo. Cariclea, hija de los reyes de Etiopía, es rechazada por su madre por tener la tez demasiado clara. Su matrimonio, al final de la obra, con un descendiente de Aquiles (Teágenes) y la exaltación del rey etíope y sus consejeros como dechados de justicia y sabiduría son claras muestras de un intento de reconciliación racial y de glorificación de la raza negra hecho por un autor que tendría, según se cree, la tez oscura.² He aquí la modernidad de una obra genial que podría servir de fuente de inspiración a todas las gentes oscuras de hoy día.³

¹Prólogo a Heliodoros, an Ethiopían Romance (University of Michigan, 1957), pág. v.

²Moses Hadas, en el Prólogo citado, sólo menciona la glorificación de la raza negra y la posibilidad de que Heliodoro fuese un hombre de tez oscura. Las inferencias que siguen son mías.

³No sé si los estudiosos negros se han fijado en esta novela tan importante para ellos; si no, y aunque parezca fuera del propósito de este trabajo, en ella encontrarían los modelos de belleza física y los paradigmas de perfección moral que podrían ser los sillares culturales de su difícil tarea de reconstruir su tan deseada dignidad racial, sin la cual cualquier pretensión de igualdad frente a las otras razas sería frustrada por las veleidades de su propio inseguro orgullo nacional.

Hay un aspecto de Las Etiópicas, empero, que es capital para nuestro tema: su calidad de novela de cautivos. Parece verdaderamente extraño que a nadie se le ocurriese resaltar este carácter primordial del libro; todos los críticos mencionados se fijaron en lo mismo: el carácter bizantino de la novela, su idealismo, su importancia en el Siglo de Oro, etc. Y sin embargo, la novela de Heliodoro aparece no sólo como un relato del cautiverio, sino como la novela de cautivos por excelencia. Este aspecto esencial de la obra, además de saltar a la vista desde la primera lectura, se hace aún más evidente cuando descubrimos que la fuente principal la constituye una tragedia perdida de Sófocles llamada Los cautivos (Αιχμαλώτοι).¹

Vista Las Etiópicas desde este enfoque, toda la relación entre Cervantes y Heliodoro cobra nuevo sentido y valor. Ahora es Cervantes el cautivo, y no el aficionado a las lecturas clásicas, el que se inspira de los suspiros, lloros y peripecias trágicas de los cautivos Teágenes y Cariclea. Estos dos amantes, además se mueven en un mundo agitado de viajes a países exóticos y de relaciones entre pueblos alejados, de costumbres raras y curiosas, y de repentinos trastrueques del destino de los seres humanos. Y Cervantes no puede menos que darse cuenta de que todo ese mundo de ficción de Heliodoro es el

¹John Dunlop, History of Fiction, I (Edinburgh, 1816), pág. 30.

mismo que los españoles de su siglo vivían en Flandes, en Italia, y en la guerra de corsarios del Mediterráneo; el mismo que Cervantes vivió en Lepanto y Argel.

El cautiverio en el
teatro latino

En los dos apartados anteriores, hemos visto que el motivo de los cautivos es lo que predomina en la novela bizantina. Pero este género aparece como un desarrollo tardío en la historia de la literatura griega. De lo poco que se sabe de los autores de novelas griegas, se puede señalar que todos compusieron sus obras en los primeros siglos de la edad cristiana: Jenofonte de Éfeso no antes del siglo II, Aquiles Tacio hacia el siglo V, y el autor de Las Etiópicas en el siglo III después de J.C.¹

El teatro griego, el cual es anterior en muchos siglos al género novelístico, da también muestras de la existencia de temas de cautiverio. Pero casi todas estas obras, como en el caso de Los cautivos de Sófocles, se perdieron. Sin embargo,

¹Moses Hadas, Prólogo de la edición citada, pág. xiii.

se conocían en los tiempos de los dramaturgos latinos, y gracias a ellos tenemos una gran cantidad de comedias y tragedias que en muchos casos son reflejos o adaptaciones de obras griegas perdidas.

En la comedia latina el motivo de los cautivos se da con gran frecuencia en las piezas de Terencio y Plauto, sobre todo en éste. En El persa de Plauto, se trata de un estratagema por medio del cual Toxilo embauca al dueño de su amante Lemnisielenis y logra, en medio de una comicidad típicamente plautiniana, la libertad de su amada. Y en otras obras como El mercader (Mercator), El cartaginés (Poenulus), y Los cautivos (Cautivi), encontramos el mismo mundo bizantino de robos, raptos, separaciones, y reconocimientos finales.¹ También se presentan las escenas, muy corrientes en este género, de compras y ventas de esclavos, mercaderes codiciosos, y amos que tratan por todos los medios posibles de seducir a sus bellas esclavas.²

No obstante, donde aparece el cautiverio en toda su fuerza patética es en las tragedias de Séneca. En Hércules sobre Eta (Hercules oetaeus), Yola, apresada en una de las hazafas del semidiós griego, deplora su triste cautiverio en Tarquina,

¹La captura por piratas en la Comedia Nueva era tan común que llegó a ser un tópico de los otros géneros también. Para más detalles, véase el libro citado de Ormerod, pág. 264.

²George E. Duckworth, The Complete Roman Drama, I (New York, 1942), pág. 677.

alternando sus lamentos con los sentidos versos del coro de mujeres esclavas.¹ Este coro de cautivas aparece también en Las troyanas (Troadas), donde Hécuba y las esclavas troyanas, en coro patético, alzan sus voces en dolorosas exclamaciones de protesta y al mismo tiempo reflexionan, como en una prefiguración cristiana de los lamentos de los cautivos del Siglo de Oro, sobre la inmortalidad del alma.²

El mismo tema de la triste suerte de las mujeres troyanas, acaudilladas por Hécuba, la mujer de Priamo de Troya, se da en Hécuba triste de Hernán Pérez de Oliva. La tragedia del gran humanista del XVI, empero, no desciende directamente de Séneca, puesto que se trata de una traducción bastante libre de la Hécuba de Eurípides,³ la cual, a su vez, sirvió de modelo para la pieza del gran filósofo cordobés. Además de estos temas que llegaron a España directamente de la literatura clásica, tan empapada de episodios de cautivos, otros tomaron el desvío de la Italia renacentista, donde conocieron un auge de varios siglos.

¹Seneca, His Tenne Tragedies, II. Edición de Thomas Newton (New York, 1927), págs. 197-201.

²Op. cit. II, págs. 45-48.

³J.P. Wickersham Crawford, Spanish Drama before Lope de Vega (University of Pennsylvania, 1967), pág. 161.

Boccaccio y los novellieri

Es, sobre todo, por medio de la narrativa grecorromana, y no tanto del género dramático, que los motivos griegos penetran las letras italianas. La novela bizantina en griego y latín gozó de una popularidad muy extendida durante la Edad Media y su temática pasó fácilmente a los herederos de Virgilio y Cicerón. La novela de Heliodoro, por ejemplo, y otras por el estilo se leían con gran entusiasmo por los monjes de los monasterios de todo el Imperio bizantino.¹ De más difusión, según parece, fue la historia de Apolonio, rey de Tiro, la cual, sin tener noticias acerca de su presunta autoría griega, llegó a ser en su forma latina una de las narraciones más leídas de Edad Media, y después de su incorporación en la Gesta Romanorum dio a luz una de las obras maestras del mister de clerecía: el Libro de Apolonio, fechado entre 1235 y 1240.²

La Historia Apollonii, muy típica de la narración bizantina con sus naufragios y cautiverios, debió haber sido conocida por Boccaccio.³ En el Decamerón hay toda una serie de novelas que se pueden llamar griegas, pues presentan el mismo ambiente de una concatenación de peripecias a lo bizantino.⁴

¹Moses Hadas, An Ethiopian Romance, pág. x.

²K.P. Harrington, Mediaeval Latin (University of Chicago, 1962), pág. 447.

³Dunlop, ed. cit. II, pág. 224.

⁴Agustín G. de Amezá y Mayo, Cervantes, creador de la novela corta española, II(Madrid, 1956), pág. 50.

La historia de la hija del Sultán de Babilonia (2ª Jornada, VII) es muy representativa de esta modalidad boccachesca. Mandada por su padre a ser la esposa del rey del Algarve, sufre una serie casi interminable de raptos y llega al poder de un duello tras otro antes de alcanzar la meta de su viaje. Su origen griego, por otra parte, se puede señalar con más precisión, puesto que Dunlop considera la novela una adaptación de Las Efesacas de Jenofonte de Éfeso.¹

Otros cuentos, en cambio, presentan elementos que los vinculan más estrechamente con la realidad histórica del siglo de Boccaccio. En la historia de Landolfo Ruffolo (2ª Jornada, IV), el protagonista es un mercader acomodado que, después de perder su fortuna, se hace corsario y emprende correrías marítimas contra los navíos turcos y cristianos antes de ser apresado por los genoveses. Esta novela, con sus aventuras sobre el mar y súbitos cambios de fortuna, es una feliz adaptación de la temática bizantina a la realidad del siglo XIV. Fue intercalada en la novela catalana Tirant lo Blanch, compuesta hacia finales del siglo XV por el valenciano Joanot Martorell.² En el escrutinio de los libros de Don Quijote, Cervantes afirma que el Tirant es "por su estilo el mejor libro del mundo," y subraya en él su verosimilitud y realismo.³

¹Dunlop, ed. cit. II, pág. 253.

²Juan Luis Alborg, Historia de la literatura española, I(Madrid, 1970), pág. 472.

³Quijote, I, cap. 6.

Estos elogios, por otra parte, son más significativos si consideramos que Tirant lo Blanch, según Menéndez y Pelayo, no es un caballero andante que consume su actividad en delirios y quimeras, sino un hábil capitán que pone su espada al servicio de la cristiandad amenazada por los turcos.¹

Volviendo a Boccaccio, ya en el siglo XIV tenemos un caso de cautiverio entre los berberescos del Norte de Africa, y precisamente en un cuento que se parece a El amante liberal de Cervantes en varios aspectos. Martuccio, el personaje central del segundo cuento de la Jornada V, ama a Costanza, pero es rechazado por el padre de ella a causa de su pobreza. Martuccio, que vive en una isla cerca de Sicilia, se marcha desconsolado y en el mar es apresado por los corsarios tunecinos. Costanza, por su parte, afligida por creer a su amante muerto, se abandona sola en un barco a las ondas del mar y llega por casualidad al mismo lugar berberesco, donde, después de varias peripecias, los dos amantes se reúnen. Al final, cargados de regalos vuelven a su patria donde son recibidos con grandes fiestas antes de efectuarse las bodas de los dos cautivos repatriados.

Al emparejar esta novela con El amante liberal, las diferencias que surgen son mucho más numerosas que las coinci-

¹Orígenes de la novela, ed. cit. I, pág. 400.

dencias. No podemos, empero, desechar los paralelismos que indican cierta relación y posible entronque entre las dos narraciones. Martuccio, como Ricardo en El amante, después de ser rechazado en sus pretensiones amorosas a causa de su estado social, cae en el cautiverio; y Costanza llega asimismo al cautiverio creyendo, como Leonisa, que su galán está muerto. Por otra parte, la pareja de Boccaccio es, si no de Sicilia, por lo menos de una isla muy cercana, indicando una común situación geográfica en el comienzo y final de las dos obras.

Debemos señalar también que Costanza, al llegar a la deriva a la costa tunecina, se encuentra con una mujer cristiana que es de Trápana, la misma patria que la del renegado Mahamut de El amante, y que la consuela y orienta en su estancia en esa tierra desconocida, igual que hace Mahamut con Ricardo. Y por último, tenemos un desenlace casi idéntico en la vuelta de los cautivos a su patria cargados de regalos, y en las fiestas de regocijo que en las dos obras terminan en bodas.¹

¹Amezúa, en su trabajo sobre la novela corta cervantina (II, pág. 50), no menciona esta obra de Boccaccio como posible fuente de El amante, si bien señala una filiación bastante estrecha entre los episodios de Ricardo y Leonisa y las llamadas novelas griegas de Boccaccio. Tampoco la menciona Emilio Alarcos García en su estudio "Cervantes y Boccaccio," en Homenaje a Cervantes, II (Valencia, 1950), pág. 197-235, en el cual acepta sin reservas la influencia de Boccaccio en las obras cervantinas. Por último, es preciso señalar que Casaldueño en "Parodia de una Cuestión de amor" (Estudios sobre el teatro español. Madrid, 1962), ha encontrado en La entretenida de Cervantes un tema amoroso que viene directamente del Filocolo.

El cautiverio es el tema de varias otras novelas del Decamerón, pero no es el propósito de este trabajo estudiarlo a fondo en Boccaccio y en los autores italianos posteriores, sino indicar la presencia de una temática que tendrá gran boga luego en los autores españoles del XVI y XVII.

Llegando, pues, al siglo de Ariosto, vemos que las llamadas narraciones griegas de Boccaccio surgen de nuevo en casi todos los novellieri del XVI. Como en el autor del Decamerón, encontramos en los Hecatommithi de Giovanni Battista Cinthio (1506-1573) y en Sei Giornate de Sebastiano Erizzo (1525-1585) una cantidad no despreciable de novelas puramente narrativas, y cuya trama se urde, en su mayor parte, con aventuras de corsarios y cautivos que se suceden unas a otras, ensartándose entre sí y formando una acción rápida y de gran interés para los lectores de aquellos tiempos.¹

Un caso interesante de cautiverio voluntario se presenta en Matteo Bandello (1480-1561). La novela 50 de la 3ª Parte narra la historia de Petriello que, al saber que su esposa ha sido apresada por los corsarios tunecinos, se deja cautivar voluntariamente poniéndose en un sitio por donde pasan las galeras de los piratas, para así reunirse con su amada mujer. Fijándose en sus semejanzas, Dámaso Alonso ha señalado esta novela como posible fuente del cautiverio de Arnaldo

¹En estos novellieri del XVI, la narración sólo conserva de la novela bizantina el ambiente marítimo con sus nau-

en la Comedia del degollado de Juan de la Cueva, y asimismo del episodio de don Fernando y Costanza en Los baños de Argel, dándonos así otro ejemplo de posible filiación entre el tema del cautiverio italiano y el de los autores españoles.¹

Con estos pocos ejemplos creemos que hay suficiente para demostrar, no sólo la existencia de un mundo de narraciones de cautivos en la literatura italiana, sino su paso a los autores españoles del XVI. Que Cervantes leyera a Boccaccio, como leyó a Ariosto, a Tasso y a otros escritores italianos es cosa sabida y puede admitirse sin discusión. Y lo mismo vale para otros escritores del Siglo de Oro que cultivaron los temas de cautiverio como Lope de Rueda, Timoneda, Juan de la Cueva, Lope de Vega, etc.² No hace falta señalar la exis-

fragios y ataque de corsarios, y la concatenación de una serie de episodios, los cuales, en cambio, están sólidamente anclados en la realidad geográfica y temporal del XVI.

¹"Maraffa de hilos (Un tema de cautiverio entre Fulgoso, Pero Mexfa, Bandello, Juan de la Cueva y Cervantes)," en Del Siglo de Oro a este siglo de siglas (Madrid, 1962), pág. 41. Este estudio salió primero en dos artículos anteriores: "Una fuente de Los baños de Argel," Revista de Filología Española, XIV(1927), 275-282; y "Los baños de Argel y la Comedia del degollado," R.F.E., XXIV(1937), 213-218.

²Este influjo de lo italiano en España queda patente a lo largo del trabajo muy estimable de Caroline B. Bourland, "Boccaccio and the Decameron in Castilian and Catalan Literature," Revue Hispanique, XII(1905), pág. 67 y sig. La referencia a Cervantes se encuentra en la pág. 235 donde proclama que "Boccaccio fue para Cervantes lección y ejemplo hondamente asimilados y convertidos en substancia propia."

tencia de traducciones españolas, pues cualquier autor de aquellos tiempos que presumía de letrado podía leer y leer, efectivamente, las obras italianas en sus textos originales.

De modo que la presencia en la España del XVI de la temática griega, en su particular forma italiana, es un hecho; y en el capítulo siguiente veremos como estos motivos evolucionan hasta el momento en el que surgirán las creaciones maestras de Cervantes.

II

E L T E M A E N E S P A N A

H A S T A C E R V A N T E S

Continuación de la
modalidad bizantina

Con la enorme popularidad y aceptación de las novelas italianas y el nuevo interés despertado en las narraciones bizantinas, se inicia en la evolución de nuestro tema una fase que podemos denominar precervantina. En esta época que comprende las tres o cuatro décadas anteriores a las primeras obras de Cervantes - o sea, de 1545 a 1585 más o menos - el cautiverio como motivo literario se presenta en su forma más estereotipada, estrechamente vinculado a las modalidades de la novela bizantina - ya en su forma original, ya en su transmutación italiana - y con poquísimas concesiones a las verdaderas experiencias de cautiverio que los españoles iban sufriendo con ritmo acelerado a medida que avanzaba el siglo XVI.

Una de las primeras manifestaciones de esta tendencia se da en la Comedia Armelina de Lope de Rueda, escrita hacia 1545.¹ El núcleo esencial de esta pieccecita gira en torno a una muchacha que cae en poder de unos corsarios cerca de Cerdeña y es vendida a un herrero de Cartagena. Al final, después de muchos años, es hallada por los padres y toda la familia se reúne en un desenlace feliz. La herencia bizantina de esta obra se ve claramente en el rapto, separación en el cautiverio y reconocimiento final, el ciclo típico de la novela griega.

Pero la obra más representativa de la modalidad bizantina del cautiverio es la Comedia llamada de los cautivos,² obra anónima de mediados del XVI, en cuatro jornadas de puro corte clásico en el tiempo y en el espacio. La acción tiene lugar en la época de las guerras entre Roma y Cartago. Ylioneo y su amante Lucela escapan de la tutela de sus padres para casarse. Son raptados por los bandidos y vendidos a unos corsarios que los llevan presos a cartago. Allí, Lucela, dis-

¹Esta pieza fue incluida en las obras de Lope de Rueda recogidas por J. Moreno Villa en Clásicos Castellanos, Madrid, 1924. La primera edición es de Juan de Timoneda: Las quatro comedias y dos coloquios pastoriles del excelente poeta y gracioso representante Lope de Rueda. Valencia: J. Timoneca, 1567.

²Publicada por primera vez por Antonio Paz y Melia en la Revista de Archivos, XXI(1909), 536-554. El texto está basado en el original de la Biblioteca Nacional: Ms. núm. 17.439.

frazada de hombre, atrae el amor de la hija de su amo; y al rechazar sus propósitos lascivos, la hija le acusa de haber intentado forzarla y el padre la echa en la prisión. Como es de esperar, todo se resuelve con la revelación de su verdadera identidad femenina. Con la llegada de los padres de los dos jóvenes, se realiza la anagnórisis que permite un desenlace feliz.

Esta pieza, además de ser modelo perfecto de la temática clásica, presenta paralelismos interesantes. La hija del amo, la cual se enamora de una cautiva disfrazada de hombre, se halla en la novela Guzmán el bravo de Lope de Vega,¹ y con ciertas modificaciones en dos comedias: Las Batuecas del Duque de Alba, también de Lope, y El José de las mujeres de Calderón.² Por otra parte, hay una relación evidente con Los tratos de Argel. En esta pieza primeriza de Cervantes, los amantes Silvia y Aurelio caen en poder de los corsarios después de huir de la casa paternal, siendo el cautiverio el castigo merecido por la desobediencia a los padres. En Argel, los dos protagonistas defienden su honestidad con la misma

¹Esta novela es una de las cuatro Novelas a Marcia Leonarda, de las que hablaremos en otro capítulo.

²J. P. Wickersham Crawford, Spanish Drama before Lope de Vega. Edición revisada (University of Pennsylvania, 1967), pág. 173.

fortaleza de ánimo que mostraron Lucela e Ylioneo en Los cautivos. Así que Los tratos, a pesar de la veracidad del cautiverio que representa, ofrece un núcleo dramático que pertenece de modo inequívoco al ámbito de la temática bizantina.¹

Si el teatro del XVI presenta varios casos de temas entroncados con las narraciones griegas, es sobre todo en la novela de esta época donde se dan con más frecuencia. En la Patraña novena de Timoneda, Ceberino es cautivado por unos moros mientras anda por una playa no lejos de su mujer Rosina, la cual no cae en la trampa tendida por los raptores de su esposo. Los moros llevan a Ceberino a Constantinopla donde Madama, hija del Gran Sultán, se enamora de él y le entrega sus joyas con la intención de huirse con el cautivo cristiano. Este detalle nos recuerda no sólo la novela de El Cautivo de Cervantes, sino también La desdicha por la honra, una de las cuatro Novelas a Marcia Leonarda de Lope de Vega, con argumento que coincide en algunos puntos con el cuento de Timoneda.²

¹El mundo de la novela bizantina mezclado con la realidad del cautiverio del tiempo de Cervantes también se da en El amante liberal. La separación de Ricardo y Leonisa, los naufragios y tormentas, el cruce amoroso entre una pareja de amos y otra de esclavos, las aventuras en alto mar, etc., todo pertenece al ámbito de la estética bizantina.

²El paralelismo de las dos novelas será más clara al estudiar la novela de Lope en un capítulo posterior.

Al final de la patraña, después de varios años, Ceberino, con la casualidad característica de este tipo de narraciones, se reúne con su esposa en un desenlace feliz. Como en el caso de la Comedia Armelina, podemos percibir los mismos rasgos - robo de personas, separación y anagnórisis final - los cuales hacen de esta patraña un ejemplo típico del eslabonamiento episódico de la novela bizantina.

Aún más indicativo de la predilección que el famoso librero valenciano sentía para los temas griegos se ve en el hecho de que la patraña más larga del Patrañuelo relate la historia de Apolonio de Tiro. La Patraña oncena, que narra las conocidas peregrinaciones del rey de Tiro y de su hija Politiana, es una abreviación novelesca de la vieja historia griega que Timoneda leyó en la Gesta Romanorum o en el Libro de Apolonio si el manuscrito, según los indicios poco claros de Nicolás Antonio, se conocía efectivamente en el siglo XVI.¹

Más de dos décadas antes de la publicación del Patrañuelo (1576), Alonso Nuffez de Reinoso dio a luz en Venecia, en 1552, Los amores de Clareo y Florisea, libro calcado en la novela de Aquiles Tacio y de un influjo considerable en

¹Florencio Janer, Prólogo a Poetas castellanos anteriores al siglo XV de la Biblioteca de Autores Españoles (tomo 57), pág. xxxvi. Se ha encontrado recientemente un Apolonio en prosa impreso en Zaragoza (?) hacia 1488. Hay ed. facsímil de Antonio Pérez Gómez (Valencia, 1966).

la obra de Cervantes, como veremos más adelante. Reinoso, que no conocía los cuatro primeros libros de Leucipe y Clitofonte por haber sido arrancados de la traducción italiana que manejaba, ideó el comienzo de su obra de un modo original.¹ Clareo y Florisea son prometidos esposos que, impacientes de esperar que sus padres los casen, huyen de la tutela paternal y emprenden un viaje que les lleva de Bisanzio, su patria natal, a Alejandría, "dejando a sus padres con su partida no menos espantados y descontentos."²

Clareo es un caballero "de noble sangre y honesta vida, y cumplido de todas las partes"; y por haber hecho un voto o promesa de no casarse con Florisea hasta que llegue un hermano de él, los dos amantes, como Periandro y Auristela in el Persiles, se hacen pasar por hermanos al llegar a Alejandría. Aquí Reinoso comienza la imitación de Aquiles Tacio, pero no se trata de una traducción. Las aventuras, empero, corresponden casi detalle a detalle. Menelao, quien es el sosias del corsario Cherea en la novela griega, roba a Florisea y en el mar finge matarla y echa a las aguas el cuerpo descabezado de una esclava. Clareo, persiguiendo al raptor de su prometida, tropieza con el cadáver mutilado y llora amargamente

¹Menéndez y Pelayo, Orígenes de la novela, ed. cit. II, pág. 76. Una copia de la ed. príncipe de la obra de Reinoso (Venecia: Ferrari, 1552) se encuentra en la Hispanic Society.

²En la B.A.E., tomo 3, pág. 433. El recurso de los prometidos esposos que emprenden una serie de aventuras antes de poder casarse fue repetido por Cervantes en el Persiles.

la muerte de Florisea.

Entra, entonces, en la historia la rica Isea, que se prenda perdidamente del galán en duelo. Logra de Clareo una promesa de matrimonio y los dos emprenden un viaje al final del cual llegan a Éfeso, donde se realiza el reconocimiento típico de estas historias. Isea, que se creía viuda se reúne con su esposo, y Clareo encuentra a Florisea en el triste estado de esclava de Tesiandro, el marido de Isea. Éste la había comprado de un corsario que la vendió por no poder satisfacer su lascivia con ella. Tesiandro, en una situación parecida a la del amo de Silvia en Los tratos de Argel, tampoco puede vencer la honestidad de Florisea, la cual logra obtener su libertad y volver con Clareo a su patria donde celebran sus bodas.¹

La Historia de los amores de Clareo y Florisea, según Menéndez y Pelayo, tiene la gloria de ser la primera imitación de las novelas griegas publicada en Europa, dando comienzo así a una larga tradición de novelas calcadas en modelos clásicos. La traducción francesa del libro de Reinoso no se hizo tardar, pues salió el año siguiente en París; y en España Reinoso sirvió de trampolín para el feliz parto del ingenio de Jerónimo de Contreras: la Selva de aventuras.²

¹Antes de celebrarse las bodas, hay un cruce amoroso que surge en casi idénticas circunstancias que en Los tratos y El amante liberal de Cervantes.

²Orígenes de la novela, ed. cit. II, pág. 83. Ade-

Argel como purgatorio en
la novela de Contreras

El libro de Contreras, publicado antes de 1565, muestra cierta independencia de los modelos bizantinos.¹ Si es verdad que todavía respira el ambiente de las narraciones griegas, su vinculación, en cambio, con la vida actual hace de la Selva un libro más original y de lectura más amena que la novela de Reinoso. El argumento, bastante complicado, se resume así: Luzmán, un noble caballero de Sevilla, está enamorado de Arbolea que, aunque siente un amor puro por él galán, prefiere la vida religiosa al matrimonio. El protagonista, entonces, emprende largos viajes en busca de consuelo y de olvido. Dice que es un peregrino que "anda deseoso de ver las cosas que el mundo en sí tan maravillosas tiene;" y para rematar esta larga serie de episodios, el protagonista, al volver a España, cae en las redes de los corsarios berberiscos y es llevado a Argel. Después de sufrir con paciencia y grandes muestras de virtud un cautiverio no muy riguroso,

más del análisis: breve de Menéndez y Pelayo, el único estudio sobre Reinoso que hemos encontrado es la tesis doctoral de Stanislav Zimic, "Cervantes, lector de Aquiles Tacio y de Alonso Núñez de Reinoso," Duke University, 1964.

¹La Selva fue incluida en Novelistas anteriores a Cervantes de la B.A.E. (tomo 3), págs. 469-504. No encontramos ningún estudio de Contreras para completar el resumen hecho por Menéndez y Pelayo en Orígenes de novela, ed. cit. II, págs. 83-88. Este crítico cita la ed. de Barcelona (C. Bornat, 1565) y afirma que no es la princeps. No cita, en cambio, la de Salamanca (Pedro Laso, 1573), la cual hemos consultado en la Hispanic Society of America.

su amo Calimán, en agradecimiento por la gran merced que Luzmán le había hecho en sus amores con la princesa de Argel, le da "aquello que es más dulce y más amado y deseado que la misma vida," es decir, la libertad, y le encamina hacia España, donde decide acogerse a la vida eremítica.

La crítica moderna, como ya afirmamos en otra parte, ha desdeñado injustamente el episodio de cautiverio de la Selva de aventuras, considerándolo "lugar común de tantas novelas y comedias posteriores." Este criterio descaminado y poco edificante ha cerrado el paso a una interpretación más profunda y acertada de la obra. Luzmán como peregrino en el camino de la vida es símbolo y cifra del alma cristiana que anhela y busca su purificación por medio de los trabajos y sufrimientos, los cuales le permitirán, ya acendrada su alma en el crisol del cautiverio, elevarse a los planos superiores de lo celeste.

Al leer la novela de Contreras, hay un hecho que nos impresiona de un modo especial: Luzmán parece, no un hombre de carne y hueso, sino una sombra que aparece y se esfuma, que pasa de una aventura a otra. Y en estas aventuras sin ningún dinamismo, Luzmán da la impresión de no tener contacto con las cosas, con la realidad. El protagonista, en efecto, se mueve en un plano irreal de la espiritualidad más pura; y en ese plano, que se esfuma a veces por falta de corporeidad,

el simbolismo de Luzmán surge redoblado y enaltecido de pura significación espiritual: Luzmán es un alma que flota y sufre en el purgatorio.

Pues, en aquel purgatorio, las numerosas poesías que interrumpen la narración no tienen otro fin que el de revelar el estado de ánimo de un alma en trance de purificarse. Esto aparece con evidencia en los versos siguientes del Libro Tercero:

El cuerpo es la prisión y sepultura
Del ánimo hermosa, santa y bella,
Mundo, carne y demonio van tras ella
Por hacerle perder su hermosura.¹

Aquí vemos que Luzmán huye de lo corporal, que es cárcel del alma, y busca lo espiritual. Pero hay más: estos versos nos dan la clave del sentido esencial del cautiverio. Si el cuerpo es la prisión del alma, de ahí que el cautiverio aparezca como prisión tanto del cuerpo como del alma y el medio más indicado para efectuar la purificación del alma. De suerte que, en el sentido religioso, el cautiverio de Luzmán en Argel, lejos de ser un lugar común, viene a ser un purgatorio terrenal, una prefiguración mundial del viaje metafísico que el alma, después de su vida en la tierra, emprenderá en el "camino de perfección" y acercamiento a Dios.

¹Ed. cit. de la B.A.E., pág. 483. Folio 51 de la edición de Salamanca, 1573.

He aquí la verdad esencial del tema en la Selva,¹ y el autor tuvo un acierto redoblado al colocar la acción del cautiverio, no en un lugar lejano y exótico, sino en el Argel que ya en su época empezaba a gozar de renombre como "cueva de ladrones y madriguera de piratas." Con la excepción del Viaje de Turquía, inédito en el Siglo de Oro, parece que la Selva de aventuras es la primera obra importante que incluye un episodio argelino sobre el cautiverio auténtico de la época.² El lugar de la acción en Argel, que ya mencionamos, el reparto de los cautivos entre los piratas, y la importancia que desempeña el oficio del cautivo, son tres notas que, aun-

¹El cautiverio como purgatorio se encuentra en muchas obras de este tema. En el romance nuevo El cautivo de Ochalf (Durán, núm. 279), el narrador, contemplando la belleza de Argel desde una colina del campo, exclama: "Purgatorio / De mi mocedad pasada, / ¡Cuán hermosa eres por fuera / De mil torres almenadas! / ¡De dentro, más que la noche / Tienes triste la morada!" Este romance, incluido por Durán en la "Sección de romances de cautivos y forzados" de los romances moriscos, fue recogido del Romancero general (Madrid: Luis Sánchez, 1600).

²La innovación de Contreras se destaca más si consideramos que, ya casi al final del siglo XVI, la Novela del Gran Soldán, intercalada en el Galateo español de Lucas Gracián Danzisco (Madrid, 1593), presenta un episodio de cautiverio mucho más alejado de la realidad. La escena de la acción de este relato es "la gran Persia", en cuya corte el Príncipe de Nápoles sufre un cautiverio no muy riguroso a causa de los amores que siente por él la Princesa Axa. Es una narración llena de motivos folklóricos, y sólo cobra interés en el episodio de la evasión, pues la linda Axa roba los cofres llenos del tesoro de su padre y huye con el héroe para hacerse cristiana y casarse con él en su tierra. La manera en que se efectúa la evasión se vincula con la Patraña IX de Timoneda y establece un interesante antecedente para El Cautivo de Cervantes. Hay edición crítica de Margherita Morreale (Madrid, 1968).

que tratadas muy brevemente, muestran un primer paso hacia la incorporación de la realidad argelina en la literatura del XVI; y estos rasgos primerizos sirven para destacar la gran diferencia del tema del cautiverio en Contreras con respecto a las obras de Timoneda y Nuffez de Reinoso, todavía incapaces de romper los moldes de la novela griega e italiana.

La realidad peninsular
del cautiverio

A pesar de estas ligeras concesiones a la realidad argelina que aparece por primera vez en Contreras, el tema de los cautivos se presenta hasta ahora en las formas estereotipadas de la novela bizantina y de su forma italiana. Es preciso hacer resaltar este fenómeno para mejor apreciar la gran innovación que representa la novela de El Capitán cautivo de Cervantes en cuanto a enriquecimiento de los temas literarios del XVII.

Al decir que Cervantes es el gran innovador del tema del cautiverio, conviene hacer cierta aclaración. El cautiverio como motivo literario basado en la realidad del XVI no estaba ausente de la época anterior a Cervantes. Se encuentra en una de sus formas más bellas en El Abencerraje. Lo

interesante de esta primorosa novela es que el cautiverio se desarrolla en un ambiente de caballerosidad tan idealizada que casi no nos damos cuenta de que se trata de una novela de cautivos con cierta relación con los romances fronterizos de cautivos.

En el Romancero General de Durán, el primer romance del grupo de "cautivos y forzados" es muy revelador de la situación fronteriza que inspiró El Abencerraje. Sentado en un vergel, junto a una ribera verde, un cautivo cuenta su historia:

Mi padre era de Ronda,
Y mi madre de Antequera;
Captiváronme ños moros
Entre la paz y la guerra,
Y lleváronme a vender
A Vélez de la Gomera.¹

El cautivo dice que le cautivaron "entre la paz y la guerra" y estas palabras, para nosotros, resumen y compendian toda la trágica vivencia de dos civilizaciones en contienda secular para el dominio de la Península Ibérica. Con la excepción de períodos breves de verdadera guerra, la situación cotidiana se cifra admirablemente con el verso "entre la paz y la guerra," o sea, las algaras o correrías que hacían moros y cristianos por campo enemigo en busca continua de bo-

¹Durán, núm. 258. La fuente de este romance morisco, según el compilador, es: Rosa de Amores, una de las cuatro partes de Rosas de romances de Juan de Timoneda (Valencia, 1573). Paul Bénichou ha estudiado esta composición en Creación poética en el romancero tradicional (Madrid: Gredos, 1968). El tema del cautivo en los romances y en la historia de Abindarráez fue tratado por Francisco López Estrada en El Abencerraje ... Cuatro textos y su estudio (Madrid, 1957), págs. 112-115; pero el crítico no menciona el romance que citamos.

tín; y qué botín más precioso que los mismos seres humanos. Seres humanos como el enamorado moro Abindarráez, que bien hubiera podido suspirar, como el cautivo del romance, "captiváronme entre la paz y la guerra."

Estas correrías frecuentes que duraron casi ocho siglos no terminaron con la caída de Granada. Ni siquiera el Mediterráneo podía servir de obstáculo para contener el odio de ocho siglos. Al encontrarse en orillas opuestas del mar, los caballeros cristianos y los adalides moros se miraron con esa mirada de odio capaz de salvar grandes distancias, y en seguida trocaron sus caballos de guerra por bergantines y galeras para reanudar sobre el mar las correrías terrestres. El siglo XVI, el siglo de Cervantes, es el siglo de las correrías marítimas, el siglo de la guerra de corsarios. El "entre la paz y la guerra" de nuestro cautivo del romance se ha trocado por la guerra continua sobre el mar. Si en la Península había períodos de relativa paz y tranquilidad, en el mar es la guerra sin tregua. Y el objeto de aquella guerra: el ser humano destinado a las almonedas públicas y la esclavitud.

Esta es la realidad histórica del Mediterráneo del siglo XVI: la desaparición de la frontera terrestre y el surgimiento de la frontera marítima, con sus nuevas modalidades de combate; y el salto de una a otra frontera es el mismo

que diferencia el Abencerraje de El Capitán cautivo, las dos novelas más perfectas sobre el tema del cautiverio. Es curioso notar, por otra parte, que entre estas dos grandes obras aparece la novela de Ozmán y Daraja de Mateo Alemán con un tipo de cautiverio que se acerca mucho más al Abencerraje que a El Cautivo, a pesar de publicarse sólo seis años antes de la Primera Parte del Quijote, siendo este hecho muestra de la profunda renovación temática que dio Cervantes con la historia de Viedma y Zoraida.¹

No obstante, antes de llegar a estas obras cumbres del Siglo de Oro, el cautiverio había tenido un desarrollo no desdeñable en la Edad Media: en la historia, desde el momento de la irrupción de los árabes en la Península; y en la literatura, desde su primer monumento épico, el Poema de Mío Cid.

Las evasiones milagrosas de la Edad Media

La guerra fronteriza, a la que aludimos en el apartado anterior, no se limita solamente a las escaramuzas de los castellanos con el Reino de Granada durante los siglos XIV y XV, pues se remonta a las primeras centurias de la dominación árabe de España. Ya en el siglo VIII, las crónicas

¹Sobre el influjo de Heliodoro en la novela de Ozmán y Daraja hay un artículo de Donald Mc Grady, "Heliodorus' influence on Mateo Alemán," Hispanic Review, XXXIV(1966), 49-53. Para un estudio general de esta novela corta: Francisco Rico, La novela picaresca española (Barcelona: Planeta, 1967), y Angel San Miguel, Sentido y estructura del Guzmán (Madrid: Gredos, 1971).

hablan de incursiones y jornadas militares que los musulmanes dirigían contra los incipientes estados cristianos del Norte de la Península.

Después de la Conquista, que suministró unos 30.000 esclavos cristianos a los generales árabes y sirios, la España musulmana, para abastecerse de la mano de obra necesaria, recurrió a las incursiones contra los cristianos, volviendo casi siempre con gran cantidad de cautivos que se vendían en las almonedas públicas.¹ Un testimonio del peligro inminente de las algaras de los moros y la trágica suerte de los cautivos cristianos que caían en sus manos se conserva nada menos que en la Vida de Santo Domingo de Silos, donde con cuatro versos alejandrinos, cual cuatro pinceladas rápidas que captan lo esencial de una situación auténtica, Gonzalo de Berceo pinta un cuadro de gran fuerza poética y de irrecusable autenticidad histórica:

Eran en essi tiempo los moros muy vecinos,
Non ossaban los omnes andar por los caminos,
Daban las cosas malas salto a los matinos,

¹Charles Verlinden, "L'esclavage dans le monde ibérique médiéval," Anuario de Historia del Derecho Español, XII (1935), pág. 372. En este estudio, el mejor sobre el tema de los cautivos peninsulares, el autor presenta, con sus fuentes, numerosos datos acerca de las incursiones de árabes y cristianos, y de los cautivos apresados en aquellas jornadas.

Levaban crua-mientre en soga los mezquinos.¹

Los cristianos, por su parte, hacían lo mismo contra los moros. La primera mención de reducción a la esclavitud de prisioneros moros se remonta al fin del siglo VIII, cuando, en 795, los gallegos regresaron a su tierra con un número crecido de cautivos musulmanes. Alfonso el Casto, en una expedición contra Lisboa, volvió con tantos cautivos que envió algunos a Carlomagno como presente.²

De modo que el botín más codiciado, tanto de moros como de cristianos, era el ser humano. Reducidos a la estrechez de una esclavitud rigurosísima, estos pobres miserables no soñaban con otra cosa que la libertad, hecho atestiguado por las numerosas evasiones efectuadas durante toda la Edad Media. Tan grande era ese anhelo de libertad y tan difícil de lograr que, cuando un cautivo acertaba en su tentativa y llegaba por fin a tierra cristiana, atribufa su buena fortuna a menudo, según veremos, a la intervención milagrosa de un santo.

Santo Domingo, el gran restaurador del monasterio de Silos en tiempos del rey Fernando I el Grande, es el ínclito varón que surge en el siglo XIII como el gran libertador de

¹Ed. de la B.A.E. (tomo 57), pág. 51.

²Charles Verlinden, art. cit., pág. 379.

cautivos cristianos. En la obra de Berceo sobre este santo, algunos de los relatos poéticos se refieren a cautivos que obtienen su libertad con el auxilio milagroso del santo. Un cristiano, por ejemplo, cautivo de los moros en la prisión de "Medina Çelima," cuando "cerca era de gallos media noche troçada," ve entrar un resplandor en medio de la mazmorra y aparece "un omne blanqueado" en forma de clérigo que le ayuda a salir.¹

Sin embargo, la fuente más fecunda de estos relatos es el opúsculo manuscrito del monje Pero Marín (siglo XIII), que lleva el título Miráculos romanzados. Los cautivos librados por la mediación del santo taumaturgo iban en peregrinación al monasterio de Silos a cumplir el voto hecho de rendir gracias y cadenas ante el sepulcro del Santo; y allí, después de escuchar Pero Marín sus relatos, consignaba los hechos en un florilegio de narraciones, verdaderos cuadros animados de los cautivos cristianos del XIII, las cuales narraciones, con pocas excepciones, se refieren siempre a la

¹Vida de Santo Domingo de Silos. Ed. cit., pág.62. Estos milagros de cautivos se pueden asimismo leer en la versión latina de la historia del santo, escrita por el Abad Grimaldo y utilizada por Berceo en la elaboración de su obra romanceada. Véase J.L. Alborg, Historia de la literatura, I (Madrid, 1970), pág. 125. Para un excelente estudio de los códices del siglo XIII que narran la vida de este santo, sería muy útil el artículo de Fr. Alfonso Andrés, "Notable manuscrito de los primeros hagiógrafos de Santo Domingo de Silos," Boletín de la Real Academia Española, IV(1917), 172-194.

redención milagrosa de cristiaaos que huyen de los moros.¹

La liberación de los más de los cautivos se hace por medios que nada tienen de extraordinarios, pero siempre con la aparición o voz del Santo que instiga al cautivo a romper sus cadenas y evadirse. En otros casos, empero, el suceso tiene caracteres de auténticos prodigios sobrenaturales, como los cautivos que de repente, y sin saber como, se hallaban en sus pueblos natales, o los que se elevaban en el aire y volaban por el espacio hasta llegar a sus casas.²

Mas tales evasiones eran entonces y después muy comunes en otras partes de España también.³ En el monasterio jerónimo de Nuestra Señora de Guadalupe, en la provincia de Cáceres, se enseñaban en el siglo XVI las cadenas de muchos cautivos libertados por la mediación de la Virgen.⁴ Y el

¹José María Cossío, "Cautivos de moros en el siglo XIII," Al-Andalus, VII(1942), pág. 51. El opúsculo de Pero Marín fue incluido en la Vida y Milagros del Thaumaturgo español...Redemptor de Cautivos...Sto. Domingo Manso (Madrid, 1736), del Padre Sebastián de Vergara. Cossío, en su artículo, ha sacado lo más esencial de esta obra y resume las narraciones más interesantes.

²Cossío, art. cit., págs. 83 y sig.

³Agustín Burán, Romancero General, II (Madrid, 1926), pág. 213.

⁴La Virgen parece ser la intercesora predilecta de Cervantes, pues sus cautivos en Los ratos (Jor. IV) elevan a ella sus plegarias de socorro y libertad; y en el Persiles (III, cap. 5), los peregrinos visitan el monasterio de Guadalupe, donde contemplan en las paredes cadenas de cautivos libertados por su intercesión milagrosa.

Romance del almirante Galcerán (Durán, núm. 1229) narra la fuga prodigiosa de éste y de su compañero por obra de San Esteban y San Dionisio. Sin embargo, en el Romancero los relatos de evasiones auténticamente medievales escasean, si consideramos la gran cantidad registrados en Silos, por falta de escritores como el Abad Grimaldo, Berceo, y particularmente el asiduo monje Pero Marín, todos verdaderos cronistas del cautiverio de su época.

Romances de cautivos

El Romancero general presenta una copiosa variedad de romances sobre el tema de los cautivos. Por regla general, en los romances fronterizos del siglo XV, el tema de Granada y las relaciones entre moros y cristianos sale presentado en su imagen más superficial e idealizado. Sin embargo, a medida que avanzaba el siglo XVI, con la creciente amenaza del Imperio otomán y la exasperación del problema de los moriscos, surgió un romancero nuevo que se daba cuenta que había cristianos, "no airosamente triunfales ni caballerescamente acogidos, que yacían en mazmorras enemigas y remaban aherrojados a galeras contrarias."¹

¹Manuel Alvar, El Romancero: tradición y pervivencia (Barcelona, 1970), pág. 131. Para un buen estudio de la modalidad vulgar de los romances de cautivos y su pervivencia en la tradición oral, citamos el de J. Caro Baroja, Ensayo sobre la literatura de cordel (Madrid: Rev. de Occidente, 1939), cap. II. En cuanto al ambiente histórico que dio origen al tema, consideramos útil el estudio de Juan Martínez Ruiz, "Cautivos precervantinos, cara y cruz del cautiverio," Revista de Filología Española, L(1967), 203-230.

Un número crecido de estos romances artísticos, la mayor parte de la segunda mitad del XVI, habla de los grandes corsarios como Dragut, Uluch Alí y Arnaute Mamí, y de sus rebatos en las costas españolas. No todos estos cantares son anónimos. Algunos salieron de la pluma de poetas renombrados, como El cautivo de Salinas (Durán, núm. 263) y El forzado de Dragut de Luis de Góngora (núm. 268).¹ Lo que tenemos aquí es la triste realidad de una literatura que ponía los ojos en las costas berberiscas o en el temor de los piratas. Tales romances, según Menéndez Pidal, son antítesis de los romances moriscos y desechan la brillantez y colorido de éstos para tomar el tono realista y sobrio que les convenía.²

Una de las composiciones más interesantes sobre los cautivos se da en el romance viejo del siglo XV Río Verde, Río Verde (núm. 1087) que narra la muerte de Sayavedra, o Saavedra, en la batalla de Río Verde en las Alpujarras; muerte que sobreviene por persistir el protagonista en su fe cristiana:

- Muera, muera Sayavedra;
La fe no renegaría,
Que mientras vida tuviere
La fe yo defendería.³

¹Al hablar de los romances de Góngora, es imprescindible la mención del estudio de Robert Jammes, Etudes sur l'oeuvre poétique de don Luis de Góngora (Bordeaux: Féret et fils, 1967), págs. 381-384.

²Romancero hispánico, tomo II (Madrid, 1953), pág. 135.

³Este romance viejo, clasificado como histórico por Durán, es del Cancionero de romances (Amberes: Martín Nucio, sin fecha) de mediados del siglo XVI. Según Menéndez Pidal (op. cit. I, pág. 315), la prisión de Sayavedra efectivamente tuvo lugar en 1448, dando origen a un cruce de temas. Para la difusión del romance en el Siglo de Oro: A. Rodríguez Mofino, La Silva de Romances de Barcelona, 1561 (Salamanca: Universidad, 1969), pág. 593.

Este romance nos hace pensar en el Saavedra de Los tratos de Argel. Los dos personajes centrales tienen el mismo apellido y, si bien el de Los tratos no muere por Cristo, es un dechado de constancia cristiana y consuelo espiritual para los cautivos que vacilan en su fe y en peligro de apostatar. El elemento autobiográfico del Saavedra de Los tratos, en cambio, es posible, lo cual nos inclina a creer que Cervantes - como todos de su tiempo, aficionado a los romances tradicionales - pensara en su homónimo legendario al idear el personaje de la pieza. Por otra parte, desconociendo el segundo apellido del autor, el público de Los tratos, al ver a Saavedra moverse en un mundo de perseverancia religiosa, tendría acaso recuerdos del famoso héroe del romance, tan fácilmente evocados por el nombre del interlocutor de la primera pieza de Cervantes.

Una de las estampas más sentidas de la triste suerte de los cautivos se ve en el romance Sitio y destrucción de Rodas por los turcos (núm 1147). Los cautivos, aparentemente liberados por los turcos después de la rendición de la isla, desfilan, con la cruz alzada, hacia el puerto, llorando la destrucción de la iglesia de San Juan y elevando hacia el cielo el salmo bíblico En éxitu Israel de Egipto. Como estos cautivos liberados y en otra situación parecida, los esclavos negros de los Estados Unidos iban a entonar sus "spi-

rituals", con sus constantes reminiscencias del cautiverio egipciaco de los hijos de Israel.

En casi todos los romances de cautivos, lo que predomina, como una idea fija, es el anhelo ansioso de libertad, que según Cervantes "es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos". Nada ilustra mejor esta pasión de libertad que el romance anónimo (núm. 265) del cautivo que, en una proeza increíble, logró escapar de Africa atravesando a nado el Estrecho de Gibraltar. El cautivo, cual nuevo Leandro, con versos conmovedores, se encomienda al mar, y al cabo de una noche entera luchando contra la corriente y las olas, los dioses le sonríen y sus esfuerzos sobrehumanos dan el deseado resultado:

Fuële el viento favorable,
Oyó fortuna sus quejas,
Y al nacer el rubio sol
Hizo pie sobre la arena.
Dio gracias al mar piadoso,
Al viento, norte y estrellas,
Y con ceremonia humilde
Besó y adoró la tierra.¹

Este extraordinario caso, a diferencia de las evasiones milagrosas, cae muy dentro de lo posible y se refiere probablemente a un caso histórico. Pero no importa tanto compro-

¹Esta composición, titulada El Cautivo, ha sido incluida por Durán en su sección de "Romances moriscos"; su fuente es el Romancero general de 1600.

bar con documentos la autenticidad del hecho; lo que importa es el estado de ánimo que representa en los cautivos. Son hombres capaces de emprender cualquier peligro en su búsqueda de libertad. El gesto de atravesar el Estrecho ofrece un ejemplo prodigioso de la fortaleza física y moral de un tipo de hombre muy especial: el español del XVI, el mismo que conquistó los Imperios de los aztecas y los incas. Es la misma fortaleza de ánimo que hizo a Cervantes intentar evadirse de Argel una vez tras otra, la misma que hizo al cautivo de Los baños tratar de llegar a España en una balsa

hecha de canalejas, sustentada
sobre grandes y muchas calabazas,
y él, puesto en medio en pie de árbol servía,
y sus brazos de entena, en cuyas manos
servía de vela una camisa rota. (B.A.E., t. 156, p. 172)

Si la verdad de casos como éstos puede ponerse en duda, es irrecusable, en cambio, su valor de símbolo.

Hacia la gran innovación
de Cervantes

Al estudiar la modalidad bizantina del cautiverio al principio de este capítulo, vimos que los autores de este tipo de obras - Lope de Rueda, Timoneda, Reinoso y Contreras -

se limitaron, salvo en las ligeras referencias a la vida argelina señaladas en la Selva, a crear el mundo del cautiverio cuya concepción y temática descienden directa o indirectamente de la novela griega, sin ninguna concesión a la auténtica vida de los millares de cautivos españoles que ya poblaban los hediondos ergástulos de Constantinopla, Argel, Túnez y otras plazas africanas.

Pues, si estos escritores no incorporaron en sus obras el auténtico mundo del cautiverio argelino, por lo menos tienen la excusa de no haber sido cautivos como Cervantes. Sin embargo, hay otros autores, y muchos, que sí padecieron el mismo tipo de cautiverio que el ilustre novelista, sin que se les ocurriese crear obras literarias a base de sus experiencias personales.

Para mencionar sólo los más importantes: Torres Naharro, uno de los primeros literatos cautivos de la primera mitad del siglo XVI, sólo hace alusiones pasajeras a su cautiverio en Argel en la Comedia Serafina y en algunos poemas sueltos.¹ Vasco Díaz Tanco de Fregenal, según él mismo refiere, estuvo cautivo algún tiempo en poder de los infieles - probablemente en Turquía - y al volver a España, en vez de

¹Propalladia and other works IV, ed. J.E. Gillet (University of Pennsylvania, 1961), pág. 403.

narrar en una forma u otra lo que vio y padeci6, se dedica simplemente a escribir una historia de los turcos, basada casi enteramente en una obra italiana anterior a la suya.¹

Llegando a la 6poca de Cervantes, Diego de Haedo, en su Topographia de Argel, nos dice que en 1579 habfa unos sesenta y dos letrados en los baos de Argel, procedentes de varios paases cristianos.² ¿Qu6 hicieron todos estos letrados al volver a sus paases? Pues, muy poco o nada en cuanto al desarrollo de los temas de la vida del cautiverio. Es m6s: el per6odo de cautiverio de estos escritores - o por lo menos de los que conocemos - surge como un gran par6ntesis en la vida literaria de cada uno.³

¹La referencia al cautiverio de Dfaz Tanco es del Pr6logo a su Jard6n del alma cristiana. V6ase: Bartolom6 Jos6 Gallardo, Ensayo de una biblioteca espaola, II (Madrid, 1866), p6g. 784. En su Palinodia de la nephanda y fiera naci6n de los Turcos (Orense, 1547), el autor traduce gran parte de Commentari delle cose de' Turchi (Venecia, 1531) de Paolo Gioivo.

²Topographia e historia general de Argel. Valladolid, 1612. La referencia a los literatos se encuentra en el Di6logo de los m6rtires, tomo III de la edici6n de la Sociedad de Bibli6filos Espaoles, p6g. 24.

³El cr6tico franc6s Andr6 Vovard, comparando la gran proliferaci6n de los temas de cautivos en Espaia a partir de Cervantes con la falta total de tales motivos en la literatura francesa, se pregunta: "Pourquoi noscrivains des XVII^e et XVIII^e si6cles, contemporains de ces drames et de ces aventures (turques et barbaresques), ont-ils neglig6s cette source a peu pr6s compl6tement? Les drames innombrables, in-

En Cervantes, el cautiverio es una constante que se deja sentir a lo largo de toda su producción literaria, no sólo en Los tratos, Los baños, La Gran Sultana, El amante liberal y El Capitán cautivo del Quijote, sino en La española inglesa, el Persiles, El gallardo español y otras obras también.

No es así con los literatos compañeros de Cervantes. En estos, como ya se afirmó, el cautiverio aparece como un paréntesis, como un hueco, un vacío desprovisto de toda posibilidad de inspiración creadora. De los literatos conocidos de la época en que Cervantes anduvo cautivo, podemos mencionar el nombre del siciliano Antonio Veneziano. Pues, este poeta de primera categoría, el llamado padre de la poesía siciliana y compañero de Cervantes en Argel, al volver a su patria no hace más que continuar los mismos temas literarios que el cautiverio había interrumpido.¹

Otro ejemplo aún más indicativo de la gran labor innovadora de Cervantes en este campo se da en Luis del Mármol Car-

dividuels et collectifs, de mêmes que les carrières extraordinaires causés par la piraterie, constituaient une source très riches d'oeuvre littéraires de toutes sortes." Véase: Les turqueries dans la littérature française (Toulouse, 1959), pág. 9.

¹Sobre la vida literaria del poeta siciliano: Eugenio Mele, "Miguel de Cervantes y Antonio Veneziano," Revista de Archivos, XXIX(1913), 82-90.

vajal, autor de la Relación de las Guerras de Granada. Siendo todavía soldado, cayó en manos de los argelinos en 1544, cuando Carlos V sufrió su única derrota en las playas de Argel. Este joven militar pasó casi siete años en un cautiverio interesantísimo, según se deduce del Prólogo a su Descripción general de Africa.¹

Mármol no permaneció en los baños de Argel, sino, acompañando a su amo, atraviesa toda la Libia, los reinos de Egipto, Marruecos, Tarudante, Fez, Tremecén y Túnez; y pasando toda la enorme extensión de los arenales interminables del Sahara, llega hasta Acequea el Hamara en los confines de Guinea, y a otros lugares lejanos y exóticos del Africa negra sometida al dominio de los árabes. Allí, nuestro cautivo es testigo ocular de las grandes batallas que libró el Jerife Mahamete cuando se apoderó del Africa ecuatorial y occidental. Pues, este cautivo español, que hubiera podido escribir una verdadera odisea sahariana, no hace más que escribir una aburrida Descripción general de Africa, siguiendo, en su forma y en gran parte del contenido la obra mucho más original de Juan León el Africano.²

¹Ed. facsímil del Instituto de Estudios Africanos del Patronato D. Saavedra Fajardo del C.S.I.C. (Madrid, 1953), pág. xiii. El título de la portada reza así: Primera parte de la descripción general de Affrica, con todos los sucessos de guerras que auido entre los infieles, y el pueblo christiano, y entre ellos mesmos desde que Mahoma inueto su secta, hasta el año del señor mil y quinientos y setenta y vno. Granada: R. Rabut, 1573.

²De la descripción de Africa, ed. del Instituto General Franco de Estudios e Investigación Hispano-árabe (Madrid, 1952). La ed. príncipe de la obra de Juan León es de mediados del siglo XVI. Los datos bio-bibliográficos sobre este interesante escritor árabe-granadino se darán más adelante.

De manera que nada más alejado de la verdad que decir que el tema del cautiverio en Cervantes es consecuencia natural de sus experiencias personales y reflejo de su vida de cautivo. Ni es consecuencia natural de su cautiverio, como acabamos de ver con los ejemplos citados, ni es reflejo fiel de Argel. El mundo de cautivos de la obra cervantina, además de ser una de las aportaciones más geniales del Siglo de Oro, es de una complejidad no sospechada, con el más abigarrado conjunto de elementos e influencias imaginables. El cautiverio en Cervantes viene a ser un mundo complejo de creación artística y uno de los grandes hallazgos de su tiempo.

Como hecho primordial de su vida, el cautiverio ha dejado huellas a lo largo de toda su producción literaria. La gran innovación del autor del Quijote en la narrativa es, por supuesto, la novela de El Cautivo, la primera novela moderna sobre el tema del cautiverio. Sin embargo, la verdadera innovación en este terreno, Cervantes la realizó dos décadas antes, cuando, con el estreno de Los tratos de Argel, dio al público de los corrales de España la primera escenificación realista de la vida de los cautivos de Argel. Más tarde, no sabemos cuando, volvió a tratar, con otra estética y otro ritmo, el mismo tema en Los baños de Argel, y, con cambios geográficos, en El gallardo español y La Gran Sultana.

Con estas piezas, Cervantes pobló las tablas españolas con el más variado conjunto imaginable de cautivos, renega-

dos, moros y turcos. Toda una serie interesante de personajes que se mueven en un mundo bivalente de suplicio y buen tratamiento, de amor lascivo y amor puro, de cobardía y heroísmo, de fe inquebrantable y fe titubeante, de apostasía y martirio.

Por desdicha, no conservamos la mayor parte de las piezas que Cervantes escribió durante la primera fase de su producción dramática. Según él mismo nos dice, compuso veinte o treinta comedias, y todas fueron estrenadas con éxito "sin que se les ofeciese ofrenda de pepinos ni otra cosa arrojadiza: corrieron su carrera sin silbos, gritas ni baraúndas".¹ De estas obras sólo nos han quedado dos: Los tratos y El cerco de Numancia. Es de suponer, empero, que entre las piezas perdidas había algunas - como La gran turquesca, El trato de Constantinopla, y tal vez La batalla naval - con escenas parecidas a las piezas de cautivos que ya conocemos.

Todas estas obras dramáticas juntas, pues, formarían, con sus escenas de aguda observación de la realidad circundante, un inmenso y abigarrado retablo de la realidad del cautiverio de su tiempo: una auténtica Summa teatral en la cual mar y tierra, monte y playa, mazmorra y alcoba, desier-

¹Prólogo a Ocho comedias y ocho entremeses. Ed. de la B.A.E. (tomo 156), pág. LXXXIV.

to y ciudad, Argel y Constantinopla son los escenarios sucesivos de este gran compendio dramático del múltiple vivir de los cautivos, tan entrañablemente parte del Héroe de Argel.

Este mundo de la vida en la cautividad se da también en las novelas de Cervantes. Además de El amante liberal, que podría servir de modelo para las narraciones cortas de cautivos, el tema surge en La española inglesa, cuya protagonista es, en efecto, cautiva de los ingleses. Si bien Isabela se mueve en un mundo desprovisto totalmente de los cuadros típicos de las obras de cautivos, hay un recuerdo del cautiverio de Cervantes en la relación que Ricaredo hace de sus aventuras de corsario inglés.¹

Y en La Galatea, el ataque de los turcos en el larguísimo episodio de Nísida y Timbrio también revela datos que

¹Los detalles de la captura de Ricaredo - el combate naval con las galeras de Arnaute Mamí cerca de un paraje que llaman las Tres Marías, su cautiverio en Argel, su rescate por los padres de la Santísima Trinidad, y finalmente la procesión de los cincuenta rescatados en Valencia - todos concuerdan con los auténticos hechos correspondientes de la vida de Cervantes. Véase la relación de Ricaredo en La española inglesa, en Obras completas de Cervantes, ed. Valbuena Prat (Madrid, 1967), pág. 872-73. Zamora Vicente, por otro lado, menciona este episodio en "El cautiverio en la obra de Cervantes," en Homenaje a Cervantes, II (Valencia, 1950), pág. 246-47.

concuerdan con las circunstancias del apresamiento de Cervantes:

mas por no iros cansando contándoos particularmente las cosas sucedidas en este combate, sólo diré que, después de diez y seis horas y después de haver muerto nuestro capitán y toda la más gente del navío, a cabo de nueve asaltos que nos dieron, al último dellos entraron furiosamente en el navío.¹

Pero en el episodio de La Galatea, en contraste con la biografía de Cervantes, una tormenta providencial remedia la situación desesperada y los protagonistas llegan sanos y salvos a la costa de Cataluña, salvándose así milagrosamente de las garras del corsario Arnaute Mamí.

El Persiles es aún más rico en elementos relacionados con nuestro tema. Como en el libro de Heliodoro, la última novela de Cervantes empieza con la pareja de amantes ya sufriendo el duro cautiverio de corsarios y salvajes nórdicos. Pero al desarrollarse el complicado argumento, las evocaciones de la vida de los cautivos ceden ante el apasionante relato de una extraña peregrinación que comienza en las tierras septentrionales y terminará en la capital del mundo católico. Sin embargo, en la larga concatenación de episodios que conducen a Periandro y Auristela a su meta, hay varios momentos en que surge el tema que nos interesa. Además de los recuerdos de evasiones milagrosas que hemos ya menciona-

¹La Galatea, libro V. Ed. Juan Bautista Avallé-Arce, Clásicos Castellanos (Madrid, 1968), tomo II, pág. 115.

do, el motivo de los cautivos se presenta en el asalto de los turcos en un pueblo de Valencia,¹ y sobre todo en el episodio de los falsos cautivos.²

El que sea el cautiverio uno de los hechos primordiales de la vida de Cervantes se ve incluso en el Quijote. En la Segunda Parte, en el episodio de Ana Félix, la hija del morisco Ricote, encontramos claras alusiones a la perversión sexual de los argelinos y el peligro que representa para los jóvenes cristianos, como Gregorio, que caen por desdicha en las garras de los turcos y moros de Argel. Pero donde el tema surge con toda su belleza estética es en la historia que narra el Cautivo en la venta de la Primera Parte.

El Cautivo constituye, en rigor, la primera manifiesta-

¹Persiles III, cap.11. Francisco Giner da algunos interesantes antecedentes históricos para el rebato de los turcos en: "Cervantes y los moriscos valencianos," Anales del Centro de Cultura Valenciana (1963), 131-149.

²Persiles III, cap. 10. En esta graciosa aventura, dos estudiantes de Salamanca, para ganarse unos reales, se fingen cautivos recién liberados de Argel. Pero el alcalde del pueblo les confunde con preguntas muy a propósito, y finalmente declara: "Yo he estado en Argel cinco años esclavo y sé que no me dais señas dél en ninguna cosa de cuantas habéis dicho." Al precisar sus cinco años de cautiverio, no parece sino que Cervantes se identifica con este alcalde benévolo. Dos críticos que comentan este episodio son: J. Casaldueiro, Sentido y forma de "Los trabajos de Persiles y Sigismunda" (Buenos Aires: Sudamericana, 1962), págs. 216-218; y A. K. Forcione, Cervantes, Aristotle and the "Persiles" (Princeton University, 1970), pág. 171 y sig. Para nuestro trabajo, hemos manejado la ed. de Juan Bautista Avallé-Arce (Madrid: Clásicos Castalia, 1969).

ción de nuestro tema en la novelística del siglo XVII y el modelo más perfecto de toda la literatura del Siglo de Oro que trata de dar forma estética a la vida de los cautivos. Si el tema apareció antes en El Abencerraje y en la novela de Ozmín y Daraja de Mateo Alemán, estaba tan rodeado de la idealización renacentista que apenas se percata uno de que los protagonistas, en realidad, están experimentando el cautiverio y los rigores que la falta de libertad acarrea. El Cautivo, en cambio, viene a ser la primera novela europea de la Edad Moderna que hace del cautiverio y de las ansias de liberarse de sus crueldades y penalidades un tipo novelístico de gran belleza y uno que servirá de modelo para varios escritores posteriores a Cervantes.

El tema esencial de El Cautivo - la libertad que una mora principal e hija de uno de los señores más ricos de Argel da a un cautivo a fin de huirse y casarse con él - se vincula con otras obras literarias anteriores,¹ y a la vez

¹Por ejemplo, con la Patraña novena de Timoneda que mencionamos al principio de este capítulo. Por otra parte, Georges Cirot - "Le Cautivo de Cervantès et Notre-Dame de Liesse," Bulletin Hispanique, XXXVIII(1936), 378-382 - quiere ver en la narración cervantina una vinculación con la leyenda medieval de Nuestra Señora de Liesse en Francia.

con casos parecidos que realmente sucedieron durante aquellos tiempos.¹ Además de su evidente entronque con la novela morisca, El Cautivo interesa porque "como en algunos de los cuadros famosos de la época del Barroco, Cervantes se coloca personalmente en la escena, en el centro de su obra artística, que, en este caso, es el argumento del relato."² Otra particularidad de la novela corta es la gran novedad e interés de la parte histórica de la narración. Al dar una importancia primordial a los sucesos históricos de los años inmediatamente anteriores a su captura por los corsarios argelinos en 1575 - la ejecución de los Condes de Egumón y de Hornos, la creación de la Santa Liga, la batalla naval de Lepanto y las jornadas de Navarino y la Goleta - Cervantes está, en efecto, dando forma a un nuevo género literario: la novela histórica contemporánea.³

¹Rodríguez Marín, en su edición del Quijote (tomo III, pág. 242), cita la historia de dos chipriotas, casadas contra su voluntad con dos renegados argelinos, las cuales dieron libertad a seis cautivos cristianos y les entregaron seiscientos ducados de oro para que armasen una fragata y que volvieran a Argel para recogerlas en aun heredad de viña que el marido de una de ellas tenía junto a la marina, a dos millas de Argel.

²Emilio González López, "Cervantes, maestro de la novela histórica contemporánea: la Historia del Cautivo," en Homenaje a Casaldueiro (Madrid: Gredos, 1972), pág. 179.

³González López, art. cit., pág. 179. Para un estudio completo del fondo histórico de la novela corta de Cervantes, consúltese: Jaime Oliver Asín, "La hija de Agi Morato en la obra de Cervantes," Boletín de la Academia Española, XXVII(1947-48), 245-339.

Pero no menos importante es el primoroso "cuento de amor" que narra el "milagroso" rescate de Ruy Pérez de Viedma, liberado, después de pasar años y años en las galeras y baños del Turco, por una gran cantidad de monedas de oro que caen inopinadamente como "maná del cielo". Las circunstancias de este extraño suceso constituyen una de las joyas de la novelesca del Siglo de Oro; constituyen una obra verdaderamente genial que, según ha apuntado acertadamente Casaldueño, "representa la experiencia moral del cautiverio, representa la belleza de la fe y de la esperanza en medio de todo el dolor y la fealdad de la vida."¹

Hacia el tema en la
narrativa del XVII

La gran innovación iniciada por Cervantes en la temática del teatro preloquista, y repetida en la prosa cervantina del siglo XVII, es uno de los hechos primordiales de su producción literaria. El que sea el glorioso autor un verdadero precursor en este terreno será evidente al estudiar los numerosos relatos posteriores a Cervantes con re-

¹Joaquín Casaldueño, Sentido y forma del "Quijote" (Madrid, Insula, 1949), pág. 170.

cuerdos de la historia de Viedma y Zoraida. Cervantes, empero, no es el único iniciador del tema de los cautivos. Al mismo tiempo que terminaba la Primera Parte del Quijote, Fray Diego de Haedo pensaba publicar la Topographia e historia general de Argel, firmando la Dedicatoria en el mes de diciembre de 1605. Por razones que trataremos en un capítulo posterior, la obra de Haedo no se publicó hasta 1612.

Lo interesante de la Topographia es que representa todos los aspectos del tema del cautiverio - historia, filosofía, relatos de cautivos, diálogos literarios, etc. - en una obra extensa de cinco tratados. Como quedará patente en nuestro largo estudio de Haedo, la obra tuvo que escribirse en Argel entre 1577 y 1581, y fue probablemente compuesta por el Dr. Antonio de Sosa, el compañero del cautiverio de Cervantes y el mismo que declaró en favor del Héroe de Argel en la célebre Información de Argel.

Esto significa que tanto la Topographia como las obras cervantinas sobre los cautivos son el fruto de la misma realidad argelina observada por dos compañeros que padecían juntos los rigores del cautiverio. Cervantes y el autor de la Topographia, pues, tienen que compartir juntos la gloria de haber abierto de par en par la puerta que dio acceso a la amplia y variada temática de los cautivos. Como la obra de Cervantes, la de Haedo fue muy aprovechada por los dra-

maturgos y prosistas del siglo XVII que se dedicaron a la literatura de cautivos. De suerte que el estudio de Haedo viene a ser la clave para comprender bien el desarrollo del tema en la narrativa del XVII.

S e g u n d a P a r t e

E L T E M A E N L A

N A R R A T I V A

D E L S I G L O X V I I

I I I

LOS PRIMEROS DOS TRATADOS

DE LA TOPOGRAPHIA

Cuatro años antes que muriese el ínclito Héroe de Argel y autor de numerosas obras y episodios de cautivos se publicó en Valladolid un libro importantísimo no sólo para la biografía de Cervantes, sino para la historia de Argel del siglo XVI. Refiérome a la célebre Topographia e historia general de Argel dada a la estampa en 1612 por el abad del monasterio benedictino de Frómista (Palencia), Fray Diego de Haedo. En la Dedicatoria, el abad de la Orden de San Benito hace coautor de la obra a su ilustre tío y homónimo Don Diego de Haedo, Arzobispo de Palermo y Presidente y Capitán General del Reino de Sicilia.

El libro de Haedo, más que un opúsculo topográfico, es un extenso tratado que abarca, en cinco libros, todo el

mundo histórico-social de los indígenas y cautivos cristianos de Argel durante el siglo XVI. Esta inmensa obra se puede dividir en dos partes primordiales: la primera, que incluye la Topographia o descripción de Argel y el Epítome de los reyes de Argel, constituye en sí misma un admirable trabajo sobre la historia, geografía y costumbres de Argel; mientras que la segunda división, de pretensiones más literarias, comprende tres diálogos - Diálogo de la captividad de Argel, Diálogo de los mártires de Argel, y Diálogo de los morabutos de turcos y moros - que narran los sucesos y tribulaciones que padecen los infelices cautivos cristianos. Es más: estos tres diálogos constituyen un verdadero tratado histórico-filosófico del cautiverio desde sus orígenes bíblicos y sus manifestaciones más notables en la Antigüedad grecorromana hasta los más recientes casos registrados por la vida cotidiana de los cautivos de Argel en la época en que escribe el autor.

En la Carta Dedicatoria que Fray Diego dirige a su tío, el Abad afirma que su obra fue compuesta por el Arzobispo, "siendo informado de Christianos cautivos ... que estuvieron muchos años en Argel", y entregada "en borrón" al sobrino, estando éste en Palermo en el servicio de su tío. Fray Diego, a continuación, reclama su puesto como autor, explicando que sin el trabajo y diligencia que había consagrado a la obra, al darle su "última forma y esencia", el libro no po-

dría imprimirse. Sin embargo, al penetrar en el apasionante e interesantísimo mundo de los cautivos argelinos, el cual se despliega ante el lector del libro, se plantea una problemática de capital importancia: la de determinar si el Arzobispo Haedo y su sobrino pudieron efectivamente componer, siendo simplemente informados de cautivos, un extenso y muy preciso tratado histórico, geográfico, socio-económico de Argel, y a la vez una gran obra costumbrista, sin haber estado jamás en el puerto argelino.

¿Cómo pudieron, tío y sobrino, dar a luz la obra que los eruditos franceses del siglo pasado, especializados en la historia de su provincia ultramarina más importante, consideraron como la más exacta, precisa y completa de todas las historias, tanto europeas como islámicas, que pretenden dar un panorama de la compleja realidad turco-berberisca y cristiana del célebre puerto y madriguera de generaciones de audaces corsarios? He aquí la cuestión palpitante que trataremos de resolver después de analizar la obra que ha hecho inmortal el apellido de la antiquísima casa solariega de Haedo, sita en el Valle de Carranza, y una de las geneologías más linajudas de las montañas de Vizcaya.

Antes de proceder con el análisis del primer libro, conviene decir que del tratado de Haedo, tan citado por los eruditos cervantistas e incluso traducido en parte por los

historiadores franceses, no existe ningún estudio completo - aparte de las breves noticias consagradas al libro y a sus autores por los cervantistas y por Ignacio Bauer y Landauer en el Prólogo a la edición de la Sociedad de Bibliófilos Españoles - que tenga pretensiones serias de descubrir la inmensa y apasionante realidad histórica del cautiverio argelino que surge de la lectura de esta obra.¹ Este estudio tratará, pues, de remediar esta notable falta y encauzar las futuras investigaciones hacia una mejor comprensión de la gran importancia histórico-literaria del libro que contiene los primeros datos biográficos del Príncipe de las Letras.

Análisis del primer libro

El título del primer tratado o libro de los cinco que integran la obra, Topographia o descripción de Argel, ha dado

¹Las principales noticias sobre la Topographia y los dos Haedo se encuentran en M. F. de Navarrete, Vida de Cervantes (Madrid, 1819), págs. 350 y sig., y en Luis Astrana Marín, Vida ejemplar y heroica de Cervantes, II (Madrid, 1949), págs. 465-468. En los capítulos XXVI y XXVII, Astrana Marín resume algunos pasajes de Haedo, a veces sin relación alguna con el propósito de su libro, a fin de crear un trasfondo genuino de la vida cotidiana del ilustre cautivo. Lo mismo ha hecho Armando Cotarelo y Vallador, pero más sucintamente, en El teatro de Cervantes (Madrid, 1915), págs. 183 y sig. Sobre las contribuciones de los historiadores franceses hablaremos más adelante,

también nombre al tratado completo que se cita, por regla general, por su forma abreviada de la Topographia de Haedo.¹ Las doscientas páginas (edición de la S.B.E.) de los cuarenta y un capítulos del primer tratado constituyen el testimonio más fidedigno de la geografía histórica, etnografía, costumbres, régimen político y militar, fortificaciones y descripción urbana de un Argel que ya desde varias décadas hacía temblar a todas las potencias cristianas de Europa desde Inglaterra hasta Venecia, sembrando pavor y pánico incluso en las islas Canarias, y cuyos corsarios impertérritos, casi todos renegados cristianos, iban pronto a rebasar los límites del viejo mundo para extender su radio de terror hasta las tierras extrañas y frías de Islandia, precipitándose como lobos hambrientos sobre los pasmados habitantes y apresando sin dificultad ocho cientos de los estupefactos escandinavos que luego se vendieron en las infames almohadas de Argel.

¡Qué extraño mundo, o mejor dicho torre de Babel, sería aquel Argel de los tiempos de Cervantes! Con razón, pues, los turcos de Constantinopla llamaban a La Meca de los

al estudiar la importancia de Haedo para la historia de Argel.

¹El título completo de la edición príncipe reza así: Topographia e historia general de Argel, repartida en cinco tratados, do se verán casos estraños, muertes espantosas, y tormentos exquisitos, que conviene se entiendan en la Cristiandad; con mucha doctrina, y elegancia curiosa. La obra ha sido publicada de nuevo en tres tomos por la Sociedad de

corsarios sus "Indias y Perú". Con razon el autor del Zahrat-en-Naïra alzó su voz para gritar con orgullo: "¡Gloria a tí, valiente Argel, la que has amasado tu tierra con la sangre de los infieles!"¹ - y Cervantes le contesta, a su vez, llamándola cueva de ladrones y "gomia y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo."² Con razon, asimismo, el autor de nuestro tratado se dedicó con voluntad determinada a la ardua y difícil tarea de producir un hondo y completo estudio de todos los aspectos histórico-sociales del múltiple vivir tanto de los cautivos cristianos como de sus amos los renegados, moros y turcos de Argel.

Como primer paso en esta interesante labor, el autor dedica los primeros cuatro capítulos a la historia de Argel desde los tiempos más remotos hasta que vino al poder de la Sublime Puerta. El primer obstáculo que tiene que sortear es el de dar con el origen del puerto argelino en la Antigüedad. Basándose en la Geografía de Estrabón, geógrafo

Bibliófilos Españoles (Madrid, 1927-1929), con Prólogo de Ignacio Bauer y Landauer.

¹El Zahrat-en-Naïra, crónica árabe del siglo XVI escrita por Muhammad al-Tilimsani, ha sido traducido al francés por Alphonse Rousseau: Chroniques de la régence d'Alger (Alger, 1841). La cita, traducida del francés, se halla en H.D. de Grammont: Histoire d'Alger sous la domination turque (Paris, 1887), pág. ii.

²Persiles III, cap. 10.

griego del primer siglo de nuestra era, Haedo identifica el puerto argelino con la ciudad marítima de la Mauritania Cesariense que los romanos llamaron Iol Cesárea porque ésta "tenía un puerto y una isleta delante del puerto", como en el Argel del siglo XVI.¹ Pero nuestro autor no se limita a una o dos fuentes, pues, sacando detalles curiosos de casi todos los historiadores y literatos latinos y griegos (Sallustio, Suetonio, Plutarco, Plinio etc.) que hablaron de Iol Cesárea, esboza un cuadro sucinto de la primera historia de Argel. Siguiendo a Plinio, afirma que "Iol Cesárea era una ciudad celeberrima; a lo menos en aquellos tiempos otra grandeza, nobleza o preheminiencia de ciudad, no podía ser mayor que ser Colonia romana".² De los vecinos de aquella colonia, dice, según Aulo Gelio, que eran "tan romanos en las leyes, estatutos, usos, costumbres, ceremonias, lengua, trato, edificios, juegos, y aun hasta las ropas, vestidos y tale dellos ... eran una propagación y parte de la misma ciudad de Roma".³

Con la misma precisión, explica como la Mauritania Cesariense fue asolada por los Vándalos y Alanos para caer luego bajo el dominio de las hordas árabes que acabaron, en el

¹Ed. cit. de la B.A.E., pág. 16. En la ed. príncipe (Valladolid: F. de Córdova, 1612), la cita se encuentra en el folio 1, columna 3 (de ahora en adelante transcrita así: fol. 1.3).

²Ed. cit. I, pág. 20. Fol. 2.2 de la ed. príncipe.

³Ed. cit. I, pág. 21. Fol. 2.3 de la ed. príncipe.

siglo VII, con el incipiente cristianismo de África antes de acometer la Conquista de la Península ibérica. Para sus breves noticias sobre la historia de la región hasta el siglo XVI, sigue la mejor fuente disponible en aquellos tiempos: la Descripción de Africa del ilustre historiador y geógrafo granadino Juan León.¹

La historia argelina cobra un interés más actual con los acontecimientos de las primeras dos décadas del XVI, cuando los españoles, guiados por los designios del Cardinal Cisneros, trataron de extender y continuar la Reconquista en las orillas africanas del Mediterráneo. Los éxitos primeros de los españoles - captura de las plazas de Orán y Bugía por el Conde Pedro Navarro en 1509, y el establecimiento de una fortaleza en la isla que dominaba el puerto de Argel - puso a España frente a frente con el poder del Turco, llamado por los moros africanos temerosos de la gran expansión cristiana en el Norte de África. Lo interesante de esta primera confrontación de las dos potencias más poderosas del XVI es que tuvo lugar precisamente en Argel cuando

¹Juan León, llamado en latín Joannes Leo Africanus, es el célebre historiador árabe que nació en Granada hacia 1483. Su familia se trasladó a África después de la toma de la ciudad en 1492. Capturado por los corsarios cristianos en 1517, llegó a ser, como cautivo del papa León X, una de las principales autoridades del continente africano del siglo XVI. Su obra capital fue escrita en árabe primero y luego en italiano: Descrittione dell' Africa, & delle cose notabili che ivi sono. Venezia, 1550 (British Museum). Más accesible que esta edición rara es esta traducción inglesa: The history and description of Africa and of the notable things therein contained, written by al-Hasan ibn Mohammed al-Wezaz, al Fasi, a Moor, baptised as Giovanni Leone, but better known as Leo Africanus. Done into English in the year 1600 by Robert Pory. Ed., prólogo y notas de Robert Brown (New York: Hakluyt Society, 1896).

el famoso corsario Aruch Barbarroja se hizo dueño de la ciudad en 1516, bajo el pretexto de proteger a los moros y tratar de desalojar a la guarnición española del castillo situado en la isla del puerto.

Haedo interrumpe su breve reseña de la historia de Argel con la llegada de los turcos de Barbarroja, pues su propósito primordial en la Topographia o descripción de Argel no es la historia de los hermanos Barbarroja y sus sucesores - esta historia sería el objeto de todo el tratado segundo, titulado Epítome de los reyes de Argel - sino presentar un resumen sucinto de los acontecimientos que culminaron en la llegada de los turcos que fundaron el reino, o más precisamente bajalato, de Argel, régimen actual bajo el cual se desarrollaba el triste, patético y a la vez apasionante drama de los cautivos cristianos y sus amos musulmanes en el período en que se escribía la Topographia. Este compendio histórico, que ya establece al autor como un profesional del género, sólo ocupa los cuatro primeros capítulos, es decir, menos del diez por ciento del primer tratado, pero lo suficiente para darnos la base preliminar que nos facilita la penetración en la gran variedad de la vida argelina del resto del libro.

Descripción de la ciudad
y de sus gentes

Los capítulos V a X inclusive dan la más detallada y precisa descripción de todas las obras de fortificación con las que los argelinos esperaban defenderse de sus enemigos. Para el profano, cansa toda esta larga enumeración de las troneras, castillos, casamatas y demás lugares fortificados que se encuentran a lo largo de las murallas que circundan y encierran la ciudad y puerto. Un detenido análisis, empero, revela que estos pasajes son el resultado de una larga y cuidadosa observación llevada a cabo durante meses enteros, no por un soldado cualquiera, sino por un capitán o otro especialista militar que con gran esmero ha medido la distancia precisa entre cada tronera, torre y otras obras de defensa con el número exacto de piezas de artillería colocadas en cada lugar. Tan precisa y exacta es la descripción que nos inclinamos a sospechar que estos capítulos no pudieron ser escritos por Haedo únicamente siguiendo los apuntes de los cautivos que volvían de Argel. Los pasajes indican claramente la intervención de un perito militar que recogía los datos desde Argel y con el propósito de facilitar al comandante de una supuesta fuerza invasora de cristianos la inteligencia necesaria para llevar a cabo con éxito el sitio y asalto de las fortificaciones argelinas.¹

¹El propósito militar se descubre a lo largo de estos capítulos. En la pág. 39, por ejemplo, el autor dice que

Casi todo el resto de la Topographia se dedica al estudio etnográfico y costumbrista de los moradores de la urbe africana. El primer párrafo del capítulo XI nos da una idea de la variedad racial de Argel:

Las gentes habitadores desta ciudad se dividen, generalmente, en tres géneros o maneras de personas, es, a saber: moros, turcos y judíos; no hablamos de cristianos, aunque hay una infinidad dellos de toda suerte y nación, porque los captivos que llegaron de ordinario, contando los que bogan en las galeras y los que quedan en tierra, a más de 25.000, son esclavos y no pobladores o vecinos en Argel, y los que son mercaderes, muy pocos están de asiento, mas despachados sus negocios y vendidas sus mercaderias, se vuelve cada uno a su tierra.¹

De los moros indígenas el autor dice que hay cuatro categorías distintas: los nativos que son naturales de la

el castillo construido por Uluch Alí, por tener un gran defecto, "puede, con mucha facilidad, ser batido, y sin recibir dafío alguno, los enemigos." En el lenguaje militar de estos pasajes, por "el enemigo" se entiende la fuerza invasora de cristianos. En otro lugar (pág. 43), habla de la gran facilidad que el enemigo tendría en hacer minas por ser "las piedras todas tan tiernas, blandas y fáciles de romper y cabar ... como se puede ver en las muchas y grandes cuevas que hay en algunos de los muchos jardines que están en aquellos collados rededor de Argel."

¹Ed. cit. I, pág. 46. Fol. 8.1 de la ed. de 1612.

cuidad y que en su lengua se llaman Baldís; los Cabayles, los antiguos y verdaderos naturales del Norte de Africa, los cuales bajan de las montañas para instalarse dentro de Argel; los alarbes (hoy día beduinos) que viven en las tiendas típicas de los aduares del Sahara y que vienen a Argel para mendigar y pedir limosna; y por fin los moriscos de Granada, Aragón, Valencia y Cataluña. Como el tema de los moriscos tiene un interés especial en la literatura del Siglo de Oro, conviene citar el pasaje que Haedo dedica a esta desdichada y malhadada gente:

Todos estos se dividen, pues, entre sí en dos castas o maneras, en diferentes partes, porque unos se llaman Modéjares, y éstos son solamente los de Granada y Andalucía: otros Tagarinos, en los cuales se comprenden los de Aragón, Valencia y Cataluña. Son todos estos blancos y bien proporcionados, como aquellos que nacieron en España o proceden de allá. Ejercitan éstos muchos y diversos oficios, porque todos saben alguna arte. Unos hacen arcabuces, otros pólvora, otros salitre, otros son herreros, otros carpinteros, otros albañiles, otros sastres y otros zapateros, otros olleros, y de otros semejantes oficios y artes; y muchos crían seda, y otros tienen boticas en que venden toda suerte de mercería; y todos en general son los mayores y más crueles enemigos que los cristianos en Berbería tenemos, porque nunca jamás se hartan o se les quita la hambre grande y sed que tienen entrañable de la sangre cristiana. Visten todos estos al modo y manera que comúnmente visten los turcos, de que adelante hablaremos; habrá de todos estos en Argel hasta 1.000 casas.¹

¹Ed. cit. I, págs. 50-51. Fol. 9.2 de la ed. de Valladolid.

El texto, escrito probablemente hacia 1580, es un documento interesante sobre la gran cantidad de moriscos que ya desde tres décadas antes de la expulsión constituían en Argel un núcleo etnográfico de importancia y un peligro evidente para España. En otra parte del primer libro, Haedo habla de las actividades de los corsarios moriscos que, por ser naturales de España, se dedican a las rapiñas frecuentes que asolaban las costas españolas:

Otros corsarios hay de fragatas, que son bergantines, de ocho hasta trece bancos, y ordinariamente se hacen estos bajeles en Sargel, que está, como dijimos, veinte leguas, que son sesenta millas de Argel para Poniente, adonde hay muy gran copia de madera para hacerlos. Los maestros dellos son todos moriscos de Granada, Valencia y Aragón, de los cuales está todo aquel lugar lleno y poblado. Estos son (por la mayor parte) los arraeces dellos, porque como son todos nacidos en España, son muy pláticos en sus puertos, marinas y costas.¹

A continuación el autor explica que los moriscos, con la ayuda de los arraeces y leventes turcos, arman sus bergantines y fragatas en Sargel y salen para aquellos lugares de la costa española donde tienen parientes, hermanos y amigos:

Llegados que son en alguna parte, entierran el bergantín con todo el pararejo debajo la arena, en una fosa y hoyo grande; y entrando en la tierra en hábito

¹Ed. cit. I, pág. 91. Fol. 18,3 de la ed. príncipe.

cristianesco, y hablando muy bien español, y siendo muy bien recogidos en lugares de otros moriscos, atajan fácilmente los caminos, principalmente de noche, y maniatando todos los cristianos que topan los traen a la marina y desenterrando el bergantín, se vuelven con ellos, muy a placer, a sus casas. Tienen también otra cosa: que como estos bajeles son pequeños, fácilmente se esconden en alguna cala o punta do no son vistos, y engañando desta manera las guardias que están en las torres de las marinas, salen en mitad del día a los caminos en hábito de cristianos, y roban, y toman de continuo mucha gente, y por esta causa estos bajeles sin duda son los que más daño hacen en la cristiandad, porque navegan de continuo todo el verano y invierno sin cesar ni reposar. Y como los robos que con ellos hacen son tan grandes, fácilmente suben los arraces dellos a ser en poco tiempo arraces de galeotas, y así, ordinariamente, de aquí comienzan y tienen todos su principio.¹

Las observaciones que Haedo hace acerca de los turcos son, como en todo lo que describe, muy exactas, pero, en sus aspectos negativos, dictadas por su odio implacable del mayor enemigo de la cristiandad. Estos turcos son los que descienden de padres turcos o los que vienen cada día en galeras y otros navíos "a la fama de las riquezas de Argel y a los robos tan grandes y tan continuos que hacen en los navíos y

¹La palabra "arráez", caudillo árabe, en Haedo siempre significa capitán de corsarios. En cambio, los "levantes", de etimología turca, eran los soldados del mar mandados por un arráez en los navíos turcos. La cita es de la ed. cit. I, pág. 92. Fol. 18.3-18.4. de la ed. de 1612.

tierras de los cristianos."¹ La antipatía del autor hacia esta gente, a diferencia de sus sentimientos para con los moros, se manifiesta en el cuadro más abyecto que pinta de ellos, pues afirma que "desde niños se crían sin ninguna crianza o temor y a rienda suelta como brutos animales en todo género de vicio que les representa o apetece la carne." Muy acertada también es la distinción que hace entre los turcos asiáticos de la Anatolia o Asia Minor y los turcos europeos de los países balcánicos, "más vivos y expertos y más blancos y bien proporcionados" éstos que aquéllos. Y no menos atinado es el título de "turcos de profesión" que da a los renegados, antiguos cristianos de todos los países de la cristiandad que apostataron de su fe para obtener su libertad y dedicarse a la lucrativa profesión de los corsarios.²

Las costumbres de Argel

Si este primer tratado de Haedo es un documento valiosísimo para el estudio topográfico y etnográfico del Argel

¹Ed. cit. I, pág. 51. Fol. 9.2 de la ed. de 1612.

²No todos los renegados eran cautivos que apostaron de su fe, pues algunos, atraídos por la inmensa riqueza de los corsarios, acudían libremente a Argel para ser "turcos de profesión". Para más sobre este aspecto interesante de los rene-

de aquellos tiempos, es, sin embargo, en el ámbito de las costumbres donde sobresale el autor, revelándose como un observador perspicaz del inmenso caudal de costumbres que pululaban en el gran vivero étnico que era el puerto africano en el siglo XVI. Además de pintar con la precisión plástica de un pintor la manera de vestir de cada uno de los tipos africanos, turcos (genízaros y leventes) y judíos, tanto de los hombres como de las mujeres, el autor ofrece al lector el más amplio panorama de la vida cotidiana de cada uno de los grupos étnicos que componen el gran acervo humano de Argel.

A veces los detalles causan risa, como, por ejemplo, cuando dice que los moros "suelen mear siempre en cuclillas como mujeres", porque "sería gran pecado mear en pies como cristianos";¹ otras veces el detalle costumbrista encierra cierto valor histórico, como en el caso de los moros Azuagados, naturales del reino de Cuco, los cuales "suelen traer una Cruz hecha y tallada en la carne [de la mejilla] en la cual se besan los parientes y amigos cuando se encuentran".²

gados, consúltese: Salvatore Bono, I corsari barbareschi (Torino, 1964), págs. 253 y sig.

¹Ed. cit. I, pág. 151. Fol. 32.2 de la ed. príncipe.

²Ed. cit. I, pág. 48. Fol. 8.3 de la ed. príncipe.

El gran interés histórico de esta costumbre extraña se explica a continuación:

y quedóles esta costumbre desde el tiempo de los Vuandolos y godos; los cuales siendo señores destas provincias de Africa, para conocer los Africanos que eran christianos, de los Idólatras, mandaron que todos los tales andasen señalados en el carrillo con una Cruz, dándoles juntamente con esto privilegio de que no pagasen tributo, como los que no lo traían, que luego eran conocidos por Gentiles Idólatras; y esta costumbre, que entonces era como señal de hidalguía y nobleza, hasta hoy día permanece en estos Azuagos, aunque ellos no saben totalmente la causa desto, pero precíanse mucho de que traen esta Cruz, y dicen que la traen porque son hijos y descendientes de cristianos antiguos.¹

Haedo, pues, nos alumbra sobre un interesantísimo e insospechado aspecto de la etnografía africana: después de casi nueve siglos de dominación musulmana, los descendientes de los antiguos cristianos de las provincias bizantinas del Africa del Norte, si bien tan fervorosos adeptos de Mahoma como sus correligionarios africanos, todavía tenían alguna idea de su origen y del significado de la cruz que tallaban en sus mejillas. Otra particularidad enlazada con la cruz de los Azuagos y que avalora el variado mundo costumbrista

¹Ed. cit. I, pág. 48. Fol. 8.3 de la ed. de Valladolid.

del libro es la viva descripción de los tatuajes con que los moros suelen "pintarse los pechos, cuello, brazos y piernas, haciendo diversas labores con puntas de agujas o cuchillos con que punzan la carne, echando sobre la herida cierto material [y] vienen después a quedar pintadas como unas culebras, sin poderse jamás quitar aquellas señales o labores."¹

Sería un trabajo demasiado largo enumerar y reseñar todo el interesante e inmenso caudal costumbrista que se encuentra en la Topographia. Basta con citar los títulos de algunos de los capítulos para convencernos de la verdad de la afirmación: De las costumbres de los genízaros de Argel en la guerra (cap.XIX); De los corsarios de galeotas de Argel y sus costumbres y usos (cap.XX); De los oficiales mecánicos de Argel (cap.XXV); De las ceremonias que usan en el parto y en la crianza de sus hijos (cap. XXXI); De los ejercicios de las mujeres de Argel y sus alhajas de casa (cap. XXXIII); Del año, meses, cuaresma, fiestas y pascuas que los turcos de Argel tienen y celebran (cap. XXXIV). A estos capítulos pletóricos de usos y hábitos exóticos, el autor agrega un capítulo sobre los vicios generales que tienen los moros y turcos, y, como muestra de su imparcialidad, lo hace seguir de otro sobre algunas de las bondades que se hallan en ellos.

¹Ed. cit. I, pág. 49. Fol. 8.4 de la ed. de 1612.

Al final del libro añade un capítulo interesante acerca de las ceremonias que se usan en los entierros musulmanes, y para rematar el variado mundo costumbrista, incluye una miscelánea de costumbres, opiniones y observancias mahometanas que no podían razonablemente caer bajo los títulos anteriores. Tan vastos y tan completos, tan variados y tan puntualmente exactos son los conocimientos que el autor demuestra sobre cada uno de los múltiples aspectos de la vida diaria de las varias razas que coexisten en la urbe africana que nos parece, como también les pareció a los eruditos franceses del siglo pasado, que sería casi imposible que el libro fuese compuesto en Sicilia a base de los relatos de cautivos cristianos que acababan de recobrar su libertad. Esta problemática importantísima será el objeto de un análisis riguroso más adelante; aquí conviene, sin embargo, ya que hablamos del ingente acervo de extraños y exóticos usos y observancias, señalar la contradicción que surge al aceptar a la letra las palabras de Fray Diego respecto a la autoría de la obra que él dedica a su ilustre tío.

Por desdicha, no hemos podido siquiera resumir brevemente una reducida fracción de la gran cantidad de costumbres que son descritas en Haedo. Hay, no obstante, un grupo más entroncado con la vida de los cautivos cristianos y que aparecen también en la obra de Cervantes. Cuando Haedo describe los bafios donde los cristianos están encerrados,

dice que hay tantos sacerdotes cautivos que "todo el año se dice misas, y muchas veces en fiestas solenes cantadas y solemnizadas con sus vísperas y muy bien acordadas," y es necesario algunas veces decir misa en el patio, fuera, y en tales días suelen los guardianes del baño, turcos y moros, no dexar entrar alguno que no pague primero un áspero, de que sacan gran ganancia." En Los baños de Argel, a principios de la tercera jornada, Cervantes evoca el idéntico cuadro de cristianos que pagan al guardián moro para poder asistir a la misa pascual y que, curiosamente, hacen las mismas reflexiones acerca de lo bien acordado de la música:

Veynte religiosos son
los que oy la Resurrección
han celebrado de Cristo
con música concertada,
la que llaman contrapunto.¹

Por otra parte, el cuadro costumbrista de la boda de Zahara en la misma comedia no desdice en nada de lo que se lee en Haedo sobre las bodas que se celebraban en Argel en aquella época. Otra correspondencia entre los dos autores es la mutua repugnancia que les inspira la inclinación que los turcos muestran para la perversidad sexual, sobre todo

¹Ed. cit. de la B.A.E., pág. 163.

cuando se trata de su predilección de cometer tales actos con niños cristianos. Haedo condena sin ambages y con términos muy vitriólicos esta costumbre sexual:

todos viven una vida bestial, de puercos animales, dándose continuamente a la crápula y lujuria, y particularmente a la hedionda y nefanda sodomía, sirviéndose de mozos cristianos cautivos que compran para ese vicio, que luego visten a la turquesca, o de hijos de judíos y de moros de la tierra y de fuera de ella, tomándolos y teniéndolos a pesar de sus padres, con los cuales están días y noches emborrachándose con aguardiente y vino.¹

En otro capítulo, el autor vuelve al tema de la sodomía cuando describe los ricos vestidos con que los arráeces turcos engalanan a sus garzones:

Acostumbran entonces los arraeces y leventes vestir muy ricamente a sus garzones (que son sus mujeres barbadas) de vestidos de damasco, raso y terciopelo, y de cuchillos muy lindos Damasquinos muy ricamente guarnecidos de cadenas de oro y plata, y de muy pulidos borciguies, zapatos y tocas muy finas, y arrearlos más que a las damas muy pulidas y hermosas. Y tiene por punto de honra y contiene entre sí de quien más número tiene de garzones, más hermosos y más bien vestidos, y para

¹Ed. cit. I, pág. 76. Fol. 15.1 de la ed. de 1612.

esto los envían a manadas y en compañía a pasear el Xuma, y otros días por la ciudad y a la marina y compañía; reputando esto a una gran pavonada y gloria muy particular, que es la cosa más notable y más digna de llorar (que tal cosa se use entre los hombres y con tanta desvergüenza y tan pública) de cuantas en el mundo pueden ser ni imaginarse.¹

Además de una condena tajante de la moralidad turca, el pasaje es un admirable cuadro de la gran importancia que desempeñaban los garzones en la vida de Argel y otros dominios turcos. Pese al insuperable cuadro costumbrista que nos ha dejado la Topographia, su propósito primordial es la censura de una sexualidad bestial y repugnante, y en varios lugares de sus tratados Haedo vuelve a insistir en lo mismo. No podemos citar todos estos pasajes, de modo que acabaremos con el siguiente texto que sorprende por la exagerada parcialidad del autor:

finalmente, por más santos que se fingen [los morabutos], son de ordinario grandísimos sodomitas, y se precian dello, y el pecado bestial públicamente le cometen en mitad del zoco y calle principal, a los ojos de toda la ciudad, y es tan grande la ceguera de moros y turcos, que esto alaban y tienen por bueno, de lo cual se pudieran poner algunos casos, que por ser tan brutos, sucios y asquerosos, los deajo. Y como éstos pro-

¹Ed. cit. I, págs. 88-89. Fol. 17.4 de la ed. de Valladolid.

fesan una vida tan bestial, ansí son estupendas las patrañas, sueños, ficciones, errores y ceguedades que enseñan y predicán a las gentes, y les tienen persuadidos ultra las que Mahoma dejó escritas en el Alcorán, de que trataremos en su propio lugar.¹

Con casi la misma frecuencia, el tema de la perversión homosexual aparece en Cervantes, aunque más matizado por los recursos literarios de un genio del arte y sin las violentas diatribas que son la nota característica de Haedo. En la segunda jornada de Los tratos de Argel, el peligro de la perversión sexual de un niño cristiano viene a ser uno de los aspectos más patéticos en la triste escena de la venta de una familia cristiana en el mercado de Argel. Los versos que pronuncia el Mercader - "Enamorado me a / el donaire del garzón"² - al contemplar la belleza del niño Francisco, no dejan lugar a dudas sobre el sentido, como tampoco las permite los que proclama Aurelio en la misma jornada cuando se lamenta que "el mancebo christiano al torpe vicio /es dedicado desta gente perra, / do consiste su gloria y exercicio".³

¹Ed. cit. I, pág. 111; fol. 23.1 de la ed. de 1612. Otros pasajes que censuran la sodomía se dan en las págs. 129 y 176 del primer tratado. Fols. 27.1 y 38.2 de la ed. princeps.

²Ed. cit. de la B.A.E., pág. 585.

³Ed. cit. de la B.A.E., pág. 591.

En Los baffos también, aunque de un modo más sutil, las palabras que el Cadí dirige a Francisquito tienen que interpretarse en el mismo sentido que las del Mercader en Los tra-tos.¹ El renegado Hacén, en cambio, hace alusiones más directas cuando mata a Izuf y exclama: "¡Tú llevas buena esperanza / a los lagos de Sodoma!"² Y en el Qui jote de 1615, Ana Félix, hablando del peligro en que se halla Don Gregorio a causa de su singular belleza masculina, afirma que "entre aquellos bárbaros turcos en más se tiene y estima un muchacho o mancebo hermoso que una mujer, por bellísima que sea."³

Sin agotar el tema, creo que hemos reunido una cantidad suficiente de alusiones cervantinas y citas de Haedo para demostrar claramente que el tema de la perversión sexual y la repugnancia que produce en los españoles cristianos es un motivo muy frecuente en estos dos autores. Es más: en toda la literatura del Siglo de Oro, difícilmente se encontrarían dos autores que coincidan tanto en sus repetidas condenas de la sodomía de los turcos como en Haedo y Cervantes.⁴

¹Ed. cit. de la B.A.E., págs. 132-133.

²Ed. cit. de la B.A.E., pág. 136. Otra alusión más encubierta es la referencia que Hacén, en la misma página, hace a Sardanapalo, el legendario rey de Asiria célebre por su viciosa bestialidad sexual.

³Qui jote, ed. Valbuena Prat, pág. 1494.

⁴De todos los autores que hemos estudiado para este trabajo, ninguno siquiera se acerca a la violenta y tajante condena de Haedo y el autor del Qui jote. El autor del Viaje

Arca de Noé abreviada

Leyendo los numerosos capítulos y pasajes que Haedo dedica a los usos, costumbres y observancias religiosas de los habitantes del puerto africano, el lector se da cuenta de que Argel es una auténtica colmena de fervecosa actividad multi-racial. Además de los turcos de la más variada procedencia asiática, de los moros que representan todas las razas indígenas del Norte de Africa, y de los judíos y moriscos españoles, el elemento demográfico más numeroso viene a ser el de los renegados, por no hablar de los 25.000 cautivos cristianos de que habla Haedo y que constituyen la fuente inagotable que riega diariamente con nueva sangre cristiana la clase de los apóstatas.

Estos renegados o "turcos de profesión," como los llama tan acertadamente Haedo, "son más que todos los otros vecinos moros y turcos y judíos de Argel, porque no hay nación de cristianos en el mundo de la cual no haya renegado y renegados en Argel."¹ Tan impresionado fue el autor del carácter heterogéneo de la población de la urbe africana que se dedica a la larga enumeración de cada pueblo representado en Argel por los renegados. Además de los pueblos de España, Italia y Francia

de Turquía sólo menciona la sodomía de paso, y Diego Galán, Espinel y Gonzalo de Céspedes no hacen ninguna alusión a ella.

¹Ed. cit. I, pág. 52. Fol. 9.3 de la ed. de 1612.

representados por "Flamencos, Borgofones, Navarros, Vizcaí-
nos, Aragoneses, Catalanes, Mallorquines, Sardos, Corzos, Si-
cilianos, Calabreses, Napolitanos, Romanos, Toscanos, Ginove-
ses, Savoyanos, Piamonteses, Lombardos y Venecianos"; hay
gentes de todos los países de la Europa central y del norte:
"Moscovitas, Roxos, Rojаланos, Valacos, Búlgaros, Polacos, Un-
garos, Bohemios, Alemanes, de Dinamarca y Noruega, Escoceses,
Ingleses y Irlandeses"; y de los países balcánicos: "Escla-
vones, Albaneses, Boznos, Arnautes, Griegos"; e incluso pue-
blos de la más remota y exótica procedencia: "Abexinos del
Prestejuán y Indios de las Indias de Portugal, del Brasil y
de Nueva España."¹

Si bien Haedo no lo menciona, la misma heterogeneidad
racial existía entre los 25.000 cautivos que vivían en Argel
o estaban encerrados en los baños. Otra particularidad que
debemos inferir es que estos pueblos representan también todas
las religiones del mundo: frente a los numerosos pueblos ca-
tólicos se oponían anglicanos y luteranos, cismáticos griegos
y rusos, sin hablar de las sectas musulmanas y las extrañas
creencias asiáticas de las Indias portuguesas. El cuadro
que va surgiendo, pues, es de un Argel en cuyas calles y baños
confluyen y se funden todos los pueblos, razas, religiones y
sectas de la tierra; un auténtico microcosmo no sólo de la
sociedad europea, sino del mundo entero, donde todas las ide-
as y creencias se aunan y se expresan en el galamafas uni-

¹Ed. cit. I, pág. 52-53. Fol. 9.3-9.4 de la ed. de
Valladolid.

versal de la lengua franca, la cual, según Cervantes, "en toda la Berbería, y aun en Constantinopla, se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca, ni castellana, ni de otra nación alguna, sino una mezcla de todas las lenguas".¹

Como Haedo, Cervantes se dio perfectamente cuenta de las dimensiones universales del tremendo drama humano que se desarrollaba ante sus ojos en las calles y en los baños de Argel; pero a diferencia de Haedo, pudo expresar la misma idea con la brevedad de un genio:

Argel es, según barrunto,
arca de Noé abreviada:
aquí están de todas suertes
oficios y habilidades,
disfrazadas calidades.²

Todo el mundo costumbrista de Haedo está cifrado y compendiado en estos versos del célebre alcalaíno. Toda la Topographia o descripción de Argel con sus numerosos capítulos y pasajes que describen usos y costumbres, oficios mecánicos y profesiones militares, pueblos y sectas, vicios y observancias extrañas se trasluce en estos cinco versos de Cervantes, que a su vez se encierran en uno sólo: "arca de Noé abreviada".

¹Quijote, ed. Rodríguez Marín III, pág. 210.

²Ed. cit. de Los baños de Argel, pág. 163.

Epítome de los reyes de Argel

El segundo tratado de la obra de Haedo, cuyo título encabeza este apartado, juntamente con la Topographia o descripción de Argel, forman una de las dos divisiones principales. Esta primera división viene a ser un amplio estudio histórico, topográfico y social del bajalato de Argel durante el siglo XVI. En el Epítome de los reyes, el autor recoge el hilo histórico - interrumpido en la Topographia con la llegada de los turcos en 1516 - para narrar el más puntual y fidedigno registro de los acontecimientos argelinos desde la fundación del Reino de Argel por Aruch Barbarroja hasta el fin del siglo XVI, es decir, una crónica de casi toda la centuria de Carlos V y Felipe II.

El Epítome es susceptible de llamarse crónica porque la historia que encierra está concebida y registrada como una serie de divisiones que corresponden a los reyes o bajaes que reinaban. De modo que el tratado consta de treinta capítulos que narran los hechos principales que acaecieron durante el reinado de cada uno de estos reyes, aunque algunos gobernaron el bajalato más de una vez.¹ Es una historia interesante es-

¹Haedo emplea el título "rey" cuando habla de los dirigentes de Argel, lo cual es inexacto ya que los bajaes eran nombrados por el Sultán de Constantinopla y gobernaban como los virreyes españoles por períodos que variaban de unos meses a varios años. También Cervantes y Espinel llaman "rey" al bajá de Argel, según anota Gili Gaya en su ed. de Marcos de Obregón (Clásicos Castellanos), tomo II, pág. 83.

crita con una prosa que parece fluir con bastante facilidad e incluso con numerosos instantes de vivas descripciones de batallas e intrigas palaciegas.

Los primeros capítulos refieren las biografías apasionantes de los hermanos Barbarroja, Aruch y Cheredín, hijos de un pobre ollero griego de la isla de Mitilene, quienes renegaron de su propia voluntad para dedicarse a la vida aventurera y apasionante de los corsarios turcos. Pronto su fama se extendió por todo el Mediterráneo, y estando en el puerto de Gígel en la costa berberisca, fueron llamados por el príncipe moro de Argel, el cual quería librarse de la tutela española impuesta varios años antes por el Rey Católico. Aruch Barbarroja, el hermano mayor, se aprovechó de la oportunidad, apoderándose de la ciudad y declarándose a sí mismo Rey de Argel.

La extraordinaria fortuna de este hijo de ollero griego que subió de la pobreza a ser rey de un dominio que comprendía casi toda la Argelia moderna, con la excepción de las provincias saharianas, sirvió de modelo y estímulo para todas las futuras generaciones de renegados y turcos que deseaban emular al primer rey argelino, y creó el mito de la fabulosa riqueza y fortuna de un Argel - Indias y Perú de los turcos - donde hasta los esclavos podían, en poco tiempo, subir a reyes. Toda la historia de Haedo sobre los dos primeros reyes

de Argel - Cheredín Barbarroja, hermano de Aruch, fue el segundo - se lee con facilidad sin que el interés decaiga por un momento, y hay pasajes donde el estilo revela un historiador inspirado por los sucesos que narra, como en la relación de la muerte de Aruch en una batalla contra el Marqués de Comares, general de las fuerzas españolas de Orán, en 1518:

Barbarroja que vido al Marqués a sus espaldas, y tan cerca que ya venían los cristianos revueltos con sus turcos, matando y degollando, dábase priesa por pasar en todo caso el río y salvarse. Y para mejor lo poder hacer y entretener al enemigo usó de un lindo estratagema de guerra (si lo hubiera con otra gente), porque mandó sembrar muchos vasos de oro y de plata, muchas joyas y mucha moñeda, de que iban todos cargados, con muchas otras cosas y ropas muy preciosas, pareciéndole que topando los cristianos con esto la codicia los haría entretener para cogerlo, y así tendría tiempo para él y sus turcos poder huir y pasar aquel río a su salvo. Pero como el valeroso marqués animase a su gente y exhortase que, despreciando todo tesoro, no quisiese otro mayor ni más rico que tomar vivo al Barbarroja antes que pasase el río, pisando y calcando todas las joyas, cerraron con gran ánimo con Barbarroja y sus turcos, los cuales, viéndose apretados, volvieron (como hombres determinados a morir) las caras y los pechos, y entre ellos Barbarroja, el cual, con sólo un brazo, peleaba como un león. Pero al último y a poco espacio, tanto él como los más de los turcos fueron muertos y degollados y muy pocos los que pudieron salvarse ni pasar de la otra parte del río. Desta manera, en este lugar y con tal muerte acabó la vida el primer Barbarroja y sus grandes pensamientos, que fué el primero que trajo los turcos a Barbaría y les enseñó a

gustar y a codiciar las riquezas de Poniente, y que con increíble astucia y ánimo, sin duda muy valeroso, dió principio al gran poder que hoy día ellos tienen en Argel y Barbarfa.¹

El pasaje demuestra también la imparcialidad histórica de un autor que está dispuesto a reconocer el mérito y el valor del enemigo. El mismo carácter imparcial domina en las semblanzas a lo Pérez de Guzmán, con las que Haedo remata cada capítulo, presentando sucintamente los más destacados rasgos físicos y morales del rey; y como es uno de los recursos estilísticos y literarios más característicos del Epítome, merece la pena citar la excelente semblanza que esboza del primer rey argelino:

Serfa Aruch Barbarroja (según dicen los que aún se acuerdan conocerlo) al tiempo que le mataron de edad de cuarenta y cuatro años. No era muy grande de cuerpo, pero muy robusto y membrudo y su barba roja; los ojos tenía muy vivos y encendidos; la nariz roma y de color entre moreno y blanco; era hombre animosísimo, muy osado y atrevido, magnánimo, muy liberal y ninguna cosa cruel, si no era en la guerra y siendo desobedecido; fué muy amado, temido y obedecido de sus soldados, y de ellos, siendo muerto, muy amargamente llorado. No dexó hijo ni hija; vivió en Barbarfa catorce años, en los cuales hizo grandísimos daños a cristianos, y destos fué cuatro Rey de Gigel y sus montañas y dos de Argel, y uno de Tremecén no cabal.²

¹Ed. cit. I, págs. 246-247. Fol. 54.4 de la ed. prin.

²Ed. cit. I, pág. 247. Fol. 55.1-55.2 de la ed. de Valladolid.

Punto interesante del Epítome de los reyes es que se basa en los relatos fidedignos de personas viejas que presenciaron los hechos y no en relaciones de segunda mano recogidas por otros historiadores. Por otro lado, cuando el autor ha sacado sus informes de alguna fuente escrita, no deja de citar en el margen el título de la obra y el nombre del autor. Examinando los primeros cuatro capítulos del primer tratado, en los que resume la historia hasta la llegada de Barbarroja, vemos que Haedo, puesto que no dispone de relatos de testigos oculares, siempre da con puntualidad las fuentes latinas y modernas de sus afirmaciones. En el Epítome, en cambio, un examen de los márgenes revela que sólo en raras ocasiones el autor ha tenido que utilizar los estudios del granadino Juan León y del latinista italiano Paolo Giovio, los cuales, por ser trabajos muy generales, no podían ser de gran beneficio en la historia especializada de Haedo.¹

Este afán de escribir un registro de acontecimientos no comentados por otros estudiosos quizá sea el rasgo más trascendental del libro. Harta prueba de este propósito de originalidad se ven en varios pasajes. Cuando relata, por ejemplo, los sucesos de la desastrosa jornada de Carlos V en las playas de Argel (1541), hace caso omiso de todo lo que los españoles ya sabían porque, según dice: "es cosa tan sa-

¹Además, la obra de Paolo Giovio (Commentari delle cose de' Turchi, Venezia, 1531) sólo alcanza los primeros años de los reinados de Aruch y Cheredín Barbarroja. Como ya apuntamos, el libro de Giovio fue traducido en parte por Díaz Tanco e incluido en su Palinodia de ... los Turcos.

bida y la escribieron mil autores,"¹ así que se limita solamente a lo que concierne al rey Hasán Agá, el que, por primera y única vez, venció, con la oportuna ayuda de una tempestad, al invicto emperador. Y en la narración de la muerte de Aruch Barbarroja, cuando menciona la restitución del Reino de Túnez a Muley Hasán, añade una reflexión parecida: "como es a todos tan notorio, y lo escriben tantos autores muy larga y difusamente: por tanto no es necesario que gasetemos aquí el tiempo en contarlo y escribirlo."²

Con este esmero en excluir todo lo trillado de la historia, Haedo produjo una de las grandes obras de su tiempo y una crónica que recoge, con gran puntualidad, tantos sucesos políticos y militares, y tantos datos biográficos de gran interés para el estudio de los reyes de Argel - datos que no se encuentran en ninguna otra obra - que los eruditos franceses no podían creer que el Abad de Frómista hubiera compuesto su trabajo sin haber estado cautivo en Argel.

La historia de los reyes argelinos cobra un interés creciente al llegar a la década en la que tuvo lugar la batalla

¹Ed. cit. I, pág. 278.

²Ed. cit. I, pág. 265.

naval de Lepanto (1571), la jornada naval de Navarino (1572) y la pérdida de la Goleta (1574). Son los acontecimientos militares que sucedieron durante el lustro que precede al que vio a Cervantes cautivo en Argel (1575-1580), y el autor ya está narrando la historia que él mismo vivió sin tener que apoyarse en la memoria de renegados y turcos viejos. Los capítulos sobre Uluch Alf (llamado Ochali por Haedo) y el renegado veneciano Hasán Bajá - "homicida de todo el género humano," según cuenta el Cautivo en el Quijote (cap. XL de la Primera Parte) - son, juntamente con los dos primeros capítulos sobre Aruch y Cheredín Barbarrofa, los más extensos e interesantes del Epítome. Las semblanzas que pinta Haedo de estos dos esclavos cristianos, que subieron, después de renegar de su fe, a ser reyes de Argel, no desdienen en absoluto de lo que cuenta de ellos Cervantes en la narración de El Cautivo.¹

Después del reinado de Hasán Bajá - es decir, después

¹Quijote, ed. cit. de Rodríguez Marín, III, págs. 186-190. Por otra parte, en Los tratos (2ª Jornada), Izuf requiebra a Silvia, su cautiva cristiana, con una alusión a los esclavos que llegaron a ser reyes de Argel:

Con vos fortuna en su ley
no usa de nuevas leyes:
que esclavos se an visto reyes,
aunque vos sois ...más que rey.

(Ed. cit. de la B.A.E., pág. 586)

del cautiverio de Cervantes y sus compañeros que intervinieron de una manera decisiva en la composición de los Diálogos de Haedo - se nota un cambio de ritmo y hasta un cambio de enfoque que indican que el autor, o los autores, de los últimos capítulos ya no escribe desde Argel y relata los incidentes con el desprendimiento de un historiador ya alejado del centro de los sucesos que narra. Los últimos tres capítulos, en particular, son brevísimos - en su conjunto, menos de tres páginas de la edición de la S.B.E. - e indican claramente que el autor perdió contacto con la historia contemporánea de Argel y que los añade para tratar de llegar hasta el fin del siglo XVI, si bien sólo alcanza el año de 1596 del reinado de Mostafá Bajá, última fecha que se registra en el Epítome de los reyes.¹

Importancia de Haedo en la
historiografía de Argel

Si para los cervantistas el libro de Haedo quedó arrinconado y olvidado durante casi siglo y medio - hasta que fue

¹En el capítulo sobre la autoría, volveremos a hablar del cambio radical que se nota a partir de 1581 y que viene a ser un claro indicio de que la historia hasta aquel año fue escrita en Argel mismo.

descubierto, hacia 1752, el texto del Diálogo de los mártires que narra algunos incidentes del cautiverio de Cervantes y que fija su patria definitivamente en Alcalá de Henares¹ - no es así en cuanto a los historiadores ingleses y franceses. Ya en el siglo XVII, el Padre Pierre Dan, autor de la Histoire de Barbarie et de ses corsaires (Paris, 1649), conocía el trabajo de Haedo e incluso escribió una nota biográfica sobre el Abad benedictino, la cual, por desgracia, no llegó a publicarse.² Es en el siglo siguiente, empero, que la historia de Haedo empieza a adquirir un interés primordial con la publicación en 1731 de A Complete History of Algiers (Londres) por John Morgan, el trabajo más completo y extenso sobre la historia de Argel publicado hasta entonces en lengua inglesa.

Morgan, estudioso serio y bien versado en las lenguas y la historia de la Antigüedad, había viajado extensamente por el Norte de Africa antes de emprender su tratado histórico. Maneja las mejores fuentes latinas, españolas y francesas, y en el Prólogo, además de la gran importancia que da

¹Navarrete, op, cit., págs. 207-208.

²Les illustre captifs (manuscrito), Bibliothèque Mazarine, núm. 1919. Hemos obtenido una copia del cap. 12, Libro II, en el cual el Padre Dan habla de Haedo y la Topographie de Argel.

a la Descripción general del Africa de Mármol Carvajal, reconoce su deuda a Haedo, pero sin resaltar debidamente la utilización casi exclusiva que hizo del Epítome de los reyes en sus capítulos sobre el siglo XVI:

Nor am I a little indebted to F. Diego de Haedo, Abbot of Fromesta, whom I frequently mention. He wrote a circumstantial, and not contemptible History of Algiers, which he brought down to near the Conclusion of the sixteenth Century. But excepting a few good Passages and remarks, which I occasionally pick out, his three tedious Dialogues, in particular, concerning Captivity, Martyrs, and Morabboths, or Mohametan Sanctifications, are silly enough, replete with nauseous Cant, and, in many Cases, insufferably partial. I am most his Debtor in the Succession of the Basha's, etc.¹

Un examen de los capítulos sobre el siglo XVI muestra que Morgan, en vez de seleccionar de vez en cuando algún buen pasaje, ha seguido muy de cerca todo el Epítome de los reyes capítulo por capítulo, con largas paráfrasis del texto de Haedo entre los muchos pasajes, algunos extensos, que traduce literalmente. De cuando en cuando interrumpe el hilo histórico de Haedo para intercalar un comentario personal o una versión sacada del trabajo de Mármol Carvajal, especialmente en la relación del fracasado asalto de Carlos V contra Argel en 1541, en el cual fue cautivado Mármol y cuyos sucesos cono-

¹Prólogo a la edición de 1731, pág. vii.

cía como participante y testigo presencial. Para dar más variedad a la crónica de Haedo, el historiador inglés saca del Diálogo de los mártires aquellas proezas de los cautivos que más impresionan y las inserta, según el año del suceso, en su paráfrasis del correspondiente capítulo del Epítome. De manera que en el capítulo sobre Hasán Bajá el veneciano, encontramos la historia de "un tal Miguel de Cervantes", lo cual aumenta el interés en torno a este renegado infame y demuestra que no todo en los Diálogos es pura tontería, como afirma Morgan en el pasaje del Prólogo transcrito arriba.

Al terminar el siglo XVI y encontrarse sin la valiosa ayuda de Haedo, el estudioso inglés se percata de la inexactitud de lo dicho sobre él en el Prólogo y rectifica sensiblemente sus primeras afirmaciones, diciendo que el benedictino ès

An Author of whom I have made very good Use, and consequently must acknowledge my self very much his Debtor. In several Parts of this History, I have delivered my real Sentiments concerning this very-often most impartial Spaniard. (Op. cit. pág. 613)

Los más fervorosos elogios de Haedo, no obstante, se dan en los historiadores franceses del siglo XIX. Con la expedición militar de 1830 que capturó la ciudad de Argel y la subsiguiente ocupación francesa de todo la Argelia, los eruditos franceses, sobre todo los que se establecieron en el antiguo puerto de los corsarios, mostraron en seguida

una pasión por la historia de su nueva colonia. A partir de aquella fecha, la Topographia e historia de Argel, ya libro muy raro en España, llega a ser uno de los estudios más codiciados por la comunidad francesa, haciéndoseles necesario desembolsar una cantidad elevada para adquirir el único ejemplar que tenían en Argel durante el siglo pasado.¹

Tan indispensables son los dos primeros tratados de Haedo para la historia argelina que los franceses emprendieron la difícil y ardua tarea de traducirlos al francés y así hacerlos asequibles al erudito que encuentra el español del Siglo de Oro un obstáculo infranqueable. La traducción de algunos capítulos de la Topographia o descripción de Argel fue llevada a cabo por los señores Monnerreau y Berbrugger y el resultado de sus esfuerzos apareció en la Revue Africaine en 1870 y 1871, con un prólogo del Dr. Monnerreau, el cual ya citamos arriba. Estos dos historiadores del XIX hablan de la gran importancia que Haedo encierra para la historia de Argel y afirman que la Topographia es un libro que se recomienda "por la escrupulosa exactitud del historiador español", afirmación que se verifica en las muchas y amplias notas que acompañan el texto de la traducción francesa.

¹Dr. Monnerreau, "Topographie et Histoire générale d'Alger" (Traducción francesa de algunos pasajes del primer tratado de Haedo), en Revue Africaine, XIV(1870), pág. 365.

Otro erudito francés, H.D. de Grammont, tradujo en su integridad el Epítome de los reyes, y las pocas palabras del breve Prólogo del traductor son casi todas una alabanza del autor español:

C'est cette oeuvre que je viens compléter aujourd'hui; l'Epítome de los reyes de Argel est la partie capitale du travail d'Haëdo, et sa connaissance est indispensable à tous ceux qui s'occupent de l'histoire d'Alger; car c'est le seul livre qui fasse le récit des événements qui y sont survenus pendant le XVI^e siècle. Sans lui, la nuit la plus noire régnerait sur toute cette période, obscurité à peine interrompue par de rares chroniques indigènes, souvent menteuses, et par le récit de quelques-uns des faits les plus saillants, qu'il faut aller chercher à grand'peine dans vingt ouvrages divers, espagnols ou italiens.¹

Es evidente, según estas citas, que Haedo, como historiador, goza de mayor estimación fuera de España que en su propia patria. Si no es el verdadero autor del Epítome de los reyes, como quedará patente en otro capítulo, tiene la gloria por lo menos de haber dado a la estampa la Topographia, salvando así de "la noche más oscura" el período más apasionante de toda la historia de Argel desde los tiempos más remotos hasta hoy día.

El fin del Epítome también es el que cierra la primera de las dos grandes divisiones que nosotros hemos hecho en la obra íntegra de Haedo. Los dos tratados histórico-geográficos de esta división son los que los franceses tradujeron y estudiaron a fondo. En cambio, los tres Diálogos de la segunda división, los cuales serán analizados en el capítulo siguiente, fueron desdeñados casi por completo por los historiadores de Argel. Y es allí, sin embargo, donde vamos a encontrar la clave del problema de la autoría, pues su interlocutor principal es un verdadero cautivo que efectivamente compuso la obra durante su estancia forzada en Argel.

IV

L O S D I A L O G O S

D E

H A E D O

La segunda de las dos divisiones de la Topographia e historia general ocupa los tomos II y III de la edición de la S.B.E. y consiste de tres tratados sobre el tema del cautiverio en forma dialogal. Si los primeros dos tratados son un estudio histórico, geográfico y social casi siempre imparcial, sobre todo el Epítome de los reyes, los tres Diálogos que ahora estudiaremos - Diálogo de la captividad, Diálogo de los mártires de Argel y Diálogo de los morabutos - constituyen, en su conjunto, una condena categórica y sin ambages de la religión y cultura musulmana y de las crueldades que cometen los turcos contra los cautivos cristianos, los cuales sufren, así lo afirma el autor, la cautividad más cruel y atroz desde el principio de esta bárbara costumbre.

Además de ser un ataque vitriólico contra los musulmanes y su religión, los Diálogos constituyen un profundo estudio de la institución de la esclavitud desde sus comienzos bíblicos hasta la época en que escribe el autor, y una serie de relatos verdícos de gran interés sobre el tema de los cautivos. Como iremos viendo, algunos de estos relatos vienen a ser auténticas novelas biográficas que dan datos interesantísimos acerca de ciertos personajes históricos - Cervantes, por ejemplo - y que fueron imitados, en la época que sigue inmediatamente la publicación de la Topographia, por varios escritores españoles.

El interlocutor común de los tres Diálogos es el Dr. Antonio de Sosa, y en cada una de las tres obras habla con una persona distinta: en el Diálogo de la captividad, con el caballero de San Juan, Antonio González de Torres; en el De los mártires, con el Capitán Jerónimo Ramírez; y, por fin, en el De los morabutos, con Amud, yerno de su patrón.¹ En los tres

¹El tercer diálogo, el De los morabutos, es el más corto de todos. Se trata de una disputa religiosa entre el Dr. Sosa y un musulmán, en la cual el autor censura, a veces violentamente, los errores del mahometismo y realza la gran superioridad de la religión cristiana. Es el menos interesante para nuestro propósito, así que no será el objeto de un análisis.

Diálogos, pues, es el Dr. Sosa él que dirige la conversación y él que tiene los pasajes más largos y de más profundidad conceptual. Cada uno de sus interlocutores sólo sirve para dar forma al género, hacer las preguntas pertinentes que dan lugar con frecuencia a las extensas disquisiciones filosóficas del Dr. Sosa, y subrayar con sus exclamaciones las reflexiones más enjundiosas del ilustre teólogo y sacerdote.

Antonio de Sosa, González de Torres y el Capitán Ramírez son personajes reales que efectivamente fueron apresados por los corsarios argelinos y llevados a Argel, donde sabemos que anduvieron cautivos entre 1577 y 1581. De modo que están hablando como testigos y participantes de los sucesos que refieren y comentan. No son observadores imparciales de una historia contemporánea que se despliega ante sus ojos, sino víctimas que sufren y ven a otros sufrir en el tremendo y desgarrador drama de la cristiandad cautiva de Argel. Sosa, como teólogo y literato es probablemente el autor de estos diálogos y él que impone a lo largo de cada obra el tema religioso que da un profundo sentido cristiano a la patética y lastimosa experiencia de los cautivos de Argel:

Diálogo de la captividad

El primer diálogo, el que ocupa todo el tomo II de la edición de la S.B.E., es el más largo de los tres y a la vez el más denso en erudición y conceptos filosóficos. El propósito primordial es el de llamar la atención de España y del mundo cristiano a la triste suerte de 25.000 cautivos que gimen en las hediondas mazmorras de Argel o sufren las tribulaciones de un diario trabajo agobiante, por no hablar de los que se desloman bogando el remo en el infierno de las galeras turcas. Pero más que un simple cuadro lastimero, viene a ser también un amplio estudio histórico-filosófico sobre el cautiverio. Al autor le interesa, no sólo presentar la condición de los cautivos de Argel, sino explicarla y darle sentido religioso y jurídico. De ahí el hondo buceo en los orígenes y el porqué de la esclavitud. El resultado de esta pesquisa es el mejor tratado acerca del cautiverio producido en el Siglo de Oro.

El Diálogo de la captividad comienza con la visita que el caballero sanjuanista, Antonio González de Torres, hace al Dr. Antonio de Sosa en las prisiones en que éste se halla encarcelado por su inhumano y cruel patrón. El Argumento que encabeza el Diálogo enumera los temas que los dos tratarán:

Entrando Antonio González de Torres, caballero de San Juan, a visitar al doctor Sosa, su amigo, en las prisiones en que está captivo y encarcelado, tratan los dos cuán infelice suerte sea la del captiverio, cuándo tuvo principio el uso de hacer a los hombres esclavos y quién fué el autor de tan bárbara costumbre, de qué manera y calidad era el captiverio, de que usaron antiguamente muchas naciones y, finalmente, de las grandes miserias, trabajos, tormentos y martirios que hoy día padecen los captivos cristianos en poder de moros y turcos, principalmente en Argel.¹

Por ser un tratado algo extenso, el autor lo ha organizado en veinte "divisiones". En la primera división, los dos interlocutores discuten la situación de los cristianos esclavos de Argel, insistiendo en la trascendencia del tema del cautiverio en general, según queda patente con estas frases que pronuncia el Dr. Sosa:

Antes digo y afirmo que es tan grave este negocio [el cautiverio] y la materia en sí tan vaga, tan varia, tan rica, tan copiosa y abundante de doctrina y, en suma, tan capaz de toda erudición y saber, por la mucha noticia de historia, lección de varios autores, memoria de diversos casos y experiencia del mundo que, para tratar de ella se requiere, que para lo hacer como conviene y el negocio lo merece, sería, sin duda, necesario un ingenio excelente y un raro juicio y peregrino muy diferente del mío, a lo menos con más reposo y contento, y, por tanto, si la grandeza de la materia venciere, como es forzoso, mis fuerzas y saber, la culpa será de quien

¹Ed. cit. II, pág. 1. Fol. 96 de la ed. príncipe.

con la afición se engaña y piensa de mí que valgo para alguna caso. Antonio: Soy contento de aceptar ese partido, y recibo sobre mí toda la culpa, si alguna pudiese haber.¹

Sosa, pues, anuncia claramente que tiene la intención de llevar a cabo un estudio serio y profundo, basado no sólo en la "lección de varios autores", sino en la "memoria de diversos casos", sin hacer caso omiso de "la experiencia del mundo". Es decir, que su trabajo será una historia del cautiverio según las mejores autoridades clásicas, y, para la época contemporánea, se servirá tanto de la memoria de viejos cautivos y renegados, como de su propia experiencia en Argel. El propósito de este difícil y largo estudio es, según el mismo Sosa, el "de mostrar que este infelice cautiverio en que [viven] los cautivos de Argel y Barbaría es el más cruel ... y el más inhumano y desdichado que en el mundo ha habido."²

Remontándose a los tiempos perdidos en la niebla de las leyendas prehistóricas, Sosa busca y encuentra el origen mismo del cautiverio. En esta tarea evoca el tema muy renacentista de la Edad de Oro, cuando "vivían todos los hombres recta y justamente, y conforme a la ley natural", cuando eran

¹Ed. cit. II, pág. 8. Fol. 98.1 de la ed. príncipe.

²Ed. cit. II, pág. 9. Fol. 98.2 de la ed. príncipe.

"todos los hombres iguales, porque no se sabía qué cosa fuese esclavo o señor."¹ En Los ratos de Argel. Cervantes también, con los recuerdos argelinos todavía vivos en su mente, hace al cautivo Aurelio lanzar un grito de añoranza por aquella perdida edad áurea cuando los crujidos de las cadenas no resonaban:

¡O sancta edad, por nuestro mal pasada,
 el dulce nombre de la edad dorada!
 ¡Cuán seguros y libres discurrieron
 la redondez del suelo los que en ella
 la caduca mortal vida vivieron!
 No sonaba en los ayres la querrela
 del mísero cautivo, quando alzaua
 la voz a mal [dezir su] dura estrella.
 Entónces libertad dulce reynaba,
 y el nombre odioso de la seruidumbre
 en ningunos oydos resonaba.²

Volviendo a Haedo, éste explica que la Edad de Oro y la condición libre del hombre desaparecieron de la tierra a causa de la codicia del oro metálico y las guerras que esta avaricia acarrea. Con las guerras, pues, "entró en el mundo y se introdujo la esclavitud, captivándose los hombres unos a otros y privándose de su natural libertad. De suerte que la esclavitud es, como dixo el jurisconsulto, propio fruto y efecto de la guerra, porque con ella y por ella se introdujo en el mundo."

¹Ed. cit. II, pág. 30. Fol. 103.1 de la ed. de 1612.

²Ed. de la B.A.E., pág. 591.

El sentido jurídico
del cautiverio

En las divisiones cuarta y quinta del Diálogo de la captividad, Sosa y González de Torres exponen con agudeza los principios jurídicos en los que se basa la esclavitud. El docto teólogo afirma, por ejemplo, que el amo de un cautivo "puede disponer y hacer de su esclavo lo que de su caballo, alienándolo como ni más ni menos que cualquier cosa suya propia".¹ Lo que está diciendo con estas palabras, sin emplear el término que se aplica a este tipo de servidumbre, es que los cautivos, en contraste con los siervos que no se pueden alienar de su tierra, son bienes muebles como el ganado o los efectos mobiliarios de una casa, y son susceptibles de ser enajenados por venta o donación.

Al atribuir el origen de la nefanda costumbre a las primeras guerras, los dos interlocutores hacen alusiones implícitas al concepto bien conocido en la jurisprudencia de aquellos tiempos, el cual señala que el estado de ser cautivo o esclavo, nace de la conmutación de la pena de muerte que el vencedor aplica al vencido. Esto, en otros términos, significa que el vencedor en una guerra lícita tiene el derecho de matar al enemigo vencido o perdonarle la vida tomándole preso. Esta idea es la que se trasluce cuando Gon-

¹Ed. cit. II, pág. 33. Fol. 103.4 de la ed. príncipe.

záñez explica que "el que inventó degollar a los hombres inventó también hacerlos captivos."¹ En el mismo parlamento de Los tratos sobre la Edad de Oro, Aurelio expresa la misma concepción jurídica del cautiverio:

Mas con ninguno hiço mayor daño
que con la hambrienta, despiadada guerra,
que al natural destruye y al estraño.
Esta consume, abrasa, hecha por tierra
los reinos, los imperios populosos,
y la paz hermosísima destierra,
y sus fieros ministros, codiciosos
más del ruvio metal que de otra cosa,
turban nuestros contentos y reposos,
y, en la sangrienta guerra peligrosa,
pudiendo con el filo de la espada
acabar nuestra vida temerosa,
la guardan de prisiones rodeada,²

Como en Haedo, el autor de Los tratos, atribuye el origen de la guerra a la codicia por el oro (ruvio metal), y a continuación ofrece su interpretación poética de la esclavitud como fruto amargo de la conmutación de la pena de muerte aplicable al vencido en la guerra. Aurelio, al decir que

¹Ed. cit. II, pág. 33. Para algunas ideas sobre la filosofía del cautiverio, consúltese: Antonio Domínguez Ortiz, "La esclavitud en Castilla durante la Edad Media," en Estudios de Historia Social de España, (C.S.I.C.), II(1952), pág. 416 y sig.

²B.A.E., tomo 156, pág. 591.

le "guardan de prisiones" rodeado, "pudiendo con el filo de la espada" darle muerte, hace una referencia muy clara a la justificación legal del cautiverio.

La lectura de Los baños revela asimismo dos casos en los que el texto debe interpretarse en el mismo sentido. En la tercera jornada, cuando Halima le pregunta a Don Fernando si sabe que es cautivo de ella, éste responde: "Señora, sí, y sé que vivo / por tí", frase anfibológica que podría significar, para el ama mora, que su esclavo muere de amores por ella, y, para el cautivo, que su vida depende de ella en el sentido jurídico de la esclavitud. Pero una alusión más directa se da en la primera jornada. Cuando el Viejo ve a sus dos hijos en peligro de ser apresados por los corsarios, exclama que la muerte sería preferible al cautiverio, pero Cauralí tiene otros proyectos:

De aquessos tus discursos pensativos
te sacará mi espada, que procura,
sin acudir al gusto de tu muerte,
darte la vida y ensalçar mi suerte.¹

Otra particularidad que Haedo destaca en varios lugares es la que considera al cautivo como un ser jurídicamente muer-

¹Ed. cit. de la B.A.E., pág. 119.

to durante el período de su cautiverio: "Pues la honra, el título y el ser que el derecho da a un esclavo es que le llamó y declaró por no más que un cuerpo muerto o sin ser, mas antes es el mesmo nada y como si no fuera en el mundo."¹ El afán de llegar a la esencia misma del cautiverio desde un enfoque jurídico y a la vez muy filosófico, le hace al autor recurrir tanto a los más excelsos jurisconsultos romanos como a las Sagradas Escrituras para las metáforas que encierran mejor el sentido de la esclavitud:

Y por tanto, con mucha razón llamó la escritura divina a la esclavitud, escoba que de una mano y en un momento todo barre, sin dexar cosa o bien alguno, y navaja muy afilada que no dexa un cabello desde la cabeza y barba hasta los pies. Y al captivo comparó a la tabla, en la cual escribió el escribano y formó lindas y hermosas letras bien talladas, las cuales después todas, enojado y con cólera, súbito y arrebatadamente, borra de manera que la tabla queda tan limpia y tan sin rastro o señal de escritura, como si jamás en ella alguno hubiera puesto la mano;²

La idea del cautivo como un ser muerto o una tabla borrada se halla también en algunas obras literarias del Siglo de Oro. El mismo Aurelio de Los tratos suspira que el hombre que pierde su libertad puede "contarse, viviendo, ya por

¹Ed. cit. II, pág. 20.

²Ed. cit. II, pág. 10.

muerto."¹ Pero él que más insiste en esta definición jurídica es Calderón en El Príncipe constante. Mientras se encuentra en poder del rey de Fez, el Príncipe Don Fernando de Portugal deplora así su lastimosa condición:

Morir es perder el ser,
Yo le perdí en una guerra:
Perdí el ser, luego morí:
Morí, luego ya no es cuerda
Hazaña, que por un muerto
Hoy tantos vivos perezcan.²

Lo interesante de lo que dicen del cautiverio, tanto Haedo como Cervantes y Calderón, es que ninguno de los tres autores pronuncia una censura de la esclavitud misma como institución. Ni siquiera Cervantes - el cual dijo en el Qui jote de 1605 (cap. XXXIX) que "no hay en la tierra ... contento que se iguale a alcanzar la libertad perdida" - llegó hasta el extremo de condenar y censurar la existencia de la institución y abogar por su abolición total. La razón es que en el siglo XVI los jurisconsultos no estaban aún preparados para contradecir las ideas seculares de San Agustín y Aristóteles, y de las Sagradas Escrituras, las autoridades máximas que se citan en favor de la esclavitud.

¹B.A.E., pág. 591.

²Pedro Calderón de la Barca, Obras completas, tomo II de la ed. de A. Valbuena Briones (Madrid: Aguilar, 1966), pág. 263. La primera ed. es la que salió en Primera parte de las Comedias de ... Calderón (Madrid, 1636).

De ahí que Haedo siga la tendencia de su tiempo y se conforme a esta opinión general:

Y aún dice San Agustín que no sólo aceptaron los hombres y aprobaron con mucha razón este uso; pero que fue muy necesario y cosa muy justa que ordenasen, como todas las gentes han ordenado por ley, que el captiverio y privación de libertad fuese justa pena de la maldad que comete aquél que con guerra injusta perturba y acomete a los otros. Lo cual también Aristóteles confirma con muchas razones en los libros de su policía. Esto es lo que comúnmente dicen los juristas que la servidumbre es de derecho de las gentes, siendo por naturaleza todos libres, y aun esta ley y uso general de los hombres aprobó muy claramente después la divina Escritura por bueno, pues no sólo nos dice en el Viejo Testamento cómo muchos grandes santos (cuyas obras nos propone para exemplo) tuvieron grande cantidad de esclavos, como fueron los santos Patriarcas Abraham, Isaac y otros; pero en el Nuevo los Apóstoles San Pedro y San Pablo encomiendan en gran manera a los esclavos que sirvan, obedezan y honren a sus señores con temor, temer y simplicidad de corazón, como a Jesu Cristo, aunque sean ignorantes idiotas.¹

¹Ed. cit. II, pág. 31. Tan general y aceptada era la institución de la esclavitud en el siglo XVI que ni siquiera el Padre Vitoria, no obstante su apasionada defensa de los derechos de los indios, alzó su voz para condenarla categóricamente. Consúltese sus Relecciones sobre los indios y el derecho de guerra (Buenos Aires: Austral, 1946), pág. 110. Esta obra es la traducción de De Indis et de jure belli relectiones, incluida en Relectiones Theologicae (Salamanca: J. Fernández, 1557).

Pese a esta inclinación a aceptar la justificación jurídica e incluso religiosa de la esclavitud, Haedo censura la institución cuando se aplica a los estados cristianos que permiten la existencia de esclavos cristianos en Europa. Esta costumbre se fue extinguiendo hacia finales de la Edad Media, aunque aún existían esclavos cristianos en Cataluña y en Italia durante el siglo XVI.¹

Como modelo para su abolición total en Europa, Haedo cita el ejemplo de Francia, cuyos reyes ya habían ordenado que en ninguna parte de sus dominios se permitiese la esclavitud de cristianos, aunque fuese un negro de Monicongo, "reputando (y con mucha razón) que era esto una grande infamia y deshonor de la fe de Jesu Cristo y del nombre cristiano, ser esclavo y cristiano."²

¹ Joaquín Miret y Sans, "La esclavitud en Cataluña," Revue Hispanique, XLI (1917), págs. 84-86. Emmanuel Rodocanachi, "Les esclaves en Italie du XIII^e au XVI^e siècles," Revue des Questions Historiques, LXXIX (1906), págs. 406-407. Rodocanachi, además de numerosos casos documentados, cita las obras de Ariosto y el Aretino, en las que se trata de esclavos y mercaderes de esclavos en Italia. Y en La española inglesa de Cervantes tenemos un indicio interesante de la existencia de la esclavitud en la Inglaterra isabelina.

² Ed. cit. II, pág. 21. Fol. 101.1 de la ed. de 1612.

El duro cautiverio de Argel

Como el propósito primordial del Diálogo de la captivi-
dad es demostrar que el cautiverio de Argel es "el más cruel
... y el más inhumano y desdichado que en el mundo ha habi-
do", Haedo hace un resumen del trato de los cautivos en la
Antigüedad a fin de destacar la enorme crueldad de los tur-
cos. Si bien da algunas muestras de la sevicia de los anti-
guos,¹ se inclina, en general, a subrayar la benignidad del
cautiverio de antaño, especialmente el de los heliotas grie-
gos, citando el caso de los cautivos atenienses que consiguie-
ron su libertad de los siracusanos cantando versos de Eurí-
pides.²

Al terminar la historia del cautiverio de la Antigüe-
dad, desciende rápidamente a la época moderna cuando "los

¹El ejemplo más interesante es el del valeroso capitán romano M. Atilio Regulo, bárbaramente torturado por los cartagineses, los cuales le metieron desnudo en una jaula de hierro, "do le atormentaban con las agudas puntas de los durísimos clavos que pasaban todas las tablas de la jaula y no le dexando dormir de noche, el regalo que cada día le hacían era que le ponían con los ojos abiertos por fuerza a los fuertes rayos y grandes ardores del Sol." (Ed. cit. II, pág. 82)

²Ed. cit. II, pág. 80.

pecados de los hombres truxeron a la tierra este cruel azote y tan fiero de la secta de Mahoma, vituperio y afrenta de la humana naturaleza ... y sola inventora de crueles inhumanidades y bárbaras que los suyos usan ordinariamente para con los otros hombres."¹ Desde la división décima hasta la décimosexta, los interlocutores del Diálogo presentan el más extenso cuadro de las tribulaciones de los cautivos de Argel. Página tras página y división tras división, los dos cautivos pintan el cuadro desgarrador de una humanidad cristiana bárbaramente atormentada y martirizada en el infierno de las galeras y ergástulos argelinos.

El propósito es evidente: ofrecer al mundo un extenso recuento de los trabajos y tormentos de unos seres humanos desamparados por Dios y sus compatriotas. Para conseguir este objeto, el autor escoge los casos más susceptibles de excitar y provocar la compasión de los españoles libres. De modo que desfilan ante el lector las escenas más patéticas de familias enteras vendidas como esclavos en las almonedas públicas de Argel, de galeotes esqueléticos reventando de puro esfuerzo físico o castigados atrocemente por los látigos de los cómitres, de guardianes desalmados vapuleando a los cautivos de los hediondos baños de los turcos.

¹Ed. cit. II, pág. 83.

El cuadro más feroz y diabólico es el de los galeotes que bogan en las galeras. Los tratamientos que reciben a manos de los turcos "son fieros y crudelísimos azotes ... con duros y fludosos palos de acebuche y otros árboles, y con recios corbachos hechos de nervios, con grosísimos estropes de cáñamo, y estos a dos manos y a toda fuerza". Los cómitres son descritos como auténticos verdugos que descargan terribles y horrendos golpes sobre los míseros galeotes desnudos, "abriéndoles por las espaldas, descalabrándoles en las cabezas, rompiéndoles los dientes, arrancándoles los ojos y moliéndoles los huesos". Hasta los otros moros y renegados se levantan de sus sitios y a puños, patadas y azotes atacan a los pobres cristianos que "van echando la alma y a toda fuerza bogando". Pero el cuadro de crueldad atroz llega a un colmo inigualado cuando el Dr. Sosa afirma que muchos turcos sin piedad alguna embisten a los míseros seres humanos, "y con una rabia ferina, con los propios dientes les arrancan las orejas y les cortan las narices ... De manera que no parece una galeota menos de un infierno, por lo cual descurren por todas partes los demonios atormentando a gran furia a los infelices cristianos cruelmente".¹

El pasaje continúa a lo largo de dos páginas enteras en las que el autor agota todos sus recursos léxicos a fin

¹Esta cita y las anteriores son de las págs. 91-92 de la edición citada.

de lograr el efecto deseado. No contento, empero, con esta descripción, Haedo vuelve al mismo tema en la división siguiente cuando se lamenta de los mismos míseros galeotes que revientan del trabajo y tormentos y caen muertos sobre el remo, o que se desesperan hasta el punto de ahorcarse "con alguna sogá que atan al banco, de la cual echándose a la mar quedan colgados."¹ Los que sobreviven la temporada de las correrías vuelven a Argel tan aniquilados, disformes y esqueléticos que no les queda más que los huesos y la piel, "de manera que están vivos y pueden hacer en ellos (a los ojos) una natural anatomía de todos los huesos, nervios, venas, arterias y cartiláginés."²

Después de las galeras, el autor se dedica, con el mismo afán por los detalles que suscitan piedad y compasión, a la descripción de la vida de los cristianos en Argel. Aquí los cautivos están tan cargados de cadenas y hierros que no se pueden mover, "unos con muy gruesos grillos, otros con pesados traviesas, otros con grandes calzas de hierro, otros con espantosas cadenas". Aherrojados así, los turcos los encierran "en las casas y en los baños, y en aposentos oscuros, húmidos, hediondos, y aun a muchos debajo de tierra, en cuevas angostas y oscuras mazmorras." En tales prisiones

¹Ed. cit. II, pág. 95.

²Ed. cit. II, pág. 95.

como éstas, los amos les constriñen a "moler de continuo a la luz de la candela ... en molinos de mano que aposta para esto hacen y tienen todos en sus casas."¹

De las crueldades generales pasa el Dr. Sosa al inventario de los casos específicos de crímenes repugnantes cometidos contra los cristianos. Muy interesante es el hecho de que todos los setenta y tantos casos documentados con sus fechas exactas, con la excepción de unos tres o cuatro, sucedieron entre 1577 y 1580, años en los cuales los dos interlocutores estaban cautivos en Argel. En todos estos ejemplos de sevicia y del carácter opresivo de los verdugos musulmanes, sobresalen los del propio Hasán Bajá, immortalizado por Cervantes en Los bafios y la novela de El Cautivo. Así que vemos desfilar ante el renegado veneciano una serie de cautivos españoles que trataron de huirse, siendo apresados y devueltos a Argel donde son castigados duramente.²

El mismo rey, que Cervantes llamó "homicida de todo

¹Ed. cit. II, pág. 101.

²Ed. cit. II, pág. 113. Cervantes en Los bafios, refleja el mismo cuadro de prófugos que aparecen ante la justicia del rey Hasán, aunque para su propósito no siente la necesidad de destacar la verdadera naturaleza bárbara del renegado veneciano, como lo hace en la semblanza que pinta de él en El Cautivo.

el género humano", interviene en otra parte como auténtico verdugo de la humanidad cristiana de Argel:

Destá manera mató este rey Asán, veneciano, con su mano al buen mozo napolitano Juan Francisco ... Destá manera mató el Rey, en su casa, al mallorquin Pedro Soler, porque tentó de huir de su patrón para Orán. Destá manera mató también a otro hombre, catalán, que truxera de Cataluña cautivo en una fragata, y se decía Peroto, porque no le decía a su gusto lo que pasaba del armada española. Destá manera, y en su presencia, mandó el mismo Asán, rey que ahora es, matar con infinitos palos al animoso Cuéllar, español, porque tentó con grande ánimo alzar aquella galeota del puerto a media noche y acogerse con otros 30 cristianos ... Destá manera el guardián del baño del Rey mató al pobre Simón, el calabrés, porque no fué a trabajar al Burgio con los otros. Destá manera mandó ese mismo rey Asán matar en su presencia y aposento a Juan, vizcaíno, porque le tomaron huído camino de Orán. Destá manera también mandó matar el mismo Rey otro mozo español, natural de las Montañas, que se decía Lorenzo, porque le truxeron unos alarbes del camino de Orán para do iba huído, y dentro de dos días murió.¹

¹Ed. cit. II, págs. 109-110. Resulta claro ahora que de los dos cuadros muy opuestos que Cervantes pinta de Hasán Bajá, el de El Cautivo corresponde exactamente a lo que dice de él Antonio de Sosa. La notable falta del verdadero carácter cruel e inhumano del rey argelino en Los baños responde, pues, a las exigencias artísticas de crear un rey justiciero - como el que surgirá en el teatro de Lope - que resalte el valor de los españoles que arriesgaban sus vidas, como el mismo Cervantes, con sus repetidas y temerarias tentativas de evasión.

Para poner fin a este cuadro patético del cautiverio argelino, citaremos el caso atroz del corsario Hasán, renegado genovés, el cual, siendo perseguido por las galeras de Sicilia, "cortó un brazo a Rodulfo, calabrés y bogavante, porque amortecido del continuo bogar, y a la boga arrancada y de venticuatro horas continuas, cayó sin acuerdo ninguno, y con aquel brazo cortado azotaba a los otros cristianos que bogaban, hasta tanto que él escapó."¹ Y a continuación el interlocutor refiere el caso idéntico de Mahamet Bey cortando el brazo de uno de sus galéotes para esgrimirlo bárbaramente contra los demás cristianos.²

Con inmensas crueldades como éstas, el lector piadoso y cristiano del Siglo de Oro no podía menos que impresionarse y compadecerse de sus tristes compatriotas que sufrían el duro cautiverio de Argel.

El sentido religioso
del cautiverio

A partir de la división décimosexta, Haedo habla de los tormentos espirituales de los cautivos, dando así un sen-

¹Ed. cit. II, pág. 117.

²Ed. cit. II, pág. 118.

tido religioso a los trabajos corporales de las divisiones anteriores. Casi todo el Diálogo, empero, ostenta numerosas alusiones al cautiverio como una experiencia religiosa. La idea predominante, en este sentido, es la de Argel y la vida de las galeras como un infierno para los cristianos. Al describir, por ejemplo, las tribulaciones de los galeotes, hay una dramática equiparación con las escenas estereotipadas del mundo inferior:

De manera que no parece una galeota menos de un infierno, por la cual discurren por todas partes los demonios atormentando a gran furia a los infelices cristianos cruelmente, y no se oyendo allí otra cosa, sino golpes de todo género de tormentos y voces infernales que les dan, llamándolos canes, perros, cornudos, canalla, enemigos de Dios, maldito tu Cristo, maldita tu Ley y tu fe, maldito el Dios que adoras y que crees: lo cual todo, ¿qué ojos pueden ver y mirar, ni qué orejas (si no destas fieras inhumanas y bestiales) pueden sin gran lástima y dolor oír, que no los espante en gran manera un horrendo espectáculo, y tan terrible como éste? (Ed. cit. II, pág. 92)

En otros lugares, el autor compara a los turcos con el mismo Diablo, llamándoles "bestias infernales" y "demonios del infierno," y todo Argel se convierte en el "matadero de Satanás", a cuyo puerto atracan diariamente galeotas cargadas de almas cristianas cautivadas por los secuaces del Príncipe de las Tinieblas. Por otro lado, Haedo reserva una de sus diatribas más sentidas e infernales para los cristianos cautivos que reniegan del nombre de Cristo para hacerse mu-

sulmanes:

Pues qué diré de tantos y tantos [cristianos] que, sin fuerza y de su propia voluntad, ellos mismos importunan a sus amos y patrones que los hagan turcos y moros, y así, sin saber lo que dexan ni entienden lo que toman y lo que hacen, se arrodillan delante de la bestia infernal de Mahoma, reciben su carácter circunciándose y su nombre llamándose Mahamet, Alf, Morat, Solimán o Mostafa, y de hijos de Dios, y hermanos de Cristo, y herederos del cielo, se vuelven demonios del infierno, enemigos de Cristo y hijos del diablo;¹

Al decir que Mahoma es la "bestia infernal", Haedo utiliza una de las grandes figuras simbólicas de la literatura religiosa: la bestia que el Apóstol San Juan ve en sus inspiradas visiones apocalípticas:

Vi cómo salía del mar una bestia, que tenía diez cuernos y siete cabezas, y sobre los cuernos diez diademas, y sobre las cabezas nombres de blasfemia.²

El que sea esta bestia la misma a la que alude el Dr. Sosa, se hace palmario si volvemos al capítulo XXXVI de la Topographia (primer tratado) donde el autor, hablando de los

¹Ed. cit. II, pág. 173. Fol. 136.1 de la ed. de 1612.

²Apocalipsis de San Juan (13: 1).

vicios generales de los vecinos de Argel, identifica a Mahoma con la bestia de San Juan:

Y realmente que cuando considero aquello que el apóstol San Juan escribió en sus revelaciones, que vió una bestia con siete cabezas y con diez cuernos y todos ellos coronados con unas coronas, se me representa Mahoma y su ley, y que veo a esta bestia en Argel, adorada públicamente, con los siete vicios mortales o capitales, los cuales no bastan a los turcos, moros y renegados de aquella ciudad, y aun de todas partes, cometer y obrar, como otros hombres flacos y de carne que, si pecan, tienen al vicio por vicio y al pecado por pecado, y se afrentan y avergüençan dellos. Mas han llegado a tanto mal y ceguedad, que adoran a los vicios y les han puesto coronas, reputándolos por honra, grandeza, bondad y sumo bien.¹

Las frecuentes referencias que Haedo hace al Apocalipsis canónico indican un interesante intento de utilizar este libro críptico para dar un sentido religioso a la patética experiencia de los cautivos cristianos. Sin penetrar profundamente en la maraña del simbolismo apocalíptico, debemos señalar brevemente que casi la mayor parte de la Revelación joánica es la representación del infierno terrenal que sufren los primeros cristianos de los tiempos del Apóstol, perseguidos, como los cristianos del siglo XVI, por los esbirros romanos, verdaderos secuaces de Satanás según la

¹Ed. cit. I, págs. 168-169. Fol. 36.2 de la ed. de Valladolid.

exégesis bíblica. Si para los cristianos del primer siglo, la bestia que sale del mar es el símbolo cifrado del Emperador romano, a partir de la cristianización del Imperio bajo Constantino el Magno, esta interpretación quedó inválida y los exegetas se vieron forzados a buscar en otra parte su explicación. Con el creciente poderío de los turcos, en el siglo XVI, y la terrible amenaza que esta fuerza representaba para el mundo cristiano, más y más comentaristas comenzaban a identificar a la bestia infernal con Mahoma y a considerar a los turcos como agentes y secuaces del Diablo.¹

Es evidente, pues, que Haedo ha seguido esta tendencia de los exegetas del Apocalipsis en sus alusiones al infierno del cautiverio argelino. De modo que, al terminar el largo inventario de trabajos y tribulaciones corporales y espirituales que se padecen en Argel, resume su pensamiento con estas frases significativas:

Concluamos todo esto con una sola palabra, que bastará por lo mucho que aún se puede decir, que realmente y en efecto de verdad, todo Argel y todas sus plazas,

¹Isbon T. Beckwith, The Apocalypse of John (New York, 1922), pág. 328. Véase también en De los nombres de Cristo, el capítulo "Rey de Dios", donde Fray Luis hace alardes prodigiosos de su sabiduría escrituraria para dar con el sentido religioso del Imperio de los infieles turcos. En la pág. 181 (ed. Austral), llega a identificar el quinto imperio (el de los turcos) con la bestia que sale del mar en el Apocalipsis.

las casas, las calles, los campos, la marina y sus baxeles no son menos que unas herrerías propias y naturales del demonio, a do perpetua y continuamente otra cosa no se oye sino golpes, tormentos y dolores, tan abundantes y copiosos, de todas las invenciones de inhumanos y crueles instrumentos para matar cristianos, y aún más de lo que eran llenas las herrerías de Vulcano, de aquellos que fabricaron los ingenios infernales.¹

Para el pobre cristiano amamantado en el seno de la Santa Madre Iglesia y que creía que Dios debía protegerle de sus enemigos, el cautiverio de Argel constituía una dura prueba espiritual y una problemática sin explicación fácil. Su desesperación crecía a medida que duraba su cautiverio año tras año y, si el rescate no venía, el cautivo comenzaba a pensar en la única salida posible: la apostasía.

El Dr. Sosa resume bien el sentir del cristiano cuando asevera que no es posible que "este mesmo desdello, este desamparo, este olvido de Dios, este hacer que no ve, no sea la más ordinaria cosa y que más cotidianamente siente y experimenta un desdichado cautivo en todo su cautiverio".² En otro lugar, el sacerdote cautivo repite el mismo motivo: "para solo el mal afortunado cautivo parece que no hay Dios; tan

¹Ed. cit. II, pág. 125. Fo1. 125.1 de la ed. de 1612.

²Ed. cit. II, pág. 163. Fo1. 133.4 de la ed. de 1612.

olvidado está, tan desamparado anda y vive tan sin remedio."¹

Este sentimiento del olvido y desamparo que siente el cautivo sólo tiene explicación, para los interlocutores del Diálogo, en la Pasión de Jesu Cristo, el cual padeció el tormento de la Crucifixión y se vio desamparado y "sin favor del Padre eterno." En fin, todo lo que se pasa en Argel tiene un hondo sentido religioso; toda la triste y desgarradora experiencia diaria de los cautivos cobra un valor cristiano y se interpreta según la vida y la doctrina de Jesu Cristo:

Y si queremos hablar cristianamente, si en el mundo puede haber, ni hallarse algún estado, el cual, en su modo y con sus males, represente en alguna manera en una suma y por junto aquella tan dolorosa pasión del Hijo de Dios (que excedió todos los males y tormentos, según dicen los doctores, porque en ella padeció el Señor todo género de males y trabajos), éste, sin falta y sin duda, y no otro, será la esclavitud y cautiverio de Argel y Barbaría, cuyos males infinitos, terribles tormentos, miserias sin número, aflicciones sin medida, imposible es que aquí se comprendan en tan breve plática y tiempo.²

¹Ed. cit. II, pág. 164. Fol. 134.1 de la ed. príncipe.

²Ed. cit. II, págs. 188-189. Fol. 139.4 de la ed. de Valladolid.

El autor del Diálogo de la captividad, escribiendo no en el siglo XVII cuando se publicó su libro, sino en plena Contrarreforma, da, según la estética de la época, a la vida cotidiana de los cautivos de Argel el más profundo sentido cristiano que culmina en la Pasión de Cristo, cifra y compendio del duro cautiverio de Argel.

Diálogo de los mártires

El segundo Diálogo del libro de Haedo es, en cierto sentido, una continuación del Diálogo de la captividad. Ya cuando se escribía el primer Diálogo, el Dr. Sosa anuncia a González de Torres su intención de componer una especie de martirologio: "Algún día os mostraré unos papeles que aquí tengo, en los cuales recogí con la mayor diligencia que pude las muertes y martirios que les dieron los turcos en esta ciudad de Argel".¹ La génesis del Diálogo de los mártires, pues, tuvo lugar mientras Sosa hacía en el De la captividad el inventario de los tormentos de los cristianos y se dio cuenta de que muchos individuos sufrieron muertes tan atroces, mostrando tanta fortaleza de ánimo y constancia cristiana que los hechos de sus vidas, reunidos en una obra aparte, constituirían

¹Ed. cit. II, pág. 118. Fol. 123,3 de la ed. de 1612.

un auténtico martirologio argelino que serviría de inspiración y emulación para las futuras generaciones de esclavos cristianos tentados por la lujuria y falsas promesas de la bestia infernal.

Con esta observación, reservó la narración de estos casos insólitos para un diálogo aparte, especialmente dedicado a los mártires de Argel. El segundo Diálogo comienza, como el primero, con un Argumento que explica la visita del Capitán Jerónimo Ramírez al Dr. Sosa en la mazmorra donde está encadenado.¹ Son los dos y únicos interlocutores, y, como en todos los tres Diálogos, es el erudito teólogo el que dirige y establece el ritmo de la conversación. Así como en el primer Diálogo Sosa hace un estudio histórico-filosófico del cautiverio antes de penetrar en el tema de los trabajos y penalidades de Argel, de la misma manera hace aquí un resumen de la historia martirial hasta el tiempo en que vive. Al terminar esta introducción, Sosa explica que los casos que va a referir los supo "de personas muy dignas de fe, y que hoy día están en Argel vivos". Ramírez, por su parte,

¹Navarrete, siguiendo el Memorial de los Cautivos rescatados en 1580, nos dice que Ramírez era alcaíno de edad de treinta y seis años. Por su edad, profesión, patria y fecha de su rescate, sería uno de los compañeros más íntimos de Cervantes. (Vida de Cervantes, pág. 573)

afirma que él es un "buen testigo" porque algunos de los martirios los vio con sus ojos y otros los ha oído "a quien con sus ojos también lo miró".¹

A continuación el erudito teólogo dice que su intención es narrar las muertes martiriales acaecidas en Argel para que "no estuvieran tan sepultadas en olvido" como las de los tiempos pasados. Muestra, entonces, a Ramírez unos papeles en los cuales, "con todas las diligencias del mundo" que hizo desde sus prisiones y cadenas, había perfilado los casos más extraordinarios de proezas martiriales y "trabajos de muchos siervos de Cristo que con sus vidas y muertes santificaron esta ladronera de Argel."²

A diferencia de los otros dos Diálogos, el De los mártires se presenta en forma dialogal sólo en la introducción, pues el inventario de los mártires es la lectura que el Capitán Ramírez hace de los escritos del sacerdote titulados: "Memoria de algunos martirios y otras muy crueles muertes, que estos años atrás algunos cristianos han recibido, particularmente en Argel, de los infieles turcos y moros."³

¹Ed. cit. III, págs. 25-26. Fol. 152.4 de la ed. prin.

²Ed. cit. III, pág. 26. Fol. 153.1 de la ed. prin.

³Ed. cit. III, pág. 27. Fol. 153.1 de la ed. prin.

El primer caso de la "Memoria de los martires" es el del Capitán Martín de Vargas, cuya muerte se remonta al año 1530. Como comandante de la guarnición española que defendía el castillo de la isleta en el puerto de Argel, se defendió valerosamente contra el asalto de Cheredín Barbarroja; y cuando todos los españoles fueron muertos o heridos, Martín de Vargas fue capturado, sanado de sus heridas y luego bastoneado cruelmente delante del rey hasta que murió cristianamente. Sosa relata el suceso de su tormento así:

muy airado el Barbarroja, y colérico mandó a grandes voces, que luego allí matasen aquel perro a palos delante dél: por lo qual asiendo de Martín de Vargas algunos turcos que allí estaban, le tendieron en el suelo, y sentándose uno sobre la cabeza, y otro sobre las piernas, como es de su costumbre, le dieron con un rebenque estrobo grosísimo de cáñamo, tantos, tan fieros golpes y azotes, hasta que ellos se cansaron, y sucediendo otros, le molieron todos los huesos, los hígados y las entrañas, sin ninguna piedad, y de tal suerte que a fuerza de los crueles azotes y golpes le sacaron la alma, y mataron allí en el suelo tendido.¹

El autor, entonces, termina su relación con una semblanza no disímil de las que caracterizan el Epítome de los reyes, pero agregando los detalles imprescindibles en la muerte de un mártir:

¹Ed. cit. III, pág. 31. Fol. 154.2 de la ed. de 1612.

Era el valeroso Martín de Vargas de edad, por cuanto se podía juzgar, de hasta cincuenta años poco más o menos, de mediana estatura, barbinegro con algunas canas y más blanco que no moreno: murió como fué notorio a todos, con grandísima devoción, por que habiendo sufrido infinitos golpes y mortales azotes, sin quejarse ni dar un ¡ay!, ya que sentía arrancar el alma, no desamparó jamás de la boca, el nombre Santísimo y gloriosísimo de Jesús y de María, su santísima Madre.¹

Siguiendo este modelo, Sosa relata una larga serie de casos en que los cristianos fueron atormentados bárbaramente y murieron martirizados por su religión. Algunos de estos relatos se extienden por más de diez páginas y son genuinos textos literarios a causa del interés suscitado por los meritos narrativos del autor. Uno de los mejores, la historia del corsario español Juan Caffete, fue tan imitado por Céspedes y Meneses en El español Gerardo que constituye un verdadero plagio, como veremos en un capítulo posterior. Marcel Bataillon, percatándose de la calidad literaria de muchas páginas de la Topographia de Argel, dijo que "había en Haedo muchos párrafos capaces de sugerir ideas de comedias o novelas ... Las noticias de Haedo, más bien escuetas, abren ancho campo a la imaginación."²

¹Ed. cit. III, pág. 31. Fol. 154.2 de la ed. príncipe.

²Varia lección de clásicos españoles (Madrid: Gredos, 1964), pág. 379.

No todas las noticias de Haedo son escuetas, como afirma el erudito crítico francés. El relato del martirio de Fray Miguel de Aranda, el más largo del Diálogo, es una narración interesantísima que se extiende por casi veinte páginas. Se trata de la trágica muerte de este fraile valenciano, quemado públicamente en Argel, el 18 de mayo de 1577, para vengar la muerte de un morisco, también de Valencia, condenado por la Inquisición a morir en la hoguera. Cervantes, posible testigo presencial de este triste suceso, hace una larga y sentida narración del martirio de Fray Miguel en la primera jornada de Los tratos, con detalles que no desdicen en nada de la historia de Haedo.

Una de las particularidades más notables del Diálogo de los mártires es que el Dr. Sosa muestra un interés enorme en señalar el sitio preciso donde están enterrados los restos mortales de cada uno de los mártires que murieron en Argel. Así que, al terminar el relato de la muerte de Jerónimo, moro cristiano martirizado y entregado a ser enterrado vivo en la muralla de Argel (1569), Sosa fija con mucha puntualidad la parte del muro que encierra los huesos del santo varón:

El lugar do el cuerpo santo está enterrado, quien mirare el bestión lo verá muy claramente en las tapias y paredes dél, porque en la parte que mira hacia tramontano o Norte se ve que está una tapia toda sentida y como mo-

vida, porque con el tiempo consumiéndose la carne del cuerpo, hizo la tierra de la tapia asiento, y se ve muy señalada.¹

Lo mismo hace en cada uno de los relatos martiriales que refiere, y si falta precisión en algunos casos es por no haber podido averiguar con exactitud el lugar donde los restos fueron sepultados. El propósito no se limita sencillamente al de conseguir un martirologio detallado y puntual, sino que mira hacia glorias más concretas. En la misma narración del moro Jerónimo, después de indicar el sitio donde fue enterrado, Sosa explica el porqué de su precisión:

Deste lugar confiamos en el Señor por su piedad, que algún día le sacaremos, y con otros cuerpos de otros muchos santos y mártires de Cristo, que con su sangre y bienaventuradas muertes consagraron aquella tierra, le pondremos en otro más cómodo y más honroso lugar, para gloria del Señor, que tales santos y de tal exemplo nos dexó a los cautivos.²

Las frases del historiador de los mártires de Argel revelan que los cristianos de fe más inquebrantable, como el

¹Ed. cit. III, pág. 113. Fol. 173.2 de la ed. de 1612.

²Ed. cit. III, pág. 113-114. Fol. 173.3 de la ed. de Valladolid.

mismo Sosa, Cervantes y sus compañeros, estaban casi todos convencidos de que un día la infame madriguera de ladrones del mar sería española. Es, pues, con aquella confianza que el Dr. Sosa escribe el Diálogo de los mártires, para tener un registro puntual de los grandes héroes que consagraron sus vidas a su religión y a la destrucción del dominio musulmán en Argel. Cuando llegue aquel día feliz, los vencedores, gracias a las esmeradas pesquisas de Sosa, podrán levantar gloriosos monumentos a fin de conmemorar eternamente las vidas heroicas de los santos mártires que "con su sangre y bienaventuradas muertes consagraron aquella tierra".

Por desgracia, desde el año en que Sosa escribía el Diálogo (hacia 1580), aquel día feliz tardaría en llegar exactamente dos siglos y medio,¹ por los esfuerzos de un país que ya no sentiría la misma pasión por Cristo que la España de Felipe II, y que no tendría deseos de alzar monumentos a los ya olvidados mártires españoles de otros tiempos. Sin embargo, las esperanzas y los sueños de gloria del puntual y esmerado historiador aherrojado no fueron defraudadas por completo, pues hoy día se destaca en Argel un monumento, un poco como aquellos en los que soñaría el Dr. Sosa, el cual no existiría sin los detalles puntuales del Diálogo de los

¹La conquista de la ciudad de Argel tuvo lugar en 1830. Con motivo de haberse infligido una ofensa al cónsul de Francia, desembarcó una fuerza militar francesa que tomó la ciudad y extendió poco a poco la ocupación por todo el país.

mártires. No es un monumento dedicado precisamente a los mártires que murieron en Argel, sino a uno de sus grandes héroes que sintió en su alma aquellos martirios tanto como el mismo Sosa. Es el monumento erigido en 1925 a la gloria eterna del Héroe de Argel que escondió durante meses unos quince cautivos españoles en una cueva, delante de la cual se ve hoy el busto de Cervantes.¹

La primera biografía
de Cervantes

Las circunstancias del fracasado conato de Cervantes de escapar de Argel con los quince cautivos escondidos en una cueva del jardín del alcaide Hasán son demasiado conocidas para repetir las en este trabajo. Lo interesante para nosotros es que el Dr. Sosa incluye el relato en el Diálogo de los mártires, sin que se tratara de un auténtico martirio. De todos modos, presenta las hazañas del Héroe de Argel como si fuera de hecho un mártir, afirmando que Cervantes disculpó a todos los demás conjurados y se echó toda la culpa a

¹Una fotografía del monumento y las circunstancias de su erección se pueden ver en Astrana Marín: Vida de Cervantes II, págs. 566-568.

pesar de las amenazas de muerte del rey Hasán, el cual no podía sacar del valiente alcafiño "sino que él y no otro fuera el autor deste negocio (cargándose como hombre noble a sí solo la culpa)". Explica, además, que en otras cuatro ocasiones Cervantes "estuvo a pique de perder [la vida] empalado, o enganchado, o abrasado vivo, por cosas que intentó para dar libertad a muchos."¹

A continuación el autor hace el elogio más grande de las proezas argelinas de Cervantes cuando asevera que "si a su ánimo y industrias, y trazas, correspondiera la ventura, hoy fuera el día que Argel fuera de cristianos, porque no aspiraban a menos sus intentos".² Más adelante añade tam-

¹Ed. cit. III, pág. 164. Fol. 185.2 de la ed. prin.

²Ed. cit. III, pág. 164. Si Cervantes, según esta cita, efectivamente aspiraba a alzarse con Argel por medio de su "industria y trazas," podría muy bien, como compañero de Sosa, haber intervenido en la preparación de los capítulos V a IX del primer tratado, en los que se hace una puntualísima descripción, con medidas muy exactas, de todos los castillos, torres, troneras, casamatas y demás obras de fortificación y defensa, con observaciones muy útiles sobre los puntos insuficientemente protegidos. ¿Serían todas aquellas medidas de las fortificaciones en pasos y palmas y el lenguaje militar muy técnico el fruto de la labor paciente del pe-rito militar que soñaba con nada menos que apoderarse de la misma madriguera de los corsarios turcos?

bién que "como [el rey Hasán Bajá] tuviese guardado el estropeado español tenía seguros sus cristianos, baxeles y aun toda la ciudad".¹ Ni siquiera los héroes cristianos que murieron atrozmente martirizados merecieron tantas alabanzas de parte de Sosa. La única explicación de la inclusión de un caso no martirial en el Diálogo de los mártires y de los grandes elogios que hace de Cervantes es que el "estropeado español" representaba para el Dr. Sosa, en una persona viva, el espíritu de todos los mártires de Argel. Cervantes era como el símbolo de todos los cristianos que murieron por su fe, y en él estaban cifradas todas las esperanzas y todos los sueños de un Argel libre y católico. Si este fue efectivamente el pensamiento de Sosa, entonces sus sueños de gloriosos monumentos erigidos a los mártires de Argel se realizaron plenamente en uno solo que lleva esculpido en su piedra el nombre de su ilustre amigo. ¡Qué extraño destino la historia reservó para aquellos papeles escritos en una oscura y hedionda mazmorra por un sacerdote cargado de hierros y cadenas! Sin aquellos papeles, sería muy diferente la biografía de Cervantes, Argel tendría un monumento menos, y el olvido un sueño más.

La gran exaltación que el Diálogo hace de Cervantes sirvió de fuente de inspiración para generaciones de estudiosos

¹Ed. cit. III, pág. 165. Fol. 185.2 de la ed. de 1612.

amantes del autor del Qui jote desde que el Padre Sarmiento tropezó con el texto de Haedo en 1752.¹ No obstante, todos los que leían las proezas del Héroe de Argel, especialmente los trozos citados arriba, lo hacían con los prejuicios naturales de lectores que sabían que se trataba del autor del Qui-jote, y que eran más inclinados a engrandecer su valor. Hay, sin embargo, una excepción notable que no ha sido señalada hasta ahora. El libro citado de John Morgan, History of Algiers (1731), incluye, como ya dijimos, toda la historia del malogrado intento de evasión de Cervantes, traduciendo y citando los pasajes más elogiosos. Morgan no hace más que seguir fielmente el relato de Haedo; pero, al llegar al pasaje que reza: "del cautiverio y hazañas de Miguel de Cervantes se pudiera hacer una particular historia," Morgan añade un interesante comentario personal: "It is Pity, methinks, that Haedo is here so succinct in what regards this enterprising Captive."²

¹Este hallazgo fue de capital importancia en la historia de la biografía de Cervantes, pues, con la mención de su patria en el Diálogo de los mártires, Sarmiento pudo hallar su partida de bautismo en Alcalá de Henares. Con la patria ya establecida con seguridad, los biógrafos pudieron encontrar otros documentos que completaron poco a poco la casi desconocida vida de Cervantes. Con razón, pues, Haedo es llamado el primer biógrafo de Cervantes. Sobre el descubrimiento de la patria del ilustre novelista, véase: Astrana Marín, Vida de Cervantes I, págs. 219-221.

²Op. cit., pág. 566.

La importancia de la reacción de Morgan es que su libro fue publicado más de veinte años antes del hallazgo de Sarmiento, y, por consiguiente, el autor inglés no se dio cuenta de que aquel "enterprising Captive" era el autor de Don Quijote. Sin los prejuicios de todos los lectores posteriores, Morgan se asombra de las proezas, valor y fortaleza de ánimo no del autor del Quijote, sino simplemente de un tal Miguel de Cervantes, "un hidalgo principal de Alcalá de Henares," y exclama, como historiador defraudado, que es lástima que Haedo sea tan breve en el relato de un cautivo que no aspiraba a menos que apoderarse de toda la ciudad de Argel.

Es más: el relato de Cervantes es uno de los muy pocos que Morgan saca del Diálogo de los mártires para incluir en su historia de Argel, relato buscado precisamente en la parte de la Topographia que él consideraba como una tontería,¹ lo cual viene a ser otro indicio de la gran atracción que ejerció sobre el historiador inglés la narración de las hazañas de un héroe, cuya verdadera personalidad Morgan desconocía.

¹En el capítulo anterior, ya habíamos indicado que Morgan, en su Prólogo, afirmaba que los Diálogos de Haedo eran una tontería.

V

E L P R O B L E M A D E

L A A U T O R I A

En varios lugares de los capítulos anteriores, hemos expresado dudas sobre la autoría de Haedo e incluso hablado, en algunos instantes, como si el Dr. Antonio de Sosa fuese el verdadero autor. Como la problemática nunca ha sido abordada por la crítica, sería de sumo interés estudiar la cuestión a fin de determinar si debemos continuar aceptando al Arzobispo de Palermo y al Abad de Frómista como coautores de la Topographia e historia general de Argel.

El texto que autoriza y ha consagrado esta doble autoría es la Carta Dedicatoria del sobrino dirigida a su ilustrísimo y Arzobispo, en la cual explica las circunstancias de la preparación del trabajo que publica:

Entre otras muchas razones que me mueven (Ilustrísimo señor) para dedicar a V.S.I. estos escritos, dos tengo por más principales. La primera es que en su persona (sin lisonja alguna) caben muchas alabanzas y excelencias; pero es tan modesto y humilde V.S. que las aborrece, y huye dellas, como de ofensas. Y así suplico a V.S. me dé licencia para decir algo, ya que no sea todo. La segunda es haberlos compuesto V.S. siendo informado de Christianos cautivos, especialmente de los que se contienen en los Diálogos, que estuvieron muchos años en Argel, y habérmelos entregado, estando yo en Palermo en su servicio, aunque en borrón: de manera que sin el trabajo y diligencia que en ellos he puesto, dándoles la última forma y esencia, no se podían imprimir, ni sacar a luz;¹

En el Prólogo a la edición de la S.B.E., Bauer y Landauer acepta como verídicas las palabras del sobrino. Por otra parte, añade algunas ideas y conjeturas de su propia cosecha, las cuales no concuerdan con los hechos. Dice, por ejemplo, que el tío Haedo entretenía en su palacio arzobispal a los cautivos redimidos por los trinitarios y los mercedarios, los cuales "se desembarcan famélicos, rotos y lacerados en los puertos de Sicilia y principalmente en Palermo, como tan próximos a las costas argelinas, donde muchos de ellos volvían a pisar de nuevo, no sin besarla primero, tierra cristiana".²

¹Ed. cit. I, págs. 10-11.

²Ed. cit. I, pág. vi.

De las relaciones orales que estos cautivos hacían de su cautiverio, Bauer y Landauer infiere que el Arzobispo caritativo, con la ayuda de su sobrino, tomaba apuntes día por día hasta reunir los datos necesarios para la redacción de los cinco tratados de la Topographia.

El mismo crítico sigue con sus inferencias, no del todo autorizadas por la Carta Dedicatoria, y supone que el sobrino, años más tarde, volvió a España, "llevándose consigo, tanto aquellos apuntes y borradores del arzobispo, como otras relaciones manuscritas compuestas por antiguos cautivos, y con ellas seguramente, además, gran copia de recuerdos, impresiones personales y hasta el mismo ambiente, recogidos en su trato de varios años con aquéllos en el palacio arzobispal siciliano."¹ Después de ser elevado a la dignidad de abad del monasterio de Frómista, en la provincia de Palencia, Fray Haedo "pudo dedicarse holgadamente durante varios años a la composición de tan extenso libro; y cogiendo por su cuenta los borradores y papeles del tío, enmendando aquí y añadiendo allá, llegó a ponerlos en sazón de pasar a los brazos de la imprenta."

Cotejando estas inferencias de Bauer con la Carta Dedicatoria, vemos que el autor del Prólogo da mucha más importancia a la labor del fraile que él mismo se atribuye cuando afirma que dio a los borradores del Arzobispo "la última for-

¹Ed. cit. I, pág. vii.

ma y esencia". El editor de la Topographia considera la frase del fraile como una manifestación de la modestia de un autor serio, y concluye que tanto el Abad de Frómista como el Arzobispo de Palermo son los verdaderos autores del trabajo íntegro: "Ambos Diego de Haedo, tío y sobrino, arzobispo y abad, deben considerarse, pues, como padres de esta interesantísima obra, que abarca y desarrolla asunto tan trabado con nuestra historia patria".¹

Hablando del Epítome de los reyes, Bauer conjetura que el sobrino lo creó de su cosecha propia, aprovechándose de "algunas obras impresas, bien italianas, bien españolas, como la Descripción de Africa de Mármol Carvajal, o acaso de algún manuscrito coetáneo que no ha llegado a nosotros o ya ce arrumbado en cualquiera de nuestras bibliotecas."² Bauer, evidentemente, se dio cuenta de la problemática que se plantea al querer explicar la enorme cantidad de hechos históricos del Epítome que no se encuentran en otra fuente alguna, y supone la existencia de escritos perdidos como justificación de la elaboración del segundo tratado de Haedo. La Topographia y los Diálogos, en cambio, los considera "sacados de testimonios verbales de los mismos cautivos, siendo su autenticidad indiscutible y extraordinario su in-

¹Ed. cit. I, pág. vii.

²Ed. cit. I, pág. ix.

terés y valor histórico."¹

Examinando bien las afirmaciones de Bauer y lo que nos dice Fray Diego en la Carta Dedicatoria, resulta que el editor de Haedo ha tomado algunas libertades no justificadas. Supone, por ejemplo, que casi toda la obra fue compuesta a base de las relaciones de cautivos que volvían redimidos de Argel, sin mencionar que el Abad insiste en la primordial importancia de los cautivos que intervienen en los Diálogos (el Dr. Sosa, González de Torres y Capitán Ramírez). Es que la inmensa variedad y cantidad de informes en los cinco tratados de Haedo le hacen a Bauer creer que la obra fue compuesta a lo largo de muchos años y después de recoger los informes de un número crecido de cautivos que volvían del cautiverio y referían sus experiencias al Arzobispo.

Las contradicciones de la
autoría de los Haedo

La contradicción que surge inmediatamente en el pensamiento de Bauer es que los cautivos españoles rescatados por los frailes redentores no volvían a Sicilia por no ser esta su patria, ni tenían porqué pasar por aquella isla tan alejada de las rutas marítimas entre Argel y España. Por otra

¹Ed. cit. I, pág. ix.

parte, las relaciones de los cautivos rescatados muestran que los españoles volvían directamente a Valencia, donde celebraban misa y desfilaban por las calles con sus cadenas y trajes de Argel.¹

Sin embargo, Bauer tiene mucha razón cuando afirma o supone que el Arzobispo recibía cautivos en su palacio para escuchar sus relatos, pero no eran ex cautivos de Argel, sino de Turquía. En Cautiverio y trabajos de Diego Galán, obra autobiográfica del XVII, el protagonista, después de diez años de esclavitud, huye de Turquía y llega a Palermo hacia 1598. El pasaje que cuenta el encuentro con Haedo nos ilustra bien sobre la bondad del Arzobispo y su interés en los relatos y asuntos de cautivos:

un día delante de mí habló [un paisano de Diego Galán] al arzobispo y le dijo: Señor, este mancebo es de mi tierra y viene, como sabe vuesa señoría, de cautiverio, y su intento es pasar á España, patria suya; por tanto suplico á vuesa señoría sea servido de darle algún socorro para el viaje, advirtiéndole que no lo ha de negar, pues es la primera cosa que pido; á que el arzobispo respondió con mucha llaneza que podía estar seguro que haría lo que sus rentas le diesen lugar, y comenzó á hablar conmigo preguntándome muchas cosas, así de Turquía como de Candia; yo le satisfice á todas, de que quedó contento y admirado y luego mandó llamar á su mayordomo mandándole que al tiempo y cuando partiese, me diese para el camino, largueza que le agradece con

¹Astrana Marín, op. cit. III, pág. 108.

el toscano lenguaje que mi corto ingenio me enseñó; á que respondió: vaya con Dios, que le dé á vm. próspero viaje, que yo quisiera poder ponerle en su patria exento de peligros y naufragios que á cada día suceden en ese copioso piélago, así de piratas como de tormentas con que pretende sorberse poderosas armadas, cuánto y más una mísera galera donde es fuerza embarcarse.¹

Diego Galán, pues, confirma todo lo que se venía diciendo acerca de las entrevistas del Arzobispo con los cautivos que volvían a España y de la caridad que mostraba con ellos. No obstante, es muy significativo el que la única referencia a tales entrevistas sea la de un español que vuelve de Turquía y no de Argel. Por otro lado, es muy lógico que esto sea así, pues la ruta normal de Turquía a España le conduciría al cautivo a Sicilia, mientras la de Argel le traería a Valencia o las Baleares. Otro detalle que debemos señalar es que la entrevista parece muy corta para un interesantísimo cautiverio de diez años, y Diego Galán no menciona que Haedo haya tomado notas, lo cual sorprende mucho si consideramos la inmensa copia de informes sobre la historia turca que el cautivo manifestaría más tarde en su autobiografía y que hubieran interesado enormemente al Arzobispo, si éste realmente sentía la vocación de historiador tan patente en el autor de la Topographia.

¹Ed. de la S.B.E., págs. 391-392.

Si Haedo efectivamente reunía sus datos a base de los relatos de cautivos que volvían del cautiverio, su obra sería un compendio de esta experiencia en todo el mundo musulmán y no se limitaría a describir únicamente la topografía, historia y costumbres de Argel. Si Haedo fuera el autor de un gran estudio sobre el cautiverio, su obra manifestaría una clara predilección por la topografía, historia y costumbres de la capital del Imperio turco, de donde venían los cautivos que lograban evadirse de sus amos, e incluiría el relato interesantísimo de Diego Galán, cuya entrevista con el Arzobispo ya es un hecho histórico.¹

La Topographia sólo pudo
escribirse en Argel

Una lectura cuidadosa de los cinco tratados de la Topographia e historia general de Argel pone de manifiesto un

¹Como nadie ha señalado la entrevista entre Diego Galán y Haedo, nos parece de suma importancia insistir en el carácter breve de su conversación y en el hecho de que Galán, escribiendo en el reinado de Felipe IV, no haga mención de la obra que el sobrino publicó en 1612, si bien varios pasajes de su autobiografía muestran claramente que conocía y utilizó la Topographia. En el estudio sobre Diego Galán, volveremos a hablar de este influjo de Haedo en el Cautiverio y trabajos de Diego Galán.

hecho primordial: la obra de Haedo sólo pudo escribirse en la misma capital de los corsarios. La extraordinaria copia de informes precisos sobre todos los aspectos de la vida e historia argelinas, no sólo de los cautivos, sino también de los moros, renegados y turcos, hace pensar que la obra fue concebida y ejecutada en la urbe africana. Tal cantidad de conocimientos tan variados difícilmente podrían reunirse en una isla italiana alejada de las rutas marítimas entre Argel y España, donde la visita de cautivos rescatados en Argel sería la excepción más bien que la regla.

La lectura de Haedo, no obstante, revela algunas particularidades muy concretas que señalan claramente que la obra fue redactada en Argel. En los cinco libros, hay un número elevado de casos en que el autor habla como testigo ocular. En el Diálogo de la captividad, Sosa insiste en esto cuando describe las condiciones de los baños y mazmorras de Argel: "si yo y vos como testigos de vista y aun de experiencia comenzásemos ahora a decir y a contar ..."¹ En varios otros sitios de los Diálogos, encontramos frases parecidas, como, por ejemplo, la intercalación de "como vemos" al hablar, en el Diálogo de los mártires, de la gente que se moría de hambre en las calles de Argel.²

¹Ed. cit. II, pág. 84.

²Ed. cit. III, pág. 179. Este ejemplo viene de la "Memoria de los mártires" leído por el Dr. Sosa y no forma

Si bien se podría objetar que, en los Diálogos, Haedo se imagina en Argel y habla por medio de interlocutores que, según los Argumentos, dialogan en la ciudad argelina, las mismas frases en los dos primeros tratados (Topographia y Epítome) indican que toda la obra fue escrita por la misma mano en el puerto africano. En el capítulo XXXIX de la Topographia, al mencionar la labor de los artesanos musulmanes, el autor añade: "no he visto ni sabido que en Argel fuese algún moro o turco pintor."¹ Además de toda la detallada descripción del arte y arquitectura de los autóctonos, la cual por sí misma indica a un escritor sumergido en el ambiente que describe, la frase citada sólo pudo agregarse por un autor que ha visto con sus ojos el arte musulmán. Se podrían citar varios pasajes en los que hay claros indicios de un autor que es testigo de vista de lo que escribe.² Pero ninguno es tan impresionante como el texto siguiente del capítulo XXXVI que menciona el pánico de los argelinos

parte de la parte dialogal, lo cual indica que el mismo sacerdote cautivo está hablando como testigo presencial de los seres miserables que fallecían de hambre en 1579.

¹Ed. cit. I, pág. 194. Fol. 42.1 de la ed. de 1612.

²En la pág. 77 de la Topographia, por ejemplo, el autor habla de los castigos de quemarle a uno vivo, "o empalearle, o engancharle, o romperle los huesos con una maza" y al terminar la serie, agrega, como en otros casos también: "como hemos visto hacer a muchos". Estas frases son pruebas no desdeñables de que el que escribe es testigo ocular.

cuando creyeron que la Armada que Felipe II enviaba contra Portugal iba dirigida contra ellos:

y en el año 1579 y 1580, sabiendo que la majestad del Rey de España, Don Phelippe nuestro señor, hacía grande armada en Poniente, porque vimos con nuestros ojos que se hufan a las montañas y no había hombre de ellos que mirase en la cara a un cristiano ni le dijese una mala palabra en todo Argel ... ¹

Lo subrayado constituye una prueba contundente de que la Topographia fue compuesta en Argel. El autor asevera no sólo que vio algo, sino que lo vio con sus ojos, lo cual sería imposible en una redacción hecha en Sicilia por una persona que no fuera testigo presencial de los hechos que refiere.

La hipótesis de los
franceses

Este investigador no es el primero en sospechar que la Topographia e historia general de Argel fuese escrita en Ar-

¹Ed. cit. I, pág. 169. Fol. 36.3 de la ed. de 1612.

gel. A diferencia de los españoles que sólo se interesaron en los pasajes con posible entronque con la biografía de Cervantes, los historiadores franceses hicieron un estudio minucioso de toda la obra, especialmente de los dos primeros tratados, llegando a traducir, con copiosas notas, todo el Epítome y gran parte de la Topographia. No obstante, al percatarse de la imposibilidad de que la obra fuese compuesta en Sicilia, u otro lugar del mundo cristiano, llegaron a la conclusión de que la Topographia, en su mayor parte, forzosamente tuvo que ser escrita en Argel. A partir de esta conclusión necesaria, dan un paso más y formulan la hipótesis de una estancia del sobrino Haedo en el puerto africano entre 1578 y 1581, fechas entre las cuales tiene lugar la inmensa mayoría de acontecimientos narrados en los cinco libros de la obra.

Uno de los primeros en suponer un posible cautiverio de Diego de Haedo en Argel fue el historiador Ferdinand Denis. En un artículo biográfico sobre Haedo, escrito hacia mediados del siglo pasado, se extraña de la ausencia completa de la personalidad del Arzobispo (o Abad, Denis no especifica) a lo largo de la extensa obra y supone una estancia del autor en el Norte de Africa:

Mais bien qu'il [Haedo] s'efface complètement dans le cours de son histoire, nous supposons qu'il alla

lui-même avant l'année 1605 dans les Etats Barbaresques.¹

Varias década más tarde, H.D.Grammont, siguiendo la pista de Denis, llega a precisar que Haedo había pasado los años de 1578 a 1581 en Argel.² Grammont también es el traductor del Epítome de los reyes de Argel,³ y es principalmente por medio del examen minucioso de esta historia que el erudito francés ha podido fijar con tanta precisión las fechas del cautiverio del autor. Al traducir un trozo del capítulo XXI sobre las degradaciones de los corsarios, y al llegar a la frase que dice: "Lo cual experimentamos muy bien este año ... de 1578," Grammont saca la siguiente conclusión:

Ce fut dans cette course qu'Haëdo fut pris. Nous sommes tout au moins certains que c'est à la même date, et le ton personnel que prend ici l'auteur nous est une preuve surérogatoire que ne manque pas de valeur.⁴

¹Artículo "Haedo" en Nouvelle biographie générale, Paris: Firmin Didot, 1858.

²Histoire d'Alger (Paris, 1887), pág. 22.

³Histoire des rois d'Alger (Traducción francesa del Epítome), Alger, 1881.

⁴Traducción citada de la Epítome, pág. 172.

Si el historiador francés se equivoca en su afirmación sobre el apresamiento de Haedo, su interpretación del tono personal del texto es exacto e indica que es un cautivo que escribe la historia. En otra nota a la traducción de la obra de Haedo, Grammont insiste en esta fecha que, según él, da inicio al cautiverio del autor:

Dans la Topograpfia, chap.XLI - Nous ferons remarquer que, lorsqu'Haëdo emploie le mot: aujourd'hui il faut lire: de 1578 à 1581, époque à laquelle il se trouvait captif à Alger.¹

En una tercera nota al Epítome, el historiador da las razones porqué cree que Haedo estuvo preso hasta 1581. El texto español que da origen al comentario francés es el que en el capítulo XXII reza: "Hasta hoy los ocho de Marzo de 1581 ..."² Esta fecha tiene una importancia trascendental, según insiste el traductor:

Il est bon de noter cette phrase, qui nous apprend clairement qu'Haëdo écrivait son Epítome pendant sa

¹Traducción citada, pág. 131.

²Ed. cit. I, pág. 390.

captivité, bien que l'ouvrage n'ait paru qu'en 1612. A partir de ce moment, il ne parlera plus que par ouï-dire, et on devra beaucoup moins se fier à ses assertions souvent émises sur la foi de gens mal renseignés eux-mêmes. C'est ce qui explique les erreurs fréquentes que nous rencontrerons à dater de 1582.¹

Si sustituimos la palabra "autor" donde el texto francés dice "Haedo", las ideas de Grammont vienen a ser muy ilustrativas de la manera en que fue compuesto el Epítome. Esta historia, tan detallada y puntual desde la fundación del reino por Aruch Barbarroja hasta la primera parte del reinado de Jafer Bajá (1580-1582), de repente cambia de tono y se hace mucho más impersonal y sucinta. A partir de 1582, como asevera Grammont, el autor habla de oídas con la consecuente introducción de frecuentes errores en la historia que narra. No menos importante es la ausencia total de aquel tono íntimo y personal que caracteriza muchos pasajes antes de 1582, sobre todo los que refieren las historias de Uluch Alf y Hasán Bajá el veneciano. El carácter impersonal de la historia después de 1581, según ya se afirmó en otra parte, indica claramente que el autor está relatando los hechos ya alejado del mundo de los cautivos y renegados, moros y turcos de la madriguera de los corsarios. En 1582,

¹Traducción citada, pág. 183.

el autor de la Topographia de Argel ya no se encuentra en la capital argelina.

Al terminar la traducción del Epítome, el historiador francés añade una nota final que resume sus ideas anteriores:

En terminant cette traduction, nous croyons devoir faire remarquer qu'à partir de 1581, époque à laquelle l'auteur quitta Alger, l'histoire fait presque entièrement défaut et se trouve remplacée par des anecdotes concernant la Course et l'Esclavage. La raison en est, qu'à cette période, Haëdo est revenu à Messine, chez son oncle, archeveque de cette ville [sic], et n'écrit plus que d'après les récits des captifs rachetés. Mais cela n'enlève que peu de chose à la haute valeur historique de ce livre, dont les allégations sont presque toujours en concordance exacte avec les documents officiels.¹

Con la excepción del nombre de Haedo, el análisis que Grammont hace del contraste que se hace patente entre la historia antes y después de la fecha clave no puede ser más exacto. A los pasajes anotados por el traductor francés podemos añadir algunos más que prueban que el Epítome se escribía entre 1578 y 1581 en Argel. La primera frase del capítulo XXII - "Jafer Bajá, que de presente en este año de

¹Traducción citada, pág. 222.

1581, gobierna el Reino y ciudad de Argel" - es otro ejemplo interesante de unos recursos estilísticos que hicieron a los franceses suponer que Haedo estaba cautivo en aquella ciudad africana. Al esbozar la semblanza de Uluch Alf (cap. XVIII), el texto de Haedo fija su edad con una frase - "En el año de 1580 era de edad de 72 años" - que nos hace pensar que el autor estaba escribiendo en aquel mismo año o poco después.¹

Como prueba dramática de que sólo la última parte del Epítome fue terminada en Sicilia, podemos señalar el predominio de incidentes que se refieren a aquella isla o a Italia. Con un olvido casi total de incidentes que acaecen en Argel mismo, la historia se limita a registrar las salidas de los corsarios argelinos, y particularmente los que se dirigen hacia Sicilia o Italia. Otro detalle interesante es el relato de los catorce arráeces turcos que escaparon de su prisión en el Castil Novo de Nápoles en 1591, lo cual demuestra que el autor ya tiene más noticias de Italia que de Argel.²

¹Ed. cit. I, pág. 361.

²Ed. cit. I, págs. 414-415.

Esta afirmación se corrobora con la falta de noticias en el Epítome sobre la sonada evasión de Argel efectuada por unos treinta cristianos, dos esclavos negros y una verdadera princesa mora, en una embarcación que llegó a la playa de un jardín de las afueras de Argel en 1595.¹ En el capítulo del Epítome que corresponde al año del incidente, aunque hay noticias sobre la llegada de Morato Arráez a la costa de Sicilia, donde apresó tres bergantines de Trápana, no encontramos ninguna mención de la dramática evasión con reminiscencias de El Cautivo.² Comparando, pues, el tipo de incidentes referidos antes de 1582 con el que predomina después, salta a la vista que la historia antes del año clave fue escrita en Argel, mientras que la que sigue aquella fecha es indudablemente de un autor establecido en Sicilia.

¹Relación del tercer viaje que ha hecho Juan Philippe Romano a Argel (1595), Simancas, E^o 342. Fernand Braudel resume las noticias de esta relación en La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe, tomo II (Paris, 1966), pág. 198.

²Véase las últimas páginas del cap. XXVII en las que el autor relata detalladamente los sucesos acaecidos en las costas sicilianas; y en el principio del capítulo siguiente, da una prueba manifiesta de su ignorancia de lo que pasa en Argel cuando afirma que "desde el mes de Julio hasta el de Octubre de 1595 ... no sucedió en Argel en todo su tiempo, cosa digna de poner aquí." Ed. cit. I, pág. 423.

Turcos y renegados viejos:
fuentes principales del "Epítome"

Todo el Epítome de los reyes está cuajado de alusiones e ideas insertadas en el hilo de la historia, ideas que no constarían en el texto si la obra fuese redactada por el Arzobispo de Palermo. Se trata de referencias que hace el autor a las fuentes de su variada y riquísima historia de los primeros años del reinado bajo los hermanos Barbarroja. Al iniciar la biografía de Aruch Barbarroja, fundador del dominio turco en Argel, nuestro historiador refiere la manera en que supo los pormenores de la vida de este audaz renegado griego:

De arte y oficio era ollero. Cómo se llamase Aruch, siendo cristiano, hasta ahora no lo he podido saber; pero de turcos y renegados muy viejos, que se criaron en casa de su hermano Barbarroja el segundo, supe muy particularmente que su vida fué desta suerte y manera.¹

La interesantísima biografía que a continuación narra el autor - la mejor y más completa y detallada que se conoce hoy día - es el resultado de indagaciones y especialmente de las relaciones de "turcos y renegados muy viejos que se

¹Ed. cit. pág. 218. Fol. 47.1 de la ed. de 1612.

criaron en casa de su hermano" Cheredín Barbarroja, rey de Argel desde la muerte de Aruch en 1518 hasta 1548, es decir, unos treinta a sesenta años antes de las fechas en que se supone que el Epítome fue elaborado. Estos turcos y renegados muy viejos de que habla el autor tienen que ser forzosamente los que encontró en Argel durante su cautiverio, pues, si la historia fuera redactada por el Arzobispo en Sicilia, como lo afirma el sobrino, diría "cautivos turcos" y los renegados ya no serían apóstatas, sino cristianos vultos de Argel.. Por otra parte, sería casi imposible encontrar en Sicilia, hacia 1580, tantos turcos viejos que se acordaran tan puntualmente de la historia de Aruch Barbarroja.¹

En toda la primera parte del Epítome que trata de la historia de los primeros reyes de Argel, el autor se apoya en la autoridad de estos turcos y renegados viejos. A veces rectifica una falsa noticia propagada por las historias más breves e inexactas de Paolo Giovio y Juan León el Africano. Comentando un supuesto viaje de Cheredín Barbarroja a Constantinopla en 1532, el cronista se ffa más de los testigos vivientes que de Pablo Jove:

¹Si recordamos que Fray Haedo en la Dedicatoria asevera claramente que la obra fue compuesta por su tío "siendo informado de Christianos cautivos", en seguida nos damos cuenta de las contradicciones que surgen con las repetidas menciones de "turcos muy viejos".

Con esto han dicho algunos (como el Jovio) que él se fue a Constantinopla a pedir al Turco ayuda; pero turcos y renegados de aquel tiempo afirman que no fue más que escribió luego al Turco lo que pasaba, pidiéndole que en todo caso le quisiese enviar gente para que dexase Argel y sus tierras bien proveídas.¹

El que sean estos turcos y renegados personas viejas que el historiador conoció en Argel es aún más patente en la relación de la batalla en que murió Aruch Barbarroja a manos del Marqués de Comares:

Volvió el Marqués con esta gente y orden a Orán, en principio del año 1518 siguiente, y siendo por el mes de mayo, en tiempo de las cerezas (según decía un renegado español cordobés muy viejo que se halló presente), salió con su gente la vuelta de Tremecén a buscar a Barbarroja y a sus turcos.²

En este caso no cabe duda alguna. Un renegado cordobés tan viejo que se acuerda de una batalla librada en 1518, en la cual probablemente cayó preso, únicamente se encontraría en un país musulmán, pues, de haber vuelto a España, aún des-

¹Ed. cit. I, págs. 260-261. Fol. 58.1 de la ed. prin.

²Ed. cit. I, pág. 245. Fol. 54.3 de la ed. de 1612.

pués de haber apostatado, ya no sería un renegado. Salta a la vista ahora que el autor está hablando de turcos y renegados con los cuales él trataba durante su cautiverio en Argel hacia 1580. La gran variedad de la historia referida en el Epítome - batallas libradas en los confines más alejados de Argel, intrigas palaciegas en Fez, Tremecén y en el reino sahariano de Cuco, etc. - indica que el historiador se sirvió de un número crecido de turcos viejos los cuales solamente se hallarían en una gran urbe musulmana como Argel y no en el palacio arzobispal de Palermo.

Recapitulando lo dicho en éste apartado y el anterior, vemos que en la primera parte del Epítome el autor se sirvió de los testimonios de personas viejas de Argel, y, al llegar al momento de su propio cautiverio, la narración adquiere el tono personal de un historiador metido en el ambiente de la realidad que registra. Al considerar estos rasgos de su obra y el hecho de que a partir de 1581 el tono personal de repente desaparece, dando lugar a una crónica mucho más impersonal, sucinta, inexacta y que muestra más conocimientos de los sucesos sicilianos e italianos que de los argelinos, nos inclinamos a pensar, con bastante seguridad, que el Epítome de los reves, hasta los hechos de 1581, fue concebido y compuesto en Argel mismo. Por otra parte, el inmenso y variado mundo costumbrista y la precisión geográfica de la Topographia es el fruto del mismo

observador, el cual, como ya dijimos, da repetidas indicaciones de ser testigo presencial de la realidad argelina.

El análisis del Építome hecho por los franceses para demostrar que la obra fue escrita en Argel entre 1578 y 1581 es bastante fidedigno. Pero, al formular la hipótesis de un supuesto cautiverio del sobrino Haedo entre aquellos años, incurren en un error muy palmario. No hay ningún documento o prueba de que esto sea verdad, y, además, en la Carta Dedicatoria, el Abad afirma que fue su tío el Arzobispo él que compuso el primer borrador. Es más: en la misma Dedicatoria, el Abad de Frómista no hace ninguna alusión a su estancia en Argel, el cual hecho, si fuera verdad, merecería una mención casi obligatoria en la Dedicatoria de una obra sobre el cautiverio de Argel.

Antonio de Sosa: autor
de los Diálogos

Los franceses, los cuales analizaron página por página los primeros dos tratados de Haedo, desdijeron casi por completo los tres Diálogos de la segunda división. Y es precisamente aquí donde surge la personalidad del auténtico historiador y filósofo del cautiverio. El personaje común de

los tres Diálogos, el sacerdote y teólogo que dirige y encauza todos los temas de conversación no es un personaje ficticio creado en el palacio arzobispal de Palermo, sino un verdadero cautivo que estuvo preso en Argel entre 1577 y 1581, casi los mismos años que los franceses fijaron como el período del cautiverio de Haedo.

Todo lo que sabemos del Dr. Antonio de Sosa se encuentra en los Diálogos y en la Información de Argel, documento que en 1580 Cervantes solicitó en Argel después de ser rescatado por los trinitarios y antes de embarcarse para la vuelta a España. En la Información, los compañeros más íntimos del cautiverio de Cervantes declaran ante notario sobre la ejemplar y heroica conducta de Cervantes durante los cinco años de sus trabajos argelinos. Uno de estos compañeros es el Dr. Sosa, quien afirma que durante los tres años y ocho meses de su amistad notó en Cervantes "costumbres y señales de muy buen cristiano"; y que sabía que "se ocupaba muchas veces en componer versos en alabanza de nuestro Señor y de su bendita Madre, y del Santísimo Sacramento, y otras cosas sanctas y devotas", algunas de las cuales el Héroe de Argel comunicó particularmente con el clérigo y se las envió para que las leyese.¹

¹Navarrete, op. cit., pág. 346. Este biógrafo de Cervantes incluye casi toda la Información de Argel en su obra.

De saber los franceses la existencia histórica de Sosa y haber analizado los Diálogos con el mismo afán e interés que desplegaron en el resto de la obra, no habrían incurrido en el error tan evidente del supuesto cautiverio de Hae-do. Si la Topographia e historia general de Argel fue efectivamente escrita en Argel, el padre de la obra no puede ser otro sino el que en los Diálogos dice, en numerosas ocasiones, que estaba componiendo la obra: el Dr. Antonio de Sosa, amigo de Cervantes y literato de tan excelentes cualidades que el mismo Príncipe de los Ingenios le buscaba y consultaba sobre asuntos literarios.

A lo largo de todos los tres Diálogos estas cualidades literarias se imponen al lector. El tema de los libros y la literatura es, entre el abigarrado mundo temático de los Diálogos, el primero con que el lector tropieza desde la primera frase del Argumento:

Visitando el Capitán Jerónimo Ramirez al Doctor Sosa, su amigo, en las prisiones en que está cautivo, de un libro que le vió en las manos tomaron ocasión de tratar cuán provechosa cosa sea para todos, particularmente para cautivos, la lección de buenos libros.¹

¹Ed. cit. III, pág. 1. Fol. 144.1 de la edl príncipe.

De suerte que, al iniciarse el Diálogo, los dos interlocutores hablan de los libros y el Dr. Sosa, en las páginas que siguen, hace el más profundo análisis de la literatura, tanto de los antiguos griegos y romanos como de los célebres doctores de la doctrina cristiana a fin de desarrollar, sobre aquella ciencia literaria, el tema principal de sus Diálogos: el cautiverio. La lectura de estos pasajes introductorios, tan fastidiosos para muchos investigadores apresurados, establecen la figura de Sosa como un teólogo de honrados conocimientos universales y un literato de primera categoría. Además de hombre de excelente formación clásica y teológica, el Dr. Sosa se muestra ser un investigador infatigable que reúne día tras día y año tras año la más variada y bizarra cosecha de conocimientos sobre la vida argelina. El texto siguiente, acerca de los moriscos, nos informa bien de la metodología de este observador perspicaz:

dende el primer día que entré en este Argel tengo escrito con otras cosas, el número de cuantos vinieron, y como vinieron. Y confieso que son muy muchos los que traen las fregatas y bergatines desta tierra y de Sargel. Y particularmente los navíos de franceses, dándoles libre embarcación en Marsella y otras tierras de Francia ...¹

¹Diálogo de los morabutos, ed. cit. III, pág. 253. Fol. 206.1 de la ed. de Valladolid.

Otra alusión a la manera en que preparaba su obra aparece en el Diálogo de la captividad, el primero de los tres, en el cual menciona los datos ya reunidos para el diálogo siguiente sobre los mártires: "Algún día os mostraré unos papeles que tengo aquí, en los cuales recogí con la mayor diligencia que pude las muertes y martirios que les dieron los turcos en esta ciudad de Argel".¹ Cuando el interlocutor de Sosa le muestra un deseo intenso de leerlos, el clérigo le responde: "A su tiempo así será, porque aún no los he acabado de limpiar y poner en perfección."² Según estas afirmaciones del sacerdote, no nos parece demasiado arriesgado suponer que ya estaba redactando el primer diálogo en su forma final y acabada, y al mismo tiempo estaba limando y "poniendo en perfección el borrador del Diálogo de los mártires. De manera que no se trata únicamente de apuntes que Sosa entregó al Arzobispo Haedo, sino de obras acabadas, limadas y perfeccionadas por la mano de un trabajador incansable y un perfeccionista en cuanto a la forma y calidad del producto final de sus esfuerzos.

¹Ed. cit. II, pág. 118. Fol. 123,3 de la ed. príncipe.

²Ed. cit. II, pág. 119. Fol. 123,3 de la ed. príncipe.

Si la Topographia íntegra fuera del Arzobispo Haedo, preparada con los informes de cautivos que volvían de los bañíos africanos, sería un trabajo que presentaría un amplio panorama de la experiencia del cautiverio de todo el mundo musulmán, y con incidentes acaecidos a lo largo de muchos años; pues, para reunir tanta riqueza de datos históricos, topográficos, etnográficos y costumbristas, el Arzobispo tendría que dedicar a esta larga tarea, durante muchos años, las pocas horas de ocio que le dejarían sus altas funciones como ilustre prelado y gobernante de Sicilia. La Topographia completa, sin embargo, viene a ser, en todo lo que se narra como actualidad e historia presenciada, un compendio de relatos y anécdotas, crueldades y martirios sucedidos en Argel entre los años 1577 y 1581, precisamente los años del cautiverio de Antonio de Sosa.

Todos los setenta y tantos incidentes de crueldades referidos en el Diálogo de la captividad, salvo tres o cuatro a lo más, tuvieron lugar entre estas fechas. Hay más: en la obra íntegra, cada vez que el autor habla como testigo presencial se refiere a un suceso ocurrido durante este periodo que coincide con el cautiverio del Dr. Sosa. El que sea este ilustre doctor de teología el padre legítimo de toda la Topographia se hace aún más patente si consideramos que el primer incidente del cautiverio argelino que se narra en el Diálogo de la captividad, después de la larga disquisición

sobre la historia de la esclavitud, es precisamente la captura de la galera San Pablo. El Dr. Sosa se la recuerda a su compañero con esta pregunta:

¿no os acordáis cómo el año pasado, quedando toda esa canalla tan rica por causa de la grande presa que hicieron cuando tomaron la mal afortunada galera San Pablo, de vuestra religión de Malta (en la cual cautivados fuimos), que ultra la grandísima copia de toda ropa, sólo en moneda tomaron más de 160.000 ducados y 290 ánimas, de que hicieron una grosísima ganancia?¹

La cita nos informa que los dos cautivos fueron cautivados en aquel apresamiento y que el autor ya estaba escribiendo el Diálogo un año más tarde, es decir, en 1578. La autoría de Sosa es tan evidente a lo largo de todos los tres Diálogos que este investigador no es el primero que haya pensado en este clérigo como posible autor. Astrana Marín ya había sospechado la verdad, al estudiar los Diálogos en su relación con el cautiverio de Cervantes, y había aseverado que "son obra exclusiva del ilustre sacerdote Dr. Sosa."² Tan convencido de esto fue el biógrafo de Cervantes que, al referirse al autor del Diálogo de la captividad, escribió: "y en este lugar [autor] equivale al doctor don A. de Sosa."³

¹Ed. cit. II, pág. 85. Fol. 115.1 de la ed. de 1612.

²Vida de Cervantes II, pág. 468.

³Op. cit. III, pág. 103.

Sosa como autor de la
Topographia integra

Si Sosa tiene que ser el autor de los Diálogos y si los primeros dos tratados no pudieron escribirse sino en Argel, de ahí que la Topographia íntegra, con la excepción de los últimos capítulos del Epítome, tenga que ser el fruto de los esfuerzos del Dr. Sosa durante sus años de preso. Por otro lado, el estilo de las dos divisiones es idéntico y no revela ningún rasgo que pueda indicar que dos autores intervinieron en la preparación y redacción de la obra. Otra particularidad que señala un solo autor es el hecho de que la obra completa presenta una unidad admirable con frecuentes alusiones a datos y personajes mencionados en uno de los otros tratados. También encontramos una estrecha unidad ideológica, en la concepción total de la obra, que se nota particularmente en las repetidas tentativas de dar al cautiverio un sentido apocalíptico, o sea, de tratar de encontrar en el Apocalipsis de San Juan la explicación divina de esa experiencia. Estas alusiones al cripticismo apocalíptico, raras en otros autores, se dan en cada uno de los cinco libros de la Topographia y constituyen un motivo muy especial, sólo posible si la obra fuese de un solo autor.¹

¹Hemos ya tratado este tema en el capítulo anterior, pero sin enumerar todos los pasajes que se refieren al último libro del Nuevo Testamento. Para otros textos con este moti-

Debemos también considerar el que en toda la obra no haya referencias a la isla de Sicilia.¹ De haber sido compuesta la Topographia en el palacio arzobispal de Palermo, forzosamente, en una obra tan larga, el Arzobispo dejaría deslizarse en sus escritos alguna mención de la isla italiana o de los cautivos cristianos que le suministraban los informes. En vez de frecuentes alusiones a "turcos y renegados muy viejos" como fuentes fidedignas, tropezaríamos con frases como: "según me contaron cautivos viejos que volvieron de Argel", y en algunos casos el autor daría incluso los nombres de las personas que le informaron.

Según el mismo Fray Haedo, el Arzobispo compuso la obra con los informes de "Christianos cautivos" y en particular los que intervinieron en los Diálogos. Pues bien, si el Dr. Sosa es él que más se destaca en las tres obras dialogadas, el Arzobispo, al redactar la obra a base de los informes de Sosa, tendría que mencionar, en una parte u otra, la persona que más ha contribuido a la tarea de recoger los datos. Es más: si el Arzobispo hubiera preparado la Topographia a base de informes y datos que representan años de trabajo diario de parte de Sosa sin aludir ni una vez a aquellos esfuerzos en

vo interesante, véase la ed. cit. I, 168-169, 375; II, 125-127, 173, 181, 207; III, 9, 101, 272.

¹Salvo, claro está, en los últimos capítulos del Epítome, los cuales fueron redactados en Sicilia con una preponderancia de datos, hechos y alusiones a aquella isla.

los textos, ni elogiarle en un prólogo especialmente dedicado a este investigador incansable, sería culpable de una postergación reprochable y sin justificación.

Esta ausencia total de Sicilia, el palacio arzobispal y el mismo Arzobispo Haedo, cuya personalidad se esfuma por completo a lo largo de toda la obra, viene a ser otra peculiaridad curiosa que hace difícil pensar en la autenticidad de las afirmaciones del sobrino en la Carta Dedicatoria.¹ No menos sospechoso es el que un Arzobispo, el cual, según se suponía hasta ahora, ha trabajado tantos años en reunir los datos y escribir su extensa obra, se la diese - años antes de morir y sin escribir una dedicatoria al Dr. Sosa y los otros posibles colaboradores - a su sobrino para que la publicara como obra suya y sólo con una Carta Dedicatoria dirigida a su tío.²

¹Los historiadores franceses, al analizar la obra página por página, también se percataron de la extraña falta total, absoluta e inexplicable de la personalidad del Arzobispo Haedo, lo cual viene a ser un detalle importante que nos permite probar nuestro cometido con mayor suma de argumentos. Consúltese el artículo biográfico ya citado de Ferdinand Denis.

²El Arzobispo murió en 1608 a la edad de ochenta y seis años. El sobrino volvió a España en 1599 y se supone que trajo consigo el "borrador", pues la última fecha en la Topographia es de 1596, año en que se interrumpe la crónica del Epitome.

Nuestras sospechas se aumentan aún más si pensamos que Fray Haedo, ya en 1604 había solicitado licencia del general de la Orden de San Benito para imprimir la obra, y había firmado la Dedicatoria en Frómista el 25 de diciembre de 1605, esperando siete años más antes de publicarla finalmente en 1612.

Las contradicciones que la doble autoría de los dos Haedo plantea se aclaran con la hipótesis, bien fundada ahora, de que el Dr. Sosa compuso la Topographia casi enteramente durante su cautiverio. Como no sabemos las vicisitudes de su vida después de rescatarse en 1581, debemos suponer que acudió, por razones que desconocemos, al palacio arzobispal de Palermo, donde dejó su obra en manos del Arzobispo Haedo, cuyo interés en los trabajos y penalidades de los cautivos ya señalamos con un pasaje de la obra de Diego Galán. También es necesario conjeturar que Antonio de Sosa murió sin llegar a publicar su obra, quedando el manuscrito en posesión del Arzobispo hasta que de un modo u otro vino al poder del sobrino.

Deseoso de propagar y hacer famoso el apellido del orgulloso linaje de Haedo, Fray Diego daría a la estampa la Topographia bajo su propio nombre y apellido. Al dedicarla a su tío y hacerle a él coautor de la obra, el sobrino podría sosegar un poco los remordimientos de su conciencia

y también - lo que viene a ser probablemente lo esencial de su acto - evitar y cortar en su raíz las posibles recriminaciones de parte de personas que conocían la verdad. En vista de la enorme reputación que gozaba el Arzobispo, como hombre santo y caritativo, nadie pensaría, ya que el sobrino le hace padre de la obra, en acusar la probidad y rectitud moral de un ilustre prelado de tantas y tales prendas. De suerte que el sobrino y homónimo del Arzobispo de Palermo y Presidente y Capitán General del Reino de Sicilia podría impunemente gozar de la fama de ser autor de una de las grandes historias del Siglo de Oro, y, sin saberlo éntonces, la gloria de ser el primer biógrafo del Príncipe de los Ingenios.

Esto explicaría también la tardanza de siete años en publicar una obra que ya tenía licencia desde 1604. Si Fray Haedo cometía un acto reprochable, la única persona en el mundo que le podría inspirar miedo sería el mismo Arzobispo que él hace coautor de la obra. De ahí la tardanza en publicar el trabajo: Fray Haedo esperaba que su tío muriese antes de dar a luz una obra que el Arzobispo sabía que ni él mismo ni mucho menos su sobrino compuso. Por otra parte, se explicaría asimismo el extraño silencio de Cervantes. La Topographia, publicada en Valladolid cuatro años antes de la muerte del autor del Quijote, no produjo ningún comentario de parte de un escritor que veía en ella la historia que el mismo vivió durante cinco años, y en la cual figura-

ba como participante extraordinario de las hazafias asombrosas del Diálogo de los mártires. ¿Cómo podría Cervantes reivindicar la autoría para su compañero de cautiverio, si es el mismo Arzobispo de Palermo el que reclama, por medio de su sobrino, aquella gloria?

El destino, en realidad, ha sido muy injusto con el Dr. Sosa. Un pobre clérigo que conoció en vida todas las horribles crueldades del cautiverio argelino iba a sufrir, ya muerto, una más: la de un destino cruel que le roba del fruto de sus largas pesquisas y desvelos literarios. Con repetidas lecturas de los Diálogos, es la personalidad no de un Arzobispo ocupado en los asuntos de su diócesis y en el gobierno de una isla importante, sino la del Dr. Sosa la que se perfila lentamente hasta acabar por imponerse al lector. Su hondo sentido religioso de la cautividad únicamente es posible en un cautivo que ha vivido lo que narra. Sólo un cautivo como Sosa - aherrojado en una mazmorra durante la mayor parte de su cautiverio - podría disponer del tiempo para dar al mundo el más amplio cuadro panorámico que existe de la realidad argelina del XVI. Sólo un cautivo como Sosa podría escribir que la Pasión de Cristo representa la suma y compendio de todos los sufrimientos y martirios de los cristianos de Argel.

Y quien más sino el mismo Sosa podría afirmar que el que sale con victoria de la larga y dura contienda del cautiverio "merece ... justamente una estatua de oro o de metal en los públicos teatros y plazas de la Cristiandad, o que le alcen un eterno trofeo y memoria para siempre".¹

¹Ed. cit. II, pág. 189. La hipótesis de que la Topographia en su integridad fue escrita en Argel por Antonio de Sosa llega a ser tan importante que vale la pena emprender investigaciones documentales para desentrañar los datos biográficos en torno a su vida. Como el Dr. Sosa no nos da ningún dato sobre el lugar de su nacimiento o si pertenecía a una orden religiosa, esta tarea será difícil. Nuestras primeras indagaciones en la Hispanic Society of America no han sido fructíferas. Antonio de Sousa, autor de Aphorismi inquisitorum (Lisboa: Petrum Craesbeeck, 1630), y Antonio de Sousa de Macedo, autor de Vlissippo poema heroico (Lisboa: Antonio Alvarez, 1640) parecen ser escritores posteriores a nuestro Dr. Sosa. Por otra parte, ninguno de los Antonio de Sousa que figuran en el Índice del Theatro historico genealogico y panygvrico erigido a la casa de Sousa (Paris: Juan Anisson, 1694) corresponde, en su profesión y cronología, a las del compañero de Cervantes.

V I

I N F L U J O D E H A E D O

E N L A

L I T E R A T U R A D E L X V I I

Lope de Vega: lector de
la Topographia

Una obra tan extensa, variada e interesante - sobre todo para los españoles de aquella época, los cuales tenían Argel atragantada en la garganta - no estaba destinada a ser arrumbada en los anaqueles del olvido. Para los lectores de entonces, el tema de Argel sería uno de los más apasionantes, algo como el tema de Cuba en los años que siguieron la revolución de Fidel Castro; y los lectores estarían ávidos de noticias sobre aquella madriguera de corsarios.

Uno de los lectores del Siglo de Oro que más se aprovechó de la Topographia fue el mismo Lope de Vega. El que fuera aficionado a la lectura de crónicas y libros de his-

toria es un hecho bien conocido y muy evidente en las numerosas comedias basadas en la historia, tanto clásica y coetánea, como patria y extranjera. En La mayor desgracia de Carlos V y hechicerías de Argel (Zaragoza, 1633),¹ sobre la desastrosa jornada del Emperador hapsburgo en las playas de Argel en 1541, Lope se sirve de varias relaciones y crónicas históricas latinas y castellanas, y en particular de la Topographia de Haedo.² En el primer acto, Lope presenta un largo romance en el que da una detalladísima descripción de la ciudad de Argel:

Argel, ciudad a quien besa
El muro Mediterráneo,
En elevación del polo
Tiene treinta y siete grados.
Está en la provincia antigua
Que Mauritania llamaron
Cesariense, y llamóse

¹Menéndez y Pelayo asegura que esta pieza es posterior a 1625, "puesto que se habla en ella del fatídico tafido de la campana de Velilla en dicho año, y se extracta el discurso que sobre esta materia publicó entonces el Sr. Juan de Quiñones." Véase: Estudios sobre el teatro de Lope VI, pág. 32. En cambio, Morley y Bruerton (Cronología de las comedias de Lope, (Madrid: Gredos, 1968) clasifican la comedia entre las que no son de Lope (págs. 606-607) y, por consiguiente, no tratan de fijar su cronología en su análisis (págs. 504-505).

²El primero que señaló esta deuda de Lope de Vega fue Menéndez y Pelayo en la obra que acabamos de citar, tomo VI, págs. 33-36. A. Mas (op. cit. II, pág. 425) también apunta esta deuda, pero considera la comedia anónima.

Ior Cesárea, tiempos largos.
 Reedificóla el rey Juba,
 Bisnieto del desdichado
 Masinisa, que se halló
 Con Cipión sobre Cartago.
 Colonia romana fué,
 Ilustrando los romanos
 Su grandeza; Ptolomeo
 Lo afirma, el Itinerario
 De Antonino y Estrabón,
 Aunque otros autores varios
 Dicen que Misgrana fué
 Su apellido, pero es falso...¹

Si cotejamos el romance de Lope con el siguiente texto del primer capítulo de Haedo, resulta que el Fénix ha seguido muy de cerca la descripción de la Topographia, dando, empero, forma poética e innegable carácter literario a un pasaje, cuya prosa se destaca por su aridez:

La ciudad que comúnmente llamamos Argel ... está puesta en la provincia de Africa (que antiguamente se dezía Mauritania Cesariense), a la orilla del mar Mediterráneo, en elevación de Poño, 37 grados poco más. Quién haya sido el que primero fundó esta ciudad y en qué tiempos, no se sabe tan puntualmente, ni muy de

¹Obras de Lope de Vega, ed. de la B.A.E. (tomo 224), pág. 8.

cierto; bien es verdad que Juan León, docto y curioso autor, de nación moro, en su descripción de Africa, dize que fué antiguamente edificada de un pueblo Africano que se dezía Mesgrana, y que, por tanto, también la mesma ciudad fuera llamada Mesgrana. Pero no dize en qué tiempo esto fué, ni para confirmación de lo que afirma alega algún otro autor ... Porque ni en Estrabón, ni en Plinio, ni en Pólibio, ni en las Tablas de Ptolomeo, ni en el Itinerario del emperador Antonino ... se halla nación alguna, o pueblo o ciudad, que así se llame Mesgrana. Lo que más de cierto y de más antiguos tiempos se sabe, es lo que Estrabón ... escribe ... que en esta marina había ciudad que se dezía Iol, la cual, habiendo reedificado Iuba, le mudó el nombre en Cesárea.¹

Continuando con el romance de Lope:

En el tiempo
De Leoncio conquistaron
Los árabes estos reinos,
Y con ruinas del cabo
De Metafuz, doce millas
De Argel, la reedificaron,
Y llamáronla Algecier,
Que en su lengua suena tanto
Como ciudad de la isla,
Y de aquí Argel la llamaron.
Es su natural figura

¹Ed. cit. I, pág. 15-18. Fol. 1-2 de la ed. príncipe.

Una ballesta o un arco
 Con cuerda, con cuya frente
 Elevada está mirando
 Al Levante y Tramontana ...
 Este cerco rematado,
 De punta a punta se extiende,
 Como se va figurando
 La cuerda, que es la muralla,
 A quien besa el mar ufano.
 Hace esta cuerda una punta
 Que se extiende largo espacio
 Por el mar, hasta una isla
 Que da puerto a los corsarios ...
 La vuelta del arco es
 De mil y ochocientos pasos,
 Y mil y seiscientos tiene
 La cuerda que ata sus brazos.¹

Este parlamento de Lope fue elaborado de varios pasajes que el Fénix leyó en los capítulos dos a cinco de la Togographia:

En tiempo del emperador Leoncio, los alarbes conquistaron y arruinaron toda Africa ... esta venida de los Alarbes, dexando esta ciudad su antiguo nombre ... la llamaron siempre, y llaman hoy día los Alarbes, Algezeir, que suena y quiere decir tanto como la isla ... La forma de todo el cuerpo y la figura de todo el

¹Ed. cit. de la B.A.E., págs. 8-9.

circuito y muralla que hoy día tiene esta ciudad, es del modo y manera de un arco de ballesta con su cuerda; la frente della responde para entre Levante y Tramontana, para donde responde el puerto ... La vuelta del arco que rodea la ciudad en torno tiene 1.800 pasos, y la de la cuerda que se extiende por la marina es de 1.600 pasos.¹

Con el mismo método de adaptación, todo lo que describe la ciudad de Argel y sus costumbres está calcado en pasajes de la Topographia de Haedo.² La gran variedad de trozos seleccionados por Lope indica que había leído, con muchísima atención, por lo menos todo el primer tratado, sacando provecho de los usos y descripciones argelinas que más le convenían para crear, en su pieza sobre Carlos V en Argel, un ambiente de verismo exótico.

¹Ed. cit. I, págs. 21-30. Fol. 2.2-4.1 de la edición de Valladolid.

²A pesar de todo lo dicho sobre la autoría en el capítulo anterior, continuaremos empleando el nombre de Haedo para referirse a la Topographia. Como la portada de la edición príncipe lleva el nombre del Abad de Frómista, no creemos que nuestro trabajo cambiaría un uso consagrado por varios siglos de citas bibliográficas.

Un plagio de Haedo en
"El español Gerardo"

Si el Fénix se aprovechó de Haedo de un modo sano e irreprochable, dando forma y sentido poético a los pasajes más prosaicos de la Topographia, no fue tan intachable el aprovechamiento hecho por el historiador y novelista del Barroco Gonzalo de Céspedes y Meneses (1585?-1638). Una de sus obras principales, Poema trágico del español Gerardo y desengafio del amor lascivo (1615),¹ narra las peripecias amorosas y aventuras de Gerardo, el protagonista con atisbos autobiográficos, según se viene afirmando. Lo interesante para nosotros, empero, es que Gonzalo de Céspedes, siguiendo la norma establecida por Cervantes con El Cautivo, incluye, en la concatenación de desgracias que sufre el héroe, una aventura argelina de evidente corte prerromántico.

¹Para nuestro estudio, manejamos la edición de la B.A.E. en Novelistas posteriores a Cervantes, tomo 18. Céspedes es también el autor de Varia fortuna del soldado Pfn-daro (Lisboa, 1626), interesante novela que representa la fusión de la técnica de aventuras de la picaresca con el sentido moderno de la novela de costumbres y con episodios de claro corte lúgubre y hasta apariciones de terror. Pero su fama deriva más de sus Historias peregrinas y ejemplares (Zaragoza, 1623), colección de seis narraciones que contienen "el origen, fundamentos y excelencias de España y ciudades en donde aquéllas sucedieron". La más estimable de estas historias, La constante cordobesa, presenta un episodio sobrenatural, de particular interés en el estudio de la génesis del Burlador de Sevilla. Una de las notas más sobresalientes de su obra en general es el ambiente dinámico

Decimos "incluye" en lugar de "intercala" porque - en contraste con la narración de El Cautivo en la venta del Quijote, en la que Viedma surge de la noche para contar su historia y después esfumarse sin dejar rastro - en El español Gerardo, es el mismo protagonista de toda la novela él que cae cautivo de los corsarios de Argel. De modo que la peripécia argelina del héroe está entrañablemente trabada con el argumento principal de la obra, y se inicia cuando Gerardo, hastiado por las interminables tribulaciones que le sobrevenían en España, decide pasar a Italia. El navío en que hace la travesía es atacado y rendido por los piratas africanos y el héroe cae en manos del temible corsario de Argel, Ferru Arráez.

y a veces desorbitado de sus descripciones del paisaje; este aspecto fue estudiado por Américo Castro en "Actitudes frente al paisaje," en Santa Teresa y otros ensayos (Madrid, 1928). Consúltese también: E. Cotarelo y Mori, Prólogo a su edición de Historias peregrinas y ejemplares, tomo II de la Colección Selecta de Antiguas Novelas Españolas (Madrid, 1906). Para un análisis del episodio argelino de El español Gerardo, véase: Albert Mas, Les turcs dans la littérature espagnole du siècle d'or (Paris, 1967), tomo I, págs. 535-542.

La ed. príncipe de El español Gerardo es la de Madrid (L. Sánchez, 1615), publicada en dos partes. Por haberse perdido la Segunda Parte de esta edición, el editor de la B.A.E.F. ha seguido la de Madrid (J. González), 1623. Nosotros hemos consultado también la de Cuenca (Salvador de Viader), 1621, que se encuentra en la Hispanic Society y cuyo texto corresponde al seguido por la B.A.E.

En Argel, Gerardo, extrañamente, recibe el mejor tratamiento posible para un cautivo porque su amo piensa que es un caballero de gran valor y que se rescataría pronto, pagando la cifra elevada de dos mil escudos. Con esta esperanza, Ferru arráez le da la libertad de la ciudad y Gerardo, en compañía de dos cautivos de su amo hace un giro turístico de la gran capital corsaria. Durante su visita de los puntos de interés pasan por el Zoco, la calle principal, y perciben por el suelo "unas grandes losas cubiertas y manchadas de reciente sangre". Gerardo, con curiosidad natural, pregunta la causa de la sangre. Uno de sus compañeros, entonces, refiere la historia del martirio de Fernando Palomeque, cruelmente matado por el rey de Argel días antes.¹

La narración que hace el cautivo es una verdadera novela intercalada en la peripecia argelina del héroe y toda ella un plagio casi literal de Haedo, como veremos más adelante. Gerardo, sin embargo, pasa su cautiverio en Argel sin ninguna de las tribulaciones del mártir Palomeque. En una serie de incidentes que recuerdan mucho las que pasó Viedma con la hija de Agi Morato, recibe, uno tras otro, varios billetes de una de las mujeres de su amo. A diferencia de Zoraida, la redentora de Gerardo es una española que se hizo musulmana contra su voluntad y que sólo espera la ocasión de

¹Más adelante en este capítulo, volveremos a hablar detenidamente de este interesante relato.

escapar de Argel para volver a su tierra. Viendo en el español al héroe que buscaba, le propone reunir unos cuantos cautivos cristianos de su confianza para efectuar una audaz evasión por mar durante la ausencia de Ferru arráez. El plan tiene éxito, y, al alejarse del puerto, les sobreviene una borrasca que les impulsa, como en El Cautivo de Cervantes, de nuevo hacia la costa africana. Allí se refugian de la inclemencia del tiempo en una cala, donde, después de una peripecia final con los moros, son finalmente salvados por una galera cristiana.

El español Gerardo es una novela profundamente influida por la estética de las narraciones bizantinas, y el autor tal vez habría acertado más con el título Los trabajos y cautiverio del español Gerardo. Al escapar milagrosamente de una muerte segura con la llegada oportuna de la galera cristiana, el protagonista se encuentra, como en la novela bizantina, con su antigua amante Nise, la cual, por casualidad, era pasajera de la nave que le salva. Pero el azar no termina ahí, pues la mujer de su amo, la cual Gerardo nunca había visto con la cara descubierta, resulta ser la segunda de dos amantes que tenía en España.

Si El español Gerardo, de un cabo al otro, es una concatenación de episodios muy dentro de la estética bizantina, el intermedio del cautiverio del héroe en Argel es de un

carácter muy distinto, con notable falta de los elementos de la novela griega que predominan en el resto de la obra. Incluso el estilo se distingue radicalmente de las infladas y enrevesadas frases de un barroquismo a veces exagerado. La razón es que casi todo el intermedio argelino ha sido compuesto de anécdotas de Haedo, sin ningún reconocimiento de parte de Gonzalo de Céspedes.¹

Algunos pasajes plagiados

La inmensa deuda a Haedo se nota desde el principio mismo de la narración, cuando Gerardo acaba de caer preso. Mientras los corsarios le llevan a Argel, se irrumpe una gran algarazara entre los turcos y renegados, los cuales creyeron que la chusma quería alzarse con el bajel. La razón del alboroto se explica así:

y estando en aqueste reposo, un cristiano remero halló que le faltaba uno de los turbantes que con

¹Una alusión a la relación entre Haedo y Céspedes la encontramos en Amezcua (op. cit. II, pág. 63), quien dice en una nota que "la descripción que Céspedes y Meneses hace de Argel en El español Gerardo, parece tomada de Haedo ... Céspedes no estuvo cautivo en Argel, ni pudo, por tanto, hacerla de visu." En cambio, Albert Mas (op. cit. II, pág. 425) se percata de la gran coincidencia léxica entre los dos autores, pero sólo en lo que se refiere a la descripción de Argel.

otra ropa le habfa encomendado un turco para que le guardase, como todos lo hacen, y es costumbre encargar al cristiano que boga junto á su lugar y bancada; de que turbándose el miserable hombre, temiendo no le diese el turco de palos, revolvió cuanto por allí estaba, buscándole; mas visto que de aquella suerte no parecia, acrecentándose su temor, rogó á los cristianos que asistían cerca de su banco que, pasando la palabra, juntamente diesen de mano en mano el que le quedaba para ver si entre los demás compañeros habfa quien hubiese halládose el otro que faltaba; y haciendo aquesto con toda simplicidad y sin malicia alguna, acaso advirtió en ello un renegado, y avisando á otros turcos y moros, con la sospecha y recelo que les ocasionó, dando voces comenzaron á decir se alzaban, porque el turbante que pasaba de mano en mano era la contraseña de su intento; alborotándose los demás de tal manera, que dieron causa que el arráz, llegando de tropel, sin esperar mejor razón y cerrando él y todos aquellos infieles las orejas á las disculpas claras y evidentes que los pobres cristianos les daban, como rabiosas fieras arremetieron al desdichado cautivo que buscaba el turbante, y por más que con piadosos ruegos les pedía le oyesen y reparasen en su inocencia, le arrebataron, y desnudándole, al momento le ataron las manos atrás, y poniéndole á los pies una disforme piedra, ligado con una soga y haciendo las tres ostas la entena en cruz y la pena á la mar, alzándole por una polea en el aire, le dieron tantos y tan terribles tratos de cuerda, que le descoyuntaron los miembros, los nervios y los huesos, dejándole últimamente desmayado y casi muerto;¹

¹Ed. cit. de la B.A.E. pág. 227. Fol. 168 de edición de Cuenca de 1621.

Si comparamos, frase por frase, el pasaje de Céspedes con el siguiente del Diálogo de la captividad, lo parecido de los dos textos salta a la vista:

Estando, pues, allí reposando un poco la chusma fatigada de tan continuo bogar, halló un cristiano que le faltaba un zapato de dos que un turco le había encomendado que le guardase con otra ropa, como hacen todos y es costumbre encomendar al cristiano que boga junto a su lugar y bancada. De lo cual alterado el cristiano, temiendo no le diese el turco de palos y revolviendo cuanto por allí había y no le hallando, rogó a los otros cristianos que estaban allí cerca de su banco que pasasen de mano en mano el zapato que le quedara y la palabra (como es de su costumbre) por todos si acaso alguno había visto o hallado otro zapato parejo y compañero de aquél, haciendo esto con toda la simplicidad del mundo aquel pobre cristiano y sin malicia alguna, acaso miró en ello un renegado, y avisando al arráez, alzan luego todos los turcos y renegados la voz y dan gritos que los cristianos se querían alzar y levantar con el bajel, porque aquel zapato que pasaba de mano en mano era la contraseña del negocio entre ellos ya acordado. Y, por tanto, sin otra ocasión ni razón, cerrando todas las orejas a las disculpas muy claras que los pobres cristianos les daban, como fieras y rabiosos leones arremeten al desdichado cautivo que buscaba el zapato sin imaginar tan gran mal, y por más que daba voces que le oyesen y entendiesen su inocencia, le arrebatan y desnudan al momento y le atan las manos atrás, y poniéndole a los pies una muy pesada piedra atada con una soga y haciendo las tres ostas (la entena en cruz y la pena a la mar) le alzan por una polea en el aire, y le dieron tantos, tan terri-

bles y fieros tratos de cuerda, que le descoyuntaron todos los miembros, los nervios y los huesos y le dexaron a la postre ya por muerto y sin habla.¹

El cotejo de los dos trozos muestra que Céspedes, sin copiar palabra por palabra todo el pasaje, ha seguido línea por línea el texto de Haedo, empleando muchos de sus giros y casi todos los términos técnicos. Es evidente, pues, que el autor de El español Gerardo ha tomado la anécdota de la chusma íntegramente del Abad de Frómista, efectuando ciertos cambios estilísticos e incorporando el episodio en las aventuras de su héroe. A continuación el pasaje que describe la llegada de Gerardo a Argel y la lastimosa impresión que le hace la venta de los esclavos cristianos, con sus cuadros desgarradores de familias enteras que se separan en la venta, todo recuerda muchísimo una descripción muy parecida - pero con menos concordancia léxica - que hace el Dr. Sosa en el Diálogo de la captividad.²

Céspedes emplea la misma técnica para declarar la manera en que los amos avaloran a los esclavos nuevamente adqui-

¹Ed. cit. II, págs. 98-99. Fol. 119.1 de la edición de Valladolid.

²Ed. cit. II, págs. 178-179. En El español Gerardo, la escena de la venta de familias se halla en las págs. 227-228 de la ed. cit. de la B.A.E. Fol. 167 de la edición de Cuenca.

ridos, pues las ideas concuerdan exactamente con lo que dice Haedo sobre el mismo tema, especialmente en lo que se refiere a los cautivos que, por no tener los recursos para rescatarse, son enviados a los ergástulos infectos de las torres del Mar Negro en Turquía.¹ Entre los pasajes plagiados o adaptados de Haedo, encontramos a veces algunos párrafos en los que el argumento se aparta notablemente de la Topographia, pero el descanso el más bien corto y en seguida volvemos a tropezar con otros prestamos. Uno de los pasajes más aprovechados por Céspedes es la puntual topografía de la urbe en los primeros capítulos de Haedo, de donde ha sido tomada la siguiente descripción del célebre puerto de los corsarios:

La ciudad de Argel, principal lugar de Berbería, tanto como famosa en lo restante de la tierra, tendrá de vecindad trece mil casas, á quien abraza una fuerte muralla, cuya forma y modo es de un arco de ballesta con su cuerda. Su frente á tramontana, como también su muelle y todas las puertas fronteras, azoteas y corredores. Las espaldas (que viene á ser el arco arriba dicho) están arrimadas á una cuesta áspera en partes, si bien poco fragosa en otras muchas; pero en forma que, como van subiendo por el cerro las casas, así van levantándose unas sobre otras, de suerte que las primeras, aunque grandes y altas, no impiden á las últimas

¹B.A.E., pág. 228. En Haedo, véase págs. 139 y 143 del Diálogo de la captividad.

la vista. La cuerda deste arco figurado viene á ser lo más bajo de la ciudad, que por aquí se avecina tanto al mar, que rompen y combaten sus olas con furor en las murallas. Allí va poco á poco metiéndose en el agua un espolón que la naturaleza crió sin artificio para que en él comenzase el muelle que Cheredín Barbarroja hizo, formando con mayor seguridad el puerto y juntando con un hermoso terraplano la pequeña isleta vecina á la ciudad.¹

El correspondiente texto de la Topographia muestra claramente que Céspedes no pudo componer su detallada descripción sin tener el libro de Haedo delante:

La forma de todo el cuerpo, y la figura de todo el circuito y muralla que hoy día tiene esta ciudad, es del modo y manera de un arco de ballesta con su cuerda; la frente della responde para entre Levante y Tramontana, para donde responde el puerto, y todas las fronteras, corredores y terrados de las casas, porque ventanas no las tiene como diremos abajo, y por tanto, la travesía de su puerto es con el viento Gregal o con Griego Tramontana. Las espaldas, que son el arco de la ballesta, están arrimadas y asentadas en una cuesta agria que poco a poco va subiendo hacia arriba y a lo alto; de manera que como las casas van subiendo por aquella cuesta y ladera hacia arriba, así se van alzando unas sobre otras, de tal suerte, que las delanteras,

¹Ed. cit. de la B.A.E., págs. 229-230. Fol. 172 de la edición de Cuenca.

aunque grandes y altas, no impiden la vista de las trase-
ras ... la cual cuerda de muralla es lo más bajo de la
ciudad, y está tan cerca de las aguas de la mar, que de
continuo sus olas tocan a ella. Bien es verdad que tie-
ne un defecto esta cuerda o muralla de la mar, que no va
continuando toda igualmente ni siempre por línea derecha
de una punta hasta la otra, como hace la cuerda artifi-
cial del arco de la ballesta; porque antes que llegue
a la punta de la mano derecha, por un buen espacio se va
saliendo a fuera sobre una punta de tierra que la natu-
raleza allí crió, que a manera de espolón sale a fuera
y se va meter en la mar. La misma cuerda también de la
muralla va siguiendo y entrando en la mar, haciendo una
punta como un ángulo y espolón; y con esta punta, por
de fuera de una puerta de la muralla que allí esta, co-
mienza el muelle que Cheredín Barbarroja hizo para for-
mar el puerto, juntando con un terraplano la isleta fron-
tera con la ciudad ...¹

¹Ed. cit. I, págs. 28-29. Este es el pasaje en que
Amezúa y Mayo, como ya apuntamos en una nota anterior, seña-
la un parecido con la descripción de Céspedes. Es evidente,
pues, que el crítico no llegó a cotejar los textos, pues,
más adelante (op. cit. II, pág. 64), afirma que Céspedes es
un escritor "de una gran fuerza inventiva, y con sobrados
recursos novelísticos originales, para no tener que copiar a
nadie". Nuestro análisis, según iremos viendo, hará impres-
cindible una nueva evaluación de los "sobrados recursos no-
velísticos originales" de Céspedes.

El "Diálogo de los mártires": fuente
del martirio de Palomeque

Si bien en los trozos que ya citamos es evidente que Céspedes no mostró casi ninguna originalidad en la primera parte del episodio del cautiverio, es en la narración del martirio de Fernande Palomeque, sin embargo, donde se manifiesta más el plagio. Se trata de una auténtica novela corta intercalada de cierta extensión - cinco páginas de la edición de la B.A.E. - que refiere la captura y muerte de un valeroso corsario toledano. Con un bergantín de catorce bancos, Fernando Palomeque hacía frecuentes incursiones nocturnas contra los moros y turcos de Argel, destruyendo y cautivando al igual que los corsarios musulmanes.

En uno de estos rebatos, llegó a penetrar de noche en el mismo puerto de Argel con la intención de incendiar toda la flota del enemigo. Fracasó en su tentativa, fue capturado y entregado al rey de Argel. Éste le condenó a ser enganchado, pero los corsarios turcos, temerosos de represalias idénticas contra ellos en caso de caer presos de los cristianos, intervinieron en su favor y lograron que el rey le conmutara la pena de muerte. El rey le vendió luego a un alcaide de Tremecén, al cual Palomeque mató cuando el moro aumentaba su rescate cada vez que el cristiano lograba obtener el precio fijado anteriormente. Al cabo de varias

peripecias, el toledano, al querer alzarse con una galera mora en la cual bogaba como galeote, fue condenado a morir por segunda vez. Esta vez, sin embargo, los corsarios no intercedieron para salvarle y Palomeque sufrió un suplicio atroz, muriendo cristianamente como los mártires del Dr. Sosa.

La historia del valeroso corsario cristiano, relatada con estilo rápido y sin que el interés decaiga por un instante, es uno de los pasajes más emocionantes de toda la obra. El éxito, empero, no se debe a la genialidad literaria del novelista barroco, sino a la del autor del Diálogo de los mártires. Demasiado escrupuloso para plagiar una narración íntegra de Haedo, el autor de El español Gerardo buscó entre sus apasionantes sucesos martiriales aquellas hazafas que más le entusiasmaban y más le convenían para crear, juntándolas hábilmente, el excelente cuento de un gran héroe de la ficción.

El texto plagiado por Céspedes, para la primera parte de su novela corta, es el que cuenta las hazafas del corsario Juan Caffete, el cual fue cautivado y martirizado en 1550. Como el audaz Palomeque de Céspedes, solía andar en corso con un bergantín de catorce bancos, y de su gran osadía, el Diálogo dice así:

Y era tan osado y esforzado, que solfa muchas veces en desembarcando de noche llegar hasta las puertas de Argel, debaxo las cuales cautivaba muchos moros, que, como es ordinario, suelen allí acogerse y dormir abrigados de noche: y aun dexó una vez en la puerta de Babalvete, que mira entre Poniente y Tramontana, enclavado de su mano su propio puffal, que a la mañana hallaron los turcos, presumiendo luego de quien era. Por lo qual era en extremo terrible el miedo que todos tenían de Caffete, Y tanto, que quando las moras querían hacer que callasen los niños, les decían: Azeutte caychi, Canette, que quiere tanto decir: Calla, que agora viene Caffete.¹

Céspedes, con el nimio cambio del nombre del héroe y de algunas palabras insignificantes, da a luz, como labor propia, el pasaje siguiente:

y era el valeroso Palomeque tan atrevido y osado, que muchas veces solfa, en desembarcando de noche en este puerto, llegar hasta las mismas puertas de la ciudad, debajo de las cuales se llevaba algunos moros, que (como es ordinario) se recogen á ellas para dormir con más abrigo y seguridad; y aun á veces le sucedió dejar en la famosa puerta de Babalvete, que es la que mira al muelle, enclavado su propio puffal, que hallándole á la mañana los turcos, sin mejores señas presumían luego el dueño de la hazafia: tal era la satisfa-

¹Ed. cit. III, págs. 48-49. Fol. 158.2 de la edición de Valladolid.

ción que de su animoso corazón tenían. Por lo cual vino á hacerse su nombre temido y espantoso en estas playas, y tanto, que cuando las moras querían acallar sus hijuelos les decían para atemorizarlos, en su lengua, Aceute caychi Palmeque, que es lo mismo que calla o vendrá Palomeque.¹

Sólo transcribimos una parte del largo pasaje en que Céspedes cuenta, bajo el nombre de Palomeque, la abortada tentativa de Juan Caffete al tratar de destruir con fuego las galeras argelinas en el puerto. Como en el mismo Diálogo de los mártires hay dos relaciones de corsarios que penetran el puerto de Argel para incendiar sus naves, Céspedes pudo hacer suyos las partes más interesantes de cada una, creando así un relato de notable interés y verismo episódico. Para continuar la peligrosa proeza nocturna de Palomeque en el puerto de Argel, su autor abandona la historia de Caffete en el momento preciso en que el interés de ésta empieza a decaer un poco, recogiendo el hilo con la relación más emocionante de Juan Gasco:

Había Juan Gasco dado a sus compañeros orden que tuviesen cuenta con poner fuego a todos los baxeles, para lo cual traían aparejadas buena copia de alcanfías y otros materiales de fuego muy a propósito, y

¹B.A.E., pág. 231. Fol. 174 de la ed. de 1621.

que él, saltando en tierra con gran presteza, caminaría hacia el bestión de la ciudad, que por aquella parte sale a la marina y al muelle; do, por señal y muestra de su esfuerzo y valentía, quería dexar enclavado el puñal que traía, en lo cual se ponía, sin duda, a muy gran riesgo y peligro por causa de los turcos que de continuo suelen hacer guardia toda la noche, así en el muelle que había de pasar como en el mismo bestión y sobre la puerta do él pretendía llegar y dexara aquella memoria de sí. Con esta orden saltó Juan Gasco en tierra y, caminando con gran ánimo y sin temor hacia el bestión, dió tres golpes con su puñal en la puerta del y dexarle enclavado en ella. Entretanto los compañeros arrojaron con mucha presteza muchas alcancías de fuego llenas de pólvora y otros materiales dentro las galeotas de los cosarios y hicieron todas las diligencias posibles por quemar a todas y que no quedase ninguna. Pero fué la desventura de suerte que jamás el fuego quiso pegar en los baxeles ni quemarlos. Lo cual visto por los cristianos que venían en los bergantines, algunos dellos saltaron en las mismas galeotas trabajando en poner fuego ... (Ed. cit. III, pág. 89)

Haciendo el mismo tipo de mutaciones que hemos visto en el pasaje anterior, Céspedes continúa su narración así:

Había tratado Hernando Palomeque con sus soldados que tuviesen gran cuenta con arrojar fuego á todos los navíos, para cuyo efeto los entregó mucha cantidad de alcancías y otros materiales semejantes, de que venía copiosamente prevenido, y que él mientras esto se ejecutaba, saltando en tierra con su presteza acostumbrada, caminaría hasta el bastión y puerta de la ciudad que

por aquella parte sale á la marina; en quien, por más señalada muestra de esfuerzo, quería dejar fijado, como otras veces, su puñal; en que sin duda se ponía á terrible riesgo, por los turcos que de continuo hacen toda la noche guarda así en el muelle que había de atravesar como en el bastión y puerta adonde se disponía á llegar. Con este presupuesto saltó el animoso toledano en tierra, y caminando con peregrina audacia al torreón, dió con su daga en él tres fuertes golpes, dejándole últimamente clavado en las herradas tablas de sus puertas. Entre tanto los compañeros arrojaron con brevedad y priesa gran parte de las alcancías llenas de pólvora dentro de los bajeles berberiscos; si bien fué su ventura tan estrecha, que por mucho que en ello trabajaron, jamás el fuego quiso pegar en los navíos; lo cual considerado por algunos cristianos, saltaron en las mismas galeotas, haciendo lo posible por quemarlas;¹

Sería demasiado largo transcribir aquí todo el texto plagiado del relato de Juan Gasco, pues es uno de los más largos y ocuparía un espacio muy extenso al tratar de cotejarlo con Haedo. Pero Céspedes no se limitó en su aprovechamiento a estos dos relatos de corsarios atrevidos. Para colmar las portentosas hazafías de su héroe, busca el martirio más bárbaro y feroz de todo el Diálogo de los mártires y lo encuentra en el triste y patético caso de Martín Forniel, renegado moro despiadadamente atormentado y mutilado

¹B.A.E., pág. 231. Fol. 175 de la ed. de Cuenca.

hasta morir como auténtico mártir de Cristo. Su muerte tuvo lugar en 1558 y Haedo, por medio del Dr. Sosa, pinta el cuadro más lastimoso imaginable. Después de ser martirizado brutalmente para hacerle volver a la fe de Mahoma, el valiente moro cristiano, al punto de expirar, exclama:

Cristiano soy y cristiano he de morir. No hubo bien dicho esto, cuando ya tenía puesta la pierna izquierda sobre el cepo, tendida. Y diciéndole los turcos y moros mil injurias, mandaron al verdugo que hiciese su oficio. El cual, luego, con una hachuela pequeña de aquellas que suelen traer los genizaros cocineros, le cortó la pierna por la rodilla, no de un golpe, más de muchos y con mucho dolor y tormento. Cortada la pierna y teniéndole de los brazos y del cuerpo algunos moros que no cayese, mandaron los turcos al mismo verdugo, diciendo: como cortaste la pierna izquierda y de cabalgar, a este perro, córtale también el brazo de la lanza con que peleaba en favor de cristianos, y así lo hizo el verdugo, cortándole al momento en tres golpes el brazo derecho por el cobdo. Era infinita la sangre que corría del bendito mártir de Cristo, y los dolores no podían dejar de ser muy grandes, cortando de aquella manera tales miembros y por partes tan dolorosas; pero todo esto sufría y padecía el bienaventurado varón, con un esfuerzo del cielo, que ponía maravilla en los mismos moros, turcos y renegados de los cuales y del pueblo, que este tan horrendo espectáculo de todas las partes corría, había un muy gran número y copia de gente. Hecho esto, y teniendo al santo mártir de Dios tres o cuatro moros de las manos porque no cayese en tierra, le desnudaron otros dos turcos. Y quedando solamente con unos calzones viejos de lienzo, esperaban que se acabase de poner

en orden la horca en que lo habían de enganchar, la cual es desta manera ... Acabada, pues, que fué la horca con sus ganchos y aparejo desta manera, y todo a los ojos y delante el bienaventurado varón mártir de Dios, así como le tenían cortados los miembros y todo bañado en sangre que dél corría en arroyos, y atándole por la cintura con la soga de la pólea, le alzaron en lo más alto de la horca donde la polea estaba, y dejándole arrebatadamente caer de golpe sobre los ganchos, encontrando con uno de ellos, quedó atravesado de un lado y colgando todo el cuerpo. En todo esto no perdió el glorioso mártir de Cristo de su ánimo y fortaleza un punto; mas en medio de tantos tormentos se vió y conoció más su fe y amor de Jesucristo. Porque a grandes voces llamaba dende allí a Nuestro Señor Jesucristo, y por su gloriosa madre pidiéndoles y rogándoles se acordasen de su alma y favoreciesen en tan gran necesidad, y a los cristianos decía, como me lo contó quien lo oyó: Sedme, cristianos, testigos que muero por la fe de Jesucristo.¹

Adaptando esta incomparable y emocionante relación martirial a la historia de Palomeque, el novelista logra remarcar su narración con un incidente martirial de inmejorable empaque para el lector cristiano del siglo XVII. Su éxito con una relación que refiere las portentosas e inauditas proezas de un valiente corsario cristiano, el cual muere en un paroxismo de exaltación martirial insuperable, constituye un ejemplo dramático de la variedad y gran mérito literario del Diálogo de los mártires. Como prueba del mérito de la

¹Ed. cit. III, págs. 45-47. Por amor a la brevedad, no reproducimos el correspondiente texto de la historia de

narración de Palomeque, sin que por ello redunde en favor de Céspedes, fue incluida, bajo el título "De pirata a mártir" en una antología de historias del Siglo del Oro.¹

Otro pasaje de Haedo que Céspedes intercala en el cuento de Palemeque, para ofrecerle al relato más movimiento y variedad episódica, es el incidente de la muerte del alcaide moro de Tremecén, asesinado por Palomeque en un acceso de rabia cuando el moro aumenta por tercera vez el precio de su rescate.² Por otro lado, el episodio del jardinero cristiano que, después del asesinato del alcaide, esconde a Palomeque en una cueva "que tenía hecha en lo más secreto y escusado del jardín, donde estuvo quince días sin salir ni de día ni de noche de su tenebrosa oscuridad", parece ser no un plagio, sino un recuerdo de los cristianos ocultados por Cervantes en una cueva del jardín del alcaide Hasán, el cual

Palomeque, el cual presenta la misma fidelidad a Haedo que los trozos anteriores. Véase la pág. 235 de la edición de la B.A.E.

¹ Cuentos de los siglos XVI y XVII (Selección hecha por M. Herrero García), Madrid, 1926. Albert Mas, por su parte (op. cit. I, pág. 542), la considera como una pequeña obra maestra: "vraie tranche de vie sans fioritures romanesques, [qui] émeut par la simplicité de sa presentation." El crítico francés, sin saberlo, estaba haciendo, en rigor, un magnífico panegírico, no de un novelista del Barroco, sino del gran historiador de Argel y de sus mártires.

² B.A.E., págs. 232-233. Haedo refiere la historia en el Diálogo de los mártires, págs. 151-156. Se trata de un caso verídico acaecido en Constantinopla en 1576.

jardín igualmente tenía un jardinero cristiano que compartía el secreto de la evasión que tramaba Cervantes.¹

La influencia cervantina

Si toda la historia de Palomeque ha sido compuesta a base de retazos anecdóticos de Haedo, reproducidos a veces casi literalmente, el resto del episodio de la cautividad de Gerardo revela una fuerte influencia cervantina a través de la novela de El Capitán cautivo. Esto se manifiesta de un modo notable en la manera en que Gerardo consigue su libertad. Así como en El Cautivo el español recibe una serie de

¹B.A.E., pág. 233. En el Diálogo de los mártires, el episodio de Cervantes en el jardín se narra en la pág. 161, casi inmediatamente después del incidente ocurrido en Constantinopla. El episodio de la cueva del jardín es la segunda tentativa de evasión de Cervantes. Cuando se rescató su hermano Rogrigo (agosto de 1577), Cervantes le encargó que armara una fragata en Mallorca y que volviera a Argel, en cierta noche convenida, para recoger a los cristianos que tenía ocultados, en una cueva del jardín del Alcaide Hasán, no lejos del mar. El conato fracasó por la traición hecha por el Dorador, uno de los conspirados. Astrana Marín resume y comenta largamente el relato de Haedo en Vida de Cervantes II, págs. 532-535 y 551-568.

cartas que bajan inopinadamente por medio de una caña, sin que el cautivo viese la cara de su redentora, de la misma manera Gerardo misteriosamente encuentra un billete doblado y escondido dentro del pan de su cena.

La gran diferencia entre los dos casos es que el billete de Gerardo, y los que recibirá después, no van acompañados de un bulto de monedas de oro para rescatarse. Es más: la redentora de Gerardo, lejos de ser una musulmana con deseos de hacerse cristiana, es la mujer española de su amo Ferru arráez. Sin embargo, como en El Cautivo, esta mujer lo dispone todo para que el héroe y algunos cristianos suyos vengan de noche para llevársela y efectuar el escape en un bergantín robado de los turcos.

Estas coincidencias son casi las únicas, pues la huida se hace sólo después de matar a dos renegados del arráez y al cabo de un episodio, en extremo azaroso, en el cual tienen que robar el bergantín, los remos y aparejos necesarios para la travesía y las provisiones, todo lo cual tiene que ser quitado debajo de las mismas miradas de la guardia turca.¹ Al efectuar la evasión, Gerardo llega a la casa de su

¹Aquí se trata de otra peripecia de la vida del cautiverio tomada directamente de Haedo III, pág. 172. En El español Gerardo, la evasión se narra en las páginas 240-242 de la ed. de la B.A.E.

amo y ve a su redentora por primera vez, ricamente ataviada a lo oriental. Céspedes, al parecer, se inspira en la visión de Zoraida, primorosamente engalanada, cuando se muestra ante los ojos maravillados de Viedma en el jardín de su padre.

En Céspedes, no obstante, el pasaje se destaca por la falta de maestría en este tipo de descripción. Cuando llega Gerardo a la casa, la española baja al patio "vestida a la usanza berberisca, mas con tan admirable gallardía, que si bien por demasiada se reprobare esta acción", el autor piensa referirla "de la misma suerte que a las luces que ya habían encendido se presentó delante de Gerardo y de los demás cautivos que la esperaban."¹ Sin osar plagiar un texto tan conocido como el de El Cautivo en el Quijote, y sin encontrar un trozo tan bello en Haedo, Céspedes leyó todos los capítulos de la Topographia en los cuales se describen los vestidos de las moras, y compuso el cuadro siguiente:

Trafa vestida sobre una blanca y trasparente camisa, cuyas mangas, remates y collar se parecían, labrados de finas y diversas colores, una galeila o sayo largo hasta media pierna, de terciopelo carmesí, abrochando la mayor

¹Ed. cit., pág. 241.

parte del pecho con algunos grandes y artificiosos botones de oro, cubriendo lo uno y otro una malaja de damasco pajizo y encarnado, y revuelta de tal suerte, que, prendida al pecho una punta, venfa á caer lo restante della sobre las espaldas y cabeza, y cogerse el último remate debajo del brazo derecho, dejando con semejante compostura formado un talle hermoso y graciosísimo. De su blanca garganta, orejas y cabello pendían en increíble número ricas, resplandecientes y orientales perlas, como también en las ajorcas y manillas de oro, adorno en los principios de sus pequeños pies, piedras preciosas de estimación notable; los torneados dedos de sus manos cubiertos á concertados trechos de anillos, ricas y esmaltadas sortijas, y en los brazos otras, á las primeras iguales en valor, ajorcas y manillas, de quien asidos los cabos y remates de un cendal sutilísimo y lizado con vetas de oro, plata y sedas varias, volviendo por encima de los hombros y brazos, y dando después al rostro una graciosa vuelta, quedaba en él formado finalmente un rebozo tan bien proporcionado, que solo dejaba descubierto los apacibles y hermosísimos ojos.¹

De la lectura de este pasaje, resulta bastante claro que el novelista se inspiró, para el gran efecto poético que quería producir, en el modelo cervantino de Zoraida; y, para los detalles que no se dan en Cervantes, los espigó de los pasajes que Haedo dedica a las costumbres y usanzas de las moras y turcas.

¹Ed. cit. de la B.A.E., pág. 241. Fol. 189 de la edición de Cuenca.

Como ya hemos señalado, al efectuar su huida por mar, hay un último recuerdo de la evasión de Viedma y Zoraida en la tempestad que azota con vientos contrarios el bergantín de los prófugos, constringiéndoles a volver la proa hacia la costa africana y buscar refugio en una cala no muy lejos de Argel. Ahí son salvados de caer otra vez en poder de los moros por la oportuna llegada de una nave cristiana, y, ya con todo el mundo libre del peligro, Gerardo vuelve a pisar el intrincado sendero de sus trabajos bizantinos.

Pese a estos recuerdos de El Cautivo de Cervantes, el libro más utilizado y plagiado por Céspedes es, desde luego, la Topographia, y de modo especial el Diálogo de los mártires. El frecuente uso reprochable de este gran anecdotario martirial y "cautiveresco" indica que Céspedes se entusiasmó mucho con su lectura, hasta tal punto que llegó a incorporar en la aventura argelina de Gerardo cuentos y relaciones de Haedo que alcanzan casi el ochenta por ciento de la narración total.¹

¹El mundo del cautiverio así creado por Céspedes viene a ser tan variado y pletórico de verismo argelino que algunos críticos modernos llegaron a creer que el autor, como Cervantes, había estado en Argel como cautivo. Véase: Albert Mas, Les turcs dans la littérature espagnole du siècle d'or, I (Paris, 1967), pág. 539; también: Yves-René Fonquerne, Prólogo a su edición de Historias peregrinas y ejemplares, Clásicos Castalia (Madrid, 1969).

Lo interesante aquí es que la peripecia argelina de Gerardo, por ser la novela de 1615, viene a ser una de las primeras manifestaciones del tema del cautiverio en la narrativa del XVII. Su aparición diez años después de la Primera Parte del Quijote y sólo tres después de la Topographia pone de manifiesto la gran importancia de Cervantes y Haedo como precursores del motivo de los cautivos en la literatura del siglo XVII en España.¹

¹Además de las obras tratadas en estos últimos capítulos, hay una serie de escritos - tratados, relaciones y sermones sobre el cautiverio - de menos pretensiones literarias. Rodríguez Marín, en sus notas a la narración de El Cautivo (caps. 39, 40 y 41 de la ed. citada), menciona algunos: Gabriel Gómez de Losada, Escuela de trabajos (Madrid: Julián de Paredes, 1670); Jerónimo Gracián, Tratado de la redención de captivos, impreso a continuación de su Zelo de la propagación de la Fee (Bruselas: Juan Mommart, 1609); Antonio de Gouvea, Sermon exhortatorio que ... predicó a los esclavos de Argel (Mallorca: Manuel Rodríguez y Juan Piza, 1620). Por ser obras bastante raras que no han sido reimpresas, no hemos podido consultarlas.

V I I

E L C A U T I V E R I O E N L A

N O V E L A

D E L S I G L O X V I I

Como vamos viendo, la importancia del libro de Haedo fue capital en el desarrollo del tema de los cautivos en el siglo XVII. De ahí que se haga imprescindible considerar a su autor, junto a Cervantes, como un genuino precursor de nuestro motivo. Las obras narrativas de estos dos perspicaces observadores de la realidad argelina, tan entrañablemente unidas, representan las primeras manifestaciones del motivo de los cautivos en la prosa del XVII. Si sus obras, tanto las novelas de Cervantes como los tratados y Diálogos del autor de la Topographia, no se dieron a la estampa hasta la primera y segunda décadas del siglo, son, no obstante, frutos serondos de la misma experiencia vivida en Argel hacia el año 1580.

A partir de estos dos iniciadores del tema, el cautiverio iba a gozar de cierta importancia en la narrativa y la novela del XVII, de modo especial en las obras de los novelistas menores que se limitaron a seguir el modelo de Cervantes. Con la excepción de Antonio Eslava, quien continuó la modalidad bizantina, casi todos los novelistas se inclinaron de un modo u otro hacia el verdadero cautiverio como motivo literario, ya en novelas cortas en las que los cautivos constituyen el tema principal, ya en obras largas que incluyen un episodio que tiene lugar en Argel o en algún otro lugar del mundo musulmán. Si el tema todavía conserva cierta originalidad en escritores como Lope de Vega, Vicente Espinel y María de Zayas, pronto se va a convertir en un motivo estereotipado en los novelistas de segundo orden como Camerino, Lugo y Dávila y Pérez de Montalbán.

La modalidad bizantina
de Antonio Eslava

Al mismo tiempo que Cervantes y Haedo publican sus obras basadas en la realidad del cautiverio de Argel, Antonio Eslava dio a luz, en 1609, una colección de cuentos y novelas cortas que iba a tener mucha más importancia en el estudio de las fuentes de la Tempestad de Shakespeare que

en el del tema del cautiverio. Esta colección de narraciones, Noches de invierno, incluye un relato cuyo interés estriba en su parecido argumental con la famosa pieza de Shakespeare, y, según afirma Menéndez y Pelayo, sería difícil dejar de admitir una imitación directa.¹

Lo que más atañe a nuestro trabajo, empero, es el hecho de que consten en las Noches de invierno tres relatos sobre el cautiverio. La filiación italiana y bizantina de estos cuentos es palmaria. El primer relato que nos interesa narra la historia del celoso Anastasio, el cual, creyendo que su esposa le engañaba, le da una puñalada en el pecho, sin consideración a su estado de embarazo, y huye de su hogar, creyendo que la había matado. Cae preso de los piratas tur-

¹El cuento que tiene la gloria de haber inspirado al inmortal dramaturgo inglés es aquel "do se cuenta la soberbia del rey Niciforo y incendio de sus naves, y la arte mágica del rey Dardano". El ilustre crítico santanderino también asevera que el título Noches de invierno sugirió a Shakespeare el de Cuento de invierno (Winter's Tale), tragi-comedia que se desarrolla en una tierra de la costa marítima de Bohemia. Véase: Orígenes de la novela II, pág. 365; III, págs. 206-211. Otros estudios relacionados con este tema son: J. de Perott, "Sobre las fuentes de algunos capítulos de las Noches de invierno," Cultura española, XII (1909), 1023-29; J. Zalba, "Dos escritores navarros inspiradores de Shakespeare," Bol. Comisión Prov. Monumentos de Navarra, XV(1924); Juana de José y Prades, "Las Noches de invierno de Antonio Eslava," Rev. Bibliográfica y Documental, III (1949), 163-196 (incluye buenas citas bibliográficas). Para lo que dice la crítica inglesa acerca de la fuente de la Tempestad, véase la amplia bibliografía de la edición crítica de Frank Kermodé (Harvard University, 1958).

cos, bogando muchos años el remo de una galera enemiga. Al final, el hijo de Anastasio, nacido después de la huida del padre, se hace corsario y logra apoderarse de la galera en que remaba su padre. La anagnórisis, muy frecuente en este tipo de narraciones, permite la reunión de padre e hijo en un desenlace feliz cuando Anastasio vuelve a casa, convencido de la honestidad de su esposa.¹

El segundo relato que nos atañe tiene por título Justicia de Celfín Sultán y la venganza de Zayda.² Más que un cuento de cautivos, es una historia de pura ficción oriental que tiene como eje principal los amores del Príncipe Mustafá por la hermosa Zayda, y la terrible venganza que ésta saca de la muerte de su amante - condenado a muerte por su propio padre y Sultán de Constantinopla - al servirle, al que iba a ser suegro, en una empanada especialmente preparada por ella, el cuerpo del abortado hijo, fruto prematuro de los amores prenupciales entre Zayda y Mustafá. El motivo de los

¹Como el Decamerón de Boccaccio, la obra de Eslava consiste de una serie de narraciones referidas por un grupo de personas que pasa las largas noches del invierno con este entretenimiento. El cuento de Anastasio se halla en el capítulo III, págs. 92-109 de la edición de Luis M. González Valencia (Madrid, 1942).

²Capítulo de la ed. cit., págs. 155-187.

cáuticos, no obstante, se presenta porque Zayda tiene un esclavo cristiano que se llama Bernart - hijo y único heredero del Duque de Ferrara, capturado por los corsarios turcos y presentado años antes a la hermosa turca. Este Bernart es él que, en realidad, la incitó a que pusiese en ejecución su espantosa acto "para que quedase eterna fama de la crueldad de Celfn y de la venganza de Zayda."¹ Después de satisfacerse de su agravio, Zayda huye con su esclavo y los dos llegan a Italia, donde se espera que la turca dejará la ley de Mahoma para hacerse cristiana y casarse con el hijo del Duque de Ferrara.

Si los dos cuentos ya reseñados caen más dentro del marco de la estética de la narrativa italiana, el tercero - Los trabajos y cautiverio del rey Clodomiro y la Pastora de Arcadia - es, como lo indica su título, una auténtica novela bizantina en pequeño, de puro corte heliodoriano, con todos los motivos que caracterizan el género griego. La historia gira en torno a los amores de Sulpicio, Príncipe de Polonia, por Serafina, hija del arrogante y soberbio Clodomiro, rey de Macedonia que le niega al forastero la mano de su hija. Sulpicio, empero, llega disfrazado al palacio, enamora a Se-

¹Ed. cit. de González Palencia, pág. 172.

rafina y los dos huyen por mar. Como es de esperar en estos cuentos, una tormenta arroja el navío en que los dos amantes viajaban en la isla desierta de Arcadia. Cuando el joven príncipe va en busca de agua, cae en una trampa tendida anacrónicamente por unos piratas moros. La separación de los amantes, muy necesaria en estas relaciones, inicia las conocidas vicisitudes del género y al final, como siempre, la obra termina en desenlace feliz con el reconocimiento y reunión de los protagonistas.

A pesar de las varias reminiscencias de Heliodoro, Menéndez y Pelayo cree que esta historia "no es más que una variante, echada a perder, de la hermosa leyenda del Emperador Joviano (cap. LIX del Gesta Romanorum)".¹ Sea lo que fuere, el hecho es que Los trabajos y cautiverio del rey Clodomiro constituye el perfecto modelo del género griego, sin ninguna concesión a la realidad de los cautivos del Siglo de Oro. Ni siquiera el uso anacrónico de los piratas moros es susceptible de modificar sensiblemente este carácter bizantino de la obra.

¹Orígenes de la novela III, pág. 212. Consúltese asimismo el citado artículo de Martín Gabriel, pág. 232.

El bizantinismo del cautiverio en Eslava muestra, además, que en 1609, fecha de publicación de las Noches de invierno, la novela de El Capitán cautivo - que ya había aparecido cuatro años antes - no ejerció aún ningún influjo en la novelística del XVII. Este influjo no sería evidente hasta casi una década más tarde en el Marcos de Obregón de Vicente Espinel.

El curioso cautiverio
de Marcos de Obregón

En la Vida del escudero Marcos de Obregón (1618), se nos ofrece un largo episodio de cautiverio argelino que, aunque muestra cierto influjo cervantino, se destaca por su originalidad. Si Céspedes en El español Gerardo, para incluir una aventura de cautivos, tuvo que empaparse del mundo de los cautivos de Haedo e incluso hacer suyos muchos de sus relatos más interesantes, Espinel, en cambio, intercaló en la vida de su protagonista un episodio en Argel que no desentona en absoluto del resto de la novela. Es más: el cautiverio de Marcos podría ser, por la manera original en que se inicia y el lugar central que ocupa en la estructura de la novela, un episodio de hondo valor representativo y el que da sentido a la obra entera.

Si las aventuras de la cautividad de Marcos caen dentro de un modelo bastante clásico - captura por corsarios, cautiverio y amores durante la estancia en Argel, y libertad final - el autor manifiesta gran originalidad en la presentación de estos momentos esenciales. En contraste con una captura tradicional en la que el héroe cae preso después de un combate naval, la del escudero tiene lugar en una isla mientras Marcos y sus compañeros pasan las horas de una tarde calurosa, cantando en una apacible y fresca cueva. Su estancia en Argel, además, no se caracteriza por ninguna de las crueldades y suplicios típicos de estos relatos. Incluso la manera en que obtiene su libertad se aparta notablemente de los modelos estereotipados, pues ésta llega como premio a su paciencia e ingeniosidad picaresca.

Al caer preso, Marcos consigue, por medio de sus halagos y dotes musicales, el favor de su amo, un renegado español - morisco más cristiano que musulmán - que le instala en su casa como preceptor de su hijo. El amo también tiene una hija que se enamora de su esclavo hasta el extremo de caer en una profunda melancolfa, cuya causa es desconocida por los padres. Conociendo el secreto de la mora y no insensible a sus sentimientos, Marcos le dice a su amo que conoce un remedio muy eficaz para curar melancolfas. Se trata de murmurar palabras mágicas en el oído del enfermo, sin que nadie oyese los ensalmos. Así que los padres le permiti-

ten acercarse al lecho de su hija y Marcos pronuncia unas cuantas palabras amorosas en el oído de la triste hija, las cuales tienen inmediato efecto y "con un donaire celestial abrió aquellos divinos ojos que alentó los corazones de todos los circunstantes".¹

Uno de los aspectos más curiosos en el cautiverio de Marcos es la casi total falta de ambiente y color local. Y este hecho nos inclina a poner en duda la supuesta estancia de Espinel en Argel, según creía Juan Pérez de Guzmán.² Siendo un autor demasiado original para recurrir, como Gonzalo de Céspedes, a relaciones de segunda mano, Espinel pinta un cuadro de Argel muy diferente del mundo de los cautivos que surge en Cervantes y Haedo. Casi las únicas referencias a la realidad argelina son la mención de la fuente de Babasón y el curioso modo con que los moros salían "con los brazos desnudos y alheñados".³

¹Ed. Samuel Gili Gaya, Clásicos Castellanos, tomo II (Madrid, 1960), pág. 74.

²Introducción a la edición de Barcelona, 1881. Sobre el problema del cautiverio de Espinel consúltese: George Haley, Vicente Espinel and Marcos de Obregón (Brown University Press, 1959), págs. 147-155.

³Ed. cit. II, pág. 89.

Por otro lado, su extensa descripción de las fiestas de San Juan, a quien los moros, según el amo de Marcos, llaman el profeta Alf. Sobre esta extraña fiesta argelina, escuchemos a Marcos: "Y así llegándose el día de San Juan, de junio, cuando los moros, o por imitación de los cristianos, o por mil yerros que en aquella secta se profesan, hacen grandísimas demostraciones de alegría, con invenciones nuevas a caballo y a pie".¹ No se encontraría, en todo el capítulo que Haedo dedica a las fiestas de Argel, ninguna alusión a la fiesta del profeta Alf o que éste sea el San Juan de los cristianos. Si bien Haedo habla de los juegos de las fiestas en Argel, la descripción de Espinel parece ser mucho más una reminiscencia de la pompa y gallardía con que se celebraba el día de San Juan en España, según se puede ver en esta cita en que el amo le explica a Marcos lo que verá aquel día:

Ven conmigo, no como esclavo, sino como amigo, que quiero que con libertad te alegres en estas fiestas que hoy se hacen al profeta Alf, que vosotros llamáis san Juan Bautista, para que te diviertas viendo tan excelentes jinetes, tantas libreas, mariotas de seda hechas un ascua de oro, turbantes, cimitarras, gallardos hombres de á caballo vibrando las lanzas con los brazos desnudos y alifados: mira la bizarría de las damas, tan adornadas de vestidos y pedrerías, cómo

¹Ed. cit. pág. 88.

favorecen con mucha honestidad á los galanes, haciendo ventana, dándles mangas y otros favores: mira las cuadrillas de grandes caballeros, que llevando por guía á su virey, adornan toda la ribera así del mar como de los rios; cuán gallardamente juegan de lanzas, y después de arrojadas, con cuánta ligereza las cojen del suelo desde el caballo.¹

Con la excepción de algunos detalles que dan un tanto de colorido local - como, por ejemplo, los turbantes y las cimitarras - todo lo demás en este magnífico cuadro pertenece al mundo de las fiestas sanjuanistas de España, tan decantadas en el Romancero y en otras obras literarias de aquel tiempo.² El que sea un cuadro artificial trasplantado de España a Argel queda palmario en la alusión a las damas argelinas "haciendo ventana", pues, según la autoridad de Haedo, ninguna casa de la ciudad tenía ventanas que daban a la calle, siendo todas las habitaciones orientadas hacia un espacioso y luminoso patio interior de donde recibían su luz.³

¹Ed. cit. pág. 89.

²Sobre el tema del Romancero en la obra de Espinel, véase: George Haley, "Vicente Espinel and the Romancero General," Hispanic Review, XXIV(1956), 101-114.

³Topographia I, págs 44-45.

Uno de los motivos de importancia en el episodio de Argel es el problema de los moriscos. Espinel plantea la cuestión sin ofrecer ninguna solución práctica. Lejos de hacer, al estilo de sus coetáneos, una condena vitriólica y parcial de los moriscos, Espinel trata de ofrecer a los españoles de su tiempo un cuadro fiel de la situación de los que practicaban en España el cristianismo con fe verdadera, como el amo de Marcos, y sin embargo, se vieron constreñidos a abandonar sus hogares y trasladarse a un país extraño donde tuvieron que renegar de Cristo para poder vivir en paz con sus vecinos. Como le explica al escudero su amo, uno de los agravios que más le lastimaba a él y a los demás moriscos en España era el "de no ser recibido a las dignidades y oficios de magistrados y de las honras superiores, y ver que durase aquella infamia para siempre, y que para deshacer esta injuria no bastase tener obras exteriores y interiores de cristiano". Lo único que puede contestar Marcos es que "la Iglesia ha considerado eso con mucho acuerdo" y que "quien tiene la fe del bautismo no se ha de rendir ni acobardar por ningún accidente y trabajo que le venga para apartarse della".¹

Lo interesante de esta actitud tan comprensiva y hasta benévola hacia los moriscos es que el amo de Marcos es un

¹B.A.E., pág. 62.

renegado corsario que hace repetidas incursiones contra la costa española, matando y cautivando sus hombres, mujeres y niños. Es un renegado, no como Hacén de Los bafios de Argel, sino como el renegado Izuf de la misma comedia, al que Hacén llama "perro infame" y se horroriza al ver que este "Nerón esquivo" es capaz de traicionar y derramar su propia sangre. Cervantes no muestra ninguna compasión para este tipo de renegado, pues Hacén le mata a Izuf con una puñalada y él mismo muere por su fe como un mártir cristiano. Comparando, pues, estas dos actitudes frente al problema de los moriscos, vemos que la de Espinel se separa notablemente de la de sus coetáneos y presenta el aspecto más humano de aquellos moriscos que profesaban sinceramente la religión de Cristo.

Un cuento de cautivos
narrado por el amo

El episodio argelino del Marcos de Obregón se caracteriza por una ausencia notable, no sólo de costumbrismo y genuino ambiente local, sino también por una falta de incidentes del cautiverio que llegan a ser tópicos en otros novelistas posteriores a Cervantes. Sin embargo, cuando Mar-

cos obtiene su libertad y su amo le lleva en su galera hacia la costa española, éste le cuenta una historia que se parece mucho a la manera en que Gerardo consigue escaparse con la ayuda de la mujer cristiana de su amo Ferru arráez.

La historia que narra el morisco viene a ser un verdadero episodio de cautivos intercalado en la aventura del cautiverio del escudero. Como la mujer de Ferru arráez en El español Gerardo, se trata de una española casada con un corsario turco llamado Mami Reis, hombre "venturoso en la mar y experimentado en la tierra". Esta mujer tenía un esclavo de Menorca que, al recibir su rescate y estar a punto de marcharse a su patria, prometió de volver con un bergantín a orillas de la heredad que el corsario tenía fuera de Argel para llevarse a la española. Llegada la noche concertada, el hidalgo menorquín atraca la embarcación en una playa cerca de la casa. Al verlo la audaz española, llama a todos los esclavos de la casa y les exhorta: "Hermanos y amigos, comprados con la sangre de Jesucristo, mi determinación es esta: el que quisiere libertad y vivir como cristiana sígame hasta España."¹ Todos dispuestos a seguirla, ponen por obra el proyecto de la española, matando a puñaladas a una esclava negra y a dos turquillos que empiezan a dar voces, y llevándose al bergantín los cofres y riquezas de su marido.

¹Ed. cit. pág. 112.

La huida por mar se efectua sin novedad o peligro grande y los prófugos llegan sanos y salvos a España.

Este breve relato de cautivos, los cuales huyen de Argel con la ayuda eficaz y decisiva de una mujer, se relaciona no sólo con la historia de Ferru arráez, sino también con El Cautivo del Quijote. Al terminar el cuento, Espinel, por boca del morisco, inserta una reflexión interesante que, al parecer, alude a los antecedentes literarios de este tipo de hazafia que ya se está haciendo tópico en estas narraciones. El morisco dice, en efecto, que el incidente ocurrió hace poco tiempo "y aunque en Argel sucedió otro caso semejante a éste, fue con más poder y menos circunstancias."¹ Si Espinel, con esta frase, se refería más a la narración de Cervantes que a la de Céspedes, es difícil de averiguar, pues no es tarea fácil decir con certidumbre que hay "menos circunstancias" en la evasión efectuada por Zoraida, Viedma y sus compañeros que en la de Gerardo. Por otra parte, al decir que el suceso ocurrió hace poco tiempo, parece que Espinel señala más bien El español Gerardo, publicado tres años antes del Marcos de Obregón.

De todos modos, el cuento de la evasión insertado en el episodio argelino de Marcos establece esta modalidad como uno

¹Ed. cit. pág. 113.

de los temas predilectos de las historias de cautivos. Su entronque directo o indirecto, con El Cautivo es innegable y subraya la gran importancia que la novela morisca de Cervantes tuvo en el desarrollo del cautiverio literario en la novelística del siglo XVII.

El sentido del cautiverio
en Espinel

Aparte del cuento de la evasión, hemos visto que el protagonista de Espinel se mueve en un mundo de cautivos casi totalmente desprovisto de elementos de vida real, en un Argel sin tormentos y suplicios, sin los martirios y el crujir de las cadenas de los cautivos que sufren diariamente la Pasión de Cristo. Marcos se mueve, en fin en un Argel donde los infames baños de los cautivos han desaparecido, y donde curiosamente la palabra "baño" no se pronunciaba ni siquiera una vez: un Argel diametralmente opuesto al infierno terrenal de Cervantes y Haedo en el que los cautivos son testigos diarios - en sus mismos cuerpos y en los de sus compañeros - de Cristo crucificado.

Para tratar de dar sentido a este extrañó mundo del cautiverio del héroe, conviene examinar detenidamente las circunstancias del momento en que Marcos cae preso y algunas reflexiones filosóficas que hace durante su estancia en Argel. En cuanto a la captura del héroe, ésta tiene lugar al principio del Descanso Octavo de la Relación Segunda, y, por consiguiente, en el centro preciso de la novela íntegra, lo cual hace hincapié en la trascendencia primordial del hecho.¹ Como ya apuntamos, Marcos es cautivado mientras pasa las horas de la siesta en una fresca y apacible cueva de una isla muy seca y desierta. Es en este lugar curioso que llegan los turcos para cautivar a Marcos y sus compañeros mientras se entretienen "con grandísimo contento, cantando y tañendo como los hijos de Israel en su destierro". Estas palabras indican claramente que Espinel estaba pensando en el cautiverio bíblico del Antiguo Testamento. Y si consideramos el cuidado que ha tomado en colocar el episodio precisamente en el centro mismo de toda la obra, podemos suponer que el autor pensaba en un cautiverio simbólico que resume y compendia todo el sentido de la vida.

¹La Relación Segunda, una de las tres que integran la obra, consta de catorce "descansos" y una introducción que precede al primer descanso y es, en efecto, otro descanso sin número. Así que hay quince divisiones y el Descanso Octavo, en el que es apresado el escudero, queda exactamente en el centro de la Relación Segunda y de toda la obra.

Esta interpretación, por muy hipotética que sea, viene a ser casi necesaria, pues el mismo autor nos advierte en el Prólogo "que no es sola la corteza la que se debe mirar, sino pasar con los ojos de la consideración más adentro ... Quien se contenta con sola la corteza no saca fruto del trabajo del autor; mas quien lo advierte con los ojos del alma saca milagroso fruto."¹ Espinel, en realidad, nos invita a mirar "más adentro" de su obra a fin de sacar el "milagroso fruto" de un sentido enigmático y misterioso.

Con la autorización de Espinel mismo, pues, penetramos debajo de la corteza y sacamos el fruto milagroso de una interpretación simbólica del cautiverio. El lugar muy central de la aventura argelina y los recuerdos del cautiverio de los hijos de Israel nos inclinan a creer que lo que hay debajo de la corteza es el milagroso fruto de la representación de la vida como un cautiverio espiritual. No es solamente el intermedio en Argel lo que representa la cautividad del hombre. Para el maestro Espinel, al igual que en la Selva de aventuras de Jerónimo de Contreras, toda la vida es un

Ed. cit. I, pág. 36.

viaje de purificación a través del cautiverio de la carne y del mundo.¹

El Marcos de Obregón es la novela de la vida humana, este constante peregrinar en pos de la ilusión y del ensueño, con el terrible desencanto de cada sucesiva jornada que catárticamente va purificando y acendrando el alma hasta el luminoso desenlace final. Por eso no asistimos en Argel a ningún cuadro de cautivos atribulados y martirizados. Siendo toda la vida una continua cautividad, el episodio de Argel sólo sirve para concentrar y compendiar, en el lugar más central de la obra, el sentido de la vida como cautiverio y cómo el hombre podría aliviar un tanto aquella tremenda carga de su estancia en este mundo.

Uno de los pasajes más significativos de toda la obra se da en el mismo Descanso Octavo, después de ser Marcos apresado y llevado a la galera de los corsarios. Los compa-

¹La crítica, según nuestro parecer, andaba desca-
minada al buscar elementos autobiográficos en el episodio
argelino de Marcos. Como no ha aparecido ningún documento
que atestigüe que Espinel estuvo cautivo en Argel, o en otra
parte del mundo musulmán, el cautiverio del escudero tiene
que interpretarse como un episodio de hondo sentido estético
y filosófico. Además de los estudios ya citados sobre la
problemática del supuesto cautiverio de Espinel, podemos men-
cionar el de Joaquín de Entrambasaguas, "Datos biográficos de
Vicente Espinel en sus Diversas rimas," Revista Bibliográfica
y Documental, IV(1950), 171-241.

fieros del escudero ya están amarrados a los remos y uno de ellos, al rehusar el trabajo por ser hidalgo español, está a punto de ser castigado por el amo. Marcos, con su intervención oportuna, le salva de los palos y le reprocha a la vez con estas frases enjundiosas:

¿Estamos en tiempo y estado que podamos rehusar lo que nos mandaren? Ahora es cuando hemos de aprender á ser humildes, que la obediencia nos ata la voluntad al gusto ajeno. La voluntad subordinada no puede tener elección. En el punto que un hombre pierde la libertad no es señor de sus acciones. Sólo un remedio puede haber para ser un poco libre, que es ejercitar la paciencia y humildad, y no esperar á hacer por fuerza lo que por fuerza se ha de hacer. Si desde luego no se comienza á hacer hábito en la paciencia, haremoslo en el castigo; que el obedecer al superior es hacerlo esclavo nuestro. Como la humildad engendra amor, así la soberbia engendra odio. La estimación del esclavo ha de nacer del gusto del señor, y este se adquiere con apacible humildad. Aquí somos esclavos, y si nos humilláremos á cumplir con nuestra obligación, nos tratarán como á libres, y no como á esclavos.¹

Aquí estamos, en efecto, muy lejos de la concepción del cautiverio vista en Cervantes y Haedo. Ya no se trata de morir por Cristo como en el Diálogo de los mártires y en Los

¹Ed. cit. II, págs. 64-65.

baños de Argel.¹ Lo que hace Espinel es resumir y concretar en Argel un enfoque muy particular que considera la vida en este mundo como un cautiverio insoslayable. El hombre, que vive constantemente la esclavitud del cuerpo y del mundo, sólo tiene un remedio para sobrellevar aquella herencia de Adán y "ser un poco libre," y ese remedio es "ejercitar la paciencia y la humildad". Por eso dice Espinel que si el hombre se humilla a cumplir con su obligación será tratado como hombre libre y no como esclavo. No es el auténtico cautiverio de Argel lo que importa en la novela, sino el cautiverio como una expresión universal del mundo y de la vida. La trascendencia de las palabras de Marcos impresionan notablemente al amo y le hacen exclamar: "¡Oh qué bien habláis ... y cómo he gustado de encontrar contigo para que seas maestro de mi hijo!" Los consejos de Marcos, pues, valen no sólo para los cristianos cautivos, sino - lo que llega a ser muy significativo y uno de los milagrosos frutos de Espinel - para el hijo de su mismo amo, pues todos los hijos de Adán sufren el mismo cautiverio en este mundo.

¹Espinel nos dio un cuadro interesante de este tipo de cautiverio penoso en la Canción a Fray Rodrigo de Arce:

Allí del duro infierno un espectáculo
Horrendo ante sus ojos se mostrava
De aullidos, hierro, escuridad, tristeza:
Allí el encadenado con la brava
Furia del perro dueño, el cruel báculo
En sus carnes sintió con aspereza ...

En Diversas rimas, ed. de Dorothy Clotelle Clarke (New York, 1956, pág. 153.

Ficción y realidad en las Novelas
a Marcia Leonarda de Lope de Vega

Lope de Vega, probablemente estimulado por el gran éxito de las Novelas ejemplares de Cervantes, escribió, en 1622, cuatro novelas cortas dedicadas a Marcia Leonarda, pseudónimo de Marta de Nevares.¹ Dos de estas obritas tienen como escenario principal el mundo de los cautivos: Constantinopla en La desdicha por la honra y Túnez en Guzmán el Bravo.² En la primera, que se desarrolla en su mayor parte en la capital del Imperio otomán, Felisardo, un caballero principal de la corte del virrey de Sicilia, se sorprende de saber que sus padres - los cuales él creía que pertenecían a la clase de los cristianos viejos de alta alcurnia - fueron incluidos en el bando de Felipe III expulsando a los moriscos de España. Afligido por esta asombrosa e inesperada noticia, deci-

¹Novelas a Marcia Leonarda. Edición, prólogo y notas de Francisco Rico (Madrid, 1968), pág. 7. Para un estudio de estas novelas, consúltese: "Valeur littéraire des Nouvelles de Lope de Vega," Bulletin Hispanique, XXVIII(1926), 321-355, de Georges Cirot. Las dos novelas que nos interesan salieron por primera vez en La Circe, con otras Rimas y Prosas (Madrid: Viuda de A. Martín, 1624).

²El que sea el cautiverio uno de los temas predilectos de Lope es también aparente en su teatro. Además de La mayor desgracia de Carlos V, ya mencionada en relación con Haedo, Lope compuso dos piezas que tienen como motivo central el cautiverio argelino: Los cautivos de Argel, casi un plagio de Los tratos de Cervantes; y Argel fingido y renegado de amor, comedia que parodió el tema de los cautivos y renegados. Y también en otras piezas de Lope el cautiverio aparece a menudo como un episodio importante, lo cual demuestra que la temática cervantina dejó huellas sensibles tanto en sus obras dramáticas como en sus novelas.

de trasladarse a Constantinopla y reunirse con su familia refugiada en la antigua capital del Imperio bizantino. Felisardo conoce allí un éxito rápido, inmiscuyéndose en las intrigas del serrallo y llegando a ser uno de los bajaes principales de la corte del Turco.

Al final de la obra, el héroe decide volver a la fe de su juventud. En el serrallo, Doña María, predilecta del Sultán y antigua esclava andaluza cautivada siendo todavía muchacha, también quiere volver a la fe de su niñez. Los dos,, pues, ponen por obra un plan de evasión que, por desgracia, fracasa. Felisardo, empero, no se deja apresar por los turcos, y antes de morir, grita en la mejor tradición de los mártires de Haedo: "Turcos, sed testigos que muero cristiano, y no he ofendido al Gran Señor más que en llevar a doña María donde lo fuese".¹

El argumento principal de La desdicha por la honra, puesto que Felisardo va a Constantinopla por voluntad propia, no

¹Ed. cit., pág. 104. Todas estas exclamaciones de gran exaltación martirial, por estar ausentes en obras cautiverescas anteriores a la Topographia, tienen que ser reminiscencias del gran número de cautivos cristianos que en el Diálogo de los mártires pronuncian frases muy parecidas. Por otro lado, el que Lope hubiera leído la obra de Haedo es un hecho ya establecido en un capítulo anterior.

es el cautiverio. La novela presenta, no obstante, el mundo del cautiverio que se nota en muchos de los episodios de la obra y que tiene cierta filiación con la Gran Sultana de Cervantes. Doña María, como la protagonista de la pieza cervantina, es esclava cristiana que fue cautivada muy joven y que no deja por un instante de recordar su fe e incluso las costumbres cristianas. Tan aficionada era a las obras teatrales españolas que "holgaba notablemente de oír representar a los cautivos cristianos algunas comedias, y ellos, deseosos de su favor y amparo, las estudiaban, comprándolas en Venecia a algunos mercaderes judíos para llevárselas".¹

Además de estos recuerdos de la Gran Sultana, la obra nos ofrece una serie de descripciones de la vida de Constantinopla que sorprenden por su gran fidelidad histórica. Marcel Bataillon, fijándose en la puntualidad de estas noticias históricas, hizo una pesquisa entre los tratados y relaciones sobre los turcos que Lopepodría haber utilizado, y encontró

¹Ed. cit. de Francisco Rico, pág. 91. La idea de una sultana española y cristiana no tiene que ser forzosamente un influjo de la Gran Sultana de Cervantes, pues hay un interesante antecedente histórico que, al parecer es la fuente de ambos próceres del Siglo de Oro. Me refiero a la hermosa esclava veneciana que, aunque cautivada siendo muy joven, nunca renegó de su fe ni abandonó su interés por los asuntos y costumbres de su patria. Además de ejercer un influjo muy grande sobre su esposo Murad III, se sabe que hacía representar comedias italianas que los mercaderes venecianos le traían de Italia. Sobre esta mujer interesante, consúltese: Schevill y Bonilla, Comedias y entremeses de Cervantes VI (Madrid, 1915), págs. 89-92.

que el Fénix, efectivamente, había aprovechado El nuevo tratado de Turquía del Abad Octavio Sapiencia, publicado en Madrid el mismo año (1622) en que Lope escribía La desdicha por la honra.¹ Así y todo, Lope de Vega, sin llegar al extremo de plagiar pasajes enteros como Céspedes, creó un genuino trasfondo de vida e historia de la capital turca, dando así cierto verismo a su novela que agrada más por su humor y socarronería que por la historia trágica de sus protagonistas.

En Guzmán el Bravo, el protagonista Don Félix mata a su mejor amigo en un lance amoroso, lo cual da inicio a las azarosas peripecias del héroe. Sigue a Don Juan de Austria, y, en la batalla de Lepanto, se distingue de una manera que parece ser una parodia lopesca de los muchos soldados españoles que se jactaban con hiperbolismos de sus hazañas heroicas de aquella jornada, pues, según narra Lope, su héroe

hizo con una espada y rodela tan notables cosas
don Felis, que allí se le confirmó el nombre de Bravo;
y rindiendo una galera, sacó veintidós heridas

¹Para no repetir aquí el trabajo realizado por el eminente crítico francés, referimos al lector a su estudio "La desdicha por la honra, génesis y sentido de una novela de Lope," en Varia lección de clásicos españoles (Madrid: Gredos, 1964), págs. 373-418. Bataillon dedica una parte importante de su trabajo al cotejo de varios trozos de Sapiencia y Lope, los cuales reproduce. Al examinar la utilización que Lope hizo del Nuevo tratado, es evidente que no se trata de un plagio como en El español Gerardo.

de flechas y cuchilladas, que a quien le vía ponía espanto, porque en las flechas parecía erizo y en las cuchilladas toro: y no de otra suerte que del coso le suelen sacar rendido, aunque no muerto, le llevaron a curar, y milagrosamente tuvo vida.¹

Más que la exaltación de un héroe de la ficción, el trozo presenta indicios de ser una serie de dardos y flechazos agudos lanzados contra los soldados que sobrevivieron la sangrienta carnicería de Lepanto, y tal vez contra un Cervantes que acaso se vanagloriaba con exceso de las muchas heridas que casi le mataron en la batalla naval. Al considerar el terrible arcabuzazo que destrozó la mano izquierda del Héroe de Lepanto y las dos profundas y peligrosísimas heridas del pecho, la frase de Lope "milagrosamente tuvo vida" podría bien aplicarse al autor de las Novelas ejemplares, autor que estaba constantemente presente en el espíritu de Lope al componer sus Novelas a Marcia Leonarda.²

En la parte de Guzmán el Bravo que pasa en el cautiverio - más que la mitad de la novela - Lope se esfuerza por evitar

¹Ed. cit. pág. 152.

²Lope mismo reconoce su deuda a Cervantes cuando dice en Las fortunas de Diana, primera de las cuatro novelas, que en el arte de novelar "no le faltó gracia y estilo a Miguel Cervantes", (pág. 28 de la edición citada).

todas las situaciones trilladas de estas narraciones. Así que Don Félix (Guzmán) y su criado Mendoza no son apresados por los corsarios, sino que naufragan en una tempestad que les arroja en la costa de Barbarfa, y en lugar de ser cautivos de un moro o turco de Argel, Lope les conduce a Túnez donde son comprados por un judfo español. Tampoco vemos en el Félix el trillado mundo de las crueldades que sufren los cristianos, ya que el amo de ellos es un mercader que se ausenta de casa por largas temporadas, y su hija Susana, prendida de amores por Mendoza (en realidad, una mujer disfrazada), los trata con la mejor amabilidad posible.

Al hacer a la bella Susana enamorarse del criado en lugar de Don Félix, Lope evita una de las intrigas normales. Cuando todo hace pensar que la judfa se inclinará hacia el héroe, Lope interrumpe la narración y, con tono burlón, exclama: "Pues engañóse [vuestra merced], que era más lindo Mendocica".¹ El resto de la obra se desarrolla en el ambiente primoroso de jardines y romances de amor cantados por el criado de Don Félix. Al final, la libertad llega, no como el resultado de una azarosa tentativa de evasión, sino por medio de un desaffo caballeresco en el cual el héroe sirve de campeón para el rey de Túnez que tiene que vencer al rey de Botoya, pretendiente como él de la hermosa Fatima, si quie-

¹Ed. cit., pág. 156.

re merecer la mano de su dama. El desafío y combate entre caballeros cristianos y adalides moros se hace con toda la pompa y colorido de la ficción moruna de la Península. Lope se da cuenta de lo trillado de la situación, explicando el vestido exótico de Don Félix así:

Si está vuestra merced diciendo que de cuál de los moros del romancero le he sacado, no tiene razón, porque los otros estaban en Madrid o en Granada, y éste en medio de Túnez, con una lanza de veinticinco palmos, que aquí no hay que quitar nada, y una adarga de color morado, con una F arábica en medio, que a la cuenta, pues no podía decir Francisca, diría Fatima.¹

Pero lo que atañe más a nuestro tema es la sombra de Cervantes que parece cernerse sobre las dos novelas. El que dos de las cuatro narraciones sean de cautivos - una en Constantinopla y la otra en Africa, los dos polos del cautiverio cervantino - parece indicar que el Fénix quería imitar al célebre novelista, y al no poder superarle, se echó por el sendero del estilo burlesco.

¹Ed. cit., pág. 157. Muy relacionado con el cautiverio de Don Félix y Mendoza es el episodio que vemos en el Libro IV de El Peregrino en su patria, págs. 451-456 de la ed. crítica de Myron Peyton (University of North Carolina, 1971). En éste, Pánfilo, el héroe, y Nise, su amante disfrazada de paje, sufren una serie de peripecias en el Norte de Africa - Ceuta y Fez - que culminan en la evasión de la pareja con dos moras ricas que quieren emprender una peregrinación a Roma y hacerse cristianas.

El cautiverio femenino
de María de Zayas

En la novela Guzmán el Bravo, por mucho que Lope se haya esforzado por sortear todos los lugares comunes, el cautiverio cae dentro de un modelo que será repetido hasta la saciedad en el siglo XVII. Refiérome a la modalidad que inserta una peripecia "cautiveresca" dentro de una historia amorosa que empieza y termina en España, el cautiverio sirviendo como separación y dura prueba para uno o ambos amantes que, al final, se reúnen en un desenlace que tiene lugar en la Península. El juez de su causa, una de las narraciones de las Novelas amorosas y ejemplares (Zaragoza, 1637) de María de Zayas y Sotomayor, constituye un ejemplo muy representativo de este género.

En esquema, el argumento de la novela viene a ser éste: En Valencia, dos jóvenes enamorados, Carlos y Estela, deciden fugarse juntos. Para estorbar este plan, Claudia, también enamorada de Carlos, entra en su servicio disfrazada de joven paje. Cuando aparece el moro Hamete con deseos de llevarse a Estela, Claudia ve una excelente oportunidad de desembarazarse de su adversaria y decide ayudarle en la ejecución de sus perversos designios. Valiéndose de su situación de paje de Carlos, engaña a los dos amantes y entrega a Estela al moro, el cual la esconde en su falúa, y, traicionando a Claudia, Hamete las lleva a las dos a Fez.

Mientras tanto, se descubre en Valencia la desaparición de Estela, siendo Carlos detenido y acusado del rapto. En Fez, el moro Hamete trata de violar a Estela con la ayuda de la perversa Claudia, pero interviene a tiempo el Príncipe de Fez, salva a Estela y condena a muerte a los dos conjurados. La heroína recobra la libertad y al cabo de varias peripecias en la jornada de Carlos V en Túnez, se reúne con su amante en Valencia.¹

Si en su esencia la novela de María de Zayas, comparada con las de sus coetáneos, no revela ningún rasgo de especial originalidad, se distingue, sin embargo, en presentar el aspecto puramente femenino del cautiverio.² No es el galán Don Carlos el que es apresado por los moros, sino dos mujeres;

¹Ricardo Senabre ha señalado varias fuentes para la parte de la historia que se desarrolla en Túnez y Valencia, sobre todo en Las fortunas de Diana de Lope. Sin embargo, considera las aventuras de Estela durante su cautiverio en Fez como "vagas reminiscencias de las historias moras que aparecen en algunas de las Novelas ejemplares cervantinas." Consúltese de este crítico: "La fuente de una novela de Doña María de Zayas," Revista de Filología Española, XLVI(1963), pág. 165. También: Edwin B. Place, "María de Zayas, an Outstanding Woman Short-story Writer of Seventeenth Century Spain," University of Colorado Studies, XIII(junio,1922), pág. 30.

²En la Parte Segunda del Sarao y entretenimiento (Barcelona: S. de Coromellas, 1649), hay otro episodio de cautivos en La esclava de su amante, novela que insiste en el mismo aspecto femenino del cautiverio, pero sin el interés que ofrece El juez de su causa. Para una ed. moderna de La esclava de su amante: Desengaños amorosos, ed. y prólogo de A. de Amezúa (Madrid: Aldus, 1950), págs. 17-67.

la hermosa Estela y su enemiga Claudia. Estela, por no ceder a la lascivia de Hamete, sufre con valor cristiano los rigores de un cautiverio duro e insoportable, siendo tratada "como a una miserable esclava, mal comida y peor vestida".¹ Claudia, en cambio, se adapta rápidamente a su nueva condición y "cerrando los ojos a Dios, [reniega] de su santísima Fe y [se casa] con Zayde, que éste era el nombre de su hermano de Amete, granjeando en ella Estela otro nuevo y cruel verdugo."²

Con el contraste dramático entre estas dos mujeres cristianas, parece que Zayas está insistiendo en el cariz femenino de las dos posibles direcciones que la vida del cristiano puede tomar en el cautiverio: aguantar con fortaleza espiritual y física el tratamiento bárbaro de los amos infieles (Estela), o doblegarse bajo la presión de la nueva y dura situación y morir espiritual y físicamente (Claudia). Al considerar a la pareja de cautivas cristianas desde este enfoque, se nota cierta filiación con los renegados Hacén e Izuf en Los baños de Argel: el renegado bueno que acepta gozosamente la carga pesada de la Cruz en Argel (Hacén), y el perverso que rechaza la carga y muere asesinado a puñaladas (Izuf).

¹Edición de Agustín de Amezúa y Mayo, tomo I (Madrid, 1948), pág. 382.

²Ed. cit., pág. 383.

Si Estela no muere como un mártir cristiano, padece con resignación sin renegar y sin perder su honestidad, mientras que Claudia no sólo claudica en seguida, sino que maquina también la perdición de una buena cristiana y es castigada con una muerte vil sin volver al seno de la Iglesia. De suerte que tanto en Cervantes como en María de Zayas, la cautividad surge como una penosa prueba que somete a los cristianos a las tentaciones más grandes, aquilatando a los buenos y sumiendo a los malos en la más abyecta y reprochable conducta humana.

Novelistas menores

Aparte de Lope de Vega y María de Zayas, hay todo un grupo de novelistas posteriores a Cervantes que cultivaron el tema de los cautivos en una o varias de sus obras. Algunas veces siguen de cerca la modalidad argelina establecida por El Cautivo de Cervantes. Muy indicativo de esta tendencia es el Lisardo enamorado (1629) de Castillo Solórzano. En uno de sus episodios, Leandro acompaña a un fraile de la redención a Argel a fin de encontrar y rescatar a su amante. Al entrar en uno de los baños buscando noticias de ella, la percibe por la celosía de una ventana que da al patio del baño, haciendo señales con un pañuelo. Luego, Li-

sardo recibe un billete de ella que le informa de su situación en Argel y cómo podrá rescatarla.¹

Otras obras insisten más en el aspecto abyecto y perverso de la humanidad, como en Los efectos de la fuerza de José Camerino.² El propósito primordial del autor es servirse del cautiverio para castigar de un modo ejemplar a los dos amantes Sebastián y Estrella, culpables de los peores pecados contra Dios. Estrella, para dedicarse a una vida de pecado, huye de un convento, donde ya había hecho votos, y se dirige a Sicilia con su amante. Son cautivados y pronto reniegan de su fe, acumulando una ofensa tras otra contra Dios. Estrella, la cual ya había traicionado a su esposo Cristo, tampoco es capaz de permanecer fiel a su amante. En una escena insólita para aquella época y de tremendo efectismo emocional, la gran pecadora se entrega a su amo turco en el mismo jardín donde Sebastián trabaja como jardinero; y mientras está escondido en una maleza, el galán contempla impotente la infidelidad de su querida. Al final, los dos huyen por mar, y, después de naufragar en una isla desierta, mueren de sed y de hambre,

¹Para este trabajo hemos manejado la edición de la Real Academia Española (Madrid, 1947), con prólogo y notas de E. Juliá Martínez.

²Novelas amorosas ... dirigidas al señor Ruy Gómez de Silva. Madrid, 1624. La edición moderna, con prólogo y notas, es de Fernando Gutiérrez (Barcelona: Selecciones Bibliófilas, 1955).

antes de ser devorados por los animales salvajes.

Si en Camerino el cautiverio es el castigo merecido de una vida pecaminosa que empieza en España, en otros novelistas de la época sirve como crisol que purifica y acendra las almas cristianas para una vida virtuosa después de volver al mundo cristiano. Los atisbos de novela bizantina, ya evidentes en algunos episodios de Los efectos de la fuerza, llegan a ser la nota predominante en Premiado de amor constante de Francisco Lugo y Dávila.¹ Celimo y Zara, cautivados desde niños, viven una auténtica novela heliodoriana en el mundo turco de la primera mitad del XVI. Con todos los tópicos característicos del género - raptos, separaciones, encuentros fortuitos, un cautiverio que sigue otro, y el insoslayable reconocimiento final - la pareja se acrisola con las adversidades, y, ya acendrados espiritualmente, la novela terminará en Roma, donde la pareja irá a pedir al Papa la dispensación necesaria para casarse y vivir una vida de virtud cristiana.

Con el mismo bizantinismo, pero en tono menor, Pérez de Montalbán en La desgraciada amistad conduce a sus protagonis-

¹En Teatro popular: novelas morales para mostrar los géneros de vidas del pueblo ..., Madrid, 1632, Edición moderna de E. Cotarelo y Mori, Colección Selecta de Antiguas Novelas Españolas, tomo I. Madrid, 1906.

tas por el laberinto de las peripecias griegas trasplantadas al mundo mediterráneo del siglo XVI.¹ Una de las notas interesantes de esta novela es el cruce amoroso entre Felisardo y Rosaura, por un lado, y Argelina y el rey Celfín de Argel, por otro. Este tipo de doble intriga amorosa, rasgo muy bizantino, ha llegado a Montalbán por medio del Persiles y, de modo especial, El amante liberal. En esta obra, Cervantes hace uso muy especial de la intriga griega, al reproducir el cruce amoroso, en el ambiente turco de Chipre, entre la pareja cristiana de Ricardo y Leonisa, y el matrimonio turco del Cadí y Halima.

Esta coincidencia de un motivo bizantino en Cervantes y Montalbán demuestra que los novelistas posteriores siguieron los temas cervantinos en sus dos modalidades primordiales: el tipo bizantino de El amante liberal y el basado en la realidad de Argel (Los tratos, Los baños y El Cautivo). Resumiendo, pues, la labor de los novelistas estudiados en este capítulo, nos percatamos de que todos, salvo Antonio Eslava, se inspiraron, de un modo u otro y con más o menos aprovechamiento, de los relatos de cautivos que aparecen por primera vez en el XVII en las obras de Cervantes y Haedo.

¹La desgraciada amistad es una de las narraciones incluidas en Sucesos y prodigios de amor en ocho novelas ejemplares, Madrid, 1628. Hay edición moderna con prólogo de Fernando Gutiérrez (Barcelona: Selecciones Bibliófilas, 1957).

La puerta del riquísimo tesoro de la literatura "cautiveresca" abierta por estos dos precursores ha permitido la salida en tropel de una caudalosa y apasionante temática aprovechada con resultados buenos y malos por todos los que siguieron sus huellas. Y él que sacó mejor partida del nuevo venero literario y le dio forma y sentido más original fue, desde luego, el autor del Marcos de Obregón, en el cual el cautiverio es sólo la corteza que cubre y esconde el "milagroso fruto" de su inventiva genial.¹

¹En las investigaciones sobre los novelistas menores, ha sido muy útil, como punto de partida, el libro de Caroline B. Bourland, The Short Story in Spain in the Seventeenth Century (Northampton, Mass., 1927).

Antes de cerrar este capítulo merece la pena reseñar brevemente el episodio de cautiverio que aparece en el último capítulo de la Segunda Parte de El Donado hablador de Jerónimo de Alcalá (Valladolid: G. Morillo, 1626). La peripecia final del héroe Alonso tiene lugar cuando, en un naufragio en la costa argelina, cae preso con un grupo de comediantes. En las breves descripciones de la vida de Argel, hay indicios de un aprovechamiento de la Topographia de Haedo; pero más interesante es el relato del martirio subido por todos los comediantes cuando representaron una pieza sobre la rebelión de los moriscos de Granada e incurrieron, según el bajá de Argel, en el crimen de lesa majestad. El incidente, en el cual todos los hombres del grupo fueron empalados y las mujeres degolladas, impresionó a más de un escritor, pues, como apuntaremos en el capítulo siguiente, Diego Galán le da cierta importancia en su obra autobiográfica.

V I I I

E L C A U T I V E R I O E N

L A S O B R A S

A U T O B I O G R A F I C A S

Una de las manifestaciones más notables de nuestro tema se da en las relaciones autobiográficas de ex cautivos, soldados y clérigos, que escribieron sus memorias, destacando los momentos capitales de sus experiencias en el cautiverio. Si en los novelistas menores del siglo XVII, el motivo tiene casi siempre su origen en Cervantes y Haedo, la modalidad autobiográfica parece ser espontánea, si bien siempre queda la posibilidad de que su primer impulso fuera el resultado de la nueva moda impuesta por los numerosos relatos de cautivos en Haedo, los cuales son, de hecho, pequeñas biografías "cautiverescas". También tenemos el antecedente

del interesantísimo Viaje de Turquía, escrito en pleno siglo XVI, y atribuido a Cristóbal de Villalón.¹ Pero como esta obra, de dudosa autoría, no fue publicada hasta el siglo pasado, lo más probable es que no haya tenido ningún influjo en el género autobiográfico del XVII.

Sea como fuere, el siglo de Calderón y Velázquez produjo varias obras biográficas que debemos mencionar aquí; y una en particular, Cautiverio y trabajos de Diego Galán, es de tanta importancia que será el objeto de un análisis largo. Esta obra y la Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte son dos testimonios impresionantes de largos y durísimos cautiverios sufridos por soldados que conocieron todas las vicisitudes y tribulaciones de los galeotes y presos de los baños y galeras desde Argel y Túnez hasta Constantinopla, y aún más allá de la capital turca a orillas del Bósforo.

El confesor de Santa Teresa
en el cautiverio

Uno de los cautivos más ilustres del Siglo de Oro fue el Padre Jerónimo Gracián, escritor místico y director es-

¹Esta atribución se debe a Manuel Serrano y Sanz en el Prólogo a su edición del Viaje de Turquía en Autobio-

piritual de Santa Teresa. Expulsado de la Orden Carmelita a raíz de las cuestiones suscitadas por la muerte de la célebre Doctora de la Iglesia, Gracián hizo un viaje a Roma para pedir que el Papa intercediera en su favor, haciendo justicia en la disputa. El Sumo Pontífice, sin embargo, dio la razón a sus perseguidores y le ordenó entrar en otra orden religiosa. Su angustia fue muy grande al saber que todas las órdenes monásticas, salvo la de los agustinos, le cerraban sus puertas. En medio de tales tribulaciones, el carmelita fue apresado por el corsario Elisbey en 1593, mientras hacía la travesía de Mesina a Roma.

En el mismo navío que le conducía a Túnez, los corsarios le despojaron de su hábito, quedando él en el traje de Adán "que ya nadie se lo podía quitar sino desollándole".¹ Encerrado en el calabozo de la galera, Gracián conoció todos los rigores de una travesía extremadamente penosa, padeciendo calor, sed y hambre, por no hablar de la humillación y la pérdida del manuscrito de su estudio Armonía mística, robado por los piratas y sus hojas utilizadas para limpiar los mosquetes.

gráficas y memorias (N.B.A.E., tomo II). Marcel Bataillon, por su parte, rechaza la tesis de Serrano y Sanz y atribuye la obra al Dr. Andrés Laguna. Consúltese: Erasmus y España (Méjico: Fondo de Cultura Econ., 1966), págs. 669 y sig.

¹Escritos de Santa Teresa, tomo 55 de la B.A.E., pág. 457.

Al llegar a Túnez, Gracián fue adjudicado al bajá. Este, creyéndole un eclesiástico de gran importancia, nada menos que un arzobispo o cardenal de la Iglesia, le impuso un rescate muy elevado y le recluyó en la mazmorra cargado de cadenas a fin de forzarle a rescatarse pronto. Las experiencias de Jerónimo Gracián en los ergástulos de Túnez fueron consignados en una obra dialogal intitulada Peregrinación de Anastasio. No sabemos si la obra fue escrita en el cautiverio o después de su rescate, pues se perdió todo rastro de ella y sólo nos queda un extracto publicado por Andrés del Marmol con este título: Excelencias, vida y trabajos del Padre Fray Jerónimo Gracián (Valladolid, 1619). Afortunadamente, este libro rarísimo hoy, ha sido incluido en la Biblioteca de Autores Españoles, como apéndice a las obras de Santa Teresa.

La pérdida de la obra original de Gracián no nos permite juzgar debidamente su contribución al desarrollo del tema del cautiverio. Sin embargo, el extracto hecho por Andrés del Marmol conserva algunos pasajes dialogados entre Cirilo y Anastasio, los cuales pasajes son, al parecer, parte del trabajo original. Lo interesante es que la obra viene a ser otro diálogo de cautivos escrito por un teólogo, lo cual la empareja con los Diálogos del Dr. Sosa. Como el autor de la Topographia, el Padre Gracián muestra su repugnancia por la perversión sexual de los musulmanes, pero sus censuras escuetas nunca llegan a adquirir proporciones de auténticas diatribas contra la sodomía como en Haedo.

Casi todo el resumen que nos ha dejado Mármol trata de los quehaceres espirituales de Gracián en los baños de Túnez: celebrando misas, confesando a los presos y, en general, siendo de gran consolación moral para los cautivos cristianos. El cautiverio del carmelita no fue muy largo, pues, al año y medio de su captura, fue rescatado por el judío Simón Escanasi por un favor que su familia le debía a Gracián. En agosto de 1595, embarcó en un navío con rumbo a Génova.¹

Un cautiverio de
diez y ocho años

Uno de los más largos períodos de tiempo pasado en el cautiverio por un cristiano sin renegar es el de Jerónimo de Pasamonte, cautivo de los turcos desde 1574 a 1592. Curiosamente la cautividad de Pasamonte recuerda mucho la del Capitán Viedma en la narración del Quijote. Se alista como soldado en Barcelona en el tercio de Don Miguel de Moncada, y asiste a las jornadas de Lepanto, Navarino y la Goleta, cayendo preso en el desastre de los españoles en Túnez.

¹Ed. cit. de la B.A.E., pág. 468.

También como Viedma, pasa un cautiverio larguísimo que se desarrolla en Constantinopla, en las galeras del Gran Turco y en las mazmorras de Africa. Como el héroe de la novela corta de Cervantes, no tiene esperanzas de rescatarse. Por consiguiente su vida de cautivo es una continua lucha de obtener su libertad por medio de los reiterados conatos de evasión que trama el indómito español. Esta es la única esperanza que le alienta y que le permite soportar tantos años de penosa esclavitud.

Foulché-Delbosc y Cossío han sugerido un paralelo con la propia vida de Cervantes. Aunque se notan ciertas coincidencias, es sobre todo con el Cautivo del Quijote, según nuestro parecer, que las analogías llégan a ser hasta sorprendentes, pues, además de los puntos señalados, los diez y ocho años del cautiverio de Pasamonte corresponden exactamente a los de Viedma. Al decir éste que salió de su casa hace veinte y dos años - según la relación de los hechos, esta salida tuvo lugar en 1567 - y al saber que fue apresado en 1571, resulta que también anduvo cautivo diez y ocho años.¹

¹Sobre lo que dice Cossío, consúltese la Introducción a su edición de la B.A.E., pág. ix.

La obra autobiográfica de este soldado, Vida y trabajos de Jerónimo de Pasamonte, se conservó en forma de manuscrito, con dedicatoria de 1605, hasta que fue publicada por Foulché-Delbosc en 1922, en el tomo LV de la Revue Hispanique.¹ Esta obra, en efecto, es una memoria sin ninguna pretensión literaria, siendo el estilo del autor totalmente ajeno a toda preocupación artística. Por eso su primer editor, Foulché-Delbosc, dice que Pasamonte "escribe como habla o probablemente un poco peor".² Pero lo que más importa son los hechos que narra. Por desdicha, los incidentes de Lepanto, Navarino y Túnez, los que culminan en su captura, son muy escuetos y la memoria sólo cobra interés genuino cuando el narrador comienza a referir sus esfuerzos incesantes por romper las cadenas de su esclavitud.

Las vicisitudes de su larguísimo cautiverio, pese a la falta de un elevado estilo literario, hacen la lectura muy entretenida y son, además, documentos interesantes del mismo mundo cautiveresco que hemos visto en Haedo y que veremos en la autobiografía de Diego Galán. Gravemente herido en la

¹Fue reimpresa por José María de Cossío en Autobiografías de soldados, tomo 90 de la B.A.E.

²Revue Hispanique, LV(1922), pág. 314.

Goleta por un arcabuzazo que le pasó el pecho de parte a parte, Pasamonte fue comprado, juntamente con otros heridos moribundos, por un turco que pagó quince ducados por todo el grupo. Así, más muerto que vivo, su amo le llevó en galera setecientas millas hasta Turquía casi sin tratar de curarle. Milagrosamente, no murió de tanta negligencia y poco a poco empezó a recobrar sus fuerzas. Pasamonte lo narra con asomos humorísticos muy característicos de su estilo:

Fue tanto el trabajo que yo padecía del arcabuzazo, que no podía llevar un barril de agua, ni leña, ni cosa a cuestras: que se me arrancaba el ánima, no por la entrada ni salida de la herida, sino junto a la cintura. Y no pudiendo morir, vivía con trabajo: pero a puro palo me hicieron fuerte y se me quitó aquel dolor.¹

Los palos que le curaron de su dolor van a ser la nota dominante de sus diez y ocho años de cautiverio. Una vez tras otra intenta fugarse o alzarse con la galera en que boga, pero siempre sin éxito y con castigos que bastarían para acabar con una docena de hombres menos inmortales que Pasamonte. Al cabo de casi dos décadas y con el cuerpo y la cara destrozada de los palos, bofetadas, latigazos y heridas, el

¹Capítulo 19, pág. 9 de la edición de la B.A.E.

español indómito logra obtener su libertad, no por medio de una de las numerosas fugas intentadas, sino por el inesperado rescate pagado por un amigo.

La libertad llega el segundo día de Pascua de Resurrección de 1592. La coincidencia viene a ser muy significativa para un Pasamonte martirizado que ha sufrido en su cuerpo y en su espíritu la Pasión de Cristo, y así nos dice: "Y con gloria yo resucité en mi libertad".¹ Como en el Argel de Hamedo, donde los cristianos viven diariamente el martirio de Jesús, este cautivo que renace a la vida, después de diez y ocho años de muerte, no puede hacer más que equipararse al Redentor de los hombres y a su Pasión que culmina en la gloria de la Resurrección.

Cautiverio y trabajos de
de un adolescente

El siglo XVII nos ha legado sólo dos autobiografías de soldados cautivos. Como la historia de Jerónimo de Pasamonte, Cautiverio y trabajos de Diego Galán narra acontecimientos y hazafías pasadas durante la última parte del XVI y es-

¹Ed. cit. de la B.A.E., pág. 27.

critas en el siglo siguiente. Si Diego Galán no anduvo en las galeras turcas tantos años como Pasamonte, la relación de sus experiencias es mucho más larga y da claros indicios de un esfuerzo literario. Más que una memoria como la de Pasamonte, la obra de Galán viene a ser una auténtica novela autobiográfica con numerosos capítulos muy entretenidos e incluso apasionantes.

Fue publicada por primera vez por la Sociedad de Bibliófilos Españoles, en 1913, de un manuscrito del XVII. El largo Prólogo de Manuel Serrano y Sanz, más que un estudio del libro que edita, es un trabajo sobre el tema de los cautivos, con sólo dos páginas, de escaso mérito, dedicadas a la obra misma. Dice, por ejemplo, que "el estilo de Galán, como hombre que ninguna instrucción había recibido, es desaliñado, y aun gongorino y de mal gusto".¹ Diego Galán, en realidad, escribe una prosa sobria y sencilla, y muy adecuada a su propósito. Las frases "desaliñadas" son muy raras; y en cuanto a su gongorismo, esto ocurre únicamente cuando describe la salida o puesta del sol.

¹Pág. xciv del Prólogo a la edición de la S.B.E. El manuscrito que ha servido para la edición de Serrano y Sanz se halla hoy en la Biblioteca Nacional. El título completo de la obra reza: Cautiverio y trabajos de Diego Galán, natural de Consuegra y vecino de Toledo. Del autor no se sabe nada más de lo que cuenta en su autobiografía, la cual parece ser, según la opinión del editor, verídica (pág. xciii del Prólogo).

Escribiendo en pleno Barroco,¹ Galán siente la necesidad de incluir algunos ejemplos del estilo ampuloso de su época; y como tal estilo es el menos indicado para una relación biográfica sobre el cautiverio, se complace en agregar de cuando en cuando un pasaje gongorino como el siguiente:

Partió mi amo del puerto de Constantinopla con las cuatro galeras ya cuando la oscura noche iba dando fin á su noturno silencio, desterrando el sueño á los dormidos y restituyendo el alegría á los montes, y la lucida esposa de Titán iba descubriendo de entre arreboladas cortinas el dorado esplendor de su celestial cara, dando á los campos nuevas libreas y colores, donde á porfía las dulces filomenas, jilgueros y ruiseñores entre suaves motetes recordasen la desdicha, si pasada, presente en sus memorias, y la hermosa Clicie jugaba sus hojas que en levantados pimpollos pedían albricias á los afligidos prados de la venida de su querido Apolo;²

Estos trozos, los cuales no entorpecen la lectura, son más bien excepciones en una lectura fácil, entretenida y de gran eficacia en los largos pasajes descriptivos. El juicio

¹Las muchas referencias a Felipe IV indican que el manuscrito fue redactado durante aquel reinado.

²Ed. cit. de la S.B.E., pág. 147.

negativo de Serrano y Sanz, pues, no se justifica por el análisis estilístico. Es más: como novela autobiográfica, la obra es de una belleza innegable que ha escapado a la atención del editor. Diego Galán es un chaval de catorce años que huye de la casa paterna en busca de aventuras y las encuentra en mayor cantidad y calidad de la que esperaba. Se hace soldado y, en 1589, cae en poder de los piratas que le conducen a Argel y le condenan a la vida de las galeras. Durante diez años este niño que se va haciendo hombre, vive una auténtica odisea como galeote de un corsario turco.

Lo que más nos impresiona, empero, es la belleza sencilla de su manera de contar sus aventuras. Escribiendo en el reinado de Felipe IV, décadas después de su vuelta a España, el autor, sin embargo, ha logrado captar su primera inocencia ante los portentosos hechos que presencia. Diego Galán surge en su autobiografía como un muchacho que se asombra de lo que ve, y con los ojos muy abiertos de un niño asombrado nos lleva de la mano para ser, nosotros también, testigos de los grandes acontecimientos políticos y militares de la última década del siglo XVI. El escenario de estos sucesos no es sólo toda la extensión del Mar Mediterráneo de un extremo a otro, sino también el Mar Negro y las lejanas regiones interiores de la Península balcánica bañadas por el Danubio, al igual que en las aventuras de los cantos heroicos de los antiguos griegos.

Cautivo a los catorce años

Con las ansias irreprimibles de ver mundo, Diego Galán huye de su casa de Consuegra (Toledo) y se dirige a Málaga donde se alista en las filas de los soldados que van a hacer la travesía a Orán. Por desgracia, el mundo que va a ver el adolescente no será como soldado gallardo de los tercios de Felipe II, sino como cautivo aherrojado del Sultán Murad III del Imperio turco, pues antes de llegar a Orán es apresado por el corsario Harraut Mamí, renegado albanés, que le lleva a Argel. Sin lamentarse excesivamente de su suerte, Galán describe como fue presentado a la venta:

Digo, pues, que el primer día que nos sacaron á la plaza, me asió del brazo un turco pregonero, dando pregones y vueltas por la plaza, y me trujo un cuarto de hora, y algunos me llegaban á mirar y á preguntar si tenía algunos achaques, y me hacían pasear por ver si era cojo, o tenía alguna manquedad, tentándome los brazos y mirando la dentadura; yo` consideraba que lo propio se hace en España cuando venden un jumento, y daba gracias á Dios por los trabajos que su divina Majestad me enviaba, pues todos iban enderezados para mí mayor bien si me quisiera aprovechar de ellos;¹

¹Ed. cit. pág. 11.

Después de ser rematados en la almoneda pública, los esclavos son llevados ante el bajá, que tiene el derecho de apartar para sí los que le parezcan mejor. Así que al llegar Diego ante la presencia imponente de Heder Bajá, con tanta majestad que se le representó a Poncio Pilatos. El virrey de Argel estaba sentado "en un estrado de alcatifas de Fez, sobre cojines de brazados, con un ropón enforrado en finas martas, y un soberbio turbante de delgadas tocas, y alrededor los turcos de su guarda con alfanjes y flechas".¹ Por ser mozo fuerte y de buena presencia, Galán es comprado por el Bajá y entra en su servicio como portador de la silla real, llevando a su amo a su serrallo todas las noches.

El primer año de su cautiverio, nuestro esclavo fue testigo de un episodio interesante que se relata en el capítulo III, "En que se cuenta una tragedia que sucedió a unos cautivos estando el auctor allí". Se trata del triste y lamentable desenlace real de una comedia que los cautivos españoles querían representar en uno de los baños y que recuerda a otra tragedia parecida, en Los baños de Argel, que pone fin a la representación de un coloquio de Lope de Rueda.²

¹Ed. cit., pág. 13.

²Este suceso, como ya dijimos, es el mismo que narra Jerónimo de Alcalá en El Donado hablador, pero con una diferencia notable: en Diego Galán los comediantes son acusados, no de un crimen de lesa majestad, sino de conspirar contra el rey de Argel.

Para dar más verismo a su comedia sobre la toma de Granada, los españoles andaban buscando un peto, espaldar, morrión y espada. Los turcos, pues sospechando una intentona contra ellos mismos, sometieron a los participantes inocentes al tormento, y, para aplacar la sed de venganza del vulgo, les entregaron seis de los comediantes, los cuales murieron como los mártires del Dr. Sosa:

Luego el pueblo bárbaro se entregó en los infelices cautivos ejecutando en ellos más tormentos y crueldades que se cuentan de Diocleciano, emperador de Roma, pues arrastraron á uno atado á las colas de cuatro caballos, á otro empalaron, á dos ahorcaron á la puerta de Babazón, y á los otros dos quebrantaron los huesos con mazos de hierro á la puerta de Babalvet, y estos dos últimos eran andaluces, y se llamaba el uno Alonso de Vera, hombre gracioso, y el otro Joan de Buendía, los cuales habían salido juntos de España, y los cautivaron juntos y eran de un propio amo que se llamaba Chafort, genovés renegado, y habían remado juntos, y juntos fueron á gozar de Dios, adornados con la preciosa corona del martirio.¹

¹Ed. cit., págs. 22-23.

Un episodio en los
confines del Sahara

Como esclavo del rey de Argel, nuestro adolescente tiene la ocasión de hartarse de las aventuras que buscaba al huir de casa. La que más le impresionó durante su estancia en Argel fue la expedición militar emprendida por Heder Bajá contra los reinos saharianos de Cuco y Lavez, los cuales se rebelaron contra Argel en 1592. En unas páginas interesantísimas, el autor hace desfilar ante nuestros ojos escenas inolvidables: la salida deslumbrante de los doce mil genízaros del Bajá con su escolta de más de tres mil jinetes moros; el campamento del rey con sus tiendas engalanadas con tapetes finos del Cairo, cojines de brocado y grandes baúles a su usanza; las enormes jofainas de cuzcuz, panes de higos, panales de miel y dátiles, por no hablar de los infinitos carneros y cabritos asados; los rutilantes desfiles de las lucidas tropas turcas y moras al son de infinitos tambores, añafiles y dulzainas.¹

Curiosamente, y como veremos en otros capítulos, Diego Galán se olvida por completo de sus fatigas y trabajos, se olvida totalmente de su condición de esclavo, y su narración se llena y reboza del vivo entusiasmo de un niño que empieza

¹Ed. cit., pág. 27-29.

a ver mundo por primera vez y que se deslumbra con un exótico y abigarrado mundo de ensueño. El joven cautivo, olvidando su cautiverio, expresa un sincero e intenso placer en participar en jornadas como ésta y explica que es porque nació "con inclinación de ver mundo y cosas nuevas cada día".¹ No son los recuerdos de los martirios los que van a predominar a lo largo de su obra, sino las grandiosas escenas de un niño que se asombra y se deslumbra del inmenso y variado espectáculo de la viva historia que desfila ante sus ojos maravillados.

Su descripción de la batalla librada contra los pintorescos jinetes árabes del Sahara es digna de especial mención. No pudiendo contra las armas superiores de los turcos, los moros perdieron tres mil de los suyos y comenzaron la retirada, "dando tantos aullidos del sentimiento de la pérdida de los compañeros, que parecía se venían abajo los más encumbrados montes con los ecos de los alaridos que duplicaban recogiendo los cuerpos para darles sepultura".² Como en una película de Rodolfo Valentino - con su idealización de las guerras entre las bandas guerreras del Sahara - el Bajá,

¹Ed. cit., pág. 28.

²Ed. cit., pág. 34.

en una incursión contra un aduar árabe, captura a la hermosa hija de un célebre y riquísimo héroe del desierto. Diego Galán, por fortuna, tiene el cargo de regalarle. El encuentro en una tienda del desierto entre esta morena belleza sahariana y un joven español es muy ilustrativo del gran interés que el libro ofrece:

diéronme á mi el cargo de su regalo, y como me vio en diferente hábito preguntó si era nazarán, que quiere decir cristiano, en su lenguaje arábigo; yo la dije que sí, y ella respondió alegre: Alaybire; que quiere decir: alabado sea Dios; maravillándose mucho y diciendo: ¿tan blancos son los cristianos?; porque les parece á ellos que nosotros somos feos demonios y de mala ley, tanto que para acallar una criatura dicen: guarda, que vendrá el nazarán; con que se sosiegan y tiemblan como en España diciendo: guarda el coco.¹

El autor, después de esta jornada que satisfizo su deseo de "ver cosas nuevas", vuelve a Argel y permanece allí hasta que su amo es llamado por el Turco a regresar a Constantinopla. Pero antes de marcharse, dedica un capítulo al "Sitio de Argel y distrito de su reino" que parece modelado y resumido de varios pasajes de Haedo. La breve relación de la historia de Argel en los tiempos de los romanos, cuando la provincia se llamaba la Mauritania Cesariense, y la

¹Ed. cit., págs. 35-36.

antigua ciudad se conocía por el nombre de Iol Cesárea, está repletade datos que sólo Haedo menciona en el primer capítulo de la Topographia.¹ Aunque pudo valerse, en la descripción topográfica de Argel, de sus propias observaciones directas, las imágenes que emplea y las medidas precisas que cita son las mismas que constan en Haedo. La forma de Argel "como la de una ballesta con arco y cuerda" y medidas exactas como la vuelta del arco que tiene "mil y ochocientos pasos," la cuerda que mide "mil y seiscientos pasos", y la muralla que tiene "cuarenta palmos" de alto, todo, juntamente con otros detalles que se podrían citar, indica que Diego Galán estudió a fondo los tratados de Haedo antes de componer se propia obra.²

El que se note una estrecha correspondencia entre las dos obras no debe sorprendernos, pues, Galán, escribiendo por lo menos una década después de la publicación de la Topographia en 1612, no pudo moralmente desconocer la única obra histórica acerca del tema que más le apasionaba. Por

¹Compárese la pág. 37 de Diego Galán con el primer capítulo de Haedo. Las analogías son tan precisas que es preciso suponer una utilización directa de la Topographia.

²Los datos de Diego Galán, págs. 38-39, corresponden a los de Haedo en las págs. 28-29 del primer tratado.

otro lado, todo el inmenso y variado mundo costumbrista de Constantinopla que se descubre en la obra del joven soldado podría muy bien ser una consecuencia de la lectura de otros capítulos parecidos en Haedo, los cuales describen la vida argelina.

En cierto sentido, es lícito incluso preguntarse si Diego Galán recibió el primer impulso para narrar sus aventuras de cautiverio después de haber leído los interesantes relatos recopilados por el autor de la Topographia. En vista de la gran innovación que representa la obra de Haedo en el desarrollo de nuestro tema, nos inclinamos a pensar que el libro de Galán no existiría, o sería muy diferente, sin el antecedente dado a luz por el Abad de Frómista.¹

A orillas del Bósforo

Al cabo de los tres años que Heder Bajá gobernó la provincia de Argel, fue reemplazado por el Sultán, y, en 1592,

¹Por otro parte, la inclusión de un relato de gran crueldad - el de los comediantes ya citado - y su manera de realzarlo con frases de gran exaltación martirial son indicios de cierto influjo del Diálogo de los mártires.

Diego Galán acompaña a su amo hasta la gran capital del Imperio otomano. Durante el largo viaje, hace una descripción de los lugares geográficos de más interés, y siempre destacando el valor histórico y cultural del sitio. Así que, al pasar por la isla de San Juan de Palestina (Patmos en griego), no deja de recordarnos que fue allí "donde San Juan evangelista escribió el Apocalipsis"; y cuando la galera de su amo se acerca a las ruinas de Troya, proclama que "hoy está ¡tanto pueden los años! reducida a un monte lleno de jarales, encinas y maleza, y por algunas partes se descubren algunos edificios y muros antiguos que han permanecido a pesar del incendio, repetido tantas veces por Virgilio en su Eneida, ocasionado por aquella manzana causa de tal tragedia."¹

En Constantinopla, antes de hablar de sus propias experiencias, nos pinta unos cuadros primorosos, a la manera de Haedo, del antiguo Bizancio, señalando puntualmente toda la topografía de la ciudad, observando con atención el abigarrado drama diario de sus gentes. Una de las grandezas en que su pluma se esfuerza más por darnos una descripción fiel es, naturalmente, Santa Sofía. Para no extendernos demasiado en "aquel mare magnum de grandezas", según las llama Galán, sólo reproduciremos su impresión magnífica de la cúpula:

¹Ed. cit., pág. 56.

en lo alto de la bóveda del cuerpo de la iglesia, en la media naranja, está pintado de muy excelente pin-cel un Dios padre muy grande, con muchos ángeles y será-fines de cuatro alas, en contorno, que con diversidad de instrumentos, al parecer dan música al creador de cielo y tierra, y por bajo desta pintura, en el círculo de la bóveda, tiene una barandilla de hierro blanqueado, como la que tiene el hospital de San Juan Bautista, extramu-ros de la imperial e insigne ciudad de Toledo, y en los remates de las demás bóvedas permanecen las armas del emperador Costantino Magno.¹

Poco después de su llegada a Constantinopla, Heder Bajá vende a Diego y éste viene a parar en la chusma del renegado corso Mamí Napolitreyo. Como este corsario solamente salía a hacer la guerra a los cristianos durante los cinco o seis meses en que hacía buen tiempo, Galán pasaba la mitad del año en la casa de su amo, ocupándose de los niños de éste. De suerte que, para satisfacer su curiosidad y deseo de empapar-se de la vida de la ciudad más grande del mundo, salía con frecuencia a pasear con el más pequeño que llevaba en sus brazos. Con este recurso de tener abrazado al hijo de un musulmán principal, Galán podía, con menos peligro, entrar en las mezquitas y en otros lugares donde los turcos ahuyentarían a palos y patadas a cualquier cautivo cristiano que se atrevía a penetrar en los recintos sacrosantos de Ma-homa.

¹Ed. cit., pág. 69.

Cuando no tenía que ocuparse de los niños, trataba de estar siempre con su amo cuando asistía a las diversas fiestas de los turcos; y esto le permite "ver y saber muchas cosas de que los demás cautivos no pueden tener noticia".¹ Con estos medios que buscaba para estar en todos los sitios y ocasiones de más interés, Diego Galán captó, como ningún otro viajero de su tiempo, el inmenso panorama de la vida que vibraba diariamente a orillas del Bósforo. Del variado mundo costumbrista, escogemos, como ejemplo digno de recordarse, la interesante salida del Sultán en galera, cuando le llevan en deslumbrante paseo marítimo a su casa de campo:

con esta majestad pasa [el Sultán Murad III] por medio del canal á vista de todas las galeras y navíos que están á las orillas, y todos juntos abaten los estandartes y banderas y le hacen salva dando muchas voces y diciendo: bajad las cabezas: Alá heriunbin eglesen; que quiere decir: cada día se te vuelva mil; y repiten: Dios te dé victoria contra los cristianos, y humillan la cabeza hasta el suelo, cortesía que ellos usan, y luego levantan los rostros y le miran, y él en señal de agradecimiento hace con la cabeza una pequeña y escasa cortesía, y tras su galera van barcos muy curiosos y enramados en que van los criados y recámara, y en una barca, que es la primera que sale después de la del Gran Turco, va una de las sultanas á divertirle del peso del gobierno, la cual va muy tapada y oculta por no dar lugar á que la vea persona alguna, ni aun los remeros que van guiando la barca, y lleva consigo dos eunuocos de

¹Ed. cit., pág. 94.

guarda para tener cuidado con ella, y los más de los eunucos son negros, y tan graves, como se ven galanes y estimados de la real persona, que no se dignan de mirar á la cara, aunque sea á los bajaes capitanes de aquel imperio.¹

En 1595, muere Murad III y Diego Galán refiere la cruel y bárbara costumbre turca de matar a todos los vástagos masculinos del Sultán, con la excepción del primogénito, a fin de evitar las intrigas y luchas ocasionadas por los príncipes menores. Así que la noche triste de la muerte del Sultán da lugar a la bárbara matanza palaciega de diez y nueve lucidos príncipes en la flor de su niñez y juventud. Diego Galán, fuertemente conmovido e impresionado por las noticias trágicas que cundían rápidamente por la capital, se conduce esta vez con sus enemigos y dice que la nueva "causó gran lástima en la gente plebeya, que, aunque infieles y bárbaros, naturalmente son piadosos, y aun una piedra haría sentimiento por la muerte de tantos inocentes que padecen sin culpa."²

El día de los funerales, el joven Diego despacha sus faenas con suma celeridad, coge en sus brazos al hijo pequeño

¹Ed. cit., pág. 101.

²Ed. cit., pág. 134. También Vélez de Guevara, en El Diablo cojuelo (Tranco IV), alude a esta matanza de los príncipes turcos. Ed. F. Rodríguez Marín, Clás. Castellanos, págs. 72-73.

de su amo y corre a la mezquita mayor para ver un espectáculo insólito y lastimoso: las pompas fúnebres del Gran Turco rodeado de los diez y nueve ataúdes de sus hijos:

vi el cuerpo, que estaba en medio de la mezquita, debajo de una gran tienda muy costosa, con infinitos letreros de oro que servían de anales de las virtudes y hechos que en el discurso del imperio había obrado; dentro desta tienda, como he dicho, estaba el cuerpo del Gran Turco en una tumba cubierta con un paño negro labrado á tréchos de oro, cosa que le hermoseaba mucho; á la cabecera tenía una almohada, y sobre ella un turbante de tocas blancas, con tres manojitos de plumas negras muy pequeñas (que era el propio que traía en vida), con que me acordé de cuando en España ponen una corona encima de la tumba en que yace el cuerpo del católico monarca difunto. A los lados del turbante colgaban dos cordones de oro en que estaban ensartadas unas cuentas de marfil muy gruesas, que caían por las cabeceras de la almohada. Junto á la tumba había dos bancos de brocados, y sobre ellos mucha cantidad de libros, y fuera de la tienda dos bancos más bajos, en que estaban asentados doce de sus sacerdotes (que ellos llaman dauxies), seis á una parte y seis á otra, leyendo en tono bajo y grave por el alma del difunto. En contorno de la tienda estaban diez y nueve ataúdes de los diez y nueve hijos muertos á las manos crueles de su hermano, cubiertos con paños de terciopelo morado con flecos de oro y seda, y encima atravesadas unas pretinas o cinturas de oro con muchas piedras de diamantes, topacios y balajes, que eran las que traían en vida.¹

¹Ed. cit., pág. 135.

Al salir de la mezquita "maravillado de tal grandeza", Diego Galán, sus ojos aún no hartos de ver cosas nuevas, acierta a pasar por una casa "a modo de convento, donde había unos santones, religiosos de la secta de Mahoma". Sin saber el nombre de la secta, el autor ha tenido la buena fortuna de topar con la curiosa y fanática secta de los derviches:

había un gran corro de mujeres sentadas en el suelo, y detrás de ellas muchos hombres en pie; yo me puse á la mira con mi muchacho de la mano, esperando el fin de tanta suspensión, y á cabo de rato vi salir uno de aquellos embelesadores con un saco de sayal grosero y en la cabeza una gorra de fieltro á modo de mitra, con la cual (si de mi voto fuera lo quemara); venía descalzo de pie y de pierna, y en medio del corro comenzó á dar vueltas alrededor, acreditándose de hombre de buenos cascos, pues estuvo más de un cuarto de hora dando vueltas, hasta echar espumajos por la boca y dar con su cuerpo en tierra, haciendo visajes como cuando un hombre tiene gorta coral; yo no pude disimular la risa, porque me dio tal tentación que me refrecio, lo cual visto y oído por un turco que estaba junto á mí, muy enojado y demudada la color, me dijo colérico: ¡perro! ¿de qué os reís vos?¹

Afortunadamente, el niño en sus brazos le salva, como en otras ocasiones, del peligro que corría su vida. Esta vida

¹Ed. cit., pág. 136.

no puede llegar a su fin todavía, pues otros mundos extraños se presentan a la vista insaciable del joven de los ojos asombrados. Penetrando en los rincones más curiosos e incluso peligrosos, donde otros cristianos no se atrevían, Diego Galán lo observa todo y capta el sentido esencial de la vida de Constantinopla. Dándose cuenta de la ingente diversidad racial de la gran urbe, enumera, como Haedo lo ha hecho en la Topographia, la larga lista de pueblos y gentes representados por los renegados.¹

Como Cervantes y Haedo, sus observaciones de la múltiple vida constantinopolitana le dicen que el centro del Imperio turco es un auténtico "arca de Noé abreviada". Si no emplea la misma frase que el autor de Los baños, su manera de expresarse es idéntica. Cuando, por ejemplo, describe la gran variedad de oficios que ostentan las calles y de las mercancías procedentes de los más apartados rincones de la tierra, nos asegura que las hay "en tanta abundancia que parece que todo el mundo está reducido y abreviado en aquella ciudad, cabeza y metrópoli del Gran Turco."²

¹Ed. cit., pág. 159. Su larga enumeración de las nacionalidades, casi media página, parece ser otro influjo de la obra de Haedo. Compárese la lista con la que consta en la pág. 52 de la Topographia (tomo I).

²Ed. cit., pág. 74.

Amarrado al duro remo

Pasados los meses del invierno, los placeres de la vida en la capital ceden el paso a las duras penalidades de la vida de los galeotes. Con la bonanza de la primavera, el amo de Galán sale con sus galeras para correr los mares de Italia, devastando sus costas y raptando sus gentes con metódica frecuencia. Por interesantes que puedan ser estas correrías marítimas, el autor habla relativamente poco de ellas para dedicarse con preferencia al episodio más asombroso de todo su largo cautiverio: la batalla de Valaquia en el verano de 1596. De todos los extraños sucesos de su obra, este episodio es el más largo y se dilata a lo largo de nueve capítulos. Con los portentosos acontecimientos de esta jornada, los ojos del curioso cautivo van a llenarse del grandioso espectáculo de una de las más sonadas batallas de aquella época.

Aquel año de 1596, el Príncipe Miguel de Valaquia, provincia turca en los confines de Hungría, se rebeló contra el Sultán, apoderándose de sus fortalezas en el valle del Danubio. Para castigar al soberbio príncipe cristiano, el Sultán Mahomet envía un ejército de más de cien mil turcos y tártaros, bajo el mando de Sinán Bajá, y, al mismo tiempo despacha las galeras de Mamí Napolitreyo, amo de nuestro autor, con órdenes de subir el Danubio hasta Valaquia y construir con sus galeras un puente para el paso del ejército musulmán. La hazaña es peligrosísima, pues tienen que pasar por territorio enemigo y exponerse a la artillería enemiga de las orillas.

A pesar de lo azaroso de la subida y de los trabajos y castigos que supone para la chusma que tiembla bajo el látigo del cómitre, Diego Galán recibe la noticia con gran alegría, como se puede ver en uno de los pasajes más significativos del libro:

en fin, fué elegido mi amo entre otros pretendientes por cabo y gobierno de las cuatro galeras, de lo cual recibí gran contento por ver cada día cosas nuevas, que aun con los trabajos pasados no se mitigó el deseo que me sacó de mi patria y regalo á padecer tantos infortunios y penalidades; mas ¿qué trabajos pasados sirven de escarmiento?; porque si descomodidades pretéritas pusieran freno á los vicios, se podían dar por bien empleados los disgustos de padecellas; en efecto, me holgué de ir á la jornada, aunque era para más trabajo mío, porque como tenía oficio de lavadero de la ropa de mi amo, tenía menos descanso que los demás, porque aunque llegase á un puerto hecho pedazos del continuo remar, mientras los demás cautivos descansaban del cotidiano trabajo (que no es pequeño) iba yo á lavar la ropa, y con el graso del jabón se me ablandaban los callos, y luego en volviendo á remar se me renovaban y hacían de nuevo, con que sentía inmensos trabajos y dolores cada día, y todo se me olvidaba en viendo cosas nuevas, dando por bien pasadas tantas incomodidades, por la consecución de mis deseos y propia voluntad,¹

¹Ed. cit., págs. 141-142.

Las esperanzas en que se fundaba su alegría no fueron defraudadas, pues Diego Galán asiste como testigo ocular y participante a una batalla espectacular en todo el sentido de la palabra. El autor, siempre listo a notar lo vistoso e insólito, presenta en un estilo interesantísimo la construcción de un puente flotante de una legua de largo y en el cual se juntan trescientas sesenta galeras. Al terminarse el puente, se inicia un increíble desfile que va a durar nada menos que veinte y dos días, el tiempo necesario para el paso de las filas interminables de soldados, caballos y camellos, pertrechos y provisiones.

Por encima de la galera y los ojos maravillados de Galán, pasan, como estampas de un mundo de ensueño, los bizarros elementos y unidades de un ejército de ciento veinte mil hombres: infinitos jinetes españoles con banderolas verdes en las lanzas; animosos genzaros y lucidos arcabuceros; piezas de artillería en carretas de a tres y cuatro pares de búfalos; y gran cantidad de camellos cargados de las tiendas, municiones y vituallas, cuya vista le causó al autor gran contento "porque fue mucho de ver la muchedumbre y concierto con que todos marchaban."¹

El exotismo de unas escenas, a cual más deslumbrante, alcanza su cumbre con la llegada de las tan cacareadas hordas

¹Ed. cit. pág. 167.

tártaras encabezadas por el mismo Gran Kan de la Tartaria, luciendo "un bonetillo de grana enforrado en martas, y fijada en él una joya de oro, con perlas tan gordas como abellanas, y en medio un rubí tan grande como un cuarto" que valía cien mil ducados. Este gran Príncipe de las estepas asiáticas se para precisamente al lado de Diego Galán para ser recibido por su amo "con grandes ceremonias de reverencia y cortesía," y el joven cautivo se alegra en extremo por estar tan cerca que "no tan sólo veía y notaba las acciones, sino que también oía las palabras que hablaban en lengua turca". Diego Galán, con siete años entre los turcos, comprende perfectamente su idioma, y, escuchando las palabras del Gran Kan, se da cuenta de que "poco más o menos, quien supiere la lengua turca entenderá la tártara".¹ ¡Qué lejos está nuestro héroe y galeote de la casa paternal de la provincia de Toledo!

El asombro del narrador no conoce límites. El inmenso ejército tártaro, con la infinidad de caballos que traía - cada jinete tenía hasta ocho - tardaría dos meses en atravesar el puente, así que cada tártaro hacía un haz de cañas, y atándola a las colas de cuatro caballos, "se ponía el dueño encima de pies y les daba cuatro palos, con que le pasaban a nado a la contraopuesta orilla sin que el dueño se mojase".²

¹Esta cita y las anteriores que describen al Gran Kan son de las págs. 170-171.

²Ed. cit., pág. 171.

El paso de los tártaros impresiona tanto al autor que piensa que con él se colmaron sus insaciables deseos, "que no eran otros, aun en aquellas infelicidades, ... [que los] de ver cada día cosas nuevas".¹ En la orilla opuesta, Galán se asombra al ver que los tártaros acababan de instalar "una ciudad portátil que encerraba en sus tiendas tanta multitud que [duda] haya, ni haber habido, ni habrá en el mundo tan populosa ciudad."²

Con el mismo entusiasmo de un testigo inspirado por los portentosos sucesos que se desarrollan ante sus ojos, el autor narra la sangrienta y encarnizada contienda, en la cual los turcos, a pesar de su gran superioridad de números, sufren una terrible derrota a manos del Príncipe Miguel. El momento cumbre del desastre llega cuando los musulmanes, diezmados y presos de pavor y pánico, tratan de efectuar una retirada desordenada por el estrecho puente provisional mientras que los refuerzos turcos se esfuerzan por atravesar el mismo puente en sentido contrario. El resultado es una verdadera catástrofe de proporciones increíbles en el mismo lugar donde se halla Galán.

¹Ed. cit., pág. 172.

²Ed. cit., pág. 173.

Turcos y tártaros por decenas de millares caen y perecen en las aguas o son acribillados por los arcabuzazos y flechazos del enemigo que les tira impunemente desde la orilla. La narración de los pasmosos hechos y el recuento de los muertos por miríadas llega a tal extremo que el autor no puede más que interrumpir la relación para exclamar: "Cada vez que escribo estas cosas considero que han de padecer la pena de increíbles".¹

En el templo de
Palas Atenea

No todo en la autobiografía de nuestro cautivo es batallas, matanzas y otras proezas militares. Por asombrosos que sean estas empresas militares, hay un momento en que ceden el paso a la honda contemplación estética de un monumento artístico. En uno de los momentos más grandes de la literatura descriptiva del Siglo de Oro, Diego Galán, durante una visita que su amo hace al puerto de Atenas, se acerca para contemplar maravillado la belleza pagana del templo de Palas Atenea que corona la Acrópolis. Lo que contempla, empero, no es el montón de escombros y columnas medio caídas de hoy día, sino el templo íntegro en casi toda su pristina belleza, antes de su destrucción en la explosión de 1687, durante el bombardeo

¹Ed. cit., pág. 183.

de Atenas por los venecianos.¹

Lo curioso de la descripción es que Galán no sabe que el templo se llama Partenón, sólo que es "un templo de gentiles (que hoy sirve de mezquita de turcos), tan sumptuoso y admirable que temo me han de faltar colores para pintar la más ínfima parte de su fábrica".² Pese a su incapacidad léxica para expresarse, el autor hace un admirable esfuerzo y explica que el templo "es de finos mármoles con relieves y molduras tan artificiosas, que me parece imposible que humano discurso pueda haber inventado tanta máquina de labores".³ A continuación señala que el edificio está rodeado de columnas coronadas por "una cinta o cenefa de la estatura de un hombre, toda de batallas, con figuras de relieve, y tan al vivo las figuras así de hombres, como de caballos, banderas y tambores, con todos los demás aparatos e instrumentos bélicos, que parecen de pincel u bronce vaciados."

Su magnífica descripción del friso precede otra no menos excelente del frontón principal que adorna la entrada princi-

¹Durante la guerra entre Turquía y Venecia de aquel año, los turcos convirtieron el Partenón en polvorín, con tan mala fortuna que un proyectil extraviado provocó la explosión que derrumbó toda la parte central, juntamente con el tejado, frisos y numerosas columnas.

²Ed. cit. pág. 128.

³Esta y las siguientes citas sobre el Partenón son de las págs. 128-130.

pal donde "están colocados unos bultos de hombres, mujeres, caballos y otros animales, todos de la estatura y tamaño de gigantes, hechos en mármoles de una pieza, puestos como que se van a precipitar, que parece increíble que manos mortales hayan hecho tales prodigios sin particular don y gracia divina." Al penetrar en el interior, descubre que lo que atrae más la atención se halla en el centro de la nave:

y en la mitad del cuerpo del templo una custodia de finos jaspes en forma ochavada, con el techo de bronce dorado, cuya máquina sustentaban ocho columnas de mármol tan blanco como la leche, que a mi parecer debía de haber sido, en tiempo de los gentiles, capilla de algún ídolo, y la razón en que me fundo es porque los turcos no usan en sus mezquitas de tales custodias.¹

La intuición extraordinaria de un cautivo sin ninguna instrucción, y su fina sensibilidad artística, le hacen al autor descubrir el sitio mismo donde resplandecía la grandiosa y rutilante escultura de Palas Atenea, ejecutada por Fidias en oro y márfil. Sin conocer nada de la historia de un templo cuyo nombre mismo ignora, los ojos maravillados de este adolescente se paran en el recinto más sagrado de toda la

¹Ed. cit., págs. 129-130.

antigua Atenas y le dicen que allí había una "capilla de algún ídolo". Su acierto no puede ser más asombroso. En toda la breve descripción, Diego Galán, como si fuese un gran historiador del arte griego, ha destacado, con pinceladas inspiradas, lo más esencial del Partenón.

¿Cómo pudo un muchacho de diez y siete años, un joven que había abandonado sus estudios a los catorce, elevarse a una altura de tan exaltado sentimiento estético? Hablar de relatos y descripciones anteriores a la suya, si es que existen, es perder el tiempo, pues la ignorancia del nombre del templo es harta prueba de la originalidad y espontaneidad de Diego Galán.¹ Por otro lado, sabemos que el estudio científico del Partenón no comienza hasta finales del XVIII, cuando el templo estaba ya en ruinas, y casi dos siglos después de la visita de Galán.²

¹Para un resumen de las descripciones del templo hechas por viajeros y soldados durante la Edad Media y la época moderna, consúltese: Charles H. Weller, Athens and its Monuments (New York, 1924), págs. 1-5. Weller menciona dos descripciones anteriores a la de Diego Galán, pero no indica si fueron publicadas. Consúltese también: Ernest Arthur Gardner, Ancient Athens (New York, 1902), págs. 257 y sig.

²Es interesante notar que los catalanes, los cuales, en el siglo XIII, pasaron por Atenas en su Cruzada a Tierra Santa, no hacen ninguna mención de la Acrópolis en sus relaciones. Consúltese: Francisco de Moncada, Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos (Colección Austral), cap. LXIII y LXIV.

En vista, pues, de las tinieblas en torno al templo pagano, el galeote inspirado se yergue en el Siglo de Oro como el extraordinario y único devoto de una diosa desconocida para él. Su reacción tan acertada ante las bellezas más excelsas del Partenón constituye un auténtico prodigio de inspiración sin paralelo en la historia del arte, prodigio sólo posible en un ser extraordinario tocado por la gracia inefable que emana de la lanza de una diosa pagana. Tan honda y penetrante impresión hace en Diego Galán el Partenón que la misma Palas Atenea, al ver a este devoto tardío acercarse a su templo con ojos deslumbrados, no haría menos que sonreír, complacida de que su culto no se haya aún extinguido.

La vuelta a España

El segundo de los dos libros del Cautiverio y trabajos de Diego Galán viene a ser la crónica de su evasión del amo turco y sus largas peregrinaciones hasta llegar, finalmente, a la casa de sus padres en Consuegra, lugar no lejos de Toledo. En todo el primer libro, la nota que predomina no es las tribulaciones e infortunios de un cautiverio insoportable. Lo que nos sorprende a lo largo de la primera parte de la autobiografía es que el joven toledano hace, con poquísima excepción, caso omiso de las barbaridades y sevicias

de la vida de los galeotes. Diego Galán, pues, es un adolescente que se olvida del infierno de las galeras y los ergástulos turcos, donde, como en Haedo y Jerónimo de Pasamonte, millares de cristianos sufren diariamente la Pasión de Cristo.

El joven cautivo, lejos de fijarse en el aspecto infernal de su suerte, es el esclavo de la mirada asombrada que se entusiasma con la viva crónica de la extraordinaria historia que se despliega ante sus ojos; es él que vive una de las grandes aventuras de su tiempo y lo sabe. Diego Galán, a lo largo de sus peregrinaciones forzadas, se da cabalmente cuenta de las dimensiones históricas de los sucesos y no quiere perder un sólo detalle. Nuestro héroe aherrojado al remo, paradójicamente, está dispuesto a sufrir gozosamente los latigazos y bofetadas de un cómitre desalmado con tal que cada impulso que da a su duro remo le acerque un poquito más hacia nuevos mundos y cosas nuevas.

Con el trascurso de los años, vemos que Galán, en la dura escuela de la vida de los galeotes, se va haciendo hombre. Ya no es el niño de los ojos muy abiertos que nos conduce por el mundo fabuloso de su cautiverio. Han pasado muchos años, y los ojos asombrados se empañan de cuando en cuando con las lágrimas de reminiscencias maternas. El niño de los ojos maravillados, que no lloraban nunca, ya es un hombre, y, curiosamente, ya sabe llorar.

La asombrosa crónica de la batalla a orillas del Danubio ha servido a embotar los anhelos de ver lo extraordinario de este mundo. A partir de aquella larga jornada, Galán piensa más y más en volver a su patria. El mundo de lo exótico y deslumbrante comienza ya a ceder ante los recuerdos de la casa paterna, y, al mismo tiempo, el joven toledano insiste por primera vez en las penalidades del cautiverio y en los castigos que sufre a manos de un amo cruel. La larga odisea de un cautivo español llega a su punto decisivo. Aprovechándose de un momento de descuido del renegado que le vigila, Galán, mientras está lavando la ropa de su amo en una playa del Peloponeso, se lanza audazmente en busca de una libertad perdida hace una década entera.

Milagrosamente, logra escapar de sus perseguidores e internarse en la espesura del monte, donde se desembaraça de la argolla de su pierna y se dirige a un monasterio de frailes griegos. Como el autor del Viaje de Turquía, el prófugo se disfraza con la sotana y tocas negras de un monje ortodoxo para efectuar una huida cuajada de peligrosos accidentes.¹ Conducido de un monasterio a otro por frailes griegos que

¹En el Viaje de Turquía, Pedro de Urdemalas, igualmente disfrazado de monje griego, huye de su amo en Constantinopla y se dirige, en compañía de un espía griego, a los monasterios del Monte Athos en el Norte de Grecia.

compartían con él su comida y se exponían a un peligro muy manifiesto, Galán avanza lentamente hacia el Cabo Mayut, un enclave cristiano de la costa peloponesa no dominado por los turcos.¹

Un momento crucial llega cuando cae de nuevo preso al ser descubierto por dos turcos que se fijan en su incapacidad de expresarse en griego, aunque habla perfectamente el idioma turco. Con las manos atados detrás y ya en el camino de ser entregado a las autoridades, uno de los turcos se compadece de él porque su propio hermano, desde hace cuatro años, es cautivo en las galeras de los Caballeros de Malta. La coincidencia es decisiva para el español, pues el turco, sacrificando los diez ducados de premio por entregar a un esclavo prófugo, le desata las manos y le da libertad con sólo una promesa de ir a ver a su hermano, si pasa por Malta, y tratar de ayudarle.

Con esta inesperada asistencia de un enemigo infiel, Diego llega al enclave libre de la costa. Allí, a pesar de

¹Esta manera de ser conducido de un convento a otro indica cierta organización clandestina que encaminaba a los cautivos escapados hacia la libertad en Creta y otros lugares venecianos, al igual que el Underground Railroad de los estados esclavistas de E.E.U.U. antes de la guerra de la Secesión. En el Sur de E.E.U.U., como en Grecia, había una red clandestina que pasaba a los esclavos negros de un lugar a otro hasta depositarlos libres en uno de los estados del Norte.

las tentaciones de una joven sirena griega que trata de retenerle, el nuevo Ulises logra sortear el peligro de sus cantos embelesadores y se embarca con destino a la Candia de los venecianos, hoy día la isla de Creta. Todo el segundo libro, narración de sus peregrinaciones de más de un año hasta llegar a su patria, se desarrolla como una novela bizantina. En Creta y en Sicilia hay encuentros fortuitos con amigos de antaño, y en muchas ocasiones los vientos contrarios parecen sopladados por dioses hostiles que se conjuran para poner obstáculos insuperables a los navíos que le llevan hacia su destinación. El mar, inmenso piélago plagado de infortunios y asechanzas inesperadas, será la escena, en la costa de Sicilia, de un ataque de corsarios turcos, en el cual el héroe se salva milagrosamente de un tercer cautiverio, precisamente cuando está a punto de emprender el viaje de retorno a España.

Para producir este ambiente de la novela griega, el autor no tiene que inventar y fantasear episodios ficticios. Es que los españoles del siglo XVI, desde el Mediterráneo hasta las lejanas Indias, vivían de hecho en un mundo no muy distinto de él de Teágenes y Cariclea, en el cual la vida no es sino una larga peregrinación y viaje de purificación en un mar proceloso. Diego Galán, pues, se da perfectamente cuenta de la tremenda significación estética de sus experiencias que él titula muy acertadamente Cautiverio y trabajos. Este sentido de la novela bizantina se manifiesta claramente al final del

segundo libro, cuando el autor se lamenta de "vivir en este valle de infortunios y navegar este inmenso piélago del mundo."¹ Como Ulises y los protagonistas de la novela bizantina, Galán vive en un mundo que no es más que "mar de infortunios y trabajos."² A diferencia de Cervantes - quien, en el Persiles, tuvo que buscar los episodios más artificiosos e inverosímiles a fin de crear de nuevo, y en un marco cristiano, el ambiente del mundo de Heliodoro - este autor inexperto, sin ninguna instrucción formal y sólo con sus propios trabajos y cautiverios a costas, ha logrado recrear una auténtica novela bizantina llena de la más intachable veracidad histórica.

Al final de sus largas peregrinaciones, Diego Galán llega al hogar paternal después de más de once años de ausencia. El desenlace tiene lugar según la mejor tradición de la novela griega: la anagnórisis feliz que coíma y remata una larga concatenación de infortunios. Su llegada a la puerta de su casa es un momento lleno de emoción. Diego no osa entrar y duda en el umbral, preso de los extraños pensamientos de un niño travieso que vuelve después de una corta escapada. Tiene, además, miedo de que su aparición repentina sea un choque demasiado fuerte para sus padres. Finalmente, venciendo dudas y aprensiones, penetra el corral y llega a la puerta de una sala donde ellos están esperando la comida. Escuchemos cómo el autor describe esta inesperada reunión:

¹Ed. cit. pág. 417.

²Ed. cit., pág. 94.

Así como vieron en su casa persona aã parecer no conocida, preguntaron qué quería, á que maravillado respondió: quiero dar un placer á aquellos que tantos disgustos han pasado por mi cautiverio; al punto que referí lo dicho se levantaron ambos juntos, diciendo: ¡ay hi jo de mi alma!, en buen hora te vean nuestros cansados ojos; y echándose los brazos al cuello, fué tanto el gozo que todos tres tuvimos, que no fué posible ni ellos pasar adelante, ni yo corresponder á su amor, porque las lágrimas alegres nos atajaron el movimiento á la lengua, comenzando tal llanto que más parecían obsequias que alegrías. Desta suerte estuvimos gran rato, hasta que pudimos repetir ternezas y desatar en amorosas palabras las aprisionadas lenguas con grillos de lágrimas.¹

El niño travieso que huyó de casa a fin de hartarse de mundo y vistas maravillosas, que no deseaba más que abrir a cada momento sus ojos ante nuevas y portentosas hazafías, desde los arenales del Sahara hasta las lejanas regiones del Danubio, ha vuelto por fin al regazo de su madre para ser a su vez el asombro de los ojos cansados de sus viejos padres.

¹Ed. cit., pág. 446. La reunión de Diego con sus padres se parece un tanto a la de Antonio con los suyos en el Persiles (III, cap. 9), pues, como nuestro cautivo, Antonio también tiene miedo de que su llegada imprevista, después de diez y seis años de ausencia, no sea un susto mortal para sus padres. El texto de Cervantes reza así: "Fue parecer de Antonio que ninguno saliese de su orden, porque pensaba darse a conocer a su padre, no de improviso, sino por algún rodeo que le aumentase el contento de hacerle conocido, advirtiendo que tal vez mata una súbita alegría, como suele matar un imprevisto pesar."

I X

C O N C L U S I O N

Lejos de ser lugar común del Siglo de Oro, el cautiverio es uno de los aspectos más apasionantes de la literatura de los siglos XVI y XVII. En los primeros dos capítulos introductorios, el punto esencial que destacamos es la doble vertiente de nuestro tema: cautiverio de tipo bizantino y el basado en la realidad histórica de aquel tiempo. En la Antigüedad, el tema de los cautivos, juntamente con el naufragio, fue el recurso más utilizado en las concatenaciones episódicas de la novela bizantina, y en Las etiópicas el motivo cobra tal importancia que la obra de Heliodoro llega a ser la novela de cautivos por excelencia y la que marcó honradas huellas en la literatura española del Siglo de Oro.

El estudio de la modalidad bizantina del cautiverio demuestra claramente que en España, con la novela de Reinoso (1552), el tema aparece totalmente dominado por el ambiente griego. Jerónimo de Contreras, aunque fuertemente influido por la estética griega, por primera vez en la narrativa española logra incorporar en la Selva de aventuras un episodio de cautiverio argelino. Pero aún más trascendente es el hondo sentido religioso que encierra el cautiverio de Luzmán en esta novela. En realidad, toda la razón de ser de la obra de Contreras - la vida como viaje de purificación a través del cautiverio de este mundo - se cifra y compendia en el último episodio que tiene lugar en Argel. Este hondo sentido espiritual del cautiverio en la Selva es el mismo que surgiría en el Marcos de Obregón, pues, como Luzmán, el escudero de Espinel sufre con idéntica paciencia y resignación una especie de purgatorio en la tierra hasta llegar purgado espiritualmente al fin del viaje de su vida.

No obstante el breve intermedio argelino de Contreras, es Cervantes quien inaugura plenamente el tema de los cautivos basado en la realidad histórica de su tiempo. Esta innovación se verificó primero en el teatro de Cervantes. Con las primeras piezas sobre el tema del cautiverio - Los tratos y comedias perdidas como La gran turquesca, El trato de Constantinopla, etc. - Cervantes prorrumpe de improviso en los tablados de la España de fines del XVI con el apasionante y abigarrado retablo de los múltiples aspectos de la vida de

los cautivos, inmenso retablo panorámico que abarca toda la rica y variada experiencia del cautiverio desde los baños de Argel y los aduares del Sahara (El gallardo español) hasta los escondrijos más íntimos del serrallo del propio Gran Sultán de Constantinopla.

Mas no todo en su obra se basa en la auténtica vida de los cautivos. Entre los elementos que son claros reflejos de la realidad histórica, se transparentan otros de innegable procedencia bizantina. Todas las peripecias amorosas entre las parejas de amantes de Los tratos, Los baños y El amante liberal encierran una fuerte dosis de novela griega y literatura renacentista inspirada en ella. La historia de Aurelio y Silvia en Los tratos, por ejemplo, viene a ser una reelaboración del núcleo principal de La comedia de los cautivos (anónima del XVI), de clara prosapia bizantina. Y en El amante liberal, las peripecias de Ricardo y Leonisa recuerdan tanto las de Martuccio y Costanza de la novela de Boccaccio (Decamerón V, 2) que nos inclinamos a considerarla como posible fuente directa de Cervantes. Por otra parte, el cruce amoroso, rasgo común de las tres obras, es, sin duda, el elemento que más claramente señala las hondas huellas que la novela bizantina marcó en Cervantes.

Pero en la narrativa, el cautiverio como tema literario no comienza a dar frutos maduros hasta principios del siglo XVII. Las obras en este terreno de Cervantes y Haedo, verda-

deros iniciadores del motivo en la narrativa del Siglo de Oro, representan un fenómeno muy interesante en la literatura europea. El cautiverio en la narrativa no se explica sencillamente como el resultado de una experiencia personal de un cautivo con dotes de escritor. Numerosos literatos de aquellos tiempos y de todos los países de Europa, anduvieron cautivos en Africa y Asia sin que por ello se les ocurriese dar forma literaria a su vida de esclavitud. Sin embargo, el cautiverio surge como fenómeno muy particular de dos hombres que sufrieron juntos los rigores de la esclavitud.

Una de las aportaciones primordiales de nuestro trabajo es, por supuesto, la nueva luz que arrojamos sobre la Topographia, y en particular sobre la posible autoría del Dr. Antonio de Sosa, compañero de Cervantes en Argel entre 1577 y 1580. Más que un mero opúsculo topográfico, la obra dada a luz por el Abad de Frómista es un extenso tratado que abarca, en cinco libros, todo el mundo histórico-social de los turcos, moros, renegados y cautivos cristianos de Argel durante casi todo el siglo XVI.

El primer tratado, Topographia o descripción de Argel, viene a ser el testimonio más fidedigno de la geografía histórica, etnografía, costumbres, régimen político y militar, fortificaciones y descripción urbana de un Argel que hacía temblar a todas las potencias cristianas de aquellos tiempos. Lo más impresionante de este tratado es el inmenso

caudal de conocimientos que el autor despliega sobre la enorme variedad de costumbres que pululaban en el gran vivero étnico de Argel. Tan vastos y tan completos, tan diversos y tan puntualmente precisos son los conocimientos del autor sobre cada uno de los múltiples aspectos de la vida cotidiana de las varias razas de Argel que sería casi imposible que el libro fuese escrito en Sicilia a base de los relatos de cautivos cristianos que acababan de recobrar su libertad.

Este apasionante mundo etnográfico y costumbrista se completa en el Epítome de los reyes de Argel con el más puntual y fidedigno registro de la historia de Argel desde la fundación del bajalato por Aruch Barbaroja en 1516 hasta la última década del siglo XVI, es decir, una crónica que abarca casi toda la centuria de los primeros dos monarcas Hapsburgos. El rasgo más trascendental de este tratado, tan estimado por los historiadores franceses, es que se basa, no en las relaciones de segunda mano recogidas por otros cronistas, sino en los relatos de testigos oculares, de turcos y renegados muy viejos que presenciaron los hechos que ^{se}refieren al Dr. Sosa. Con este afán de excluir todo lo trillado de la historia, el Dr. Sosa produjo una de las grandes obras históricas de su tiempo y una crónica que recoge tantos sucesos políticos y militares que los estudiosos franceses afirman que sin el Epítome de los reyes "la noche más oscura reinaría sobre todo este período". Harta prueba de lo que dicen los fran-

ceses se ve en el casi exclusivo uso de Haedo que hizo el historiador inglés John Morgan para la mayor parte de los capítulos sobre el siglo XVI incluidos en su History of Algiers.

En contraste con los dos primeros tratados, en su conjunto bastante imparciales, los tres Diálogos constituyen una condena categórica y sin ambages de la religión y cultura musulmana, y a la vez una censura vitriólica de las crueldades que cometen los turcos contra los cautivos cristianos, los cuales sufren en Argel la cautividad más cruel y atroz desde el principio de esta bárbara costumbre. Uno de los propósitos primordiales del Diálogo de la captividad es el de llamar la atención de España a la triste suerte de 25.000 cristianos que gimen en las infectas mazmorras de Argel o sufren las tribulaciones del infierno de las galeras turcas. No menos importante es el amplio estudio histórico-filosófico sobre el cautiverio. Buceando en los orígenes históricos y en el porqué jurídico de la esclavitud, el autor produjo el mejor tratado sobre el cautiverio escrito en el Siglo de Oro.

Una de las ideas que predomina más a lo largo de todo el Diálogo de la captividad es la del cautiverio como una experiencia religiosa, la de Argel y la vida de las galeras como un infierno terrenal para los cristianos. Toda la triste y desgarradora experiencia diaria de los cautivos, vapuleados por los secuaces del Demonio, cobra un valor hondamente cristiano que culmina en la Pasión de Cristo, cifra y compendio

del duro cautiverio de Argel.

El mismo tema religioso es el que da sentido al Diálogo de los mártires. La génesis de este tratado se produjo cuando el Dr. Sosa, mientras hacía en el Diálogo de la captividad el inventario de las crueldades sufridas por los cristianos, se dio cuenta de que muchos individuos padecían muertes tan atroces, mostrando tanto valor y constancia cristiana, que los hechos de sus vidas constituirían un auténtico martirologio argelino. Algunas de las hazañas referidas por el Dr. Sosa son tan interesantes y de tantos méritos literarios que constituyen, en rigor, narraciones de apasionante lectura. Como prueba de esta afirmación, podemos citar las relaciones de Juan Caffete y Juan Gasco, las cuales fueron plagiadas por Céspedes, en el cuento de Palomeque de El español Gerardo, y dieron luz a una narración que viene a ser, a tenor de lo afirmado por el crítico francés Albert Mas, una pequeña obra maestra. Y las proezas de "un tal Miguel de Cervantes" impresionaron tanto al historiador inglés Morgan que exclama con disgusto, sin saber que se trata del autor del Quijote, que "es lástima que Haedo sea aquí tan sucinto en lo que se refiere a este esforzado cautivo".

Por otro lado, es precisamente en los Diálogos que se perfila, de una manera incontrovertible, la personalidad del verdadero autor. El haber establecido al Dr. Antonio de Sosa como el padre legítimo de toda la Topographia es una de las

aportaciones capitales de nuestra tesis. Con repetidas lecturas de los Diálogos, en los que el sacerdote explica claramente que él mismo componía los tratados, esta autoría de Sosa se hace un imperativo insoslayable y corrobora la sugerencia de Astrana de que el Dr. Sosa fuese el autor de los Diálogos. Por otra parte, los eruditos franceses, ya en el siglo pasado, llegaron a la conclusión de que la Topographia únicamente pudo escribirse en Argel mismo. Si tomamos en cuenta la íntima unidad de los cinco tratados, resulta evidente que Sosa es el autor de toda la obra y que la compuso en Argel mismo entre 1577 y 1581 a base de sus propias observaciones, las de sus compañeros, y para la primera parte del Epítome, de las relaciones de turcos y rengados viejos, algunos tan viejos que se acordaban de la batalla en que Aruch Barbarroja perdió la vida en 1518.

Sobre las razones que le impulsaron a Fray Diego a publicar la obra bajo su propio nombre sólo podemos conjeturar, pues desconocemos las circunstancias en que los manuscritos de Sosa llegaron al poder del Arzobispo de Palermo. Pero al decir el sobrino en la Carta Dedicatoria que la obra fue compuesta por su tío, "siendo informado de Christianos cautivos", incurre en un error patente que hizo a Bauer y Landauer, el editor de la edición moderna, suponer que el Arzobispo tomaba apuntes, día por día, de las relaciones orales de los cautivos que volvían de Argel, y que con estos apuntes, reunidos después de una labor de varios años, pudo finalmente escribir los

cinco libros de la Topographia de Argel. Como hemos señalado con citas textuales, la redacción de toda la obra se hizo en Argel por un autor que habla en numerosas ocasiones como testigo presencial que vio con sus ojos muchos de los acontecimientos que narra. Este autor no puede ser otro que el Dr. Sosa, el interlocutor principal de los tres Diálogos y el mismo que, en el Diálogo de la captividad, dice que está escribiendo los tratados, y que da tantas muestras en otros lugares de ser el verdadero autor y padre legítimo de los cinco tratados.

Al estudiar la Topographia, hemos apuntado ciertas correspondencias e ideas que aparecen también en la obra cervantina. Tanto el Dr. Sosa como el autor del Quijote coinciden en la repugnancia suscitada por la perversión sexual de los turcos, en los cuadros que cada uno presenta de la celebración de misas y fiestas religiosas (la del Domingo de Resurrección) en los baños, en percibir el aspecto de gran variedad étnica de Argel que Cervantes resume con la frase "arca de Noé abreviada", en la exaltación martirial de los cristianos que mueren en Argel, y en la insistencia sobre la extrema crueldad del rey Hasán Bajá.

Por otra parte, en el Diálogo de la captividad y Los tratados hay una extraordinaria coincidencia en los conceptos filosóficos y jurídicos sobre el origen y justificación de la esclavitud. Los dos autores expresan la misma aforanza

por la Edad de Oro cuando la servidumbre no existía, las mismas ideas sobre el cautiverio como resultado de la conmutación de la pena de muerte aplicable al vencido en la guerra y sobre el cautivo como un ser jurídicamente muerto durante su período de cautividad. Estas estrechas correspondencias, algunas muy específicas, indican claramente una íntima colaboración intelectual entre Cervantes y Antonio de Sosa durante su estancia en Argel; colaboración que, además, está corroborada por autoridad de un documento notarial: la Información de Argel.

La tesis, bien fundada ahora, de que la Topographia íntegra fue compuesta en Argel por el Dr. Sosa, entre 1577 y 1581, viene a ser tan importante que merece la pena emprender las investigaciones documentales necesarias a fin de desentrañar los datos biográficos en torno a su vida. Como compañero de Cervantes e iniciador del tema de los cautivos, su vida llega a cobrar nueva importancia en la génesis y desarrollo de nuestro motivo, pues estos dos cautivos, yaciendo juntos en una mazmorra idearon y dieron forma a un tema que iba a dar frutos de inmensa importancia: la Topographia, la mejor historia de Argel en el siglo XVI; y El Cautivo, una de las primorosas novelas cortas de Cervantes.

El influjo de estas dos obras en la narrativa del XVII es ya un hecho innegable. El caso de Gonzalo de Céspedes viene a ilustrar muy bien la doble influencia de Cervantes

y Haedo en la novela de este siglo. El intermedio argelino de El español Gerardo, además de ser, en su mayor parte, un plagio de los relatos más apasionantes de Haedo, muestra una patente adaptación de motivos que sólo pudieron tener su origen en Cervantes, como, por ejemplo, la aparición ante Gerardo de la mujer de Ferru arráez ricamente engalanada al estilo oriental.

En otros novelistas posteriores a Cervantes, el doble influjo de la pareja iniciadora, sin llegar al extremo de producir verdaderos plagios como en Céspedes, se nota tanto en la concepción general de la aventura como en los episodios aislados. Una excepción notable se da en las Noches de invierno de Antonio Eslava. A pesar de publicarse cuatro años después del primer Quijote, sus narraciones caen más bien dentro del marco de la estética italiana, y una de ellas, Los trabajos y cautiverio del rey Clodomiro, es una verdadera novela bizantina en pequeño, con todos los motivos que caracterizan el género.

No obstante la gran originalidad del Marcos de Obregón, en el cual la peripecia argelina sirve para acentuar el cautiverio de la vida en general, la interpolación de un relato de evasión por mar es una clara reminiscencia de El Cautivo de Cervantes. Menos original que Espinel, Lope de Vega repite motivos que aparecieron en Timoneda (Patraffa nueva), Cervantes y Haedo. En La desdicha por la honra, la exaltación martirial

de la muerte del héroe recuerda en seguido los numerosos casos parecidos en el Diálogo de los mártires. Y en la novela Guzmán el Bravo, por mucho que se haya esforzado por evitar los tópicos del género, el cautiverio cae dentro de un modelo que fue repetido con frecuencia en el siglo XVII: una peripecia de cautivos dentro de una historia amorosa que empieza y termina en España, el cautiverio sirviendo como separación y dura prueba para uno o ambos amantes que al final se reúnen en un desenlace feliz que tiene lugar en España. Este es el modelo que siguió María de Zayas en El juez de su causa, pero con una diferencia notable que se nos ofrece en la presentación del cariz puramente femenino del cautiverio.

Algunas tentativas para presentar una narración o romperse con este modelo ya marchitado se dan en ciertos novelistas que cultivaron el género en el XVII. José Camerino, en Los efectos de la fuerza, se sirve del cautiverio para dar un castigo ejemplar a una pareja de amantes que incurren en los peores pecados sin arrepentirse. Muy notable en este grupo de novelistas posteriores a Cervantes viene a ser la feliz conjunción de bizantinismo y realidad alcanzada en las novelas de Pérez de Montalbán (La desgraciada amistad) y Lugo y Dávila (Premiado de amor constante). En estas dos obras, el cautiverio es un crisol purgante que purifica y acendra las almas cristianas y las encamina hacia una vida más virtuosa. Por otra parte, en La desgraciada amistad se presenta de nue-

vo el cruce amoroso entre dos parejas, lo cual indica que Montalbán se inspiró en el tipo de bizantinismo y cautiverio que informa El amante liberal de Cervantes.

Estos novelistas del siglo XVII, pues, con la excepción de Eslava, se aprovecharon de los relatos de cautivos que se presentan por primera vez en las obras de Cervantes y Haedo. Estos dos precursores son los que, en realidad, abrieron las puertas de par en par de una caudalosa y apasionante temática. De todos estos autores, él que dio forma y sentido más original al tema de los cautivos fue el autor del Marcos de Obregón, en el cual el cautiverio es sólo la corteza que esconde los "milagrosos frutos" de un sentido hondo y filosófico de la vida.

El influjo de Haedo es asimismo muy patente en el Cautiverio y trabajos de Diego Galán, una de las tres obras autobiográficas de cautivos escritas en el XVII y la que, por el interés que suscita, se destaca de un modo excepcional sobre las de Jerónimo Gracián y Jerónimo de Pasamonte. Pese a la gran originalidad intachable de la obra autobiográfica de Galán, la concepción general de gran número de los capítulos manifiesta una fuerte dosis de influencia haediana, en particular los pasajes de costumbrismo. Por otro lado, el capítulo de Diego Galán sobre la descripción histórica y topográfica de Argel muestra tantas analogías específicas con algunos trozos

del primer tratado de Haedo que es menester suponer que Galán conoció y estudió con esmero la Topographia de Argel.

Diego Galán, sin embargo, se eleva muy por encima del puro costumbrismo del mundo musulmán para mecerse en el éter embriagador de la aventura a toda costa, aún a cambio de la pérdida de libertad. En su afán insaciable de "ver mundo y cosas nuevas" todos los días, el joven cautivo, olvidando completamente las penalidades de los galeotes, llega, solo y sin ninguna preparación formal, a descubrir de nuevo la primitiva belleza impresionante del Partenón antes de ser reducido a un montón de escombros y ruinas. Tocado por la gracia inefable de una musa desconocida, un cautivo lampiño se acerca con ojos asombrados para contemplar uno de los grandiosos monumentos artísticos de todos los tiempos, y con intuición increíble descubre el recinto mismo que encerraba y cobijaba la estatua más sagrada de la Atenas de Fidias y Péricles.

Diego Galán en el Partenón constituye una de las estampas más primorosas del Siglo de Oro: un galeote aherrojado contemplando con ojos muy abiertos las excelsas esculturas y frisos del templo de una diosa desconocida.

En conclusión, todas las autobiografías de clérigos y soldados en la narrativa del XVII, como las obras de Cervantes y Haedo, representan indefectiblemente el mismo cautiverio del siglo anterior, de un siglo cuando la contienda encarnizada

entre España y Turquía por el dominio del Mediterráneo llegó a sus momentos más decisivos en las jornadas de Lepanto y la Goleta, sembrando mares y playas de sangre y muertos, y llenando los baños y mazmorras de cautivos cristianos. El tema literario que es reflejo fiel de esta realidad surge, pues, en dos literatos cautivos del siglo XVI, en un soldado y un clérigo que padecían juntos el duro cautiverio de Argel.

Si Cervantes, con Los tratos de Argel, fue el primero en presentar al público español el tema de los cautivos, el Dr. Antonio de Sosa, al componer en Argel mismo sus tratados, merece la gloria de ser el verdadero padre de nuestro motivo. El tema del cautiverio, el de la verdadera vida de los baños de Argel y Constantinopla, se engendró, pues, en la pluma de un doctor de teología aherrojado en una oscura, húmeda y hedionda mazmorra; nació en un clérigo que se desvelaba por dar sentido religioso a las pesadas cadenas que oprimían sus miembros.

B I B L I O G R A F I A

Textos estudiados

- Alcalá, Jerónimo de. El Donado hablador, en Novelistas posteriores a Cervantes, ed. de Cayetano Rosell, Biblioteca de Autores Españoles, tomo 18. Madrid, 1946.
- Alemán, Mateo. "La historia de Ozmán y Daraja," en el Guzmán de Alfarache. Madrid: Ebro, 1964.
- Anónimo. Comedia famosa de los cautivos, ed. Antonio Paz y Melia, Revista de Archivos, XXI(1909), 536-554.
- _____. Historia Apollonii, en la Gesta Romanorum, ed. Hermann Oesterley. Berlin, 1872.
- _____. Romancero general, ed. Agustín Durán, Biblioteca de Autores Españoles, tomos 10 y 15. Madrid, 1924.
- Bandello, Matteo. Le novelle, edición de Gioachino Brognoligo. 6 vols. Bari, 1911.
- Berceo, Gonzalo de. Vida de Santo Domingo de Silos, en Poetas castellanos anteriores al siglo XV, ed. F. Janer, Biblioteca de Autores Españoles, 57. Madrid, 1966.

- Boccaccio, Giovanni. Decamerón. Milano, 1952.
- Cálderón de la Barca, Pedro. Obras completas, tomo II, ed. y prólogo de A. Valbuena Briones. Madrid: Aguilar, 1966.
- Camerino, José. Novelas amorosas, edición de F. Gutiérrez. Selecciones Bibliófilas. Barcelona, 1955.
- Castillo Solórzano, Alonso. Lisardo enamorado, edición de E. Juliá Martínez. Madrid, 1947.
- Cervantes, Miguel de. Don Quijote de la Mancha, edición crítica de Francisco Rodríguez Marín. 10 vols. Madrid: Atlas, 1947.
- _____. La Galatea, ed. y prólogo de Juan Bautista Avallé-Arce, Clásicos Castellanos. 2 vols. Madrid, 1968.
- _____. Los trabajos de Persiles y Sigismunda, ed. crítica Juan B. Avallé-Arce, Clásicos Castalia. Madrid, 1969.
- _____. Ocho comedias y ocho entremeses, ed. y estudio de Rodolfo Schevill y Adolfo Bonilla. 6 vols. Madrid, 1915.
- _____. Obras dramáticas, estudio preliminar y edición de Francisco Ynduráin, Biblioteca de Autores Españoles, tomo 156. Madrid, 1962.
- _____. Obras completas, edición de A. Valbuena Prat. Madrid, 1967.
- Céspedes y Meneses, Gonzalo de. Poema trágico del español Gerardo, y desengaño del amor lascivo. Cuenca: Salvador de Viader, 1621. (Hispanic Society of America)
- _____. Poema trágico del español Gerardo, en Novelistas posteriores a Cervantes, B.A.E., 18. Madrid, 1946.

- Céspedes y Meneses, Gonzalo de. Historias peregrinas y ejemplares, ed. y prólogo de Emilio Cotarelo y Mori, Colección Selecta de Antiguas Novelas Españolas. Madrid, 1906.
- _____. Historias peregrinas y ejemplares, ed. y prólogo de Yves-René Fonquerne, Clásicos Castalia. Madrid, 1969.
- Contreras, Jerónimo de. Selva de aventuras. Salamanca: Pedro Laso, 1573. (Hispanic Society of America)
- _____. Selva de aventuras, en Novelistas anteriores a Cervantes, B.A.E., 3. Madrid, 1963.
- Dan, Pierre. Histoire de Barbarie, et de ses corsaires. Paris: P. Rocolet, 1649.
- _____. Les plus illustres captifs. Manuscrito de la Bibliothèque Mazarine, núm. 1919.
- Eslava, Antonio. Noches de invierno, ed. y prólogo de Luis Marfa González Palencia, Madrid, 1942.
- Espinel, Vicente. Vida del escudero Marcos de Obregón, ed. Samuel Gili y Gaya, Clásicos Castellanos. Madrid, 1951.
- _____. Marcos de Obregón, ed. y prólogo de Juan Pérez de Guzmán. Barcelona, 1881.
- _____. Diversas rimas, ed. de Dorothy Clotelle Clarke. New York, 1956.
- Galán, Diego. Cautiverio y trabajos, ed. Manuel Serrano y Sanz, Sociedad de Bibliófilos Españoles, tomo 37. Madrid, 1913.

- Giovio, Paolo. Commentari delle cose de' Turchi. Venezia, 1531. Obra traducida parcialmente por Fregenal, en su Libro intitulado Palinodia de la nephandia y fiera nación de los Turcos. Orense: Díaz Tanco, 1547. Reproducción facsímil con introducción bibliográfica por A. Rodríguez Mofino. Badajoz: Diputación, 1947.
- Gracián, Padre Jerónimo. Peregrinación de Anastasio entre Cirilo y Anastasio. Esta obra se ha perdido y sólo queda un extracto de Andrés del Marmol: Excelencias, vida y trabajos del P. Jerónimo de Gracián. Valladolid, 1619. Esta última obra se encuentra como apéndice a las obras de Santa Teresa de la B.A.E.
- Gracián Dantisco, Lucas. Galateo español, ed. crítica de Morreale. Madrid: C.S.I.C., 1968.
- Haedo, Diego de. Topographia e historia general de Argel. Valladolid: Fernández de Córdova y Oviedo, 1612.
- _____. Topographia e historia general de Argel, ed. y prólogo de Ignacio Bauer y Landauer, Sociedad de Bibliófilos Españoles. 3 vols. Madrid, 1927-29.
- _____. Topographie et Histoire générale d'Alger, traducción francesa de algunos capítulos del primer tratado hecha por el Dr. Monneret y A. Berbrugger. Revue Africaine, XIV(1870), 364-375, 414-433, 490-519; XV(1871), 41-69, 90-111, 202-237, 307-319, 375-395, 458-473.
- _____. Histoire des rois d'Alger, traducción francesa del Epítome de los reyes de Argel hecha por H.D. de Grammont con amplias notas. Alger, 1881.
- Heliodoro. Historia de los leales amantes Teágenes y Cariclea, trad. española de Fernando de Mena. Alcalá de Henares, 1587. Hay ed. moderna con prólogo de Francisco López Estrada, Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles. Madrid: Aldus, 1954.
- _____. An Ethiopian Romance, ed. inglesa de Moses Hadas. University of Michigan, 1957.

- Jenofonte de Efeso. Las Efesiacas o los amores de Abrocomo y Anthia, ed. Moses Hadas en Three Greek Romances. New York, 1964.
- León el Africano, Juan. De la descripción de Africa, ed Instituto General Franco de Estudios e Investigación Hispano-árabe. Madrid, 1952.
- _____. The History and Description of Africa, trad. de Robert Pory en edición moderna con prólogo del Dr. Robert Brown. 3 vols. New York: Hakluyt Society, 1896.
- Mármol Carvajal, Luis del. Descripción general de Africa, ed. facsímil del C.S.I.C. Madrid, 1953.
- Moncada, Francisco de. Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos, Col. Austral. Madrid, 1948.
- Muhammad al-Tilimsani, Muhammad ibn. Chroniques de la régence d'Alger, traducido de un manuscrito árabe por Alphonse Rousseau. Alger, 1841. Título en árabe: Zahrat-en-Naira.
- Núñez de Reinoso, Alonso. Historia de los amores de Clareo y Florisea y de los trabajos de Ysea, con otras obras. Venecia: Gabriel Giolito de Ferrari, 1552. (Hispanic Society of America)
- _____. Historia de los amores de Clareo y Florisea, en Novelistas anteriores a Cervantes, Biblioteca de Autores Españoles 3. Madrid, 1963.
- Pasamente, Jerónimo de. Vida y trabajos. Manuscrito con dedicatoria de 1605, publicado por Foulché-Delbosc en el tomo LV(1922) de la Revue Hispanique.
- Pérez de Montalbán, Juan. Sucesos y prodigios de amor en ocho novelas ejemplares, edición de F. Gutiérrez, Seleccion Bibliófilas. Barcelona, 1957.

- Rueda, Lope de. Comedia Armelina, ed. J. Moreno Villa, Cl. Castellanos. Madrid, 1958.
- Séneca, Lucio Anneo. Seneca, His Tenne Tragedies, edición de Thomas Newton con Prólogo de T. S. Eliot. Indiana University, 1927.
- Shakespeare, William. The Tempest, ed. crítica de Frank Kermode. Harvard University, 1958.
- Sousa, Antonio de. Aphorismi inquisitorum. Lisboa: Petrum Craesbeeck, 1630. (Hispanic Society)
- Sousa, de Macedo, Antonio de. Vlissippo poema heroico. Lisboa: Antonio Alvarez, 1640. (Hispanic Society)
- Sousa de Moreira, Manuel de. Theatro histórico genealógico y panegyrico erigido a la casa de Sousa. Paris: Juan Anisson, 1694. (Hispanic Society)
- Timoneda, Juan de. El Patrañuelo, en Novelistas anteriores a Cervantes, B.A.E., 3. Madrid, 1963.
- Torres Naharro, Bartolomé de. Propalladia and other works, ed. J.E. Gillet. 4 vols. University of Pennsylvania, 1943-61.
- Varios. Poetas castellanos anteriores al siglo XV, ed. y prólogo de Florencio Janer, B.A.E., 57. Madrid, 1966.
- _____. Autobiografías y memorias, ed. y prólogo de Manuel Serrano y Sanz, Nueva Biblioteca de Autores Españoles, tomo II. Madrid, 1905.
- _____. Autobiografías de soldados, ed. y prólogo de José María de Cossío, B.A.E., 90. Madrid, 1956.
- _____. Cuentos de los siglos XVI y XVII, selección de M. Herrero García. Madrid, 1926.

Vega Carpio, Lope Félix de. El Peregrino en su patria, ed. crítica y prólogo de Myron Peyton. University of North Carolina, 1971.

_____. Argel fingido y renegado de amor, en Obras de Lope de Vega (Nueva edición), tomo III, ed. de Cotarelo y Mori. Madrid, 1917.

_____. Los cautivos de Argel, en Obras de Lope de Vega (Nueva edición), tomo IV, ed. Cotarelo y Mori. Madrid, 1917.

_____. La mayor desgracia de Carlos V y hechicerías de Argel, ed. de la B.A.E., 224. Madrid, 1970.

_____. La desdicha por la honra, en Novelas a Marcia Leonarda, ed. y prólogo de Francisco Rico. Madrid: Alianza, 1968.

_____. Guzmán el Bravo, en Novelas a Marcia Leonarda, ed. F. Rico. Madrid: Alianza, 1968.

Vélez de Guevara, Luis. El Diablo cojuelo, ed. y prólogo de Francisco Rodríguez Marín, Clásicos Castellanos. Madrid, 1960.

Villalón, Cristóbal de. Viaje de Turquía, edición y prólogo de Antonio G. Solalinde. Buenos Aires, 1946.

Vitoria, P. Francisco de. Relecciones sobre los indios y el derecho de guerra, Col. Austral. Buenos Aires, 1946.

Zayas y Sotomayor, María de. Novelas amorosas y ejemplares, ed. y prólogo de Agustín de Amezúa y Mayo, Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles. Madrid: Aldus, 1948.

_____. Desengaños amorosos, ed. y prólogo de Agustín de Amezúa y Mayo, Biblioteca Selecta de Clásicos Españoles. Madrid: Aldus, 1950.

Obras y estudios citados

- Alarcos García, Emilio. "Cervantes y Boccaccio," en Homenaje a Cervantes, tomo II, Valencia, 1950. Pags. 197-235.
- Alborg, Juan Luis. Historia de la literatura española, tomo I. Madrid: Gredos, 1970.
- Alonso, Dámaso. "Maraña de hilos (Un tema de cautiverio entre Fulgoso, Pero Mexía, Bandello, Juan de la Cueva y Cervantes)," en Del Siglo de Oro a este siglo de siglas, pags. 29-42. Madrid: Gredos, 1962.
- Alvar, Manuel. El Romancero: tradicionalidad y pervivencia. Barcelona: Planeta, 1970.
- Amezúa y Mayo, Agustín de. Cervantes, creador de la novela corta española. 2 vols. Madrid; 1956.
- Andrés, Fray Alfonso. "Notable manuscrito de los primeros hagiógrafos de Santo Domingo de Silos," Boletín de la Real Academia Española, IV(1917), 172-194.
- Astrana Marín, Luis. Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes Saavedra, tomos II y III. Madrid: 1949-51.
- Bataillon, Marcel. Erasmus y España, México: Fondo de Cultura Económica, 1966.
- _____. Le Docteur Laguna auteur du "Voyage en Turquie". Paris, 1958.
- _____. "La desdicha por la honra. Génesis y sentido de una novela de Lope," Nueva Revista de Filología Hispánica, I(1947), 13-42. También incluido en su libro Varia lección de clásicos españoles, Madrid: Gredos, 1964.
- Beckwith, Isbon T. The Apocalypse of John. New York, 1922.

- Bénichou, Paul. Creación poética en el romancero tradicional. Madrid: Gredos, 1968.
- Bono, Salvatore. I corsari barbareschi. Torino, 1964.
- Bourland, Caroline B. "Boccaccio and the Decameron in Castilian and Catalan Literature," Revue Hispanique, XII (1905), 1-232.
- _____. The Short Story in Spain in the Seventeenth Century. Smith College, 1927.
- Braudel, Fernand. La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II. 2 vols. Paris, 1966.
- Carilla, Emilio. "La novela bizantina en España," Revista de Filología Española, XLIX(1966), 275-287; LI(1968), 155-167.
- Caro Baroja, Julio. Ensayo sobre la literatura de cordel. Madrid: Revista de Occidente, 1939.
- Casalduero, Joaquín. Sentido y forma de "Los trabajos de Persiles y Sigismunda". Buenos Aires: Sudamericana, 1947.
- _____. Sentido y forma del Quijote. Madrid: Insula, 1949.
- _____. Sentido y forma del teatro de Cervantes. Madrid: Gredos, 1966.
- _____. "Parodia de una cuestión de amor y queja de las fregonas," en Estudios sobre el teatro español, págs. 73-81. Madrid: Gredos, 1962.
- Castro, Américo. Santa Teresa y otros ensayos. Madrid, 1928.
- Cirot, Georges. "Le Cautivo de Cervantes et Notre-Dame de Liesse," Bulletin Hispanique, XXXVIII(1936), 378-382.

- Cirot, Georges. "Valeur littéraire des Nouvelles de Lope de Vega," Bulletin Hispanique, XXVIII(1926), 321-355.
- Cossío, José María de. "Cautivos de moros en el siglo XIII," Al-Andalus, VII(1942), 50-112.
- Cotarelo y Valledor, Armando. El teatro de Cervantes. Madrid, 1915.
- Crawford, J.P. Wickersham. Spanish Drama before Lope de Vega. University of Pennsylvania, 1967.
- Denis, Ferdinand. Artículo sobre Haedo en Nouvelle biographie générale. Paris: Firmin Didot, 1858.
- Domínguez Ortiz, Antonio. "La esclavitud en Castilla durante la Edad Media," en Estudios de historia social de España, II(1952), 369-428.
- Duckworth, George E. The Complete Roman Drama. 2 vols. New York: Random House, 1942.
- Dunlop, John C. History of Prose Fiction. 2 vols. London, 1896.
- Entrambasaguas, Joaquín de: "Datos biográficos de Vicente Espinel en sus Diversas rimas," Revista Bibliográfica y Documental, IV(1950), 171-241.
- Forcione, Alban K. Cervantes, Aristotle and the Persiles. Princeton University, 1970.
- Giner, Francisco. "Cervantes y los moriscos valencianos," Anales del Centro de Cultura Valenciana, XXIII(1962), 131-149.
- Gallardo, José. Ensayo de una biblioteca española. 4 vols. Madrid, 1866.
- Gardner, Ernest Arthur. Ancient Athens. New York, 1902.

- González López, Emilio. "Cervantes, maestro de la novela histórica contemporánea: la Historia del Cautivo," en Homenaje a Casaiduero, págs. 179-187. Madrid: Gredos, 1972.
- Grammont, H. D. de. Histoire d'Alger sous la domination turque (1515-1830), Paris, 1887.
- Haley, George. Vicente Espinel and Marcos de Obregón: A Life and its Literary Representation. Brown University, 1959.
- _____. "Vicente Espinel and the Romancero General," Hispanic Review, XXIV(1956), 101-114.
- Harrington, K.P. Mediaeval Latin. University of Chicago, 1962.
- Jammes, Robert. Etudes sur l'oeuvre poétique de don Luis de Góngora. Bordeaux: Féret et fils, 1967.
- José y Prades, Juana de. "Las Noches de invierno de Antonio Eslava," Revista Bibliográfica y Documental, III (1949), 163-196.
- Lapesa, Rafael. "En torno a La española inglesa y el Persiles," en Homenaje a Cervantes, tomo II. Valencia, 1950.
- López Estrada, Francisco. "Suerte y olvido de la Historia Etiópica de Heliodoro," Clavileño, XIII(1952), 17-19.
- _____. El Abencerraje y la hermosa Jarifa, (Cuatro textos y su estudio). Madrid, 1957.
- Martín Gabriel, Albinio. "Heliodoro y las novelas españolas, (Apuntes para una tesis)," Cuadernos de la Literatura Española, VIII(1950), 215-234.
- Martínez Ruiz, J. "Cautivos precervantinos. Cara y cruz del cautiverio," Revista de Filología Española, L(1967), 203-230.

- Mas, Albert. Les turcs dans la littérature espagnole du siècle d'or. 2 vols. Paris, 1967.
- Mc Grady, Donald. "Heliodorus' influence on Mateo Alemán," Hispanic Review, XXXIV(1966), 49-53.
- Mele, Eugenio. "Miguel de Cervantes y Antonio Veneziano," Revista de Archivos, XXIX(1913), 82-89.
- Menéndez Pidal, Ramón. Romancero hispánico. 2 vols. Madrid 1953.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino. Orígenes de la novela. 4 vols. Madrid, 1961.
- _____. Estudios de crítica histórica y literaria. Buenos Aires, 1944.
- _____. Estudios sobre el teatro de Lope de Vega. 6 vols. Santander, 1949.
- Miret y Sans, Joaquín. "La esclavitud en Cataluña en los últimos tiempos de la Edad Media," Revue Hispanique, XLI (1934), 1-109.
- Morgan, John. A Complete History of Algiers, to which is prefixed an Epitome of the General History of Barbary, from the earliest Times. London, 1731. Edición facsímil de Negro Universities Press, 1970.
- Morley, S. Griswold y Bruerton, Courtney. Cronología de las comedias de Lope de Vega. Madrid: Gredos, 1968.
- Navarrete, Martín Fernández de. Vida de Miguel de Cervantes Saavedra. Madrid, 1819.

- Oliver Asín, Jaime. "La hija de Agi Morato en la obra de Cervantes," Boletín de la Academia Española, XXVII (1947-48), 245-339.
- Ormerod, Henry A. Piracy in the Ancient World, University of Liverpool, 1924.
- Palomo Roberto, J. "Una fuente española del Persiles," Hispanic Review, VI(1938), 56-68.
- Perott, J. de. "Sobre las fuentes de algunos capítulos de las Noches de invierno," Cultura Española, XII(1909), 1023-29.
- Place, Edwin B. "María de Zayas, an Outstanding Woman Short-story Writer of Seventeenth Century Spain," Univ. of Colorado Studies, XIII(1922).
- Rico, Francisco. La novela picaresca española. Barcelona: Planeta, 1967.
- Rodocanachi, Emmanuel. "Les esclaves en Italie du XIII^e siècle," Revue des questions historiques, LXXIX(1906), 383-407.
- Rodríguez Moffino, A. La Silva de Romances de Barcelona, 1561. Salamanca: Universidad, 1969.
- San Miguel, Angel. Sentido y estructura del Guzmán. Madrid: Gredos, 1971.
- Schevill, Rodolfo. "Studies in Cervantes: The Question of Heliodorus," Modern Philology, IV(1907), 677-704.
- Senabre Sempere, Ricardo. "La fuente de una novela de Zayas," Revista de Filología Española, XLVI(1963), 163-172.
- Serrano y Sanz, Manuel. "Literatos españoles cautivos," Revista de Archivos, IX(1897), 498-506, 536-544.

- Verlinden, Charles. "L'esclavage dans le monde ibérique médiéval," Centro de Estudios Históricos; Anuario de Historia del Derecho Español, XI y XII(1934-35).
- Vilanova, Antonio. "El peregrino andante en el Persiles de Cervantes," Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, XXXII(1949), 97-159.
- Vovard, André. Les turqueries dans la littérature française. Le cycle barbaresque. Toulouse, 1959.
- Weller, Charles H. Athens and its Monuments. New York, 1924.
- Zalba, J. "Dos escritores navarros inspiradores de Shakespeare," Bol. Comisión Prov. Monumentos de Navarra, XV(1924).
- Zamora Vicente, Alonso. "El cautiverio en la obra cervantina," en Homenaje a Cervantes, tomo II. Valencia, 1950.
- Zimic, Stanislav. Cervantes, lector de Aquiles Tacio y de Alonso Núñez de Reinoso. Tesis doctoral inédita. Duke University, 1964.

Obras consultadas

- Alonso, Dámaso. "Una fuente de Los baños de Argel," Revista de Filología Española, XIV(1927), 275-282. Incluido bajo el título de "Maraña de hilos" en Del Siglo de Oro a este siglo de siglas, págs. 29-42. Madrid, 1962.
- _____. "Los baños de Argel y La Comedia del Degollado," Revista de Filología Española, XXIV(1937), 213-218. También en "Maraña de hilos" citado arriba.
- Blažek, William O. The History of Slavery and the Slave Trade. Columbus, Ohio, 1858.

- Braudel, Fernand. "Les Espagnols et l'Afrique du Nord," Revue Africaine, (1928), 184-233, 351-428.
- Carrasco Urgoiti, María S. El moro de Granada en la literatura (Del siglo XV al XX). Madrid, 1956.
- Casaldueño, Joaquín. Sentido y forma de "Los trabajos de Persiles y Sigismunda". Buenos Aires: Sudamericana, 1962.
- _____. Sentido y forma de las novelas ejemplares. Madrid: Gredos, 1962.
- Castro, Américo. "Cervantès et l'ambiance de la Contre Réforme. La captivité à Alger," en 2^e Congrès National des Sciences Historiques. Argel, (1930), 101-111.
- Castro, Américo y Rennert, Hugo A. Vida de Lope de Vega. Madrid: Anaya, 1968.
- Cazenave, Jean. "L'esclavage de Cervantès à Alger," Bulletin de la Société de Géographie d'Alger et de l'Afrique du Nord, XXIX(1924), 103-135.
- Creasy, Sir Edward S. History of the Ottoman Turks, from the Beginning of their Empire to the Present Time. London, 1878.
- Elshar, Godfrey. Barbary Legend, War, Trade and Piracy in North Africa. Oxford, 1957.
- Grammont, H.D. de. "Etudes Algériennes: L'esclavage," Revue Historique, XXVI(1884), 1-42.
- Grotius, Hugo de. The Rights of War and Peace, edición de A.C. Campbell. Washington D.C., 1901.
- Hadas, Moses. A History of Greek Literature. Columbia University, 1950.

- Haight, Elizabeth Hazelton. Essays on the Greek Romances. New York, 1943.
- Lee, A. Collingwood. The Decameron: its sources and Analogues. New York: Haskell House, 1966.
- Llorens, Vicente. "Historia y ficción en el Quijote," en Literatura, historia, política. Madrid, 1967.
- Meregalli, Franco. "De Los tratos de Argel a Los baños de Argel," en Homenaje a Casaldueiro, págs. 395-410.
- Pfandle, Ludwig. Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro. Barcelona, 1933.
- Pignon, Jean. "L'esclavage en Tunisie de 1590 à 1620," Revue Tunisienne, (1930), 18-37.
- Place, Edwin Bray. Manual elemental de novelística española. Madrid, 1906.
- Riley, Edward Calverley. Cervantes's Theory of the Novel. Oxford, 1964.
- Ricard, Robert. "Ibero-Africana, Textes espagnols sur la Berbérie (XV^e, XVI^e, XVII^e siècles)," Revue Africaine, LXXXIX(1945), 190-200.
- Rotalier, Charles. Histoire d'Alger et de la piraterie des turcs dans la Méditerranée à dater du seizième siècle. 2 vols. Paris, 1841.
- Rotunda, D.P. Motif Index of the Italian Novella in Prose. Indiana University, 1942.
- Valbuena Prat, Angel. El sentido católico en la literatura española. Zaragoza, 1940.

- Valli, Giorgio. "Las fuentes italianas de la Patraña IX de Timoneda," Revista de Filología Española, XXX(1946), 369-381.
- Vázquez Pájaro, Manuel. "Corso y cautiverio en Cervantes," Estudios, IV(1948), 96-144.
- Verlinden, Charles. "Aspects de l'esclavage dans les colonies médiévales italienne," Eventail de l'histoire vivante, II(1953), 91-103.
- Vovard, André. Chez les Pirates Barbaresques. Les evasions par mer dans la littérature et l'histoire. Imprimerie Nationale, 1951. También en Bulletin de la Section de Géographie du Comité des Travaux historiques et scientifiques, LXIII(1949-1950), 89-104.